

C.563
Fei
J

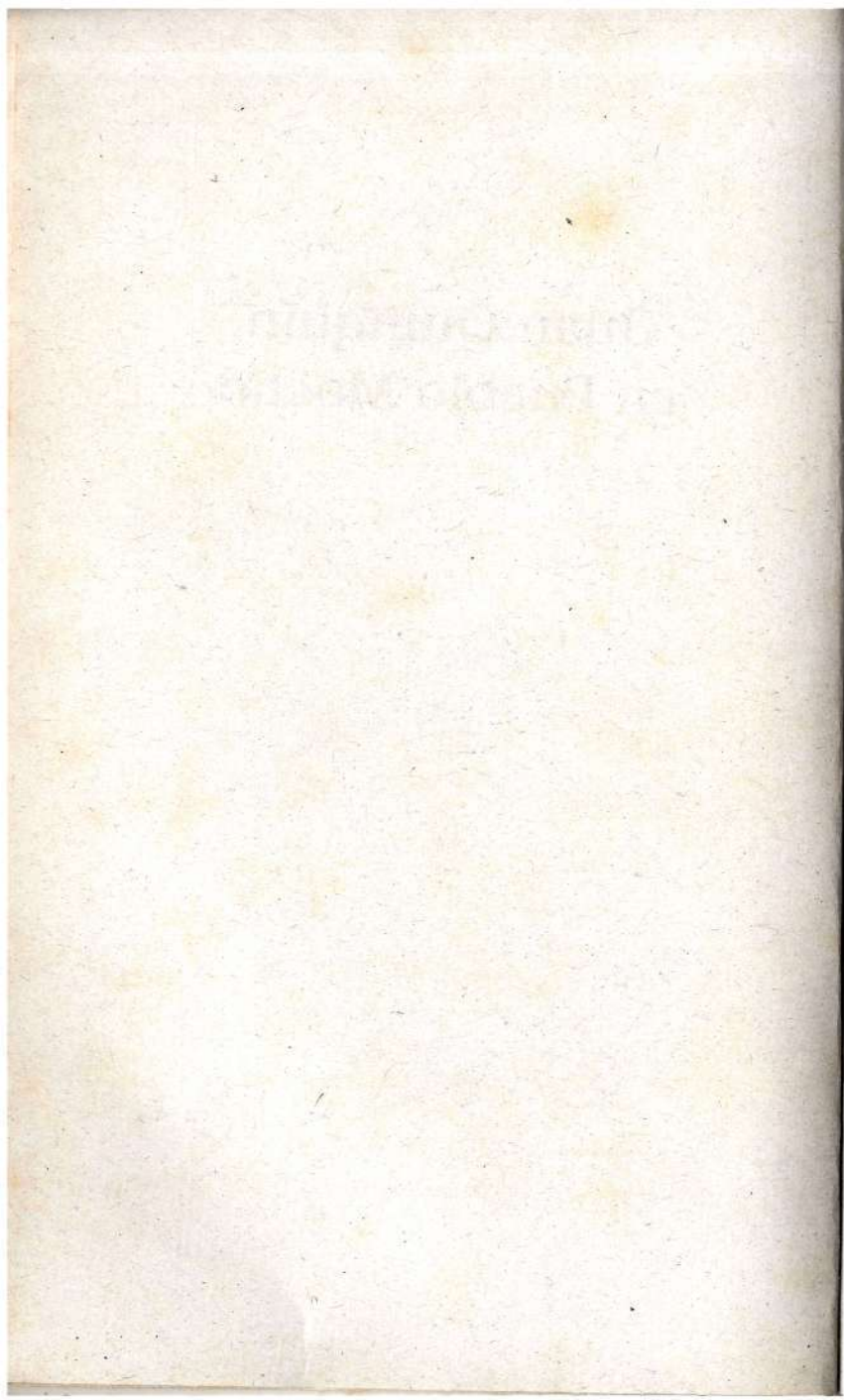


LETRAS
CUBANAS

Juan Quinquín en Pueblo Mocho

Samuel Feijóo







LETRAS
CUBANAS

Juan Quinquín en Pueblo Mocho

Samuel Feijóo



NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA *Des JCL*

001814

\$ 5.00 MP

FECHA *030912*

Edición: Dulcila Cañizares

Diseño de cubierta: Adriana Vázquez

Composición computarizada: Diana Suárez Companioni

© Herederos de Samuel Feijóo, 2001

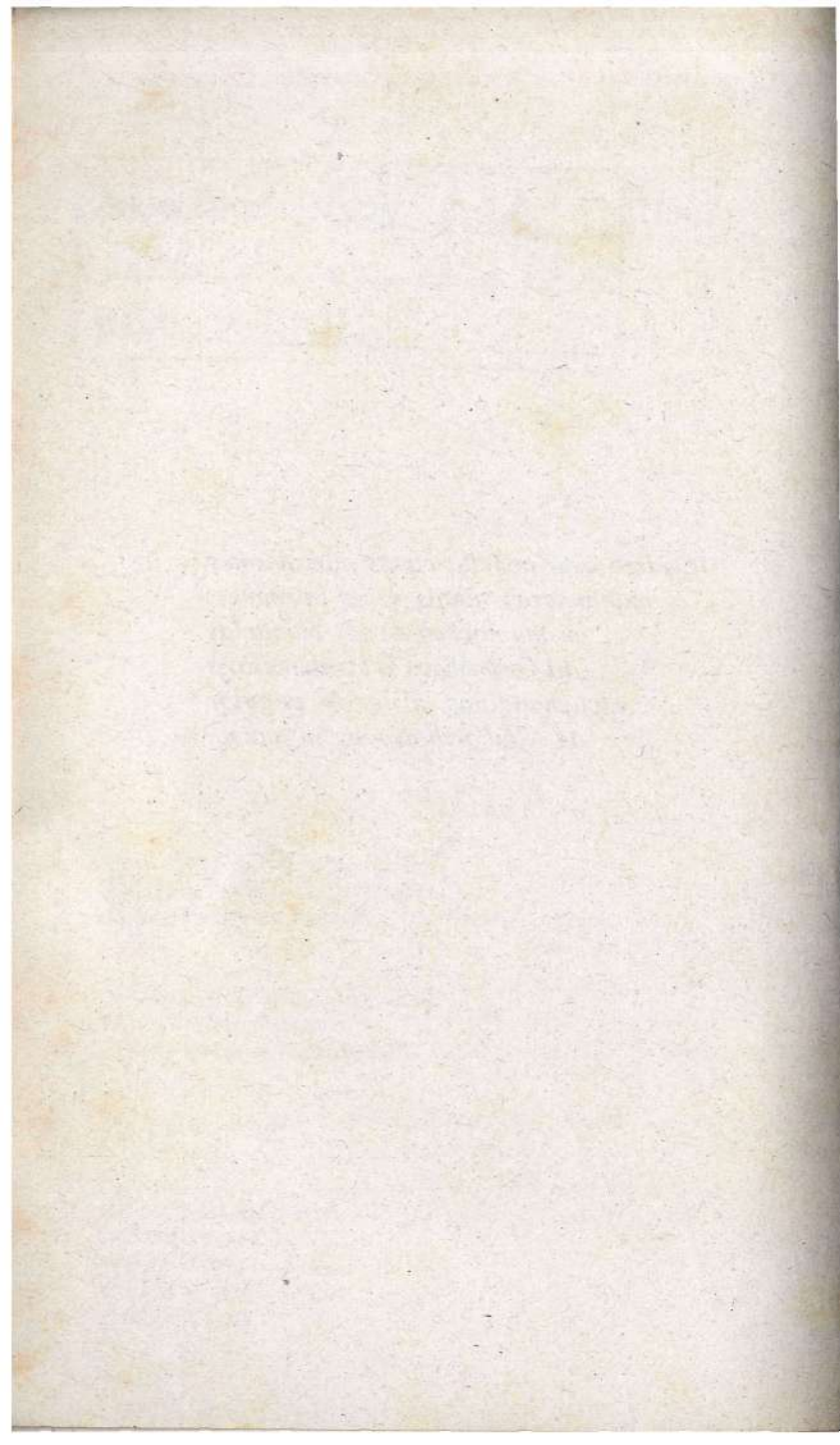
© Sobre la presente edición:

Editorial Letras Cubanas, 2001

ISBN 959-10-0665-9

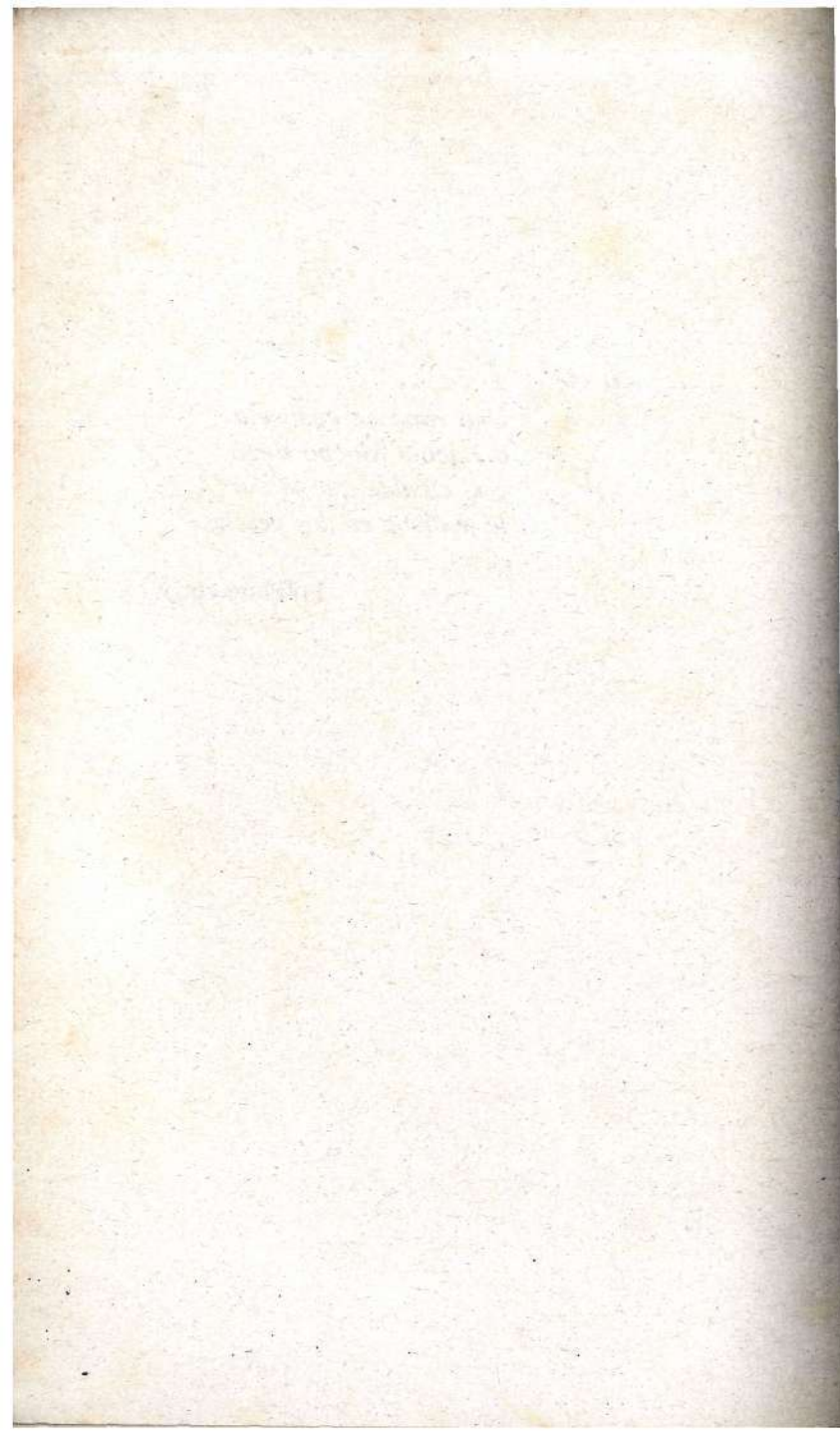
Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

*Dedico esta novela, cuyas narraciones
mantuvieron tantas veces insomnes,
en las noches de las montañas
del Guamuhaya, a los campesinos
escuchándolas, al fervor popular
de Nina Bulgakova, mi amiga.*



*Una rana en camiseta
a Pueblo Mocho llegó
y el alcalde que la vio
la multaba en dos pesetas.*

(Folklore cubano)



I

Cuando Juan Quinquín puso su pie izquierdo en Pueblo Mocho, no pudo imaginar, ni había modo, que su visita al pueblo, para celebrar la fiesta mayor de los mocheros, iba a decidir su destino para siempre, y, junto al suyo, el de numerosos lugareños. Hay hombres así y pueblos así. Hombres que llegan a un pueblo, el esperado; y pueblos que esperan a un hombre. Esto ocurrió la tarde ya famosa en que Juan Quinquín y Julio El Jachero entraran a Pueblo Mocho, viniendo desde Palmarito, atravesando montañas, para celebrar la parranda de año nuevo en casa de Cheche Hernández.

En Palmarito, Juan Quinquín supo la noticia de la fiesta por boca de Teresa Canelo y, por ella, por su belleza, había hecho el viaje de cinco leguas. Lo había enamorado de golpe. Y le dijo que iba a la parranda, que él era poeta de canturía también. Llevaba su guitarra con buen estilo y podía cantar, allí, contra cualquiera... Además, le gustaba conocer lugares. Y Pueblo Mocho era muy nombrado por los recogedores de café, y hacía un largo tiempo que tenía ganas de conocerlo. Ahora que estaba trabajando en Palmarito, en la falda de

las montañas, no iba a perder esa oportunidad, y mucho menos con Teresa allí, y con una parranda de buenas cuerdas y lindos gallos cantores en cercana perspectiva.

Eso nunca. Amor y canturía no podían separarse...

Ahora, desde la loma que trepara con El Jachero, animándose ambos con pullas y choteos mientras la subían, miraba a Pueblo Mocho en el centro del valle. Era un case-río, casi un batey. Muchos bohíos, el redondel de la valla de gallos, una sola calle larga, ocho o diez casas de tejas... Desde arriba los caballos se veían como hormiguitas. Sobre el poblado se cernía una neblina brillante.

La brisa sonaba en el ateje bajo el cual reposaban. Las lomas trepadas con prisa les habían agotado. Jadeaban allí, a la sombra. El Jachero prendió un tabaco pero no pudo halar el humo con buen modo. Con voz cortada dijo a su compañero:

—Juan, tengo la lengua afuera como la del perro venaero rendío... Ya no hay patas pa llegar ahí abajo... Voy a dormir un poco pa reponerme. Todavía es casi media mañana. Y, total, hoy la función de nosotros se da de noche...

Juan Quinquín le replicó:

—Echa un repelón. La parranda empieza a las dos de la tarde... Hay tiempo... Yo voy a ver si tiro un repeloncito también...

El Jachero le dijo:

—Pero no vayas a dejar la guitarra al sol, que se desencola...

Quinquín asintió:

—La voy a tapar con unos ramajos de este ateje...

Así lo hizo. Sepultó la guitarra bajo las hojas. Tras esto, ambos se echaron sobre la yerba, a la sombra del árbol, poniéndose los sombreros sobre los ojos, para esconderlos del fuerte resplandor de la mañana. Arriba, revolaban algunas auras tiñosas, negras contra un azul

claro sin nubes. Dentro, en la cabeza de Juan Quinquín, volaban mariposas, pájaros, la boca de Teresa.

Como no podía dormir, lleno de enamorados pensamientos, memorizaba, otra vez, su encuentro con Teresa, en Palmarito, la noche anterior.

La vio, con su vestido rosado, rizo, fresca y con zapatos rojos, desde lo alto, desde el trapecio, después de terminar uno de sus números, cuando saludaba al público campesino aclamándole.

La siguió viendo después, durante toda la función. Tenía un rostro noble. El pelo negro, como los ojos; y los dientes le relumbraban.

En el intermedio se había puesto su saco y su corbata; se puso olorosa vaselina en el pelo y se peinó bien. Antes se había secado el sudor del trabajo en el trapecio y se ajustó la mejor camisa. La corbata era la buena.

Bien revisado en el pedazo de espejo del camerino mal dispuesto, que consistía en una carpita adjunta al circo, con una mesa, palanganas de agua medio sucia, trapos, cosméticos y un sinnúmero de baratijas y adminículos circenses, salió Juan Quinquín a buscarla.

Debajo de las gradas de madera, se detuvo a mirarla, y a pensar cómo haría amistad con aquella joven. Él era tímido con la mujer y hasta seco. Sabía respetar mujeres. Su primera novia fue un fracaso, no supo escoger y le engañó. Otras eran esquivas. Al fin entendió que era un cirquero, que apenas ganaba para vivir y resultaba un mal partido matrimonial. No le faltaban admiradoras, claro; era joven, fuerte, hacía suertes prodigiosas en el circo campestre. Pero no se podía enamorar de mujeres noveleras, entusiasmadas con sus músculos y dispuestas a

correr aventuras y miserias. Las estudiaba, y las encontraba sin peso, sin seriedad.

Al fin se decidió. Fue al palco de silla de tijera donde Teresa estaba y le pidió permiso para sentarse a su lado. Ella, azorada, apenas supo dárselo.

A la primera mirada Juan Quinquín descubrió que tenía delante lo que él llamaba una mujer seria.

Calló un rato. La halló confusa. Le preguntó:

—¿Cómo se llama usted...?

Ella lo miró un instante. Dudó en contestarle:

—Teresa Canelo, para servirle...

Agregó:

—Mi apellido es Roque, pero a mi familia le dicen en Pueblo Mocho los Canelo, por mi padre y mi abuelo, que todos tenemos ese color canelo..

Juan Quinquín observaba su belleza, discreto, fino. Era una joven seria, indudablemente. Y de ese Pueblo Mocho de allá abajo, de donde salían tan buenos poetas...

Pensando en esto, oyó:

—¿Y usted cómo se llama...?

—Juan Quinquín..., pero mi apellido es Maturero, pero nadie me lo dice, sino el nombre, y ya no hay quien me lo quite..

—¿Tiene papá y mamá...?

Ni mamá, ni papá. Mamá murió de una enfermedad cuando yo era niño y ya cogía la guataca. Papá se ahorcó o lo ahorcaron. ¿Cómo se puede saber en el campo; si papá era tan rebelde como la tierra...? Aquella tierra casi no producía..., y sólo una tercera parte pa nosotros... Lo otro era pal amo... Pero la tierra era resecona... Hasta los plátanos salían esmirriangaítos...

Teresa sonrió irónica, y le dijo, mirándole el vigoroso cuerpo:

—Pero usted no es ningún esmirriangaíto...

Juan le respondió rápidamente:

—La miseria me obligó a trabajar duro, pero saqué el tipón de mi abuelo isleño. En la miseria endurecí... Para aplacar el hambre aprendí a hacer guacas de frutas y a llenarme la barriga con lo mejor de Seibabo... ¡Creo que enterré cien platanales completos! ¡Nadie ha visto un zangaletón que comiera más que yo cuando iba echando la caja del cuerpo...! Gracias a eso...

Y se rió fuerte.

Teresa calló. Los músicos empezaron un rudo timbaleo y el estruendo, que prologaba la segunda parte de la función, anunció la comedia teatral, la plena yerba como tablado. Juan Quinquín, que hacía el papel de muerto en la obrita, se dispuso a marchar. Antes de salir le preguntó a Teresa, entre el gran ruido:

—¿Vienes a la función de mañana...?

—No. Papá no me daría permiso... Vivimos lejos. A cinco leguas de aquí. Pueblo Mocho está detrás de esas lomas, en un hoyo... Esta misma noche salimos pallá, a caballo.

Preguntó de nuevo:

—¿Esta misma noche? ¿Y ese apuro...?

—Porque mañana es año nuevo y tenemos en casa de Cheche Hernández la parranda de todos los años... Vienen poetas de todas partes y se canta todo el día, la noche, y si la cosa está buena, hasta el día dos, completo...

La interrumpió:

—Me voy... Tengo que trabajar... Pero si pudiera verte otra vez...

Teresa:

—Venga mañana a la parranda... Total, usted está fuerte y el camino es bonito. ¡Y Pueblo Mocho es lo más lindo que hay...!

Esas fueron sus últimas palabras. Ya Juan Quinquín había decidido el viaje. Era fina y seria. ¿Qué más para un hombre

como él, necesitado de una mujer que le acompañara su vida andariega?

Durante toda la silvestre pieza de teatro no hizo más que mirarla, en cuanto podía, con los ojos semicerrados, pues hacía el papel de muerto, echado sobre la yerba. Y así, desde el suelo, mientras el público reía a carcajadas por los lances cómicos de la farsa, él miraba que ella lo miraba, entrecerrando los párpados, a través de las pestañas. Y viéndola así se enamoró profundamente. Entre las grandes risas ella permanecía seria, quizás compadeciéndole, viéndole el rostro tiznado, quieto el cuerpo. Y en un momento en que fue cargado para ser escondido de la policía vestida a la tremenda que entró a investigar, mirándola desde abajo, la cabeza colgando del hombro de El Jachero que simulaba esconderlo, la vio triste por él.

En esto pensaba Quinquín, con el sombrero sobre los ojos, la brisa fresca sonando en el ateje, en lo alto de la loma, Pueblo Mocho a sus pies.

No hacía quince horas que había conocido a Teresa y ya estaba tras ella deseoso, casi febril.

¿Cuándo, en sus veintiséis años de andar por el mundo le había ocurrido esto? Meditaba. Se sacó el sombrero. Vio las peripecias de las auras tiñosas, volando en círculos, o, elegantes, con las alas extendidas dejándose llevar por la ola del aire, posadas sobre ella, en un juego constante:

Inquieto, despertó a su buen amigo:

—Jachero, vamos, que nos coge la tarde...

El Jachero dijo:

—Sí, vamos; total, nos falta una tiraíta de na...

Y bajaron la loma, descansados y dispuestos, entre cantos de sinsontes y zorzales. Y llegaron a Pueblo Mocho, con una guitarra y un solo deseo.

II

Caminando lento entraron en la única calle, por su final, donde los cafetos la tupían. Allí pastaban algunos caballos amarrados a los breves troncos. Juan comprendió que pertenecían a los visitantes de la fiesta.

Preguntó a un niño que pasaba sosteniendo una gallina por las patas, con una larga flema goteándole del pico:

—¿Dónde está por aquí la casa de Cheche Hernández?

El niño le miró, curioso, y le contestó, señalando con un dedo:

—Allí, por donde suenan las guitarras...

Juan y El Jachero miraron a la dirección indicada: vieron el humillo que surgía de un patio, cercado de platanales, pero nada oyeron, salvo algún que otro chirrido avisador del cercano judío...

—Vamos pallá —dijo El Jachero.

Hasta allí se dirigieron. El humillo provenía de seis lechones que se asaban en sus respectivas barbacoas. Se hallaban cubiertos de yaguas; Juan y Julio sabían bien, por el olor, que ya llevaban sus tres buenas horas de candela.

Se acercaron a un mulato fornido que cuidaba la asadura, bien moviendo las brasas de un lado a otro del hoyo sobre el cual se suspendían, acostados en varas de guayabo, los abiertos lechones, o bien bajándolos o subiéndolos, según su rutinaria sabiduría le indicase.

—¿La casa de Cheche Hernández queda por aquí...?

El mulato miró curioso la guitarra terciada de Juan, y, al cabo, musitó con la boca torcida, ya que tenía un cabo de cigarro pegado a una comisura de sus labios:

—Esta mismita es...

—¿Cuándo empieza la parranda...?

—Temprano... Ya están los cantadores adentro.

Y calló. Movi6 un mont6n de brasas bajo las patas de un lech6n.

Cuando Juan puso el pie en el jardincito delantero ya oy6 claro los rasgueos de treses y el chisch6s del gũiro. La guajirada llenaba el jard6n, hombres todos, con las camisas reci6n planchadas y oliendo a perfumes de colonia y agua de violetas. Cuantos le vieron con su guitarra le abrieron paso con todo respeto. As6, cortando, un tanto orgulloso, grupos cerrados de espectadores, se plant6 en medio de la sala, donde ya ofrec6an las rientes j6venes caf6 y ron a tocadores y poetas, prestos a comenzar. Juan se arrim6 donde los guitarristas y treseros, quienes, con los trovadores a la orilla, calentaban sus instrumentos.

Rode6ndoles, los campesinos les o6an alborozados. Se sent6an en el prelude de la gran fiesta, excitados por el ron y la embriaguez de las alegres melod6as y los encuentros con amigos que bajaban de distintos lugares de las monta6as a gozar del guateque. Carcajadas y saludos estruendosos se o6an por doquier. Y chistes campestres:

—Se6ores, Pancho Prieto a la vista...

—Y que viene montado en su yegua blanca...

Y tomaban el caf6 en limpias tacitas, con el platito en la izquierda siempre, porque ninguna joven casadera brind6ndole se quedaba con 6l en la mano, significando la se6al de la solterona.

Docenas de tabacos se fumaban al un6sono y la gran sala humeaba densamente, entre el ondeante barullo de conversaciones, gritos y cuchufletas:

—Aqu6 lo que hace falta es Roberto Quesada en guayabera...

—¿Pero d6nde vas a conseguir queso con dulce de guayaba aqu6 si las gentes de Ramiro el trag6n se comieron ayer diecise6is barras con diez libras del queso de Yabanabo...?

—Esa gente vive de jartera en jartera... ¡Y no revientan...! ¡Avemaría, gato...!

—¡Le cayeron a un caldero de sopa y se la chuparon toa en la fonda de Juan Valdés!

—Uno de ellos se comió medio puerco y botó pa fuera una cagaíta que descarriló un tren... ¡Alabao!

—¡No digo yo si descarriló un tren, si esos tragones cuando se agachan lo que botan pa fuera son horcones de ceiba...!

—¡Horcones! ¡Cucha paéste! ¡Son tosas...!

Juan y El Jachero, avanzando entre la algarabía, se acercaron a los tocadores.

Juan comenzó a rasguitar algunos puntos espirituanos, sobre todo, su predilecto, el yayabero.

Cuando lo oyó, el mayoral del Guabairo, Tomás Flores, se abrió paso y se le cuadró delante. Con su cuerpo enorme y musculoso parecía cubrirlo. Empezó a llevar el ritmo palmeado. Juan le sonrió. Le dijo:

—Ese punto es de mi pueblo y es el que más me gusta...

—¡No hay punto como el espirituario...! —le afirmó el mayoral.

Al fin, sin palabra alguna de aviso, sin que nadie organizara el comienzo de la canturía, el Palomo de Guaos abrió el concierto, ya encendida toda la orquestica compuesta de claves, güiros, dos treses, marímbula, botija y guitarras:

*Saludo a la concurrencia
de toda la población
en esta bella mansión
de alegría y con decencia.
Aquí despliego mi ciencia
y invito a los trovadores
que canten cosas mejores
que las que yo voy diciendo*

*pa que vayan convirtiendo
a las palabras en flores.*

Una larga bullanga de aplausos y risas acogió la primera décima. Después, se hizo un silencio tenso. Salvo alguna que otra muchacha que cuchicheaba con su novio, nadie despegaba los labios. Todas las vistas, clavadas en los trovadores. El oído alerta. Los rostros esperando la alegría de la imaginación y la gala del improvisador.

Se levantó el Tomeguín de la Caldera, negro altísimo, viejo ya, vistiendo guayabera blanca muy almidonada, portando una penca de yarey en la mano derecha:

*A las palabras en flores
yo no puedo convertir,
pero sí puedo cubrir
de puya a los trovadores.*

Acogió la quarteta un grito unánime, de gozo, pues era la provocación del Tomeguín al resto de los poetas. Aquello indicaba sabroso zarzeo, sin mucho preludeo.

Restablecido el silencio, el de la Caldera continuó:

*Lamento darles dolores
pero vengo aquí a pelear,
y sé perder y ganar
aunque sea un tomeguín,
pero es que no tengo fin
si pego a despeluzar.*

Grandes carcajadas acogieron la décima. Se ahogaron las guitarras.

Fue entonces cuando Juan vio a Teresa, en un ángulo de la sala, bellísima, con su vestido amarillo. Y sintió frío, por-

que la vio imposible. Teresa, turbada, desvió la vista sin comprender nada. Juan no oyó bien a los trovadores. Se apartó a poco de la ronda, y se acercó a Teresa. No atinaba cómo hablarle, en voz baja, para no molestar a los escuchas de la canturia.

Al fin supo:

—Ya ves como he venido... ¿no te alegras...?

—Me alegro... —susurró Teresa.

Y Juan no atinó a decir nada más. Se sentía observado. Una señora anciana lo miraba fijamente.

—Es mi tía —le advirtió Teresa—, es muy fijona, pero muy buena... El bravo es papá... Tiene mucho mal genio...

—¿No le gusta que te pretendan...?

—No. Él tiene elegío uno. Ese, el cantor ese..., que siempre está atrás de mí... Pero es muy bronco y no me gusta...

Juan miro al trovador señalado. Le vio el cuello de toro, el rostro recio y prieto. Cantaba ya:

*En materia de las flores
yo les puedo asegaral
que las habrá sin rival
pero aquí las hay mejores.*

Hubo alusión. Teresa lo notó en la mirada del poeta. Pero desoyó el resto de la décima. Curiosa preguntó a Juan, que la observaba con un dedo posado en un traste de su guitarra:

—¿Pero tú eres poeta también...?

—Sí... Pero como a to poeta el hambre me mataba, y no quise seguir trabajándole por una miseria al dueño de la finca. Vino un circo y me fui. Yo era fuerte y como tengo cabeza pa to... Aprendí mil maromas. Veo mundo... Pero no

dejé nunca el canto... Eso sí que no se puede después que uno lo ha conocido...

Teresa sonrió, mientras miraba el cuerpo, delgado y fuerte, de Juan Quinquín, su pelo rizado y negro, la tez trigueña, los ojos radiosos.

Juan se extasiaba en su rostro. «Esto no puede durar mucho —pensaba—, la fiesta en casa del pobre dura poco...» Y sonreía, sin saber a qué. Ya sin nada más que decir.

A poco, llegó el padre de Teresa, robusto cuarentón, y, tomándola suavemente por la empulsada muñeca, le dijo:

—Hija, ven acá, que te quieren cantar...

Y se la llevó al centro del coro, donde Cheche Hernández, muy fresco, escuchaba décimas en su honor.

Juan, contristado, se fue al patio. El Jachero le acompañó. Conversaron bajo los platanales.

—¿Qué pasa? —le preguntó El Jachero.

—Que tiene gallo y el padre jala pa él...

—Pero tú le gustas...

—Eso no se sabe. ¿Quién puede saberlo fijo...?

—A to tiro ella te está mirando...

—Pero, ¿tú lo crees de verdá...?

—De verdá verdá. Está madura como este plátano...

Y señaló a la mano amarilla que pendía sobre sus cabezas.

Juan pareció animarse. Miró el racimo.

—Jachero, me voy a robar un par de ellos. A la pobre Mariela le encantan...

Y desgajó dos plátanos maduros. Los escondió, al pie de la mata, en la hojarasca.

El Jachero, sonriendo, le miraba hacer. Comentó:

—Esa guaquita no hay quien la encuentre... Ni el zunzún de la carabela...

Cuando volvieron al salón del poético combate la gente estaba comiendo ya el lechón asado. Músicos y poetas, entre

risas y chistes, devoraban sus raciones, quien el pellejo tostado, quien una masa de larga tira con el ajo del adobo dorado, quien una costilla oscurecida por el fuego.

Teresa le esperaba.

—¿Cuándo te vas...?

—A más tardar, a las cuatro. Tengo función esta noche...

—¿Y no vuelves más?

—Yo siempre quiero volver. Ya verás...

—Mira, mira cómo mi pretendiente me está ojeando. Ya está celoso y no es na mío.

—¿Te gusta?

—No me gusta el palobronco...

—Pero a tu padre le cabe bien...

—A él na más. A mi es a la que él le tiene que caer bien..., y yo me aposo en el gajo que quiera...

—¿Y cómo se llama tu pretendiente?

—José, pero le dicen Clarín de los Golfos...

No pudieron dialogar más. Nuevamente el padre la llevó al medio del corro. Sonaban las guitarras. El Clarín ya cantaba:

*Quien venga de patio ajeno
mi paloma a levantar
pronto tendrá que marchar
volando como el sereno.
Porque no le pongo freno
al potro en que voy montado,
y el que venga enamorado
desde otro punto a esta tierra
tendrá que aguantar la guerra
del Clarín alborotado.*

Juan Quinquín rasgó su guayabero y claves y marímbulas se atemperaron al nuevo punto. Devolvía la puya:

*Vengo, Clarín, de otra tierra
a cantar a las palomas
que vuelan por estas lomas
desde el valle hasta la sierra.
Y yo no le formo guerra
a ninguno que les cante,
que nunca es hombre bastante
el que no sabe perder
y si le gusta vencer
que tenga calma y se aguante...*

El último verso cayó sobre el último rasgueo violento de la guitarra, bien ceñida a la tonada.

Murmullos aprobatorios se escucharon. El soplador de botija tan atento estaba que perdió un poco el tino y el agua se le salió por un agujero de su redondo instrumento.

El bronco Clarín volvió a la carga:

*Que tenga calma y se aguante
Le dices a este Clarín,
Yo no soy un tomeguín
Más bien soy el elefante.
Si te pones por alante
Te arrollo por Pueblo Mocho,
y no valdrás un bizcocho
ni un trapo de muladar
y luego irás a parar
a la lata del sancocho.*

Juan Quinquín soportó la grosería a pie firme. Esta fue coreada por algunas carcajadas.

Volvió con su punto yayabero:

*A la lata del sancocho
no debes mentar jamás,
porque eso es lo que más
te gusta de Pueblo Mocho.
¡Señores, es poeta chocho
el que en viendo tantas flores
donde recoger amores
mienta comida de puerco:
¡es que ya lo tengo en cerco
y le están dando temblores!*

Largas risas acogieron su décima. Juan buscó a Teresa con mirada satisfecha y no la vio. Humo de tabaco, ruidos, gente apiñada, rostros atentos. Ni El Jachero se veía en aquel muro humano, caliente, que lo rodeaba.

El primer verso de su rival se elevó terso y gracioso:

Mil risas y no temblores...

Vio a Teresa entonces, pero como en nieblas. Estaba todo alerta ya a la controversia. Nada más importante para él ahora que las palabras del Clarín:

*son las que tú aquí me das,
si mal siembras cogerás
tres fanegas de tibores.
ya tienes malos olores
de sentir mi cercanía;
y si tú quieres porfía
no te vayas ni te rajes
hasta que te desencajes
sobre la guitarra mía.*



23
NO CIRCULANTE

Quinquín no lo pensó mucho. Dejó fluir el primer verso y el que había de seguirle naturalmente. Como siempre, los demás vendrían:

*No puedo desencajarme
porque yo no tengo encajes...*

Rasgueó, a la vez que pensaba. Repitió los dos versos primeros y continuó:

*Visto sencillos ropajes
que tienen con qué abrigarme,
pero si quieres fajarme
porque no gustas mi aroma,
sígueme al fin de esta loma
y así podrás distinguir
a quien sabe distinguir
la lindísima paloma.*

El Clarín hizo un gesto violento. Paró de rasguear. Botó la uña rasgueadora.

Fue entonces cuando el padre de Teresa se la llevó del salón. Juan Quinquín no los vio salir. El Jachero se dispuso a defender de una agresión por sorpresa a Juan. Cheche Hernández, el dueño de la casa, se aproximó al Clarín y musitó algunas palabras a su oído. El Jachero secreteó entretanto a Juan:

—Aquí hay como seis hermanos del Clarín, medio tomaos, que te van a arrear unos janazos Tienes que cuidarte...

Juan Quinquín no se podía ir ya. Estaba a prueba su valentía. Su ausencia sería entendida como fuga y un gran miedo a la derrota. Ahora no podía desertar...

*A mí el que arrugas me hace
me verá desenrugar,
quien me venga a provocar
encuentra su desenlace.*

Era la cuarteta del Clarín. Continuó, una vez que las guitarras abrieron el espacio habitual, con sus melodías, para dar tiempo al poeta a organizar los versos finales:

*Aquel que mi pan amase
se lo tiene que comer
y yo le puedo prender
del pan el pico y las tetas
luego le doy diez galletas
por su horrible proceder.*

Fue aquí cuando Juan Quinquín recibió el golpe en la nuca. Cayó de espaldas, sobre la gente rodeándole, que lo sostuvo. Pero El Jachero golpeó en la frente al agresor, un hombre bajetón y casi ebrio. Juan se repuso al instante, pero ya el público le arrastraba con él en su fuga hacia la tupida puerta de salida. Gritaban agudamente las mujeres; unos guajiros querían intervenir para pacificar, otros huían. En el corro de trovadores, animados por el ron, los puñetazos menudeaban.

Los músicos, viendo sus instrumentos amenazados, trataban de salir rápidamente del local y no atinaban. Uno de ellos zafó una tabla de la sala, la arrancó de un tirón de sus manos, y por allí escapó la orquesta, andando a gatas hasta el patio.

El público corría de un lado a otro. Unos pugnaban por entrar al salón, a ver qué ocurría y cómo se pacificaba la reyerta, y otros por salir de tan amenazante espectáculo de

hombres fuertes golpeándose enfurecidos, estropeándose los rostros, ya de pie, ya en el suelo.

Afuera, se escuchaban comentarios nerviosos:

—Este Clarín lo que está es celoso...

—Y el trovadorcito nuevo lo paró...

—¡Señores, hay que acabar esta fajazón, esta na más que se da en este cochino Pueblo Mocho... !

De pronto se sintieron los caballos. Sé oyó una voz:

—¡El Alcalde con la pareja...!

La voz llegó al salón de la batalla, que se vació al instante. Juan y El Jachero, magullados, huyeron a la temida voz de «la pareja», ya que conocían el poder de aquellas palabras. En un instante no quedó en la casa sino el confundido Cheche Hernández, con su camisa hecha jirones, y su mujer medio desmayada en una cama.

El corpulento Alcalde bajó de su caballo y entró lentamente en la casa.

—Ni una fiesta más aquí —dijo.

Y su fría mirada se clavó en el rostro de Cheche Hernández.

Este calló.

Montó de nuevo el Alcalde, mientras la pareja de rurales, que no había sacado sus rifles de los arzones, miraba atenta al platanal.

Los soldados habían visto dos hombres, desconocidos, que saltaron la cerca del patio. Uno de los rurales desenfundó su revólver y se bajó del caballo. Lento, se fue aproximando al sitio, donde ya Juan Quinquín y El Jachero habían dado con la guaca de los plátanos maduros.

—¡Alto! —gritó el rural.

Juan y El Jachero emprendieron la huida,

—Tírales —grito el Alcalde desde su espléndido moato.

El soldado hizo fuego: los fugitivos volaron sobre las maniguas que bordeaban el platanal; ganaron el cafetal del cerro encimado a Pueblo Mocho. Treparon raudos las primeras lomas.

—Mira que por un condenaio par de plátanos jugarnos el pellejo... —decía jadeante y malhumorado El Jachero, al tiempo que apretaba el paso.

—Son para la pobre Mariela, tiene delirio con ellos... Valían la pena —le replicaba Juan Quinquín, un poco confundido, la respiración jadeante por la rápida subida.

III

Tres días después de los narrados incidentes, cuando le servía a Mariela, su zunzuna, una ración de plátano macho maduro, Juan Quinquín, tendido en la yerba, bajo la carpa del circó, recibió, de un propio, una cartica. La tomó ansioso de manos del campesino mensajero, pues ya sabía de dónde procedía el papelito doblado y escrito a lápiz que le temblaba un poco entre los dedos.

El portador le había dicho, al entregársela:

—Vengo de Pueblo Mocho...

Y ya lo supo todo. Teresa, en quien no había dejado de pensar, le enviaba un mensaje, contra toda ley.

La carta decía en simples renglones:

«Juan, deseo que al recibir estas líneas te halles bien, como son mis deseos. Yo bien y, Juan, me han dicho que estás herido de un tiro que te tiraron los soldados y me tiene muy nerviosa lo que dicen. Escríbeme enseguida con Tomás que

te lleva la carta para saber cómo estás, que por causa mía ha sido todo esto. Escíbeme sin falta, Juan, para saberlo. Tu amiga que espera carta.

»Teresa.

Juan, alegrísimo por las letras leídas, que le revelaban amor, cogió un mocho de lápiz, y, sobre una hoja de papel blanco, de envolver café, le escribió unas líneas a Teresa, donde le aseguraba que estaba sano, como Tomás se lo podía atestiguar, y que pronto estaría a su lado...

Tomás partió al momento con el mensaje.

Juan había convencido al Dueño la noche anterior. Este le había dicho:

—Juan, Pueblo Mocho está muy elevado en las lomas, y trepar pallá no es de amigo... ¡Manda madre trepar tanta loma con toa esta bultería arriba!

Y Juan ripostó, convenciéndole:

—Total, se alquila un carretón y le echamos to adentro, y con unos buenos mulos que jalen como es nos ponemos en unas horas en el pueblo más rico de toa la zona. Allí están los bueyes de oro a na. El dinero está a na por allí. No lo piense mucho. Lo sé bien...

Y añadió:

—Ahora que se acabó la recogida del café no saben qué hacer con el dinero... Y en tres funciones los pelamos a viaje...

Y comenzaron los preparativos para la jornada lomas arriba. Se alquiló el carretón, se desarmó la carpa y se echó en él, junto con los timbales, vestuario, y algunos útiles imprescindibles.

Arrancaron de madrugada, con la fresca. El carretón chirreaba cargado de la carpa y los cachivaches circenses. Los actores y tarugos marchaban a pie, detrás del carretón traqueteante. Los animales del circo, varios perros y un mono les acompañaban.

Por las sombras avanzaban, por el camino de las arrias y de los camiones que transportan café. Bajo ramajes y estrellas, en la olorosa madrugada, Juan gozaba su juventud hechizada por la hora y el amor de Teresa.

En su mano derecha sostenía la jaula de su zunzuna Mariela mientras caminaba jadeando. Junto a él resollaba fuerte la compañía, poco acostumbrada a las largas subidas a pie. Enredados en el cuello Juan traía dos pares de guantes de boxeo. El alba los sorprendió sudados, bajando ya, en silencio, la vertiente opuesta de la cordillera que habían vencido. Amaneciendo, arribaron a Pueblo Mocho.

Les recibió cuanta persona se hallaba ociosa en el pueblo. Salían de todas partes, al acontecimiento del circo, de hortalizas y guataqueas paralizadas, de la barbería única y de las tres tiendas; de la quincalla y del café barullero. Las mujeres se asomaban a puertas y ventanas, en silencio queriéndolo ver todo con ojos donde toda la atención del mundo se movía de un lado al otro llevada por pupilas voraces.

El carretón y su fila de cansados e insomnes cirqueros se detuvo al fondo, en el solar de Quirino, y se procedió a apearse el embalaje. Se tendió la carpa. El gran palo central, lo más difícil de llevar, se elevó gallardo extendiendo la agujereada carpa. Al mediodía en punto se hizo un remolino. La telonera resistió contra el viento firme de montaña, pero, bien estaqueada, aguantó las rachas y el pueblo se apresuró a alegrarse.

Corrían las gratas noticias. Volaron ellas hasta los más lejanos bohíos, de cumbre en cumbre se comunicaron, y,

ya a media tarde, empezaron a bajar las bestias cargadas de niños, muchachas, viejos, familias que arribaban con sumo estrépito. Los saludos alegres entre personas que se estimaban y que no se habían visto durante largo tiempo, se escuchaban doquier. El circo había desencuevado a los apáticos y solitarios y encendía un fuego alegre en todas las almas. El único mono del espectáculo reunía cercos bulliciosos y agresivos entre sí de jóvenes y viejos. El mono, inquieto, saltaba de un lado a otro, poniendo en aprietos a la mil veces remendada cadenita que lo sujetaba.

Juan Quinquín y El Jachero, con los sombreros hasta las cejas, no fueron reconocidos. Todos los ojos se iban para la carpa y el mono y los visitantes que llegaban. Alguien se fijó en los guantes de boxeo de Juan Quinquín, y curioso preguntó:

—¿Y esto pa qué es...?

—Pa arrear trompás —contestó El Jachero.

El Dueño del circo se ocupaba en ordenar las tablas para formar el gallinero, en revisar el estaquerío para que las tablas se asentaran bien evitando un posible derrumbe del nervioso público durante la función, cuando llegó la pareja de rurales.

Venía con relucientes botas, de todo uniforme, en sus grandes caballos. Los curiosos se esparcieron y el Dueño se sintió indispuerto al momento.

Un guardia, de rostro afeitado y severo, de mala cara, le dijo:

—Deme el permiso.

Y el Dueño le dijo:

—Ahora mismo iba a pedirlo al Alcalde...

—Pues venga...

Y el Dueño, antes de irse con la pareja, inquieto, le dijo a Juan:

—Que los músicos vayan a pedir sillas y tauretes prestaos a las familias que van a venir, pa hacer los palcos...

Y se fue con la pareja.

El Alcalde lo recibió de pie, en el portal de su casa de tejas.

—Le cuesta veinte pesos la función de esta noche...

—Aquí están —dijo el Dueño, conciente del abuso.

Y se los tendió. El Alcalde los introdujo en un bolsillo.

Y sin extenderle recibo alguno le volvió las espaldas.

El Dueño le dijo:

—Es por tres días... Venimos a defendernos por tres días...

Y el Alcalde se le encimó:

—Por esta noche solamente... Mañana se largan a hacer bulla a otro lao, que por lástima los deajo, que para la otra vez pidan permiso adelantado a ver si se los doy...

Y el Dueño dijo:

—Está bien.

Y el Alcalde, al despedirse:

—Ya lo saben, gratis pa mí y mi familia y mis amigos, y pa esta pareja y su familia, que ella va a cuidar el orden...

Derrotado, triste, el Dueño se retiró.

Sentía la humillación en todo el cuerpo.

El Dueño llegó al lugar donde Juan Quinquín estaba cavando su tumba y se derrumbó:

—Es un puerco —le dijo— es un gran puerco... Me robó veinte pesos y eso por una noche... Y ahora viene él y to su gente a la función... ¿Dónde se van a sentar los marchantes entonces...?

Juan dejó el pico a un lado, miró al Dueño y lo vio tan abatido que desvió la vista hacia la tumba que cavaba, la que le acogería esa noche, en la función, en el número final del programa.

Luego dijo:

—Con tal de que salgamos con los huesos sanos me doy por satisfecho... Esto pinta mal. Yo ni siquiera había oído hablar de este Alcalde...

Desde muy temprana la tarde ya estaba todo el circo en orden para la función. Los vecinos habían aportado sillas de mimbre, comadritas antañosas, largos bancos de pino, taburetes, todo género de asientos. Estos se colocaron alrededor de la redonda pista de yerba y, detrás de ellos, quedó el gallinero bien dispuesto, dura tabla para los traseros juveniles. Allí se sentaba la bullanguera morralla, la que más se divertía, la que haría rodar de valle en valle el eco de su chotería vocinglera, sus puyas y cuchufletas constantes.

No quedó un vecino que no sintiese deseos de asistir. De los cafetales cercanos bajaron, furtivos, algunos atezados recogedores de café.

Nadie quería perder la fiesta. Y fue a causa de este empeño tenaz por lo cual se hizo preciso levantar los telones y rodear con sogas, tensas entre estacas, los bordes del circo donde el gallinero no estorbaba.

Al comenzar la función todos los asientos estaban ocupados, menos el extraño palco del Alcalde. Era este un palco con tres sillones y un sofá de fondo de pajilla de jata. Dos sillas de tijera y un banquito bajo, amarillo, completaban el mobiliaje donde el Alcalde se aposentaría.

La función demoraba. El circo, iluminado por lámparas de carburo, muy sonoras, se llenaba de gritos impacientes. Al fin, se envió un propio al Alcalde, y este dijo que comenzaran la función sin su presencia que ya él iría cuando le placiera, porque se hallaba a pleno hartazgo de lechón y vino tinto.

Vestido con botas altas, negras, deslustradas, pantalones de montar, camisa de leñador escocés, a cuadros, una fusta

en la mano y una gorra de pelotero bien sujeta en su cabeza de severo rostro, el Dueño se apareció en la redonda pista. De inmediato un coro de chiflidos le saludó. Sin inmutarse, tras estallar el foete varias veces y con gruesas voces, anunció al público que el gran espectáculo daba comienzo con la actuación del Mago Maravillas.

Maravillas salió de raído chaquet y sombrero de copa despeluzado, calzando zapatos tennis. Los chiflidos y motes absurdos ahogaron su voz.

Entre el escándalo y las palabrotas realizó mal que bien su acto. Terminó sacando de una caja de dulce de guayaba, forrada de tela prieta, un gran número de banderas internacionales. La última fue la cubana, y grandes aplausos acogieron su salida.

Se retiró muy digno, y, al instante, surgieron los trapeceistas, al toque de un silbato del Dueño y unos cuantos timbalazos premonitorios del cuerpo de músicos.

Entretanto, Juan Quinquín y El Jachero preparaban sus números. Juan pensaba. Todo el día Teresa había estado en su mente. No la había visto. Por los agujeros de los telones ponía su ojo ansioso y la buscaba, sin que la viera en parte alguna.

Pero Teresa se hallaba en un palquito, sentada en una silla de mimbre, vestida de blusa blanca con saya azul marino. Nerviosa, no sabía qué hacer con su pañuelo. Buscaba a Juan. ¿Cómo hablarían? ¿Y si Juan era reconocido y golpeado por los combatientes del desastroso guateque en casa de Cheche Hernández? Estas ideas la atormentaban.

Al fin, llegó el turno de Quinquín. Con el rostro tiznado apareció en la pista. Vestía un pantalón corto, a la altura de las rodillas. En la cabeza, a modo de sombrero, una corona de plumas. Fue anunciado por el Dueño, a grandes gritos, pues el escándalo provocado por su vestuario duró largo rato, como «El Indio Kaoma, come candela».

Y comenzó su trabajo. Grandes chorros de gasolina se encendían en el aire cuando Juan acercaba la antorcha a la buchada lanzada ruidosamente boca afuera. Se rojeaban los rostros de los admirados campesinos. Entre los fogonazos de la gasolina ardiendo Juan la buscaba. No podía mirarla directamente, Sabía que todos los ojos estaban fijos en él. No podía comprometer a Teresa. Y trabajó, con gran éxito, como siempre. Un toque suave de timbal le acompañó todo el tiempo.

A su retirada entró El Jachero. Venía enarbolando un hacha a la vez que exhalaba grandes gritos. A poco llegó a su lado un tarugo con un saco lleno de botellas vacías, que esparció por la yerba.

Rápido, El Jachero descargó su hacha sobre ellas. Las partió en miles de pedazos. Hizo un colchón de vidrios y se quitó la camisa, mostrando su torso sudoroso, ante un público que apenas sospechaba de sus intenciones.

De pie, de espaldas al colchón de botellas rotas, quedó un minuto. Después se dejó caer sobre los vidrios. Algunas mujeres gritaron. El Dueño voceó recio por dos personas del público. Aparecieron. Las hizo subir sobre el pecho de El Jachero de modo que sus espaldas se introdujeron de lleno en la filosa masa. Se sostuvieron de pie un minuto. Cuando bajaron, El Jachero se levantó, mostrando sus lomos al público, donde se veían numerosos vidrios encajados: algunos goteaban sangre.

Hizo El Jachero un ostentoso y gran saludo a la concurrencia, que permanecía en silencio y espantada, y se retiró. Al caminar hacia la tiendecita de campaña donde se hallaban los artistas, algunos vidrios rojizos se desprendieron de su espalda.

La India, una camagüeyana que se había contratado en la última jira por los campos de Zulueta, vino al instante con un

pomito de mercurio cromo. Le arrancó, inquieta y cuidadosa a la vez, algunos vidrios pequeños y aplicó después una mota de algodón empapada en el desinfectante sobre la herida. El Jachero se dejaba hacer sin quejarse. Juan le hablaba sobre el acto siguiente, tras los payasos y el mono, en la próxima actuación:

—En la obrita tienes que hablar muy alto, la gente de aquí no para de conversar.

—Y se ríen y hablan a la vez... Esta gente está salvaje... Pero me oirán. Hablaré bronco como un sapotoro...

Juan se rió. Lavó sus manos en la palangana, llena del tizne de su papel de Comecandela.

—¿Has sabido algo de ella? ¿La pudiste ver...? —le preguntó.

—No he visto na... Pero debe estar ahí...

—Tengo que ver cómo la veo...

—Es barbaridad de gente la que está ahí... Esta noche nos llenamos...

Hablaba Juan sin despegar su ojo derecho del hoyo en el telón. La vio.

—Está ahí... —musitó—, está preciosa... Me gusta de verdad. Si me parece una muñeca... Ya sé donde está... Tengo que hablar con ella antes de irme...

Contento comenzó a vestirse, junto con El Jachero, para interpretar la obrita cómica, punto fuerte de la función.

El palco del Alcalde se hallaba aún vacío. La pareja de soldados y sus familias ocupaban otros palcos. Pero el Alcalde estaba en esos momentos terminando su comelata.

En el circo, el mono hacía reír a chicos y a mayores. Le habían puesto un palo sobre los hombros, con una latica llena de agua colgando a cada extremo. El mono cargaba el

palo y simulaba un aguador dando de beber a los sudados macheteros de los cañaverales. Otras veces, bailaba en la cuerda floja, o pasaba de una silla de tijera a otra velozmente a una orden de su amo.

En el gallinero los guajiros comentaban:

—Con un mono sabio como ese daba yo la vuelta al mundo comiendo y bebiendo como un padre cura...

—El mono es el más sabio de tos los animales. ¡Miren pa eso!

Alguien afirmó:

—¡La verdad es que el mono es más inteligente que el hombre...!

—¡No, no!

—Sí, porque no habla... ¡Mira si sabe que guarda la lengua!

—¿Por eso? ¡No seas zanguango...! ¡No hables cáscaras! El mono es mono... y más na.

Pero el afirmador se entercaba:

—No habla, sí. ¡Por eso es más inteligente!

—Estás chiflado a viaje...

—Sí... ¡Porque si el mono hablara lo pusieran a trabajar!

Y se reía a carcajadas atronadoras. Y a poco el chiste se conoció de un lado al otro del circo y fue coreado con idénticas risas.

—Se pasó pal rabo e la chiva...

—Me traquean los güesos de reírme...

En la yerbosa pista ya estaban los maromeros. El cornetín dominaba la bulla total.

Dos niños, hermana y hermano, hacían juegos sobre un taburete. La niña muy delgadita se metía por el hueco del espaldar, se encorbaba como un majasito y salía por la parte inferior, tras mil penas. La acompañaba un timbaleo suave.

El público comentaba:

—Pobrecita, qué flaquita está...

—¡Qué abuso enseñar a esa inocente a trabajar en eso, si está descoyuntaíta!

Pero la seria niña se retiraba, y Juanito sin Hueso, cuyo número la seguía, ya se había puesto las piernas por detrás del cuello y se balanceaba sobre su trasero.

El público se divertía ante el grotesco espectáculo.

—Parece un sapo.

—Qué barbaridad, como hay que hacer cosas para buscarse los frijoles.

—Lo que es el hambre, caballeros.

—Ese hombre no se desenrosca en to la noche.

—A ese lo descoyuntaron desde chiquitico.

—No sé cómo hay padres que tengan gandinga para hacerle eso a sus hijos...

Los comentarios fueron acallados por la entrada de la trapecista, una joven de largos cabellos castaños, de piel blanca, ceñido su cuerpo por una raída malla amarilla, brillando con miles de lentejuelas.

Ante ella, la belleza, se suspendieron las voces. Fijos, los ojos contemplaban absortos a la hermosa joven.

Esta saludaba sonriente al callado público. Con gracioso mover se sentó en el pequeño trapecio. Y fue izada a grandes halones, que hacían estremecer la carpa por dos robustos tarugos, a su lugar alto. Y allí comenzó a darse mecidas. Teresa, celosa, la veía cruzar sobre sus ojos confusos.

Se impulsaba, y cada vez la mecida era mayor. Su belleza conmovía a todos. Pasaba suave sobre las cabezas. Mal alumbrada, se balanceaba contra los agujeros del techo de la carpa, por donde se asomaba la noche.

La carpa se estremecía; cada vez las mecidas eran mayores. La trapecista, como un ave amarilla, deslumbrante, vola-

ba ya de un extremo a otro del raído techo. Una música rápida la acompañaba.

De pronto se lanzó hacia atrás, justamente en el medio del vuelo, se dejó caer de golpe y se sostuvo por los pies, entrelazados a las sogas del trapecio. Nadie pudo gritar. Se mecía cabeza abajo, sostenida por sus breves pies, las manos extendidas grácilmente, en el mayor silencio. Brillaba en las mecidas cada vez más suaves.

Con un rápido impulso, volvió a su anterior posición. Y mientras los aplausos la premiaban, tornó a mecerse para iniciar nueva suerte.

En ese momento llegó el Alcalde. La pareja de soldados se levantó de sus asientos. Por el medio de la pista venía, con su comitiva, rojo de aguardiente. Sin mirar ni saludar a nadie se sentó. Y comenzó a mirar a la muchacha del trapecio con la mayor atención.

Juan Quinquín había terminado ya de vestirse y se preparaba para salir al próximo acto, la obra teatral, en unión de sus compañeros. No había hecho más que pensar en su encuentro con Teresa: «¿Será posible verla esta noche?», se decía. «¿Cómo....?» No quería arriesgarse y perjudicarla delante del pueblo. No daba con el modo de propiciar el encuentro.

En estas se hallaba cuando la trapecista terminó sus lances, y Juan fue llamado a escena tras el consabido silbato y el anuncio estentóreo del Dueño que apenas podía hacerse entender. Para obligar al silencio, muchas veces tenía que restallar su látigo con la fuerza de un arriero.

Cuando entraron Juan y El Jachero a la pista, fueron recibidos con gran chiflería y superior escándalo. No era para menos. Vestía Juan un andrajo lleno de parches de todo

color. Su rostro aparecía completamente tiznado, pues representaba el papel de negrito. El Jachero, en oposición a Juan, que usaba gorra, lucía sobre su testa una boina vasca: era el gallego. Los violentos rosetones rojos en su cara y los grandes bigotes chorreados lo delataban a los conocedores del giro, sin que tuviera necesidad de hablar con zetas y ces, y entonar el peculiar acento que a veces se tornaba un hilito ridículo y agudo en la voz burlona.

Cuando se acabaron los intensos rumores, los actores comenzaron su obra. Esa era sencilla, y transparente. Trataba de dos habitantes o vagos sin remedio que se las ingenian para vivir sin trabajar, ejecutando cuanta maturranga conocían para alimentar sus estómagos. En aquella ocasión, planeaban fingirse los muertos, cada uno a su vez, y robar las donaciones, para el velorio y gasto de entierro, de sus familiares y amigos.

El Negrito fue el primer muerto, y el Gallego lo lloró a grandes gritos grotescos que el circo en pleno gozaba. Salió el Gallego después y vino con la familia del finado, que se estiraba bien tieso en la yerba. Volvían los gritos, pues los parientes estimaban que ya no era el difunto tan malo como parecía.

El Gallego colectaba unos pesos, y cuando los parientes del muerto se fueron, para volver más tarde al velorio, el cadáver se incorporó, y, tras introducirse la mitad de las ganancias en un bolsillo, díjole al Gallego:

—Ahora te toca a ti. ¡Pal suelo!

Dándole un puntapié en el trasero derribó al Gallego, que buscaba mil formas de entiesarse y en ninguna quedaba naturalmente muerto. Pueblo Mocho entero se ahogaba del contento.

Al fin salió el Negrito a buscar la parentela del Gallego, a comunicarle la dura nueva. Entre llantos lo vieron

tiesecito en la yerba. Hubo peligro de que se descubriera el amargoso truco por causa de una misteriosa avispa picando al muerto, que se defendía con rápidos pataleos. Saltaba a cada lancetazo y el Negrito le disponía rudos golpes con sus pies, para tranquilizarlo, a la vez que le secretaba: «Verraco, tate quieto.» Los parientes, con los pañuelos en los ojos, no podían ver las lamentables convulsiones del difunto, pero la guajirada enloquecía de placer. El Dueño tenía que pedir silencio, por medio de grandes gestos persuasivos, desde el centro de la pista, para que se escucharan las voces de los actores.

El Negrito recogía los óbolos familiares y acompañaba en su salida a la lamentante parentela dándoles pésames continuos y garantizándoles que no se apartaría del cadáver un solo instante hasta que ella volviera más tarde para proceder al velorio.

Pero quiso su mala suerte que al instante de salir la parientería del Gallego, entraran con un muertero, que venía a tomarle la medida, los familiares del Negrito. Y sorprenden al presunto muerto repartiéndose el dinero de la última estafa con el gozoso Gallego.

No hubo explicaciones. El Negrito se echó al suelo y se fingió cadáver. El Gallego a voz en cuello explicaba que era su amigo un real difunto, que estaba muy bien difunto y que lo visto por ellos no era más que el ánima o fantasma del muerto. En esto se hallaba y ya el Gallego tenía medio convencidos a los parientes alarmados cuando entraron sus propios familiarés. Al verlos, el Gallego se dejó caer de espaldas súbitamente, y quedó rígido en el suelo. El Negrito se levantó entretanto a explicarle a la familia del Gallego que este se hallaba muerto y tieso y que lo visto en forma de Gallego era un fantasma. Pero sus propios parientes se habían procurado escobas, y

chuchos de malva loca, bien enterados ya del engaño, y le cayeron a escobazos y chuchazos por toda la pista al Negrito ante los azorados parientes del Gallego. En una de sus carreras el Negrito le pisó la cabeza a su compañero y falso muerto, y este gritó. A su grito, percatada su parentela de que no se hallaba ante un real difunto, apelaron a escobas y chuchos y lo golpearon rápidamente, haciéndolo levantar a todo escape, y por más que el Gallego gritaba mientras corría: «¡Estoy muerto! ¡Respeten a los tiosos, caballeros!», la golpeadura sobre los dos fingidos fantasmas no cesaba. Estafados y estafadores corrían por la pista como exhalaciones.

Había espectadores cuyas convulsas carcajadas les lanzaron al suelo, y allí se retorcían y gritaban a todo placer, congestionados sus pulmones por los esfuerzos de la risa. A cada carcajada correspondía un quejido doloroso provocado por la asfixia. La bulla subía, ensordecedora. El gozo hacía correr las lágrimas. Los jóvenes daban grandes saltos. Nadie hablaba. Solamente se escuchaban los estallidos de las enormes risas y los gritos del deleite que un espectáculo tan soberbio originaba.

El Alcalde se hallaba medio ahogado por los espasmos que arrugaban su enorme vientre. En sus ojos asomaban lágrimas, que corrían y corrían.

Cuando el Dueño anunció el espectáculo de los malabaristas nadie le hizo caso, nadie le oyó. Llamó el Dueño al cornetero que sopló fuerte para anunciar el nuevo número. El Alcalde fue donde el Dueño y, recabada su autoridad implacable, le amenazó:

—¡Hay que poner otra obra o me los llevo presos! ¡Na de maromeros!

—Pero, Señor Alcalde —musitó el Dueño—, ahora no es posible. El programa...

—Qué programa ni un carajo. ¡Se pone la otra obra o los pelo a tos a cuartazos!

Y se retiró, enfurecido, a su palco. Desde allí miraba con ojos de carnicero.

El tembloroso Dueño fue donde Juan y El Jachero.

—Hay que montar otra obra, porque si no el Alcalde nos entra a patás. ¡El muy buey dice que le pela el rabo hasta al mono si no lo complacemos!

—Eso es una machangá —dijo El Jachero.

—Y qué vamos a hacer —le respondió el Dueño—, estamos en sus manos... Es una bestia... Juan Quinquín, ¡dónde tú me metiste...!

En un instante acordaron la nueva obra. Los malabaristas, un poco asustados, se echaron en el suelo de la carpacamerino. Dentro, en el circo, la multitud hacía ruidosos, activos comentarios, y esperaba.

En ese instante Juan recibió un mensaje de Teresa:

«Te están buscando para darte golpes. Esta noche no me busques, no te comprometas...»

Le dijo al portador:

—Dile que esta noche la veo, que ya encontré el modo...

Lo había encontrado; saldría, con algún disfraz, a vender a real las postales donde aparecía la hermosa trapecionista. Con esta venta se habían ayudado siempre. Llegaría donde Teresa naturalmente, y algo le conversaría. Por lo menos, le vería los ojos.

El Dueño, enterado ya de la nueva obra que se había dispuesto, salió al centro de la pista. Tocó fuertemente su silbato, extendió las manos, restalló el látigo y se hizo el silencio.

—Señores —bramó—, la nueva obra que se va a poner en favor del honorable Señor Alcalde, será la llamada *Mete la patica*.

Grande estruendo le interrumpió; a juzgar por el título la obra se anunciaba sensacional.

El Dueño permanecía en el mismo sitio, haciendo señales de guardar silencio a todos. Al fin pudo gritar:

—Pero para poner esta obra se necesita un escaparate grande de dos puertas que no hemos podido traer subiendo esta lomas. Deseamos que algún vecino traiga el suyo y nos lo preste...

Al oír esto, el Alcalde se levantó y gritó:

—¡Cirilo! ¡Trae el escaparate enseguida...!

Cirilo se levantó confuso. La chusma gritaba:

—¡Cirilo, te la partieron!

—¡Cirilo, qué carga e comején te vas a echar en el lomo!

—¡Cirilo, ese escaparate del tiempo e la nana no llega aquí!

Un grupo de campesinos salió como a una fiesta a buscar el escaparate. Cirilo lo llevó a su casa. Lo vaciaron de numerosos objetos, cajas de retratos, ropas de lujo que nadie usaba, manteles bordados del tiempo del lejano matrimonio.

El escaparate avanzaba a hombros y a manos.

Muchos asistentes levantaron los telones y salieron a ver el inusitado espectáculo, la cargazón del mueblón de Cirilo a media noche por la única calle de Pueblo Mocho. De ello se hablaría años y años...

Al fin, el enorme mueble, negro, con deslustradas cornisas y elevados ornamentos en su parte superior, fue llevado a la pista. La gritería con que fue saludada la entrada del artefacto quedó en los anales históricos del pueblo.

Cirilo sintió llover sobre su nombre seis mil cuchufletas amargas. Pero ¿quién se le oponía al Alcalde...?

De inmediato el Dueño pasó a la pista y mandó hacer música. La orquesta ejecutó un parco danzón. Mientras se escuchaba la pieza, dos tarugos trajeron a la pista dos burros de madera y una tabla de planchar, un anafe con renegridas planchas y un sillón de comadrita.

Terminada la música surgió una mujer con el rostro y las manos teñidas de negro. Era Señá Francisca, la negra conga. Cogió una plancha del anafe y comenzó a planchar un túnico que traía en las manos, muy almidonado.

Dos minutos después entró Francisco, su amante, que venía muy figurín, con sombrero de pajilla y de saco largo. En cuanto la vio fue donde ella y comenzaron a acariciarse entre la algazara del público.

En ello estaban cuando sienten tocar fuertemente a la puerta. Y Francisca le dice a su amante:

—¡Es mi marío! ¡Nos ha sorprendió!

Y el amante nervioso quiere huir, pero no halla por dónde escapar.

—¡Si me agarra me mata! —dice a gritos.

Entre la gran bullaranga del público, Francisca le dice mientras sonaban cada vez más altos los apremiantes golpes en la puerta y al grito de: «¡Ábreme, Francisca!»

—Métete en el escapate y sale cuando mi marío se haya dormío...! ¡Tírate de cabeza...!

De un salto, el amante ganó el escapate. Francisca lo encerró en él, apresurada. En el apuro no atinó a pasar bien la llave y una puerta quedó a medio cerrar. El amante, percatado, la sostenía con un dedo.

En estas, llega el marido, un gallego, que había forzado la puerta, portando un machete en la cintura. Grita airado:

—¿Qué pasó, Francisca? Creí que te habías desmayado...

Francisca, con voz pausada, le replicó:

—Estaba tan entretenía planchando que no te oí... Tú sabes que me alelo cuando trabajo y que me voy del mundo...

El marido no dijo más. Se sentó en la comadrita, desplegó un periódico que extrajo de un bolsillo. Leía, al tiempo que se daba suaves mecidas.

Francisca continuaba planchando.

Pero su amante había topado con grave inconveniente: un pie se le salió por la puerta, fuera de control, y aparecía claramente a los ojos del público.

En cuanto vio el pie, la guajirada comenzó con largos clamores:

—¡Gallego tarrú, no leas más y mira lo que hay dentro del escaparate!

—¡Gallego, engánchate el periódico en los tarros!

—¡Gallego, si te jorobas te pinchas...!

Francisca continuaba su labor. Miraba de vez en vez a su marido. Este seguía leyendo impertérito.

Uno de los espectadores, un comerciante de Pueblo Mocho, rojo de ira, gritó:

—¡Esto lo que es, es una inmoralidad!

Su mujer lo acompañó:

—¡Y grande que lo es...!

Una voz chillona les respondió:

—¡Cállense, que hay quien predica moral en calzoncillos! ¡Moralistas!

Entre el estruendo, Francisca planchaba.

Poco a poco la mujer se alarmaba, y para prevenir a su amante comenzó a cantar algo que no se oía por el escándalo del público.

Con esto el Dueño salió a la pista, y lanzó varios latigazos. Cuando se hizo el silencio gritó:

—¡Por favor, caballeros, guarden la compostura para que se pueda entender la obra, que ahora viene lo mejor y tiene un cantico...!

El público lo aplaudió, y se renovó el silencio.

Francisca chillaba un canto alusivo, para que su amante enmendara el error:

*Mete la patita,
mete la patica,
mete la patica,
que te ve el marío...*

Pero el amante o no la oía o no entendía bien de qué se trataba. Francisca volvió a cantar, esta vez muy alto:

*Mete la patica,
mete la patica,
mete la patica,
que te ve el marío...*

Pero el pie seguía a la vista de todos.

El público, impaciente por el desenlace, y ya de parte de Francisca, gritaba:

—¡Mete la patica!

—¡Mete la patica, sorullo!

—¡Mete la patica, verraco, que te la van a arrancar!

El gallego cornudo seguía leyendo su diario sin observar nada.

Francisca se acercó más al escaparate y tornó a cantar:

*Mete la patica,
mete la patita,
mete la patica,
que te ve el marío...*

El amante comprendió claro ya. Hizo un esfuerzo. Se veía su pie agitándose, desequilibrado. No pudiendo introducirlo de nuevo, dijo suave a Francisca:

—No puedo...

Y Francisca le respondió:

—Puee...

El preso tornó a sus esfuerzos. Francisca observaba, nerviosa. Metió el amante al fin el pie en el interior del escaparaté y se cayó adentro, impulsando el mueble, que se derrumbó sobre la pista entre la más fenomenal de las gritas de la noche.

El confuso marido acudió al estrago y se topó con el amante medio aturdido, y a Francisca ayudándole a levantar, pues andaba a gatas por la yerba.

—¿Qué es esto..., Francisca...? —preguntó.

Francisca le respondió al momento:

—¡Es un angelito negro caído del cielo...!

El gallego no replicó. Echó mano a la hoja, que desenvainó rápido, y le cayó a planazos al amante que corría como guineo jíbaro de un lado a otro. Por debajo de las tablas del gallinero corría y el gallego enfurecido le perseguía sin descanso. La bulla se oyó en Nuevo Mundo, en lo más alto de las montañas cercanas.

El Alcalde se sintió enfermo de la risa, su gran comida le congestionaba. Morado, sudaba y soplaba, sin que pudiera contener ni el sudor, ni las carcajadas, ni los resoplidos dolorosos que paralizaban sus pulmones.

Ante él estaba Cirilo:

—Alcalde, me han roto el escaparaté... Que me lo paguen, y me lo compongan algo...

—Te jodiste, Cirilo, te jodiste —gritaba la gente a su alrededor.

El Alcalde le dijo hipando:

—¡No me vengas a quitar la risa con tu verraquera ahora, que son muy pocos los momentos buenos de la vida... y tengo que gozal!

Continuó con sus raudas carcajadas. Cirilo se fue triste mal mirado por la pareja de rurales.

Se hizo el intermedio. El público sabía que se aproximaba un espectáculo sensacional: el enterramiento de Juan Quinquín.

Hasta la abstraída gente que vendía refrescos de limón y naranja, se aprestó al lance grave. El Dueño lo había anunciado a gritos:

—Durante más de media hora será enterrado en vida Juan Quinquín, el valiente de las tumbas, ¡el hombre de las mil vidas! ¡Nadie se pierda este milagro...!

Y cuando llegó el lance cumbre, dijo con gran voz:

—¡Atención, querido público, que ahora se procede al enterramiento...!

Juan se introdujo en la caja de muerto. Era un féretro sin forros, a pura tabla. Clavaron la tapa.

Lo enterraron, en la abierta tumba, a vara y media de profundidad.

Los tarugos palearon largo rato tierra sobre él. El público intrigado observaba. Un tarugo se sentó sobre la tumba, y la función continuó. Teresa mordía su pañuelo.

Irrumpieron los perros amaestrados. Todos de cuerpos flacos y ligeros. Contaban, saltaban entre aros, corrían en do patas, brincaban de taburete en taburete, prorrumpían en ladridos rarísimos a una voz de mando...

Un campesino comentaba en alta voz:

—Las estibas de palos que le habrán arreado a la perra esa pa hacerla aprender. ¡Canallaaaaas!

Los alegres presentes corearon con voces y risas su salida.

Nuevo timbaleo. Un clarinete sopló triste, y salieron los malabaristas, con sus ceñidas mallas, sin lustre. Dieron mil vueltas de carnero y altos brincos y se empelotaron, encaramándose uno sobre otro. De pronto se soltaron, y cada uno cayó en su puesto anterior tras una violenta voltereta.

Uno de ellos, un joven fornido, colocó en sus hombros a un delgado compañero. Sobre ambos trepó una niña, que se irguió delicadamente, de pie sobre la cabeza del flaco malabarista. A una voz, cayeron los dos. En el aire la atrapó el forzado.

El excitante número arrancó aplausos.

Teresa no veía nada. Salió de su palco y se abrió paso hasta sentarse en la tumba de Juan. El público la miraba. Pronto comenzaron las voces de crítica...

Vino su Padre, y la requirió. Los chiflidos menudearon. Como Teresa le hiciera resistencia, la tomó de un brazo y, turbado, casi la arrastró a su asiento.

Los malabaristas habían permanecido quietos; los espectadores vieron el suceso en curioso silencio. Se había interrumpido la función ante Teresa en lucha con su Padre.

Un malabarista subió sobre un barril de cerveza, y lo hizo rodar a fuerza de sus hábiles y rápidos pies por la yerbosa pista. El barril rodaba hacia atrás, de costado, adelante, bien timoneado por los sabios pies. Un tarugo alcanzó cuatro naranjas al artista. Sobre el barril en su constante movimiento las tiraba al aire, al unísono, las recogía y las lanzaba de nuevo. Los globos amarillos fulgían bajo las lámparas de carburo. El público se alelaba, olvidado ya de Juan Quinquin en su tumba.

Se retiraron los malabaristas bajo los aplausos. Salió al instante el Dueño. Tiró dos latigazos al aire y dijo, tras el silencio:

—Señores, mientras el muerto sigue enterrao presenciemos el gran espectáculo del ¡Mataaasieete!

Tronaron los timbales, el clarinete subió a su punto más alto, el saxofón gimoteó violento, y apareció Matasiete, con un casco negro en su cabeza, con una trusa negra cubriéndole todo el cuerpo, con zapatillas negras. Era un hombre muy fornido de unos cincuenta años. La figura atlética impresionó a la multitud. Su torso brilló poderoso, con bíceps imponentes. Aquello sí interesaba: la bestia humana que de un piñazo podía desnucar un caballo. Grandes murmullos de llameante admiración siguieron a su presencia. Matasiete esperó el silencio. Entonces exclamó:

—¡Que venga el hombre más fuerte que haiga por aquí a pulsar conmigo!

El circo se llenó de bulla. Se citaban nombres. Al fin el Alcalde ordenó a Guareao, musculoso recogedor de café, que fuera a la pista a pulsar. En el interín, Teresa que no apartaba los ojos de la tumba, lloraba. Su Padre le dijo:

—Si empiezas con esa lloradera ya te estás yendo pa la casa. ¡Mira que llorar con ese animal enfrente que va a pulsar con el Guareao! Hay que ser mujer pa perderse este inmenso pulseo...

Teresa secó sus lágrimas.

Mientras Guareao salía a la pista y se quitaba la camisa para pulsar más cómodamente con Matasiete, algunas mujeres y niños miraban con pena a la tumba.

Cuando se aprestaban los rivales ante una mesa de cedro, se oyeron voces de mujer:

—¡Saquen a ese hombre ya de abajo de la tierra que se va a ahogal!

—Sáquenlo ya...

El espectáculo del pulseamiento siguió adelante. Matasiete se tornó rojo, pujó, y tiró sobre la mesa, a su izquierda el brazo de Guareao.

Tensa gritería acogió su victoria. Sobre el Guareao llovían las pullas:

—¡Guareao, te reventaste y te cagaste!

—¡Guareao, estás choteao!

El Guareao explicaba a sus amigos:

—Se me fue alante. Arrempujó la muñeca sin darme tiempo

pa na...

Sobre las voces, Matasiete impuso la suya:

—Ahora, que venga el Herrero del pueblo.

El Herrero se levantó de su silla de tijera, medio azorado.

Las pullas cayeron sobre él:

—Se cagó el buey. Ahora...

—Herrero, mira que esto no es clavar casco e caballo.

Lo que te va parriba no es de amigo...

El Herrero avanzó a la pista, entre la sonora expectación, a encontrarse con Matasiete.

Fue entonces cuando Teresa corrió de nuevo a la tumba y empezó a lanzar con sus manos la tierra amontonada.

El público se puso ahora de su parte:

—¡Que se ahoga, que lo saquen! —gritaban las mujeres.

—¡Que lo saquen! —gritaban los niños.

—Está bueno ya —decían los viejos.

Matasiete y el Herrero esperaban el fin del escándalo para comenzar su desafío. Teresa seguía surcando tierra con sus manos. Dos mujeres se le unieron. Un tarugo intentó detenerles la labor, tomando con fuerza por las manos a una mulata. Recibió unos arañazos. Un negro flaco y bravo le golpeó con su puño.

El público gritaba:

—¡Criminal tarugo e mierda, respeta a las mujeres!

—¡Tarugo, puta e tu madre...!

—¡Tarugo, castrón...!

consciente. Lo cargaron. Lo llevaron a la carpita de vestir. Lo echaron sobre un catre. Le dieron masaje. Las mujeres preparaban un cocimiento de albahaca morada.

Teresa tenía, en todo tiempo, la mano derecha de Juan entre las suyas. En la pista, ya Matasiete, acostado en la yerba, tendía dos largos tablones de cedro sobre su pecho e invitaba al público:

—Vengan los ocho hombres más gordos del pueblo, que me los voy a echar arriba. ¡Vengan...!

Teresa decía:

—Juan, no puedes seguir con este trabajo, por poco te mueres...

Y Juan le respondió:

—No, yo respiraba por un canutico de cañabrava que salía pa fuera... Fue una murranga...

Matasiete gritaba:

—¡Los más gordos y más troncús, pa echármelos arriba! ¡Vengan...!

Entre el público, con grandes risas se seleccionaban los más pesados campesinos.

Teresa decía:

—No puedes seguir así, Juan, te diste una gran caída con el escaparate. Ahora te enterraste... Que sea tu última función...

Juan le dijo:

—¿Y de qué voy a vivir?

Y Teresa respondió:

—Yo vivo con cualquier cosa...

Matasiete recibió a los gordos con gran alegría. Les dijo:

—Dos gordos se montan en el lao de acá de la primera tabla. Dos gordos en el lao de allá. Y los otros cuatro gordos hacen lo mismo, hasta que tenga una tonelá de carne arriba...

Juan decía:

—Teresa, yo soy pobre y pasarás trabajo...

Teresa le respondió:

—No me importa...

Matasiete decía a los gordos:

—Poco a poco, suban primero dos de un lado, después del otro suben los otros dos. Es un cachumbambé...

Teresa decía:

—Me voy adonde me lleves...

Juan decía:

—Tengo treinta pesos ahorraos...

Matasiete decía:

—Ya están dos, ahora estense quietos, que falta más gente pa encaramarse.

Teresa decía:

—Piénsalo pronto, Juan, que el viejo viene a buscarme...

Juan le preguntó:

—¿Te vas conmigo esta noche...?

Matasiete gritó:

—¡Traigan ahora dos tarugos pa ponerlos en el medio de ca tabla!

Teresa dijo:

—Sí.

Matasiete gritó:

—¡Ahora delen al tarugo de alante el yunque!

Juan dijo:

—Vete a tu asiento, que yo te voy a buscar...

Matasiete dijo:

—Ahora quédense ahí un par de minutos todos...

El público presenciaba de pie aquella torre de gente sobre un solo hombre. El espectáculo lo emocionaba por completo. El silencio era unánime.

Durante dos minutos sostuvo Matasiete aquella enorme carga sobre su pecho.

Cuando terminó, un aplauso gigantesco llenó el circo. Matasiete se fue orgulloso a la carpa de vestir. Mientras entre una fresca música de timbales, salió el Dueño a presentar la última parte del programa.

Cuando Matasiete llegó a la carpita, Juan le dijo:

—Necesito de ti el mayor favor de tu vida...

—¿Cuál? —respondió Matasiete.

Le dijo Juan:

—Que hagas el acto de los caballos...

Matasiete le dijo:

—Ay, no tengo fuerzas ya...

—Es que tengo a mi novia ahí y me la voy a llevar esta noche...

Matasiete dijo:

—Ah, ya sé... En el corre-corre te la llevas, Quinquincito.

Juan le dijo:

—Sí

Matasiete dijo:

—Corro a la pista a pregonarlo...

Brillando con su sudor, Matasiete se fue al centro de la pista, cuando ya los músicos tocaban para anunciar la mirada del último número: la rumba bailada por la rumbera Mariana.

Con un gesto detuvo la melodía y dirigiéndose al público dijo a gritos:

—¡Señores, en honor a Pueblo Mocho vamos a presentar al público el acto sensacional, lo mejor de la noche!

El silencio se acentuó.

—¡Pido —gritó— dos caballos de los más potentes de aquí, que me voy a fajar con los dos en el medio de la calle.

Aquel excitante anuncio motivó rápidas conversaciones entre los campesinos.

—¡Yo tengo afuera mi moro de siete cuartas!

—¡Y yo mi careto!

—¡El mío es nunca a una res de un jalón!

Matasiete aceptó los dos primeros.

Pidió con nuevos gritos que el personal saliera en orden a la calle y que se aprestaran a ver lo nunca visto, un hombre fajado con dos caballos.

El público salió entusiasmadísimo al callejón. Ya era medianoche, pero nadie tenía sueño. El Alcalde encendió un gran tabaco y se hizo llevar un taburete al medio de la vía. Allí se sentó y fumaba complacido viendo a los potentes caballos cómo se movían asustados de un sitio a otro. Sus jinetes amarraron los lazos al pico de ambas monturas. Matasiete, desnudo de la cintura para arriba, mostraba un torso peludo y de imponente musculatura. Con gran lentitud se preparaba al combate. El pueblo los rodeaba.

La pareja de la guardia rural a una orden del Alcalde desenvainó los machetes e hizo apartar a los campesinos del lugar de la contienda. Se trajeron antorchas de carburo y la calle de tierra se iluminó. Soplaban un fuerte aire, frío, que movía los mecheros de la luz, sin apagarlos. Nadie apartaba los ojos de Matasiete enlazándose los brazos ya. Antebrazos, muñecas y manos se ajustaban a las sogas, listos a soportar el bárbaro empujón.

Al fin se dispuso todo. Un jinete afirmaba en alta voz:

—¡Le arranco un brazo! ¡Se lo voy a arrastrar por la tierra...!

Matasiete, los brazos en cruz, una soga tensa a la derecha, la otra soga, tensa a la izquierda, dijo:

—No jalen hasta que yo no diga que jalen...

Y se afirmaba los pies en el suelo. Revisaba con la vista la colocación de las sogas en sus manos. Respiraba fuerte. Contraía y relajaba sus músculos a la vez, iluminado por las antorchas, rodeado de centenares de campesinos de

montaña, expuesto su torso espléndido al aire frío que soplabo rachudo.

De pronto gritó:

—¡Jalen!

Ambos jinetes picaron a las bestias con sus afiladas espuelas. Los cascos levantaban polvo. Matasiete contraía su robusto cuerpo. Tensa la viril musculatura.

Alguien gritó:

—¡Los tiene parados...!

Las espuelas puaron de nuevo los vientres. Los caballos halaron con suprema fuerza.

Las sogas fueron resbalando poco a poco por las muñecas de Matasiete, cuyo rostro rojeaba por el rudo esfuerzo. Sus bíceps parecían estallar, los músculos abdominales marcando un relieve durísimo. Resbalaron las sogas. Los caballos vencieron.

Matasiete enseñaba las manos sangrantes.

—Los paré —decía—, los paré. Eso es lo que yo habí dicho...

Los comentarios estallaban.

—Es un animal, un animal

—Paró en dos patas al careto...

—Pero no hay quién pueda con caballo de montero...

Matasiete entró a la carpa. El pueblo se dispersó. Rendido, el hércules se echó en su catre de lona, paralelo al de Juan Quinquín. Miró al catre de Juan. No vio su jolongo, no vio los dos pares de guantes de boxeo, no vio a Mariela.

IV

Teresa Canelo, de la mano de Juan Quinquín, iba montaña arriba, a rápido paso. Nerviosa, sus pies tropezaban con las piedras entre la yerba. Los bejucos de la perezosa enredaban sus piernas. La luz de los astros era suficiente para ver el camino, pero ella estaba convertida en un torbellino de nervios asustados.

—Ay, Juan... —decía a cada instante—, no veo nada...

Juan, callado, la tomaba de la mano y la ayudaba a subir, partiendo hojas, abriendo trocha en la maleza. Al coronar una lomita, Teresa dijo:

—Juan, no puedo más...

—A descansar —dijo Juan.

Abajo se divisaba el pueblo. Las luces del circo se veían como estrellones blancos. Se oían los gritos del público. El buen Matasiete se enfrentaba con los caballos... Juan descansaba y secaba el sudor del rostro con los guantes de boxeo que tenía enredados al cuello. Teresa había dejado la jaula de Mariela sobre la yerba. La zunzuna, insomne, volaba de un lado a otro de su caja de estrechísimos barrotes. Juan le alcanzó un trozo de plátano macho maduro, que Mariela picoteó.

Junto a la jaula, el jolongo de Juan, con alguna ropa, alguna medicina. Los guantes de boxeo permanecían en su cuello.

Teresa le preguntó:

—¿Para qué quieres tanto, Juan, a esos guantes?

—Son una mina... —dijo Juan.

Reposaron. Teresa le acarició el rostro.

—Ahora no, Teresa... —dijo Juan—, que estamos escapando.

A los pocos minutos de descanso Juan Quinquín se incorporó:

—Tenemos que apurarnos —dijo—; ya tu viejo tiene que haber descubierto que te levanté...

Teresa se estremeció. Echaron a andar bajo los árboles por la manigua. Juan, sosteniéndola por la cintura para que no cayera, le dijo:

—Tenemos que andar por el monte porque por el camino nos van a buscar, y, a caballo, nos cogen. Cuando sea de día ya será tarde para ellos...

Apretaron el paso por la yerba húmeda. El monte brillaba, silencioso. Salvo alguna que otra ciguapa o lechuza que salían a cazar no se veía animal alguno. Árboles mantequeros, grupos de cuajaníes, de dagames, guamás, y algarrobos sobre todo, árboles de gran follaje, beneficiosos para el café, daban una sombra tupida para los amantes en fuga.

Un arroyo atravesaba el monte. En la oscuridad, Juan no hallaba por donde vadearlo. Se detuvieron. Teresa, tan pronto dejó de caminar, comenzó a sentirse mal. Pensaba en su padre, en la persecución que ya debía de haber comenzado. Juan se inquietaba por el confuso rumbo.

—Hay que pasar el arroyo. Por aquí me marcó El Jachero que se sabe la zona de memoria. Por aquí hay que pasar. Y al llegar a la loma esa que forma un gorro, torcer a la izquierda...

Teresa dijo:

—Paciencia.

Juan siguió buscando un vado. Se separó unos minutos de Teresa, cuyo «ven pronto» apenas oyó. Se encaminaba al ruido de una cascada del arroyo. Hasta allí llegó. Trepó sobre las rocas musgosas y halló que la corriente tenía fondo firme de piedra.

Teresa lo vio llegar asustada. Entre las sombras parecía un persecutor. Se escondió tras un tronco. Juan, al no hallarla, la llamaba en voz baja:

—Teresa ..., Teresa...

Teresa lo oyó.

—Ay, Juan, vámonos pronto...

—Por allá arriba se puede pasar...

Subieron las rocas. Se descalzaron. Lentamente la corriente fue vencida. Mariela se mojó un poco al fallarle un pie a Teresa, que resbaló en un musgo del fondo rocoso.

Ya en el otro lado, el ruido de la cascada aumentaba. En la sombra se veía el tumulto de brumas blancas del agua rota entre las peñas. Juan apretaba el paso.

Atravesaron un pomarrosal, abundante en las zonas húmedas. Crujían las hojas secas de los cafetales, acumuladas por años y años, podridas, formando gruesos mantos, olorosos a moho, a lluvias viejas. El rocío mojaba sus ropas.

Había neblina ya. Marchaban unidos. Juan sostenía el jolongo en un palo, y Teresa llevaba a la zunzuna en su mano izquierda. Juan la enlazaba a veces por la cintura, mas, al subir cualquier cerro le daba la mano y la auxiliaba. Hubo lugares en que tuvieron que escalar una pendiente violenta, pasando de un tronco a otro más avanzado. Teresa rió, en un esfuerzo.

Juan comentó:

—Mi alegría es que te rías en esta noche tan linda...

Y Teresa dijo:

—Río porque andar en cuatro pies, subiendo una loma, es para hacer reír..., y también porque estoy contigo.

Juan la alzó a su pecho y le besó el rostro cubierto de sudor y rocío, y niebla.

Estaban ya cansados, pero no podían detenerse un largo tiempo; no era prudente. Sentados en la altura Teresa vio a lo lejos alzarse una llamarada.

—¡Mira, fuego en Pueblo Mocho...!

Juan miró. Vio la enorme llama lejana.

—¿Qué se quemará...? —preguntó.

Teresa le dijo:

—Yo lo sé. Es el circo. Lo han quemado.

—¿El circo?

—Sí, conozco al Alcalde, es un bruto, un criminal...

—Pero, ¿qué le ha hecho el Dueño si lo complacía e
todo?

—No era el Dueño, era yo...

—¿Tú, Teresa?

—Sí. Estaba enamorado de mí, como un perro... Esa e
su venganza.

Juan calló. Sintió la ira apoderarse de su sangre.

—¿Pero no hay nadie que pueda con este hombre...?

—Nadie. Roba, mata. Hace lo que quiere. Está protegi
do por los políticos. Consigue miles de votos por aquí...

Juan dijo:

—Palante. Ya descansaremos.

Y tornaron en su avance, lento, por la manigua, los cafe
tales, las colinas que se sucedían, elevándose siempre.

En un desfiladero diminuto hallaron una cueva. Tenía un
boca ancha. Por sus lados resbalaba un hilo de agua.

—Juan, si no nos persiguieran... Qué lindo sería dormi
en esta cueva... Busco hojas y hago la cama...

Juan se alegró de oírla. Era dichoso. La sola voz de Tere
sa, su cuerpo en la mano, la entrega de su vida, a él, un
cirquero... Inquieto en su fuga, sentía una dicha entera.

A las tres horas de marcha, tras pasar un tupido plante
de naranjos agrios, Juan le dijo:

—Mira... Mira allá, Teresa... ¿No ves la loma del gor
ro? ¿Es un gorro? Orita va a amanecer y lo veremos
mejor...

Avanzaron por media hora más. Los gallos cantaban por todas partes. Se sentía la frescura del alba. Breves claros iluminaban tenuemente las yerbas. El guareao cantaba a lo lejos.

—Hay que doblar a la izquierda ahora. El gorro está ahí enfrente...

Doblaron. Ya albeaba de firme. Pasaron unos bohíos frrados de yagua; otros de barro. Los gallos alborotaban los montes. Algún que otro sinsonte trinaba.

Juan besó a Teresa, en un arranque de ternura.

Salvaron un potrero, con un babiney pequeño en el centro donde bebían unas vacas negras. Se oían cantos campesinos. Las guajiras llamaban a las gallinas para echarles maíz... Su ¡pi pi pi, pi pi pi! gracioso rebotaba de loma en loma. De los bohíos salían leves humaradas.

—¡Ya, El Sopapo! —gritó Juan gozoso—. ¡Ya llegamos...!

Teresa dijo, fatigada, alegre:

—Mira la tienda. Ya no nos alcanzan...

Por un trillo bordeado de malvalocas llegaron a la tienda. Allí, en el portal, los esperaba El Jachero.

Juan lo abrazó.

—¡Mira a mi reina, Jachero, qué guapa es! ¡Se fajó a subir lomas como un hombre...!

Teresa se avergonzó de que la vieran con Juan. Juan le echó el brazo encima. El Jachero dijo:

—¿Ya ves que dio resultado que yo viniera delante, como conocedor de la zona pa preparar las cosas aquí? Ya conseguí para ustedes, prestaó, el rancho de Pedro Romero...

Juan dijo:

—Vamos pallá...

Y salieron los tres rumbo al rancho. Pero antes se avituallaron en la tienda de galletas, queques, latas de sardinas,

salchichón, chorizos, arroz, frijoles, queso, manteca, azúcar, sal, tocino. El Jachero se echó al hombro una caja de cartón con los víveres. Juan dijo:

—Jachero, hay que buscar un plátano maduro para Mariela, que no ha dormido en toda la noche.

Teresa dijo:

—Pobrecita...

Bajaron hacia unos cafetales, y, en el costado de un cerrito vieron el rancho. Este era viejo, un poco inclinado a un costado, el guano del techo en mala condición.

—Es una casa y más na... —dijo Juan.

—En una semana levantamos un rancho de primera —anunció El Jachero .

Teresa entró, tímida, en la casa. Había una cama, de estilo antiguo, de hierro, con pilares rematados en bolas de metal. Los tapumes olían a fresco. El Jachero había hecho bien su trabajo. Se encaminó a la cocina y dijo:

—Ya tengo colgá aquí mi jamaca. Y aquí me duermo...

Se descalzó y se echó vestido en ella. Al momento, roncaba.

Juan se desvistió y se acostó rendido por la fatiga del intenso día. Teresa salió por la puerta del fondo del patiecito. Juan se estremeció en la cama cuando la sintió orinar.

V

El Jachero y Quinquín salieron temprano rumbo a la casa del Apoderado. De entre sus muchas fincas, iban por una. El Jachero le conocía y ya había recibido ofrecimientos en una ocasión para trabajar de aparcerero.

Antes de salir, El Jachero le dijo a Teresa:

—Si te aburres un poco, rasca el tres de Juan... Yo lo traje del circo... Eso no se podía quedar atrás...

Y se lo tendió.

Teresa le dijo:

—Hay mucho que hacer en el rancho. Vengan temprano pal almuerzo.

Cuando los hombres salieron, Teresa barrió, acotejó los pocos asientos, tendió el camastro, fregó la mesa, una fuentecilla de latón, tres platos de lata, varias cucharas de peltre y un cuchillo de mango de cuerno de toro.

Después se echó en la cama y pensó:

«Papá me estará buscando, lo conozco. Papá me quiere mucho, pero no me comprende. No sé cómo se le ocurrió que yo debía casarme con el Alcalde si este se divorciaba... Es feo, es gordo y es bruto y es criminal. Primero muerta. Pero Juan es muy lindo y es bueno. Yo no sé cómo me he ido con él, pero no podía dominarme; si no me voy me muerdo. Aquí seré feliz, y en cuanto lo veo soy feliz. Pa lo que venga vamos a luchar juntos. No tengo comodidá pero estoy a gusto. Vamos a luchar. Estoy contenta con lo que hice.»

Y se sonreía.

Por el camino El Jachero le decía a Juan:

—Es un gandío este hombre. Aprieta mucho. Pero qué vamos a hacer, ahora estamos abajo, y él lo sabe y nos va a poner condiciones horrosas, pero hay que aceptar. Entre tú y yo cogemos la tierra...

—Y la vamos a echar palante...

El Jachero dijo:

—Cuando él vea que somos dos hombres nuevos y de trabajo nos va a dar más tierra, y levataremos una colonia de café que hará temblar al buey...

Conversando llegaron a la casa del Apoderado. Era una casa de mampostería, ancha, con varios cuartos muy amplios, gran cocina, vasta sala. Para edificarla, para traer lo mas arriba los materiales de construcción, hubo que realizar hazañas memorables. Era la suya la mejor casa en la región del Sopapo.

El Apoderado los recibió enseguida. Era un hombre de rostro moteado de manchas rojas. Usaba un anticuado sombrero de pajilla, que ninguna moda pudo cambiarle.

Los recibió jovialmente.

El Jachero le expuso el caso. El Apoderado dijo:

—Tengo una tierrita, dos caballerías..., por la Loma de Candela, que está buena pa levantar un cafetal. Se las doy con la condición de que en un año tiene que estar desmontada y sembrada de punta a proa.

El Jachero y Juan dijeron:

—Sí... Sí...

El Apoderado prosiguió:

—Allí pueden levantar el rancho. Allí pueden hacerse hasta ricos, pero hay que menear el cuerpo, porque hay quien no hace ni por el gallo en cuanto coge la refacción.

Juan Quinquín dijo:

—Sin refacción no se puede trabajar...

El Apoderado afirmó:

—Claro, claro...

Prendió un tabaco y dijo:

—Yo doy la refacción, pero vigilo el trabajo... No sea cosa que me tumben la jama... Si el Doctor viene y me ve fracasado en las tierras que le administro, me tumba del caballo en dos palos...

El Jachero le repuso:

—¿Pero cómo usted piensa eso de nosotros...?

El Apoderado, después de una larga y deleitosa fumada, le afirmó:

—Se han dado casos... Pero ustedes se ve que son hombres de trabajo y de palabra. La refacción la cogen en la tienda de Guayabo Viejo. Pero esa refacción la pagan en cuanto empiece a rendir el cafetal... Porque eso no sale del aire, sale de mi bolsillo. Y estamos a negocio... En los negocios el blandito se chiva.

Echó una bocanada de humo y prosiguió:

—Así que podemos firmar los papeles... Refacción, y después una tercia limpia de la cosecha. Ustedes pagan el resto. La tercia del Doctor es limpia. Y después ya veremos.

Juan y El Jachero aceptaron. El Apoderado trajo unas escrituras. Firmaron.

El Apoderado les brindó café. Después les presentó un par de hachas y una lima de afilar. Se las entregó y les dijo:

—¡A desmontar...!

Quinquín cogió las dos hachas. El Apoderado sacó un billete de veinte pesos de su cartera y se lo entregó a El Jachero. Les dijo:

—Con esto se van remediando... Y ahora lo que hay es que trabajar fuerte...

Se dieron las manos. En el fondo, El Jachero y Quinquín estaban contentos. Un futuro de trabajo se les abría y contaban con el tiempo y con sus fuerzas.

Al entrar en el rancho Juan encontró al Padre de Teresa. En el rostro de su mujer había lágrimas. Juan extendió su mano. Con visible disgusto se la estrechó el Padre. El Jachero salió al patio. No debía oír nada.

Teresa dijo:

—Juan, el Alcalde quemó el circo. Dijo que la fuga se había preparado allí, que el Dueño era un sinvergüenza y

que era el culpable... Estaba muy enamorado de mí y quemó el circo por desquitarse ...

Juan repuso:

—Ya lo imaginamos, que el circo se había quemado...

El Padre dijo, sin mirar la cara de Juan:

—Muchos nos hemos desgraciado esa noche...

Juan calló. Teresa se puso pálida.

El Padre prosiguió, tras una pausa en que se calmara:

—¡Lo que pasó, pasó...!

Juan callaba. Teresa dijo:

—Soy feliz...

Fue a la cocina y trajo el café. El Padre y Juan bebieron sorbos lentos.

Después el Padre se retiró. Besó a Teresa y dio la mano a Juan. Había traído un gran bulto con la ropa de Teresa, dos barras de dulce de guayaba para su hija, su dulce favorito. Se perdió loma abajo jinete en un caballo alazán de gran alzada.

Al día siguiente El Jachero y Quinquín tumbaron los palos que serían los troncos del rancho, alguna yaya, un mantequero. Para tablas, algarrobo. Entretanto un desmochador de la zona subió algunas palmas utilizando sus trepadoras de maguey y cortó gran cantidad de pencas. En tres días sobre una lomita, aparecieron las horconeras clavadas en tierra. Bajo una guásima los dos amigos serruchaban las tablas que forrarían el rancho.

Era esta una labor penosa. Olía la madera, su aserrín húmedo. Un polvo pardo flotaba leve en el aire. Hasta el oscurecer serruchaban.

Al fin, forraron la casa. Y vino la cobija. Teresa cocinó en dos grandes cazuelas, fricasé de guanajo. No pudieron

conseguir lechón para los cobijadores, pero el fricasé alcanzó valiosos elogios. Cobijaron los vecinos en domingo. El lunes se trajo la mudada a lomo de mulos.

Era la casa fresca, con dos cuartos —uno para El Jachero—, una cocina, un comedor, la sala. Juan carpinteaba una mesa grande de comer. A su vez El Jachero preparaba un escaparate. Sábanas, colchas, cacharros, habían endeudado a Juan. El Apoderado vino a ver la casa y les dijo:

—Ahora, a tumbar el monte...

Comenzaron, con hachas y machetes, a chapear la manigua alta. Durante dos meses no hubo descanso.

Los nuevos colonos cortaban arbustos, y toda clase de árboles que no fuesen de gran sombra. Y aun los de sombra que no dejaban espacio al café. Y quemaron. Las humaredas cubrieron las montes de enormes nubes. El viento las movía, y por varias semanas un neblinazo espeso abrigó las barrancas. Día y noche ardieron los palos hachados. Desde el lejano Pueblo Mocho se distinguían las quemazones constantes.

En esos dos meses Teresa supo que iba a tener un hijo. Supo también que Juan era bueno. Juan llegaba rendido del trabajo, y ella le tendía un cubo lleno de agua tibia. Juan se bañaba y con ropa limpia venía a la mesa. Los dos hombres necesitaban comer tremendamente, y la mesa siempre se cuajaba de viandas y succulentos ajiacos. La cría de gallinas de Teresa regalaba huevos. Ya tenía una puerca preñada. Teresa había logrado una pequeña hortaliza. Los hombres se alimentaban a plenitud.

Juan era bueno y gran trabajador. El Jachero era, a veces, más divertido. Después de la comida, Juan se entretenía con Mariela, le silbaba y le decía cosas sencillas, le cantaba coplas. El Jachero, por su parte, rascaba el tres y se entonaba a menudo, a prima noche sobre todo. El

Jachero cantaba viejas décimas jocosas, amadas del campesino:

*Apreciable señorita
desde que la vi, caramba,
me entró una rebambaramba
de amor que no se me quita.
Y por verla tan bonita
yo quisiera ser su novio;
y para mayor agobio
cada vez que yo la veo
me hace andar al guatrapeo,
relincho y tiro corcobio.*

Juan, tras de una risa, improvisaba:

*Vengo de tumbar al suelo
el más encumbrado palo
y lo traigo de regalo
para Teresa, mi cielo.
Teresa, qué gran consuelo
tengo al regresar a casa;
yo no sé lo que me pasa
que cuando llego del monte
requinto como sinsonte
para tu amor que me abrasa.*

A Teresa se le humedecían los ojos. Con su brazo sobre el hombro de Juan lo oía embelesada. Juan cantaba lo que se rendía de sueño. Era feliz. Cuando Teresa se inclinaba por el futuro, Juan le decía:

—El que nada no se ahoga...

Y Teresa se llenaba de fe.

Lo necesitaba. Quedaba sola largas horas, casi toda el día. Escuchaba a lo lejos resonar las hachas. Veía

humaradas de la quema. Sinsontes, mayitos, zorzales, tomeguines, la acompañaban. En las tardes algún caracatey errante le hacía llegar su áspero grito.

Desde la lometa divisaba el valle nebuloso. Veía el morado de las montañas de vegetación seca, los verdes parduscos que se iban alejando hasta volverse distancia, allá, donde la tierra se perdía, de vertiente en vertiente, hasta quedarse clara como el cielo, y azul claro y neblina. La acompañaba la fe en su Juan. La dicha de oír las hachas. Allí estaba él. Trabajaba ella cantando, por horas. Pero a veces se quedaba en silencio, fatigada, y se entristecía de una remota pena. Deseaba ver a su padre, que no había vuelto; su padre viudo. Deseaba alguna amiga, una conversación alguna vez. Y entonces reía y pensaba: «Qué loca soy: mi mundo es este, en la montaña, junto a Juan.»

VI

Cuando desmontaron totalmente, Quinquín y El Jachero decidieron hacer un buen conuco antes que nada. Con un arado y la yuntica de bueyes que pidieron prestada a un vecino, prepararon terreno y sembraron malanga, calabaza, boniato, maíz, yuca. Teresa había sembrado ya, en el patio, aguacates, mangos macho y chino, una mata de mamoncillo, anoneros y papayos.

Tras las rápidas labores del conuco Juan y El Jachero comenzaron con el café. En tres meses cuajaron la colonia. Con las lluvias las plantas prosperaron. Un materío verde claro cubrió las lomas. Los colonos respiraron. El Apoderado los felicitó, y hasta jugó una partida de dominó con

ellos, un domingo, en el colgadizo de cinc de la tienda Guayabo Viejo.

La siembra de la colonia los mantuvo contentos varios días. Después, Teresa bajó a Pueblo Mocho con Juan a su padre, mientras El Jachero se fue por tres días a visitar a su familia en Camajuaní.

El Padre los recibió con grandes atenciones. Se comió arroz con pollo, se bebió cerveza. Compró a Teresa un vestido, y Teresa gozó sobremanera el primer día.

Al segundo día el Alcalde visitó la casa.

Juan estaba en La Casa Grande, la mayor tienda mixta del pueblo, donde se vendía desde un orinal hasta una pieza de seda china, cuando vio el caballón dorado del Alcalde arrastrado a un horcón del hogar de su suegro.

Despacio pagó su compra, y con el paquete bajo el brazo se dirigió a la casa donde el enorme caballo movía sus patas entre cagajones y orina maloliente.

Entró. En la sala se sentaba el Alcalde. No saludó. Miró al suegro, a Teresa, y siguió al comedor. Teresa vino tras él.

—Mira lo que te compré —le dijo Juan.

Teresa, curiosa, desempaquetó. Brincó de asombro: —¡Un chal de seda!

Y acarició con su mano derecha la cintura de Juan.

Juan siguió a su cuarto. Teresa lo siguió. Le besó.

Juan le dijo:

—Nos vamos...

Teresa comenzó a preparar el jolongo.

Juan fue a la sala.

—Nos vamos —dijo al suegro.

El suegro se asombró:

—¡Pero quédense un día más...! Pa eso no hubieran venido...

—No. Hay que irse, porque los caminos están buenos hoy, pero con la cerrazón que hay, pa la tarde está lloviendo, y en un adelantón nos llevamos la parte más mala del camino...

El Alcalde no lo miraba. Juan volvió la espalda y tornó a su cuarto.

El suegro dijo:

—Con su permiso, Alcalde...

Se levantó y fue tras Juan.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó.

—No necesito na...

Ya Teresa tenía preparado el jolongo.

Juan preguntó:

—¿Y este cabrón, a qué vino...?

El suegro le respondió:

—A la maldad...

Juan dijo:

—Esto va a traer sangre. Yo soy incapaz de matar a una arañita, pero a este canalla que se cree que me va a quitar mi mujer se la voy a partir...

El suegro le dijo:

—Dele de canto a eso. Un hombre tiene que mirar, no desgraciarse así como así...

—Pero ningún hombre que sea hombre aguanta que le vengán a levantar la mujer... Se la voy a partir...

Teresa le dijo:

—No, Juan. Yo soy tuya.

Se despidieron del suegro y cruzaron por la sala sin saludar. Salieron a la montaña por un trillo que asaltaba un costado de Pueblo Mocho.

VII

Había caído una copiosa llovizna y esto les impedía avanzar en su trabajo. A media tarde se encontraban El Jachero Quinquín bajo de una baría coposa cuando vieron venir jinete en su mulo gordo, al Apoderado.

Dio este unas vueltas, y llegó suavemente a la baría. Chocó las manos con sus aparceros, y habló:

—Bueno, la refacción no puedo seguir dándosela..

El Jachero preguntó:

—¿Y eso...?

—Eso es que la situación está mala. El café no se vende bien... Y agregó:

—Cuando aprieta pa uno aprieta pa tos...

Juan pensó un poco. Luego dijo:

—Pero así no fue el contrato...

El Apoderado dijo:

—Bueno, se puede romper...

El Jachero preguntó:

—¿Y la colonia de 50 000 matas que ya hemos levantado?

El Apoderado le contestó:

—Eso se le paga como bienhechurías. Así nos podemos arreglar...

Juan le respondió rápidamente:

—No. Nosotros seguimos con la colonia. Después de que nos hemos ripiao tanto tiempo no se la vamos a regalar...

—Deben en la tienda más de cuatrocientos pesos... Cuando el café venga a parir la cuenta pasara de dos mil pesos... Esa deuda le va a costar años pagarla. Porque, eso sí, hay que pagarla del café que se recoja. Las cosechas pagan. Yo no les voy a regalar ese dinero de bobo... El doctor no es verraco. Los negocios son los negocios...

El Jachero dijo:

—Esto es verdad.

Juan dijo:

—Sí, es verdad. Pero nos vamos a empeñar muchos años.

No tendremos ganancias.

El Apoderado dijo:

—Lo mejor es que yo les pague las bienhechurías...

Juan pensó. Después replicó:

—No. Yo puedo conseguir dinero para comer...

El Apoderado dijo:

—Pero en la tienda ya tienen suspendido el crédito. No lo olviden...

—Sí —dijo El Jachero.

Juan pensó:

«Ahora hay que talabartearla. Yo me la he talabarteadado toda la vida... El café irá creciendo, y esa deuda la pagamos en la primera cosecha...»

El Jachero entendió su pensamiento:

—La tierra va a producirnos. Pa eso trabajamos... Usted será un vivo, pero nosotros sabemos defendernos...

El Apoderado dijo:

—Yo no soy un vivo. Yo lo que hago son negocios. Yo puse la tierra, ustedes el trabajo. Ustedes tienen que vivir y yo también...

Juan le repuso:

—Pero no va a vivir de nosotros porque tiene la tierra. Yo la trabajo, le doy su parte y tengo la mía. Es parejo.

El Apoderado dijo:

—La tierra es mía. El trabajo lo ponen ustedes. Pero no olviden que la tierra es mía...

Juan Quinquín se quedó mirando al Apoderado. Pensó.

Le preguntó:

—¿Y esta tierra, cómo la consiguió, a ver...?

El Apoderado dijo:

—Se la dejó su padre al Doctor...

—Y a su padre se la dejó su abuelo, ¿no?

—Sí, y así vino de mano en mano la finca hasta llegar a nosotros...

El Jachero dijo:

—Yo sé que el primero que la tuvo fue porque se la dio el rey de España...

—Claro...

Juan Quinquín dijo:

—La tierra era de los indios y se la quitaron los gallegos después que los mataron a tos..

El Jachero dijo:

—Los indios eran muy nobles, pero no sabían pelear. Mataron los gallegos a tos ellos y les robaron las tierras...

El Apoderado dijo:

—¡Claro que así fue...! Pero así es el cabrón mundo, hoy la tierra ya está repartía y dentro de la ley...

Juan Quinquín miró el vuelo de un sinsonte que vino a posarse a tres varas de ellos, en un guamá.

El Jachero dijo:

—Sea como sea, esta tierna es robá...

Teresa los recibió contenta. Dijo a Juan:

—El de la finca fue a verlos, ¿los vio?

—Sí —dijo Juan—, nos quería chulear la colonia...

El Jachero explicó a Teresa.

—Ya no va a dar refacción... Se acabaron las facturas de la tienda. Ayer traje el último ranchito de frijoles y garbanzos. Creo que diez libras de harina ¿no...?

—Y diez de papas también —le respondió Teresa— cinco de manteca...

Juan dijo:

—Tenemos comida para cinco o seis días. Con la hortaliza y el conuco nos vamos a defender...

Y agregó:

—Pero mientras no para el conuco tenemos que talabartearla por ahí. Nos vamos a buscar comida por ahí...

Teresa dijo:

—Yo voy con ustedes.

Juan dijo:

—Bueno.

Teresa dijo:

—A comer...

Y se sentaron ante la mesa. Y comieron con alegría. Juan dio papa a Mariela.

Después de la comida Juan cogió un taburete y lo recostó a un horcón, y El Jachero haló por el tres, y un punto cubano alegre danzó en el bohío.

*Ven a gozar, Pastorita,
a los encumbrados montes
donde cantan los sinsontes
sus canciones más bonitas.
Allí verás plumaditas
las mariposas sencillas
volando de orilla a orilla
en intrincados caminos
brindándole al campesino
blanca flor de campanilla.*

Juan pensaba, escuchando mal la décima:

«Este cabrón del dueño quiere quitarme la colonia.

Fracasó, pero va a seguir chivando. Él sabe que el hambre rinde a cualquiera. Se quiere quedar con la colonia y sacarle miles de pesos. Después que la desmontamos y la sembra-

mos se la puse en la boca, y se la quiere tragar. Se cree que
somos dos bobos...»

El Jachero cantó una cuarteta:

*Convidé al perro Trabuco
al campo a cazar jutia,
me dijo que no sabía
caminar por los bejucos.*

Juan pensaba:

«La colonia la levantamos El Jachero y yo, janeá. A pulso. Mojaos y sudando. Después que la levantamos janeamos este cabrón se le quiere llevar... Sabe mucho, pero con nosotros se chiva de parte a parte.»

Teresa pensaba:

«Juan no anda claro. Está pensando en el porvenir. A mí me da lo mismo estar aquí como en Bayoyo. Lo que yo quiero es pelea. El niño lo va a desenfuñar mucho.»

El Jachero cantaba:

*En un baile de jutía
de mucha comportamiento
se comprometió un ratón
ser timbalero hasta el día...*

Juan pensaba:

«Esta vida es una guerra. Siempre hay quien lo quiere tumbar a uno. Uno va de aquí pa allá buscándose honradamente la comida y siempre hay quien chiva al otro. Cuando era herrero, el dueño vivía de mí. Me daba un peso y se embuchaba diez... Y así... Hasta el vivo dueño del circo, tan amigo que se hacía, nos pelaba a tos. Después de una zafra se embuchaba dos mil pesos de ganancia y nos dejaba regaos... y sin un quilo. Esas son las tragedias de la vida.»

Siempre hay alguien que nos quiere enredar. Nadie le da la mano a nadie por gusto...»

Teresa pensaba:

«Con el niño él se va alegrar más y todo va a salir bien. Lo que hay que hacer es no dejarse caer del ánimo. To se arregla.»

Juan, cortando la música del Jachero, se levantó del taburete y casi gritó:

—¡Ya sé lo que hay que hacer!

—¿Qué? —preguntó El Jachero.

Juan le respondió enérgico:

—¡A puño limpio...! Los piñazos nos van a dar la refacción estos meses.

Teresa no comprendió. Pero El Jachero sí. Rió a carcajadas. Después dijo a Juan, con voz tuna:

—¡Ah, sí...!

Juan añadió:

—Desde mañana practicamos. Y dentro de cuatro días salimos a dar trompones...

Y se rió a carcajadas.

Teresa, ansiosa, preguntó:

—¿Pero de qué se trata...?

—De esto —le respondió Juan. Y entró en su cuarto, descolgó los guantes de boxeo de un clavo en la pared y se los enseñó a Teresa, mientras los acariciaba con su mano derecha.

—Esta es la papa... De esto vamos a vivir...

Y él y su compañero rieron de nuevo ante los muy abiertos ojos de Teresa.

Así ocurrió. Durante tres frescas mañanas, y en horas de la tarde aún, los dos amigos practicaron boxeo. Se lanzaban golpes, los esquivaban. Trabajaron fuerte.

Cuando se hallaron en buenas condiciones para el viaje, decidieron la jira.

—Vamos a Guaos —dijo Juan Quinquín—; allí hay una buena valla, y ya pelié ahí en una ocasión en que estaba muy descomió... El público la llena...

El Jachero añadió:

—Es buen lugar. A la gente de ese punto le gusta divertirse, y siempre hay algún guajiro juguetón que vendrá a partirse los tarros con nosotros.

Teresa armó tres jolongos. Cada cual se echó el suyo al hombro. Cerraron bien el rancho, y salieron a la aventura.

Por el camino, en un descanso, en un bosquecillo de ácanas, dijo Juan:

—Con dos derechazos bien daos y rematando con el gancho de izquierda me llevo a cualquiera... Le puedo dar hasta veinte libras de ventaja.

Teresa comenzó a repartir una merienda. Una tortilla de maíz, boniatos en lascas, unas rodajas de queso de leche de chiva, galletas...

El Jachero, medio atragantado con el boniato, decía:

—Una vez yo me fajé en el ingenio Soledad con un gallego que era un torete y al primer trompón que me dio vi las estrellas, eran rojas y azules. Pero me paré y le arreé un janazo en el centro el buche y el gallego echó to el resuello pa fuera y después tiró un buchito de café por el pico y se estiró... ¡Cómo gocé ese día, a pesar del dolor de cabeza que me quedó!

El Jachero reía dejando ver en su boca pedacitos de boniato pardo. Teresa le brindó agua en una jícara porque El Jachero tosió mucho con la gran risa.

Juan dijo:

—En cuatro horas estamos en Guaos. Pero vamos a llegar cansados porque bajar lomas cansa más que subirlas. El

calcañar tiene que dar retranca y siento que se me aflojaron las piernas, las tengo como manteca...

El Jachero le dijo:

—Si hay pelea, te noquean a viaje...

Se levantaron de la yerba donde habían merendado y continuaron el camino. A medida que bajaban iban saliendo de los bosques de cafetos y el panorama se les hacia mayor y más bello. La vista abarcaba las lomas bajas, y la corriente de los verdes, variada. Desde el esmeralda tierno, que cubría una falda, hasta los manchones de verde oscuro que coronaban un cerro. Divisaban caminos rojos entre la manigua, y las hondonadas que el sol doraba. Algunos arroyos se veían a lo lejos, como cristales blancos, rizados. Casitas de pardo guano se levantaban en alguna que otra meseta, y se les reconocían sus hortalizas, platanales, mangueros. Los pájaros, contentos con la estación verde, cantaban en todas partes, en los árboles, por los guineales, en el suelo. La brisa soplaba fresca y constante, y el oro claro del sol era una dicha carnal.

Bajaron por dos horas. Al fin llegaron a un bateicito de ranchos de guano. Y enderezaron el camino hacia Guaos, unas veces andando al costado de una línea de vía estrecha, por el trillo donde marchan los caballos, otras tirándose por callejones forrados de bienvestidos que parecían no acabarse nunca.

Teresa marchaba feliz. Su único temor consistía en las vacas, y los perros que salían rápidamente de los ranchos ladrando con alma de leones. Su estruendo empavorecía el ánimo, pero solamente el gesto de El Jachero de agacharse a coger una piedra, les hacía huir, y la tronada se acallaba.

VIII

Al llegar a Guaos, El Jachero se dirigió a una tienda.

—Quiero—dijo al dependiente— un barrilito de papas vacío.

Lo compró. Sacó el cuero de taburete que había traído desde la montaña, desfondó el barrilito y procedió a clavarle el cuero en la boca abierta. Cuando terminó ya tenía un tambor de bronco resuello y corto alcance. Por su parte, Juan Quinquín había conseguido en la ferretería un cartón de vara y media. Pidió prestado un pincel y usando almagre escribió con letras grandes:

H OY
BOXEO
A LAS 9 DE LA NOCHE
EN LA VALLA DE GALLOS
KID QUINQUÍN, campeón de la loma,
Y
JULIO JACHERO, campeón de los leñadores.
RETAN AL MÁS GUAPO DEL PUEBLO.
SE ACABARON LOS GUAPOS EN GUAOS.
La Empresa.

Una vez pintada la propaganda, los dos amigos se fueron donde el dueño de la valla. Este los recibió en una tienda mixta con una botella de cerveza en la mano, que bebía a pico.

Dijo El Jachero:

—Venimos a alquilarle la valla para mañana, en que vamos a dar una función de boxeo...

Dijo el dueño:

—Pase libre pa mí y mi familia, y el treinta por ciento de los guayacanes que se recojan...

Juan no dudó.

—Va...

Y se fueron a colocar el cartelón en el pradito del pueblo, mirando a las montañas.

Esa noche se acomodaron en la valla de gallos. Colocaron tres colchas sobre el aserrín y durmieron muy plácidos.

Con el alba, Juan y El Jachero, tras conseguir un jarro de leche para Teresa, se fueron a un montecito. Llevaron allí el tambor y un machete. Practicaron una bullente música. Juan con un cuchillo arrancaba sonidos al machete. Lo rascaba y lo golpeaba y este parecía un cristal, un instrumento de blancas percusiones. El tambor se acompasaba perfectamente.

Al amanecer ya estaba el batacún andando.

En tiendas y cafetines se detenían, soltaban sus ritmos agrestes, y después que el público quedaba alborotado, Juan cogía un megáfono silvestre —hecho de yagua— y se dirigía a gritos a los divertidos escuchas.

—Señores, querido público. Esta noche, pelea de campeones. ¿Quién ganará, El Jachero o Quinquín? ¡Por 50 centavos lo sabrán! A las 9, vengan a la valla. Habrá cerveza y se reta a los gallitos del pueblo a cambiar golpes. Se casarán muchas peleas. Cinco pesos al que tumbe al Jachero. ¡Que no falte nadie!

Después de su discurso gritado con entonación especial, Quinquín volvía a su machete, que se recalentaba, y El Jachero a su tambor trepidante. Así se ocuparon en la mañana, con gran éxito de público en todas partes.

En la tarde, subieron con machete y tambor por los campos de los alrededores. Se iban a algún bohío, a algún bateicito, y formaban el mismo batacún y salían rodeados de niños descalzos, descamisados, que se iban mudos tras ellos,

mirándoles fascinados... Espectáculo como aquel jamás fue visto ni oído. El sonido del parche y del acero se esparcía por los llanos, y corrió por ellos la voz nerviosa de la gran fiesta de piñazos en la perspectiva nocturna.

Cuando llegó la noche Quinquín y El Jachero dieron música a su charanga por tres veces, y después fueron a vestirse sus trusas de boxeadores. Teresa, entretanto, en un quiosquito a la entrada de la valla, despachaba boletos: unos cartoncitos numerados. En la puerta, el dueño del local los recogía. La gente se sentaba en las gradas circulares, de tabla gruesa de cedro. Un bombillo de doscientas bujías iluminaba la valla. Se vendía cerveza. Los soldados del cuartel y un teniente se apiñaban en el mismo lugar, poniendo la mancha amarilla del caqui militar entre el multicolor de las diversas vestimentas camperas.

En el aserrín ya estaba montado un cuadrilátero de sogas de mecate a un tamaño no oficial. Dentro de él, en trusas, seis potentes campesinos esperaban inquietos el momento de la pelea. El público conversaba a gritos. Ya no se cabía en las gradas.

Juan, ya en trusa, el bronceado torso al descubierto, desde el centro del ring anunció con su megáfono de cartón:

—¡Señores, señores, señores...!

Cuando se vino el silencio, continuó:

—Respetable público, esta noche van a ver aquí gran cantidad de trompadas. Pero se pide al guaero que no se meta en el ring, que tenga paciencia. Aquí hay tres jueces escogidos, que saben de boxeo verdá y que dirán la última palabra. ¡Hay legalidad y ciencia!

Un grito lo interrumpió, refiriéndose a uno de los jueces:

—¡Papo Muerto está vendido...!

Juan continuó, aplacando risas y sospechas:

—Aquí nadie está vendido... Esta noche van a pelear tres parejas con peleas casás de la localidad, que se tienen ganas. Y después El Jachero va a boxear con el más guapo del pueblo, y yo con el que sepa más...

Dicho esto, entre la fresca vocería de los asistentes llamó a dos jóvenes campesinos, les puso los guantes, los llevó al centro del ring, pues Juan fungía de árbitro, y marcó la señal a El Jachero del toque de campana, para dar comienzo a la pelea primera. Una botella de cerveza vacía, golpeada por un largo clavo, vibró sonoramente.

Salieron los jóvenes de sus esquinas como dos broncas fieras. Se acometieron de frente, dándose un encontronazo de pechos. Se abracaron después.

Juan los separó.

—¡Rompan, rompan! —les gritaba Juan.

Los golpes, corno de rápidas aspas, menudeaban. Pero no eran efectivos, aunque sí muy fuertes. Ambos se anunciaban los puñetazos levantando el brazo agresor, dando tiempo con ello a la esquivia. Un golpazo alcanzó al fin por la nuca a uno de los combatientes, el cual, después de varios trapiés, cayó entero. Metió la cabeza en el aserrín, y se quedó inmóvil, sostenido por manos y rodillas. Allí vomitó.

El escándalo que siguiera a la aparatosa caída llegó hasta el crucero del ingenio Soledad, a dos kilómetros de distancia.

Juan, enfurecido, le gritaba al oído al vomitante:

—¡Sonso! ¡No te dije que no comieras nada en toda la tardel ¡Nos quieres desgraciar!

Varias personas se llevaron al derrotado a la botica, donde el afanoso boticario le hizo beber poción yacú y le dio un masaje en la nuca, reviviéndole.

La grita durante aquel minuto y medio de combate desveló a los habitantes de los alrededores, aquellos que no pudieron asistir al boxeo por algún motivo.

La gritería, como un grande terror ancestral, quedó rugiendo sobre la campiña nocturna.

Entretanto, Juan enguantaba a los participantes de la segunda pelea.

En la briosa valla se cruzaban nuevas apuestas:

—¡Voy dos monedas al hijo de Juan el Pelú!

—¡Voy cinco a Ciriaco...!

—¡Pago!

—¡Tres monedas a Ciriaco!

—¡Si le deja caer la muela gorda esa arriba se muere con el Pelú...! ¡Pago al Pelú...!

El Jachero habló con Juan:

—Oye, no me gusta esto. Fijate que la guardia rural va a pelear su gallo contigo. Es un soldado que te lleva como treinta libras y que come bisté cantidad. Pero es bruto. Tú le ganas, eso lo sé yo. Lo cansas, y después de tres trompás lo despatillas to. Yo sé como tú haces. Pero el caso es que estos tipos no quieren aprender...

Juan se sonrió.

El Jachero, después de pensar un minuto, dijo a Juan:

—A lo mejor es negocio dejarte caer...

—Ni a tiros. Con ese no me deajo caer yo... —le respondió Juan, sonriendo todavía.

El Jachero se alejó, preocupado, a su oficio de campanero.

Juan llevó al centro del ring a los nuevos contendientes. Eran estos dos jóvenes, fuertes como toretes, de músculos pronunciados. Juan los anunció al público. Dio sus pesos aproximados, y procedió a señalar el inicio del asalto.

El Jachero campaneó y el llamado Pelú salió lanzando golpes como un molino, desde antes de llegar a su contrario, al que obligó a retroceder entre la algazara de los gozosos guaeros presentes.

—¡Cobarde, no juyas, pelea como macho!

—¡Lo que tienes es una bicicleta en las patas, con marcha atrás!

—¡Se rajó como la yuca Ciriaco...!

Pero Ciriaco, pasada la primera difícil impresión, echó a andar su molino y asestó, por todas las partes del cuerpo de su contrario, espalda, riñones, rostro, estómago y nuca, un largo número de guantazos, deteniéndole en seco. Los vozarrones estremecían la atmósfera.

Pero a su vez se le agotó el molino a Ciriaco, y el llamado Pelú retomó la ofensiva. A mitad de ella, El Jachero miró para un reloj que le había prestado el ferretero para contar los minutos y dio por terminado el asalto con un golpe de clavo en la botella.

Muy cansados, sudando a chorros, los boxeadores se sentaron sobre dos cajas de madera que una vez contuvieron mazuelos de fideos. Sus auxiliares les echaron aire fresco, agitando toallas. Uno de ellos le exprimió un limón en la boca a Ciriaco, quien tragó el jugo haciendo mil muecas.

Mientras transcurría el momento de descanso, Juan le dijo a El Jachero:

—Vete y dile a Teresa que llame al dueño y que le dé su parte. Estate con ella mientras dura el reparto. Y que Teresa guarde el dinero de nosotros en un pañuelo, bien amarrado, y que se lo meta en el seno...

El Jachero salió a cumplir el encargo.

En el interín, uno de los peleadores no quiso continuar la batalla. Tenía el labio inferior rajado. Sangraba. Se fue entre aplausos y vítores a su valentía.

Juan comenzaba a encordonar los guantes, rojizos ya, a la nueva pareja de peleadores cuando oyó el escándalo del padre de uno de ellos que avanzaba impetuoso hacia el ring. Era este un guajiro corpulento, de rostro encendido y palabra colérica:

—¡No, no —gritaba—; mi hijo no le sirve de mono a nadie!

Bajó de las gradas venciendo la resistencia del público que pretendía calmarle. Llegó al ring. Se dirigió al hijo enguantado ya, con tono imperioso:

—¡A ver si te quitas esos guantes, verraco, que le estás sirviendo de risión a tos aquí...!

El hijo enmudeció. El padre le zafó los cordones con violencia. El mocetón se dejó hacer. Por lo bajo, al fin pudo decirle:

—Papá, no pasa na; tú no ves que esto es pa pasar el rato...

El padre no le dijo nada. Pero con bruscos movimientos le quitó al fin los guantes; y se lo llevó, empujándolo ring afuera.

La gente gozaba. Las cuchufletas le cayeron como cachillos:

—Viejo, viniste a buscar tu cagaíta pa que no te lo rompieran to.

—¡Viejo, viejo! ¡Mete a tu hijo en urnaesanto!

—¡Pídele permiso a papaíto pa meal!

—¡Papíto, dale la leche a la niña...!

Pero el padre salió encorajado con el hijo delante y lo sacó a la calle en trusa. Y afuera, los que no habían podido entrar, y las mujeres que se mecían en sus sillones en portales y aceras, se sorprendieron de la inusitada visión. Las madres llevaron rápidamente a sus hijas dentro de las casas. La chusma gritaba alegre:

—¡Un hombre en calzoncillos en la calle!

—¡No te da vergüenza salir así, tarajayú!

El padre se perdió en la noche, con el hijo delante, rumbo a su bohío.

Al rato un hombre vino a pedir la trusa que el padre devolvió iracundo, carajeando al pedidor.

Entretanto la pelea de El Jachero con el más guapo de Guaos se preparaba. El Jachero tiró unos cuantos golpes al aire. Se agachaba, se levantaba; daba saltos para comprobar la elasticidad de sus piernas.

Su contrario, de recio tronco, muy peludo, musculoso, lo miraba fijamente, como adivinando dónde podía pegar su puño bruto con mayor daño.

Juan los llamó al centro del ring. Se hizo el silencio. Juan anunció:

—El Jachero, invicto peleador de San Juan de los Yeras, contra Botota Martínez, de Caonao. ¡Seis raun!

Dio las instrucciones a ambos peleadores, de modo que efectuasen una pelea dentro de las reglas, e hizo la señal para que sonase una sartén, chocada con un clavo de línea de ferrocarril que se utilizaba como badajo.

La botella de cerveza se había roto ya de un violento clavazo.

La pelea se desarrolló a favor de El Jachero durante los dos primeros asaltos. El tercero y el cuarto, El Jachero se los dejó ganar a Botota Martínez, según sus planes. El quinto se lo sumó El Jachero, y el último también. Solamente así se podía dar un empate. Pues si el ídolo local ganaba el último asalto aunque perdiese los tres anteriores, el público de seguro armaría un motín y hasta podía efectuar agresiones personales. Ambos amigos conocían bien el sistema. Tablas, y todos quedaron contentos. Y así fue.

Se dio un intermedio, tras la pelea del Jachero. Juan fue a ponerse la trusa. El Jachero sería el árbitro en la pelea final, la más importante de la noche. Aquella en que pelearía el troncudo soldado Pablo Ruiz, alias *Manopla*, contra Juan Quinquín.

El público bebía cerveza por cajas, fumaba por mazos. Comentaba a gritos, gesticulaba, reía.

El soldado Manopla entró al ring. Un teniente de la guardia rural, de seca cara, le servía de asistente. La trusa era de caqui, un pantalón viejo de soldado cortado sobre las rodillas. Miraba Manopla a todas partes con orgullo. Se veía en él el aire dominante de un guardia rural.

Juan Quinquín penetró al ring dos minutos después. Su torso relucía con el sudor, pues había efectuado algunos ejercicios para calentar los músculos, bajo las graderías de la valla.

Juan miró a su contrario y le halló la bola de grasa del vientre y pensó: «Por el buche me lo como; estos soldados panzús, que na más que saben cebarse en el cuartel, se cansan enseguida. Lo correteo un poco y después que lo canse me lo chupo con dos piñazos en la panza.»

El Jachero los llamó al medio del ring. Cuando anunció a Manopla, los soldados del cuartel, que se encontraban presentes, menos los de guardia, prorrumpieron en seguidas voces de aliento:

—¡Manopla, tumba al comecomía ese del primer sopapo!

—¡Arréale por la quijá de muertambre que tiene...!

Juan, tranquilo ya, al saber que Teresa había cobrado la parte que les correspondía, miró a las gradas, buscándola. Y la vio. Tenía ella la misma mirada que le deslumbrara en el circo, la primera vez.

Comenzó la pelea. El soldado le acometió de pronto, como todos los inexpertos, tirando golpes alocados, llenos de fuerza y de cólera, pero que se perdían en el viento. Manopla se encolerizó con las fallas. Y, en un clinch, le dijo a Juan:

—Cabrón, aquí te la parto yo detoasmaneras...

Quinquín le dejaba hacer. Quería cansarlo.

En el segundo asalto Juan fue alcanzado en la nariz por una derecha de Manopla y comenzó a sangrar. Ripostó con una

izquierda, y dos derechas cortas que le partieron una ceja al soldado. Los dos sangraban, y el público llegaba al límite del gozoso frenesí. Los excitados soldados lanzaban golpes al aire, dando ánimo a su compañero.

El Jachero quiso detener la pelea y declararla tablas, considerando que los rivales sangraban, pero el Teniente, enardecido, le dijo:

—No, esto hay que seguirlo hasta el final. Aquí mando yo. Esta sangre de Manopla le va a costar caro al comemierda ese...

—Pero, Teniente, fíjese que ya están heridos y han peleao como dos machos...

—Esto sigue. Cuando suene la campana seguirán peleando... ¡Estamos en Guaos, no lo olvide...!

En el tercer asalto Manopla levantó una furiosa ofensiva, pero Juan se la disolvió mediante hábiles movimientos de torso y un diestro juego de piernas. Y notó que Manopla comenzaba a cansarse. En un clinch, Manopla lo mordió en el hombro y le injurió mentándole la madre.

Juan y El Jachero sabían ya lo que debía hacerse. O Juan se dejaba noquear para calmar las aguas o derribaba al grosero.

Juan decidió derribarlo.

Y así ocurrió que en el minuto final del tercer round, un derechazo de Quinquín le rajó el labio superior a su contrario, quien comenzó a sangrar en abundancia.

Sonó la campana y Manopla seguía acometiendo.

—¡Ya no vale la campana! —gritó el Teniente—. ¡Esto es hasta afuera!

Juan, que lo oyó, comprendió que debía acabar pronto. Los gruesos resuellos de su rival le indicaban que este no duraría mucho tiempo en pie. Le clavó un gancho fortísimo en el estómago, y cuando lo vio pálido, paralizado, lo cruzó con

la izquierda, de gancho también, sobre el rostro. Y Manop
cayó, sangrante y sin sentido. Su cara hundida en el aserrín

Dos minutos después el Teniente se llevaba al vencido
al cuartel, en trusa, sin que le permitiera recoger la menor
pertenencia.

—Tú eres guapo, ¿no? —le decía el Teniente a Juan por
el camino—, pues ahora vas a demostrarlo. Aquí sí que
vas a abusar...

La muchedumbre los siguió hasta el cuartel.

—¡Abusadores! —gritó alguien.

—Teniente, esta noche perdiste doscientos pesos —ch
lló una voz de falsete.

El Teniente se dirigió a los soldados y les ordenó:

—Plan con ellos...

Los soldados desenvainaron y sus machetes tocaron a
gunas espaldas. Pocos recibieron los planazos, pues men
dearon las rápidas carreras.

Teresa, sentada en el piso de lajas del portal del cuartel, es
peraba por Juan. Era avanzada la madrugada. El soldado
guardia le pidió que se retirase, pero ella se resistió.

—Espero a Juan —le decía.

—Su marido no saldrá hasta no se sabe cuándo —
contestó el soldado—. Váyase del portal o la llevo presa.

Teresa se sentó enfrente del cuartel. Puso sus espaldas
contra una cerca de madera y fijó su vista en la puerta y en
el centinela. El alba iluminaba ya.

Teresa esperaba.

El Jachero, entretanto, había ido a ver a Mongo Puerta
el Sargento Político más fuerte del barrio, a buscar ayuda.

Una vieja salió de una casita de yaguas, cercana al lugar
donde Teresa yacía.

—Ven, hija, a dormir a mi casa. Espera allí. Te vas a enfermar al sereno...

Teresa le dijo:

—No. Juan está ahí dentro...

La vieja comprendió y se fue.

Teresa, reclinada en las cercas, sentada en la yerba, veía amanecer. El cuartel se doró. Las palmas del fondo fueron oros. Silbaron las aves. A sus espaldas un canario enjaulado trinaba. Pasaban carretones cargados de mazorcas de maíz. Un jinete, un viejo, con dos serones desbordando plátanos machos, se detuvo a mirarla. Después siguió.

Del cuartel, salió un viejo soldado. Traía en la mano un jarro humeante. Llegó donde Teresa:

—Aquí le traigo el desayuno —dijo con tono seco.

Teresa lo miró:

—¿Y Juan?

—¿El boxeador...? Es muy bocón... El Teniente no aguanta bocones por esta zona...

—¿Pero qué van a hacer con él...?

—Guardarlo, hasta que se tranquilice. Pero tome el café con leche, que se le enfría.

Teresa lo miró, y vio, entre el rostro duro, la mirada bondadosa.

Pensó en su hijo, en sus entrañas. Debía alimentarse.

—Gracias —le dijo. Y bebió a pequeños sorbos.

A El Jachero no le costó mucho trabajo dar con el Sargento Político, quien lo recibió, en la sala de su casa de madera, muy adornada de festones de papel, con retratos de jefes políticos en las paredes. Muy grande, la fotografía del tirano del ejército, el verdadero presidente. Mongo Puer-tas era trigüeño, delgado, de ojos neblinosos.

El Sargento Político oyó su demanda.

—Hum, el asunto es feo —dijo lentamente—, el Teniente es hombre agrio y parece que no le gustó que su amigo Juan se le encarara. No permite que nadie le lleve la contraria. Lo han querido trasladar pero tiene padrino fuerte...

El Jachero le urgió:

—Pero hay que apurarse. ¿Quién sabe lo que le estarán pasando a Juan, los golpes que le estarán dando...?

—Sí. Tiene el Teniente un guapo allí con la mano pesada...

El Jachero le preguntó, inquieto:

—¿Qué vamos a hacer?

El Sargento le respondió:

—Por lo pronto, ¿qué gano yo en esta?

El Jachero le dijo turbado:

—El poquito de dinero que conseguimos es para comer y hacer tiempo hasta que crezca el café que tenemos en las lomas. Cuando crezca el café le pago...

El sargento reflexionó:

—El dinero me interesa, pero más los votos. Las elecciones están al caer. Necesito las cédulas de ustedes. De eso vivo yo...

El Jachero le respondió:

—No estamos inscritos...

—De eso me ocupo yo. Los inscribo y me dan las cédulas que son tres, y ya está... Después esas cédulas votarán por el gallo mio... que es lo que a mí me interesa ... De eso vivo yo...

El Jachero dijo:

—Bueno...

Con esta promesa el Sargento Político se levantó, y se fue al cuartel. No encontró allí al Teniente. Sí al Cabo de Guardia.

—¿Y el detenido, por qué lo tienen encanao...?

—Está encanao por bocón, le contestó al Teniente...

—Eso no es na...

—Sí, pero Manopla se la quiere desquitar a puño limpio...

—Eso es otra cosa. Voy a ver al Teniente...

Y se fue a la casa del oficial. Le encontró en la sala, leyendo un periódico, fumando, en camiseta. Un ventilador movía sus cabellos de un lado a otro, según se volteaba.

—Teniente... Usted tiene un hombre encanao que me va a ser útil pa las elecciones... Usted sabe...

—Es un bocón..., y hay que enseñarle que los guapos en Cuba somos nosotros. Aquí se acabaron los guapos; no hay más guapos que nosotros los amarillos. Así que no venga ahora a joder diciendo que lo saque...

El Sargento insistió:

—Son tres votos, muy necesarios, porque la pelea es dura para nuestro candidato. Usted sabe... Los políticos de nosotros se fajan unos con otros por el acta..., y hay que pelear hasta el último votico... Además ellos nos podrán conseguir cédulas en Pueblo Mocho, de donde es la mujer, que está embaracoa...

El Teniente se quedó pensando:

—Sí, las elecciones están arriba, y tenemos que sacarlo de toas maneras.

Y se fue al cuartel. Mandó soltar al prisionero.

Teresa abrazó a Juan en la misma puerta. Le pasó las manos por el rostro hinchado por los golpes.

—Me pegaron esta madrugada —dijo Juan— pero no grité, porque sabía que tú estabas ahí afuera y no podías oír nada...

Teresa lloraba, su cabeza junto al pecho de Juan.

—Vamos a inscribirnos ahora mismo a la junta municipal —dijo el Sargento Político—. Yo lo cambié por tres cédulas...

El Jachero dijo:

—Sí, Juan...

Juan dijo:

—Vamos.

Y se fueron a inscribir.

Al atardecer salieron del pueblo, temerosos de una nueva detención.

IX

Llegando a Lagunillas ya Juan Quinquín había resuelto el destino del grupo. Dijo a El Jachero :

—El dinerito que ganamos hay que mantenerlo. Así que vamos a pegar en lo que sea. Y lo mejor es la caña, con la zafra que está andando ya. Nos vamos aquí, al Guabairo, y conseguimos mocha pa ti y pa mí, y ganamos algo, hasta ver...

Teresa dijo:

—Yo quepo en cualquier parte.

Juan dijo:

—Hacemos un ranchito pa los tres... Y vamos tirando. Con la guámpara en la mano también gano dinero...

Se fueron al Guabairo. El fornido mayoral les dijo:

—No hay mocha. Con el hambre que hay, pa cada mocha hay tres hombres...

El Jachero le dijo:

—Queremos trabajar. ¿Será posible que no haya mocha aunque sea pa uno?

El mayoral lo miró. Observó a Teresa. Y respondió:

—Hay una, pero figúrate, na más que se corta por la mañana. Hay tantos macheteros que tumban más de la que

se necesita. Y hay que parar. Hasta que se lleven las cañas los carreteros...

El Jachero dijo:

—Me conformo.

Por la tarde ya estaba El Jachero tumbando caña. Juan fue al Callejón de la Mandinga y comenzó a edificar un ranchito junto a los otros, miserables, que se levantaban allí. Tumbó palos. Consiguió guano seco. La cujería prácticamente la arrancó de un guasimal al fondo del ingenio cercano, cuyas torres humeaban día y noche.

En seis días ya tenían ranchito. Una salita, donde dormía El Jachero, colgado de su hamaca; un cuartico, para Teresa y Juan. La cocina: un colgadizo de cujes de guayabo con techo de yagua. De un clavito colgaba la jaula de Mariela.

Juan consiguió mocha, después de mucha súplica, en Belmonte. Trabajaba algunas horas. Entre los dos amigos, apenas ganaban el sustento.

Juan decía:

—No entra casi nada... Pero guardamos lo ganado en el boxeo...

El Jachero dijo:

—Pero nos matamos trabajando y no aumentamos ni el agua ni el carbón....

Juan dijo:

—Sí, pero mientras tanto pensamos lo que se va a hacer...

Los días continuaron tediosos. A veces los dos hombres, parados, imposibilitados de trabajar por la tarde, se reunían y hablaban sobre el futuro. Teresa zurcía la ropa de ambos; la lavaba, cocinaba, bordaba algún pañal, silenciosa. De

madrugada tenía listo el café para los hombres que se marchaban al corte de caña.

En el corte, lanzando certeros tajos al tallo de la caña, callados, los macheteros avanzaban. Las cañas se apilaban, los carreteros venían, los alzadores las cargaban, las carretas iban para las romanas, descargaban, volvían al corte...

A la hora del almuerzo los sudados y haraposos macheteros sacaban, de pequeños sacos de yute, latas de chorizos que contenían la comida, y, utilizando cucharas, que algunos tomaban de un bolsillo del pantalón, consumían, vorazmente, el condumio miserable, compuesto de harina, frijoles, una vianda, boniato o ñame, un pedazo de carne, a veces. Todo frío, revuelto, desagradable.

En una botellita apuraban el café. La leche les resultaba demasiado cara.

Algunos tenían comida caliente. Sus hijos, niños de ocho a diez años, con los saquitos de yute al hombro, bajaban a los cortes, en grupo, y el cansado padre comía mientras el hijo pelaba alguna caña, corría detrás de algún ratón dentro de la paja, o se aburría esperando que la lata se vaciara.

A veces Juan veía a los dueños del central. Llegaban a ver los cortes. Eran norteamericanos, jinetes en hermosos caballos, con flamantes pantalones de montar, con botas relucientes, sombreros tejanos. Rosados, sonreidores entre sí, gozando la monta. Los acompañaba, por lo regular, el administrador del central, todo risa.

En uno de sus viajes al central, cuando iba a cobrar el precio de su tarea semanal, se encontró Juan Quinquín al Torero. Era este un madrileño desgarbado, flaco, narizón, pelicastaño, muy hablador, de movimientos nerviosos.

El encuentro ocurrió porque el Torero, al ver a Juan con los billetes recién cobrados en la mano, le dijo:

—Con cien billetes de a peso me compro un novillo y me gano cuarenta duros diarios.

—¿Y cómo se los gana...?

El Torero le dijo:

—Pues toreando...

—Yo toreo con la caña...

—Tumbándola. Pera yo toreo de verdad... Gano la lana más fácilmente que vosotros...

Juan le miró despacio el gesto desdeñoso. Después le contestó:

—Cada cosa con su quisicosa. Cada uno se sabe lo suyo.

—Pero lo fácil es lo mejor. Yo no me mato laborando para nadie. Yo no engordo con mi sudor a nadie.

Juan pensó:

«Tiene razón. Sabe vivir.»

El Torero le dijo:

—Yo vine a Cuba el año pasao con unos toreros que iban pa Méjico. Me enamoré y me quedé. Perdí la hembra y ando extraviado. Pero viviendo fácil. Vine por aquí buscando un novillo que faje..., pa vivir de él. Yo monto una función de toreo donde quiera, porque ningún guajiro ha visto torear y aunque no hay afición aquí, se levanta...

Juan le dijo:

—A la gente le gusta ver el peligro y paga... Es verdad.

—¡Claro que paga...!

Juan pensó:

«Deja ver lo que dice El Jachero de ligarnos al gallego este. A lo mejor es un bandolero, pero a lo mejor nos conviene emparejarnos con él porque en la caña no sacamos na, el tiempo pasa y no juntamos na.»

Le dijo al Torero:

—Vaya al rancho de nosotros, en el Callejón de la Mandinga, ahí abajo, donde viven tos los guajiros que los americanos botaron pa fuera de las fincas...

El Torero le dijo:

—Iré. Allí estaré esta noche, a las ocho. ¿Qué le parece?

—Bien.

El Torero llegó antes de las ocho. Preguntó por la casa de Juan. Se detuvo ante la pequeña hortaliza de cebollas, ajos, rábanos, coles y lechugas que atendía Teresa. Allí se la encontró, regando. Le preguntó:

—¿Vive aquí Juan el machetero?

Dijo Teresa:

—Yo soy su mujer.

—¿Está...?

—No. Está enfrente, preparando el velorio.

El Torero se dirigió a una choza recién caleada; todavía rezumaba el jugo de cardón con que se batió la cal.

Adentro estaba Juan, colocando las botellas de cerveza o de ron vacías, ya forradas de papel crepé azul o rojo, en los estantes que serían el altar para el Velorio del Santo de aquella noche. A cada botella le introducía, en la boca, una pulgada de vela de esperma.

Como el altar estaba casi terminado, Juan atendió al Torero:

—No faltó a la palabra...

—Nunca falto. ¿Y esto en que se ocupa qué es?

—El velorio... Esta noche se divierte la muchachada de por aquí, y uno también...

—Pero hablaremos de nuestro asunto del toreo, ¿eh?

—Claro.

Y Juan colocó la última botella en el altar. Este, en una esquina de la habitación, consistía en una armazón engomada, revestida de papel, y se adornaba de estampas religiosas de varios santos católicos.

Salieron al patiecito. Apenas habían cambiado unas palabras cuando Juan avistó a El Jachero.

—¡Jachero!

Y se abrazaron. El Jachero venía de darle un vistazo a la colonia de café. Aprovechó dos días de descanso para subir a las montañas.

—El café crece como vicio. La colonia está asegurada. Toas las matas se lograron. Nos matamos un tiempo por aquí y después a vivir como la gente, allá arriba...

Teresa llegó:

—¿Y el conuco? —preguntó a El Jachero.

—Parió el boniato, la calabaza está que juega al tolete; la yuca es una barbaridá; pero tu hortaliza se emperró y na, se perdió...

Teresa dijo:

—Me alegro.

Juan dijo:

—Es cuestión de paciencia...

Tras unas palabras, Juan presentó el Torero a su amigo. Pasaron después a la choza. Teresa trajo café. En el camino, El Jachero le dijo al oído a Juan:

—La jeta de este magay no me gusta...

Juan le respondió:

—A mí tampoco; pero negocea y vamos a ver qué se trae... Se pue coger la nalga con la puerta si cree que nos va a tumbar con sus trampulinas...

Conversaron de varios temas mientras sorbían lentos el café. Después el Torero entró a lo suyo:

—Con cien pesos compro un novillo que faje, de los legítimos, que faje... Pa que el público se emocione y se considere pagado... Si el novillo no faja, todo se ha perdido... En fajando, yo soy un Gallito, un banderillero ilustre, paso la capa, doy los mil lances... Hago rugir de emoción a la afición...

Juan preguntó:

—¿Cómo es la cosa? Suponga que tenemos el novillo y que usted torea... ¿Pero dónde se mete al torete, y el corral pa que usted se abraque con él, y cómo se mueve eso?

El Torero se rió. Después dijo:

—Eso es nada, aquí entre nosotros. Al novillo se lleva detrás de una carretica. En la carretica van nuestras cosas, el mueblaje, los utensilios de la faena... Vamos nosotros también... De pueblo en pueblo... Y van las tablas, las bardas del ruedo... Los cartelones con anuncios... El pueblo cubano quiere saber qué es el toreo... Es un negociazo...

Juan Quinquín pensó, y dijo:

—Cuando pase un mes podemos irnos... Pero si fracasa el asunto, el novillo es de nosotros, que va a nombre de Teresa. Las ganancias son a la mitá. Mitá pa usted, mitá pa nosotros. Pero usted me torea bien, pues si no se relaja el asunto. Con el cubano no se puede andar con maturrangas mal hechas, porque lo relaja. Además hay que ser guapo. Si a usted se le caen las binzas delante del torete se chivó toa la cosa. Si usted torea bien, vamos a ganar esa plata. El negocio es bueno... Pero en un mes terminamos aquí con el corte.

El Jachero dijo:

—No tanto como un mes... Con quince días tenemos... Aquí se gana na más que pa comer. Hay que fabricar la carretica y comprar dos bueyes viejos que la jalen... Eso demora...

El Torero se sentía muy contento.

—Así se habla —dijo—, ganaremos lana a montones. Con fe y eficiencia se llega lejos. Ya lo veréis...

Terminado el acuerdo, entraron a la concurrida choza donde se festejaba el velorio.

El altar se veía cuajado de botellas forradas de papel crepé, cada una portando su ardiente vela. Los santos bri-

llaban a la luz amarillenta. En la sala no quedaba un asiento sin ocupante: taburetes, sillas, sillones, bancos, hasta cajones. El barrio del Callejón de la Mandinga, casi todos los habitantes de las chozas hechas por los desalojados de las fincas, se encontraban presentes, en sala, cuartos, comedorcito, colgadizo y patio. Este se adornaba con matas de olorosa albahaca morada y azul, mariposas, cupidos, marpacífico y alguna begonia cándida, en su lata de chorizos. Las gallinas cacareaban en las matas de anón. Los gatos miraban asustados desde las soleras. Los perros salían de los rincones donde siempre querían estar, huyendo bajo las patadas de los concurrentes y los agresivos. «¡Perros!» que con peculiar tono aterrador les dirigían sus amos. Se encorvaban y salían gimiendo al patio, desalentados entre las gentes, neuróticos y lastimosos.

Adentro, las muchachas de sencillos vestidos de mucho rosa, rojo y azul, ya imponían el juego de prendas. Sin ese juego no se concebía velorio. Y el velorio no se concebía sino como fiesta para que jóvenes de ambos sexos se enamoraran, para que los viejos tomaran café y hablaran de sus labores y para que viejas y mujeres casadas conversaran sobre sus problemas íntimos y chismearan sobre la vecindad. Esto producía un grande gozo a todos.

Una joven salió a repartir, en las manos entreabiertas de los jugadoras, una sortija de metal. Ella unía sus manos y simulaba echarla entre los dedos del jugador a donde se dirigía. De este modo recorría el salón, simulando echar la sortija en todas las manos, para confundir al jugador que saldría a buscarla. La dejó caer en las de un buen mozo y siguió dándola de mano en mano, en su simulación casi perfecta. Después se dirigió donde El Jachero y le dijo:

—Salga a buscarla.

El Jachero miró para todos. Y se dijo: «El más lindo de todos la tiene. Hay seis lindos. El más nuevo la va a tener. Es ese del sombrerito de lao. Voy pallá.»

Llegó donde el mozo campesino:

—A ver, dámela.

Entre risas, rescató la sortija.

—El Jachero es un rayo —le dijo Juan a Teresa, que aprobó orgullosa.

El Jachero salió a entregar la sortija.

Fue de mano en mano, simulando. Arrastraba un poco los pies por el piso de tierra. Llegó donde Teresa, donde Juan, donde el Torero. Y se la dejó. El Torero se traicionó. La guajira que salió a buscar la prenda vino directamente donde él.

Con largas risas seguía el juego. Perdieron prenda, entre otros, el Torero, Juan, el mismo Jachero, veinte personas, o más.

A la hora alguien dijo:

—Juguemos a las viandas.

Todos se enfrascaron en el nuevo juego. Los jóvenes se dieron entre sí nombres de distintas viandas.

Salió una guajira y se dirigió a un joven de camisa amarillo limón.

—¿Dónde tú estabas...?

—En casa e yuca.

Saltó una muchacha, rápidamente, y le gritó al joven que la había nombrado.

—¡Mientes tú!

El joven inquirió:

—¿Dónde tú andabas?

—En casa e boniato.

Gran algazara. El guajiro que tenía por nombre «boniato», se había confundido. Su falta de rapidez para contestar «¡Mientes tú!» le costó una prenda, un pañuelo rojo, que la

colectora de prendas para el castigo final se apresuró a guardar en un gran sombrero de guano, almacén de todos los perdedores y futuros castigados.

Siguió el juego. Después se eligió otro. El de las viudas, jugándose con seis jóvenes varones sentados frente a cinco. Un taburete quedaba siempre vacío. Detrás de cada uno de los taburetes, una muchacha. La viuda, con su asiento desocupado ante ella, miraba a los seis jóvenes delanteros. De pronto le hizo la señal a uno, llamándole a su asiento vacío. Si el joven podía hacerlo, se escapaba de la muchacha detrás de él. Pero si la muchacha que lo guardaba estaba atenta, lo tocaba en la cabeza y el solicitado no se podía marchar donde la viuda, a ocupar allí el taburete vacío. Si esto ocurría, la viuda llamaba a otro joven. En alguna ocasión la guardiana se descuidaba, escapaba su joven del asiento y ella pasaba a ser viuda a su vez.

A las once de la noche se dio la orden:

—¡A parar los juegos! ¡Vengan los castigos!

El Torero había mirado muy curioso todas las suertes y se había divertido con los extraños y graciosos juegos. Entretanto, le echaba el ojo malévolo a una muchacha de negro pelo, negros ojos, talle ajustado, que le miraba curiosa de vez en cuando. El Jachero le dijo al oído:

—Gallego, cuidao con la muchacha esa... Respeta.

El Torero asintió. Pero el ojo continuó desviándose torcidamente donde la jovenzuela. El Jachero observaba con toda malicia.

Llegaron los castigos. Juan tuvo que servir de mesa donde escribiría un largo guajiro. Se dobló y dio sus espaldas como mesa. El flacuchento guajiro escribió una cómica carta, recitada en alta voz, y al final, cuando dijo «punto», le clavó el codo en los riñones a Juan, que medio que se derrengó. Pero no cabía protestar. Volvió a su puesto, adolorido.

Un hombre de Yaguaramas, forzudo, tuvo que cantar como gallo un minuto; otro, de Mabujina, rebuznó. Alguno hizo como caballo y su relincho estremeció las yaguas. La concurrencia reía sin freno. Teresa lloraba de alegría. Una joven llevó al altar «al joven que más le gustaba», abochornada entre la pulla general. Un viejo tuvo que bailar un son montuno con una escoba. Una vieja tiró una coza como una burra en celo y largó al aire un zapato de tacón alto, que chocó ruidoso contra un testero. Un jovenzuelo se vio obligado a poner sus extremidades en la pared. Otro salió a pedir medicinas para su cintura adolorida, y las recetas que recibió fueron groserísimas y muy celebradas. Un mulato simpático fue obligado a decir a cada uno de los presentes «arriba de la torre hay un plato de...» Y las respuestas fueron de todo tipo: desde mierda hasta miel, desde sopa de cucarachas hasta nalga de sapo. Una mujer fue obligada a jugar al matrimonio del gato. Salió y tocó en una puerta donde estaba un joven escondido. Si ella no le gustaba al joven este hacía ¡uffff!, como un gato disgustado. Si le agradaba, el joven exhalaba un ¡miauuu! estentóreo. Cuando se gustaron, ella presentó a su esposo gato a todos. Alguien tuvo que declararse delante de la muchacha que más le agradaba, y su declaración motivó un silencio tremendo preñado de carcajadas. Estallaron al primer balbuceo del amante. Una trigueña vestida de anaranjado recibió por castigo salir por el salón y decir estos versos:

*Si mi corazón fuera de papel
¿qué letras pusieras en él?*

El primer preguntado, un guajiro de Ojo de Agua, dijo:

—Tres te.

Ella le preguntó:

—¿Qué quieren decir las tres te?

Él dijo:

—Tripa, tripita y tripón.

De risa en risa, continuaban los castigos. El Torero tuvo que cantar unas coplas sevillanas que gustaron mucho, sobre todo a la trigueña que ojeaba. El Jachero, en nuevo castigo, tuvo que relatar un cuento. Como ya se conocía en el barrio que los hacía muy bien, se le pidió cuento.

El Jachero dijo:

—Este cuento es para enseñar a la gente a no salarse por gusto. Es un cuento que ilustra en la vida, y todos tenemos que atencionarlo para...

—Sio. Ta bueno ya. Venga el cuento —le interrumpió un negro de Arimao, buen improvisador.

El Jachero sonrió y continuó:

—Esta era una pareja de enamoraos muy enamoraos que salieron al campo a enamorar por donde nadie los viera, y cuando estaban conversando con mucho cariño se apareció un hombre con cara de loco y una escopeta. Se sentó cerca de ellos y los enamoraos se callaron con un poco de miedo. El hombre se fue al rato y cuando ellos estaban entusiasmados, otra vez llegó con su escopeta y su cara de loco, y ellos se volvieron a encoger. Nadie habló nada. Y los enamoraos se alevantaron y se fueron a un guasimal y se empezaron a dar besos y en esto vuelve el hombre con la escopeta al hombro apuntando pa ellos. Y los enamoraos viéndose perdíos se abrazaron para morir juntos y el hombre le dijo: «Adiós, mi vida», y ella le dijo temblando lo mismo, y se abrazaron en la despedida, y sonó el tiro y delante de ellos cayó un totí atravesado de medio a medio por un balazo.

Calló El Jachero. La gente quería que siguiera el asunto.

El Jachero dijo:

—Ya el cuento se acabó. Es un ejemplo para los que se hacen malas ideas que resultan en na. El loco era un cazador de totises.

No bien había acabado El Jachero cuando alguien inició la petición:

—Aquí Valeriano el Jediondo, que sirva de enfermo.

—¡Sí! ¡Sí! —se levantaron las voces.

—¡Que se enferme Valeriano...!

—No. No estoy hoy pa eso...

—Sí, Valeriano, tienes que jugar y ser el enfermo...

—Pero es que tengo la guayaberita planchá...

—No te hagas..., no te hagas..., que te vamos a poner un saco e arroz limpio en el suelo pa que no te la manches...

Valeriano, un grueso pichón de isleño, sonriendo aceptó. Pronto alguien trajo el saco y lo abrió en la sala, y viendo que no hacía tamaño buscó un nuevo saco, que extendió junto al anterior.

Valeriano miró al suelo y después de aprobar, dijo:

—Vayan nombrando las melecinas que yo me voy a arrecostar cómodo arriba de estas telas...

Y se echó bocarriba sobre los sacos, entre la grande espectación.

El Torero miraba los preparativos tan interesado como el que más. Había apartado la vista de la trigueña que lo fascinaba y ahora estaba atento a un espectáculo jamás visto y que prometía mucho a juzgar por la alegría que desataba su anuncio.

Se procedió a dar, a varias personas, nombres de distintas medicinas e instrumentos al uso para remediar a un enfermo. Una vez realizado este importante trámite, Valeriano comenzó a padecer grandes convulsiones. Resoplaba, entre quejidos penetrantes, presa de hondos dolores, de cuerpo y alma. Entre sus gritos bárbaros decía:

—¡Tráigame el termómetro, que me muero!

El individuo nombrado termómetro se levantó presto, y se le acercó y metió su dedo en la axila del enfermo.

Su grito se oyó por Cantarranas, a media legua de allí:

—¡Que venga el bengué...!

Vino el bengué rápidamente y pasó sus dedos por la frente del convulsionado. El termómetro retornó a su puesto.

—¡Una hoja de salvia! —gritó el enfermo.

Y como volando vino la hoja de salvia a posarse detrás de las orejas del agravado.

—¡La manensia, que me muero!

Y la magnesia corrió a abrirle la boca a Valeriano y a darle fabulosas cucharadas con el cuenco de su mano.

—¡Venga la jeringa!

La jeringa, un mandingüero flaco, saltó como un conejo, y su dedo índice enhiesto fue a caer junto a las nalgas de Valeriano con intención de puyarle el trasero. Valeriano le tiró un puntapié que agarró al mandingüero por una canilla y lo hizo saltar de dolor.

—¡Que venga el tabor! —gimió el enfermo.

Entre grandes risas salió el tabor, un isleño viejo, que se puso en cuatro. Sobre él se sentó Valeriano y traqueó con su boca una media docena de explosiones entre incesantes carcajadas y los soeces comentarios de la concurrencia.

—¡Que venga la inderción!

La inyección llegó y se clavó en un brazo del enfermo.

—¡El curandero!

Vino el curandero y le empezó a dar pases magnéticos a Valeriano, rezando bajito. Después le pasó un ramo de albahaca morada por el vientre.

—¡El cura, que me muero...!

El cura llegó con un vestido prieto de mujer. Era un negrito del batey de Soledad, nombrado «Burro Triste». Se acer-

có al enfermo y comenzó a confesarlo. Voces insolentes se levantaron:

—¡Que te cuente cómo le alevantó una pelota a Micaela, la hija de Julio el Cojo!

—¡Que te cuente, Burro, cómo se robó tres docenas de calabazas del serón de Pancho Prieto!

—¡Que te cuente cómo se dejó pegar los tarros por una comía de caldo e pata!

Valeriano escuchaba molesto aquellas alusiones personales dichas con voz de falsete, y con la cabeza en la falda negra del falso cura, ojeaba al atrevido. Las veraces burlas lo asaeteaban:

—¡Que diga cuántos meses le templó al fondero de la Sopimpa!

—¡Que confiese cómo dejó a su mujer sin comer tres días por jugar la baraja!

Valeriano había sorprendido ya a uno de sus burladores. Ardiendo en grandísimas iras lanzó al falso cura contra el suelo de un empujón. Se levantó y agarró por la camisa a un denostador. Le asentó un punetazo en la frente. Cayó al piso golpeado. Allí le largó un puntapié en la rabadilla. Valeriano tiró su puño izquierdo sobre un nuevo puyero. Esta vez recibió un golpe en las narices y sangró. Ciego de ira, arremetió contra la gente que le voceaba. Las mujeres huyeron, gritando. Junto a un tabique de yaguas Valeriano se enroscó a piñazos con José el Gambao, de San Antón, y, en la lucha, derribaron el tabique. El Gambao recibió un janazo serio en una oreja, que se le hinchó posteriormente, pero pudo asegurarle a Valeriano un acertado rechazazo en la nuez. Valeriano palideció. Se paralizó. Apenas podía respirar. Pero instantes después, repuesto ya, acometió al cura, que apenas atinaba a pelear embarazado con su traje de mujer. Valeriano lo empujó y lo tiró sobre el fogón donde

hiervía el chocolate, cuya cazuela se volteó esparciendo el perfumado líquido sobre el piso de la cocina. La pelea duró un cuarto de hora más.

X

Teresa adelantaba en su canastilla. Por las tardes y, temprano en las noches, cosía ropitas para su hijo. Mientras ella utilizaba aguja, hilo y dedal, El Jachero buscaba una carreta de medio uso por los alrededores, y Juan y el Torero andaban detrás de un torete que fajara.

Los tres pudieron realizar felizmente sus faenas. Teresa terminó una aceptable canastilla, ayudada por las mujeres del barrio de yagua y guano. El Jachero consiguió, tras mucho andar y conversar y discutir, una pequeña carreta bastante estropeada, y Juan y el Torero se mercaron un nervioso torete de pelea. Cuando esto último ocurrió ya quedaron dispuestos para emprender el nuevo negocio.

Una de las mañanas en que se preparaba el viaje, visitaron el barrio tres agentes electorales. Venían recabando cédulas.

—Si no nos dan las cédulas para las elecciones se tienen que ir de aquí...

—Eso es un abuso.

—Esa es la orden del Teniente...

—No tenemos cédula...

—Los inscribimos y se la sacamos...

—¿Cuándo?

—Enseguida. Si no tienen que espantar la mula, e irse para otra parte. Aquí estorban. Hay que cooperar. De lindo no van a estar aquí; esto es terreno del gobierno...

Juan los recibió en la puerta:

—No tenemos cédula, ya las dimos.

—Pues si ya las dieron se van. A nosotros es a quien tenían que darlas... Viren pa tras, y levanten el rancho donde las dieron...

Juan pensó:

«A mí no me da na, porque me voy, pero esto es un abuso de los canallas con estos infelices del callejón. Siempre amenazando, metiendo miedo a los infelices. Bandidos y abusadores es lo que son.»

Los tres hombres necesitaban tablas para montar el corral o ruedo de lidia y durante seis días se dedicaron a tumbar palmas, arrancarle sus tablas de dura tea, labrarlas y cortarlas a un tamaño adecuado. Una vez realizada esta tarea difícil, fatigosa, metieron las tablas en la carreta, junto a una cama para Teresa, un bulto de ropa, cartelones de anuncios del espectáculo, un tambor grande, una corneta, propiedad del torero, botellas, vasos, guitarra y tres, la jaula de Mariela, dos anafes, tres taburetes y algunos cacharros de cocina. Después de amarrar el torete bravo con fuerte mecate de henequén al hierro posterior de la carreta, salieron, entre grande vocerío, del Callejón de la Mandinga. El Jachero dirigía la yunta de pie, alquilada a un colono del contorno, con la puosa vara en una mano. En la carreta, sentados en los taburetes, sosteniéndose con las manos de los palos de las armazones laterales, iban charlando alegremente Juan y el Torero sobre las posibilidades económicas del negocio y los pasos a dar en cuanto llegaran al primer pueblo, que sería Lagunillas, a una legua del lugar.

La carreta, sacando chispas con sus ruedas de banda de hierro contra los pedruzcos del desigual camino, traqueteando

como jamás lo hiciera, dejó atrás el temible callejón, bordeado de jobos y bienvestidos, y se acercó al arroyo que separa La Mandinga del Barrio de Soto, ya en terrenos de Lagunillas. El arroyo, un tanto crecido, fue salvado fácilmente. A Teresa le pidió la barriga comer jobos amarillos y olorosos, y chupó con deleite las frutillas de sabor salvaje.

Juan cantaba, mirando las palmeras reflejadas en el arroyo:

*El hombre que tiene miedo
a que lo pique la abeja
que nunca busque pareja,
pues no sirve pal enredo.*

En cuanto entraron en Lagunillas, el Torero se llegó donde El Jachero y asoló la llanura con varios cornetazos, que dispersaron tal estruendo por los campos de la región que este hecho pudo lograr, a un mismo tiempo, un fenómeno difícil: su corneta puso a ladrar a innumerables perros, a gruñir a los puercos, a cacarear a las gallinas, y pudo llegar a la sensibilidad de un caballo garañón de los contornos que respondió a las heridoras violencias de las notas con un relincho ensortijado de varias pausas que terminó después en una cadencia rápida y nerviosa. Los guajiros de la zona reían a carcajadas entre tamaño estruendo. Salieron de sus bohíos, y ayudaron a bajar las tablas del corral, y, aún más, algunos fueron eficientes auxiliares en la búsqueda del terreno para el ruedo.

—¿Pa qué es esto? —preguntaban a Juan.

—Pa torear...

—¿Cómo torear... ?

—Sí, pa torear. ¡Vamos a torear aquí...!

—¿Quién torea?

—El gallego este...

—¿Yel novillo faja...?

El Torero le respondió:

—Arrímatele y si te descuidas verás cómo en el primer tarrazo te empina el trasero como un papalote...

—¿Cuándo es la función?

—Mañana por la tarde, a las dos —dijo Juan.

—¿A cómo la entrada?

—A medio guapo.

—Está caro...

—Pero más caro le puede salir al gallego la jugada si el torete lo ensarta. Además van a ver lo que es toreo, que ustedes nunca lo han visto. Van a ver lo que es echar capa y poner banderillas de palo y el carajo a la vela... Y to eso por cincuenta quilos... Está regalao y el que pida más es un goloso...

La noticia se regó como fuego por monte en seca. Chispeaba, volaba.

En la noche, Juan Quinquín y El Jachero fueron con sus cuerdas al café de Lagunillas, donde había una glorieta, con toldo de bejucos. Mientras tanto el Torero, cansado, roncaba en una hamaca colgada de un lado a otro de la carreta. Teresa había armado su cama en la sala de la casa de una familia cercana, y ya dormía.

Tan pronto como Juan y El Jachero hicieron sonar criollamente sus instrumentos, se arremolinaron los hombres. Y salieron varias décimas sobre el toreo, el gran arte que es, ilustrativas, que los legos lagunilleros escucharon absortos. Juan improvisó:

*Ay, pueblo de Lagunillas,
pegado al caudal de un río,
al nombrarte siento el frío
que sale de sus orillas.
Oye mis trovas sencillas*

*y disponte a ver toreo;
no me hagas un gesto feo
y paga, yo te lo ruego,
para que veas a un gallego
que es más guapo que Maceo.*

A las once de la noche se retiraron a dormir. Juan contó algunas estrellas, bocarriba en su hamaca, mientras oía roncar al Torero y a El Jachero. No podía dormir. Oía el rumor del río cercano, el viento en los árboles, el mugido de algunas vacas. Pensaba en Teresa, próxima al parto, en la colonia de café, en la belleza de la noche, en la extraña situación en que se hallaba, dependiente de un gallego de mala cara, al que tenía que vigilar, un gallego al que no le podía poner confianza, pero que sabría controlar, en los trabajos que pasa un pobre para ganarse honradamente la vida, en su juventud, de brega en brega, dura toda, en su deseo de estar tranquilo para trabajar en paz y sin esclavitud de nadie, en el amor de Teresa, Juan se decía:

«Teresa abandonó su comodidá por mí, y ahora vive desgaritá, sin casa ni na, pasando miles de trabajos, de un lao pa otro, con un hijo en la barriga, vomitando como aura, la pobrecita, todo por mí, total, que no valgo na, que soy un caminante y un muertambre, que no valgo na, y, la pobre, ahí está tirá en su camita en casa de un furaño, preñá, y siempre se está riendo conmigo, y cuando me pone la mano arriba se cree que la tiene puesta arriba de lo más grande del mundo. La pobre, tengo que echar el resto por ella que se lo merece. Y aquí está El Jachero, mi amigo, que ese sí que es un amigo de verdad, de verdad que está troncú y le gusta la batalla, pero ya es más de la cuenta, y quiere también a Teresa, y veo que le da la mano cuando yo no estoy pa que vaya por lugar seguro, y hasta se cree que la barriga

es de él, ese si es un amigo, que eso vale mucho, porque, ¿quién tiene un amigo hoy en día? En cuanto chivas un poco ya te tiran, los amigos de por ahí lo que quieren es que no los molesten, se pican de na y se acaba la amistad; esas son amistades de tutiplén, que no valen ni un carajo, lo que quieren es un criado, o alguien que los tenga contentos siempre, se pican por cualquier discusión o por cualquier acción que uno haga y ya nunca miran igual ni son igual, vayan a la mierda, que El Jachero es un amigo y si yo me tengo que matar por él me mato y lo mío es de él, como si fuera mío, y así es, y yo soy un hombre después de to feliz porque tengo salú y a Teresa y a El Jachero y no le tengo miedo a na, porque con el miedo no se hace na....»

Pensando así, durmió.

Amaneció ventoleando. Temprano en la mañana, después de fijar los cartelones de anuncio en las tiendas del lugar y en el café, los tres socios se dispusieron a armar el ruedo. Cercaron un terreno llano y comenzaron a clavar el tablerío de palmas que formaría el corralón de la corrida.

Después de mucho claveteo el corralón estuvo listo a las once del día. En el interín, entre los curiosos se adelantó un jovenzuelo, como de dieciocho años de edad, y le preguntó a Juan:

—¿Usté es el amo...?

—Aquí tos lo somos...

—Bueno, pero tiene cara de mandamás, y como sé que es el mandamás yo le quiero hacer una pregunta.

—Manda el viaje...

—¿Me deja ir en el jaleo este de gurrupié suyo?

—¡Qué dices!

—Sí, voy de tarugo, de lo que sea, pero aquí en Lagunillas estoy cansao de no hacer na y quiero ver mucho mundo con ustedes...

—Mucha leña y tolete es lo que vas a ver. Nosotros andamos de peregrinos, buscándonos la vianda na más. Y para pasar trabajos pásalo en tu tierra...

—Pero es que me voy detrás de ustedes aunque no me dejen il...

Juan lo miró, y le dijo lento:

—Si tu papá te deja, ven. Siempre hacen falta gurrupieses pa to...

Cuando el muchacho se marchaba, contento, Juan le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Soy Felo Urrutia, pero me dicen «Suelta el Pollo»...

—¿Y eso?

—Porque de niño me templé algunos pollos pa comémoslo en casa. Había hambre y con hambre no se cree en nadie...

—Bueno, Suelta el Pollo, ven antes de las dos, pa que ayudes en lo que sea.

Suelta el Pollo se marchó contento.

Juan fue donde el Torero:

—Gallego, ¿cómo está el torete...?

—Pastando ahí atrás...

—¿Fajará?

—Le fajará a su sombra...

El Jachero dijo:

—Está hecho un viento.

Teresa llegó con un paño rojo. Se lo entregó al Torero.

—Ya está cosido, aquí tiene su capa. Cuídese no lo vaya a desgraciar la res...

El Torero le contestó con orgullo:

—Sería la primera corná...

A la una, alrededor de cincuenta caballos se amarraban a los árboles cercanos. La guajirada del contorno llenaba ya el espectáculo. A las dos, más de un centenar de bestias se movían nerviosas a la sombra de los aguacateros, mamoncillos, atejes, mangales...

Teresa cobraba y el público pasaba a pegar sus codos y brazos en los bordes del corralón de tea de palma. Todos los ojos esperaban con impaciencia el comienzo del acto.

De cuando en cuando sonaba el tambor, en medio del ruedo, y algún anuncio, a gritos, de Juan, se escuchaba:

—¡Señores! Ya viene el toro pacá, y el Torero. Favor de esperar. Todo llega. Calma, calma.

Por lo bajo le dijo Juan a Suelta el Pollo:

—Corre y dile al bicho gallego ese que se acabe de vestir con su traje de putería que el público está medio cabreado de tanto esperar al resisterio del sol...

Suelta el Pollo corrió al bohío donde se vestía el Torero. Allí le encontró, poniéndose la chaqueta. Suelta el Pollo apenas pudo dar el recado, pues se maravilló de la vestimenta ante sus ojos. Consistía esta en un pantalón color azul, cortado por la rodilla, al cual Teresa había adornado con cuentas de collares de medio uso, lentejuelas de baratillo, conchas de río, pedazos de vidrios de botellas, amarillas, rojas y blancas. La chaqueta era una blusa verde de Teresa, la cual se había ajustado a la caja del cuerpo del Torero, y en la que se había efectuado la misma operación cuajadora de cuentas de collar, de mil colores. Una banda de ajada seda amarilla, bien enrollada en la flaca cintura del Torero, completaba el vestuario. El sombrero salió de una panza de burro negro que El Jachero usara dos lluviosos años atrás, y al cual se le había dado una rara forma de montera.

Con espanto y asombro volvió Suelta el Pollo donde Juan y le dijo:

—Ahí viene to encendió pa ca...

Juan tocó fuerte el tambor y gritó al público:

—Ahí viene el Torero. Paciencia, pueblo...

En el interín llegó el torete. Con miles de aspavientos El Jachero lo arreó al corral. Las miras convergieron sobre su testa. El Jachero lo amarró a una tabla de las bardas.

—Está afilao y parece bronco —comentó un guajiro.

—Si faja, el gallego va a tener que hacerlo bueno...

Suelta el Pollo volvió donde el Torero con un recado urgente:

—Dice Juan que vaya enseguida que ya la res está dentro del corral.

El Torero, con mucha dignidad, le respondió:

—Aquí el apuro no vale. El arte de torear es un arte de tranquilidad...

Y se miraba en un pedazo de espejo que Teresa le sostenía delante. Las muchachas campesinas, a las que sus novios y mayores habían impedido ir a la fiesta, le hacían corro, y alababan con risas las palabras del Torero. El Torero las miraba a fondo.

Suelta el Pollo le dijo:

—Le voy a decir a Juan que tú no haces más que mirarte en ese cacho e espejo y que la apuradera contigo no va...

—Dile también que me traiga la cabalgadura.

Juan oyó el recado y le dijo a El Jachero:

—Este gallego está resultando un pasmao, es medio sabrosón y güevo e foca. Vete y llévale el penco bien apareparao, porque veo que el gallego se extrema a la hora del cuaje...

El Jachero salió y se presentó al Torero con el caballejo de un vecino, el cual lo había prestado a Juan, mediante condición de entrada gratuita al espectáculo.

Juan se fue a atender el negocio. En el corral le dijo a Suelta el Pollo de nuevo:

—Ve adonde está el gallego y apúralo...

En cuanto el Torero vio al caballejo, le dijo a Teresa:

—Ponle todos los zarandajos.

Teresa fue al cuarto de vestir y trajo unas guirnaldas de clavellinas rojas, cojidas por un hilo que les atravesaba el cáliz, formando ensartes, y se las puso a modo de collera al ruin caballo. El Torero, por su parte, le fijó una moña de crepé azul a las crines que crecían entre oreja y oreja. El rabo detonaba, trenzado con lazos rojos.

El Torero le dio un machete y el capote punzó a Suelta el Pollo. Y le dijo:

—Ahora voy a montar. Tú vas de escudero mío, hasta que lleguemos al ruedo.

Montó el Torero, entre la espectación alegre de las mujeres, recogió de manos de Suelta el Pollo una larga vara de cañabrava, se la terció al hombro, y con tan extraña indumentaria salió lento, paso a paso del caballejo, con grave dignidad en el serio rostro, rumbo al lugar donde realizaría la esperada faena.

En cuanto el Torero asomó la estrafalaria jeta, el público, tras un minuto de silencioso asombro, prorrumpió en grandes chiflidos y voces de burla. El Torero, jinete sereno, hizo dar dos vueltas a su caballo, lentamente, buscando la natural terminación del escándalo burlón sobre su ataviada persona, y, viendo que no lo lograba, soltó señas a El Jachero de que le pasara la corneta.

El Jachero le entregó el instrumento y el Torero, en medio del ruedo ya, hizo estremecer la tierra con una docena de cornetazos que resonaron de monte a monte, y, de inmediato, se estableció un denso silencio. Fue entonces que erguido y con rostro majestuoso, en una mano el rejón de

cañabrava y en la otra el cornetín de batacunero, lanzó el siguiente discurso a los nerviosos lagunilleros, ansiosos ya de oírle:

—Caballeros, nos hemos reunido aquí para ver el espectáculo del noble y valiente arte del toreo. Pero ante todo, para que no peligre la vida en los lances de enrejonamiento, de capa y de banderilleo que pasaré a efectuar inmediatamente, con toda voluntad, necesito que los chuscos y bellacos, tan numerosos por doquiera, guarden el debido respeto al toreador, de modo que este pueda realizar su valerosa faena con todas las de la ley...

Una vez dichas estas palabras, lanzó la corneta a El Jachero, terció el varejón de cañabrava y se dispuso a esperar la acometida del torete que ya Juan Quinquín estaba desenlazando. Fue el momento de mayor tensión en el día. Teresa, nerviosa, prefirió retirarse al bohío para no tener un mal parto producido por las emociones. Suelta el Pollo, entretanto, siguiendo instrucciones de Juan, le torcía el rabo al torete para enfurecerlo.

Cuando el torete se halló suelto y vio al caballo carnavalesco, y al extraño individuo que lo jineteaba, se detuvo, confuso, ante ellos.

El Torero pensó:

«Ensimismado estás, toretico, y tendrás que hacer un lucido espectáculo porque si no se formará aquí el gran huye que te coge el moro, porque el público es bravo y acción bravía exige.»

Tras su pensamiento, dirigió la bestia frente a la res y le arreó un buen varetazo por el testuz. El torete fajó, y de un solo testarazo largó al jinete y al penco al suelo. Fue una aparatosa y efectiva caída. El Torero quedó prisionero bajo el cuerpo del caballo que temblaba. La vara de cañabrava, dirigida valientemente por el Torero contra la cerviz del

torete, reculó, se introdujo por una manga de su vistoso chaleco y se lo desgarró, y el público enardecido vio cómo la vara resbaló por el sobaco del Torero y fue a parar a seis metros de distancia, cayendo a tierra poco más o menos al mismo tiempo en que caballo y caballero lo hacían. El topetazo fue muy rápido y la caída instantánea. Juan, que lo vio todo serenamente, se dijo:

«Este golpe salva la función, porque la verdad es que el leñazo ha sido de arroba y al caballo no le debe quedar del costillaje ni una pulgá derecha, y el gallego este que es bruto como mulo debe estar bastante chivao con el trastazo que se ha dao contra el suelo, que se lo dio de riñonada, y eso duele cantidad, y ahora tiene el penco arriba, el pobre hay que levantarlo enseguida porque si no queda que no sirve ni pa baldao.»

Entre Juan Quinquín y Suelta el Pollo incorporaron al Torero, cuyo rostro pálido demostraba dolor y valentía.

—¿Te pasó algo, gallego? —le preguntó Juan.

—Estoy desmelenao nada más. El bicho es bravo y nos va a dar mucho dinero —le respondió, jadeando, el Torero, mientras se alisaba el traje y se friccionaba la pierna cogida por el caballejo.

El penco salió muy malparado del corral; antes de salir dejó abundante boñiga sobre la yerba. Al verlo defecar la muchedumbre prorrumpió en gritos numerosos:

—¡Se cagó el caballo!

—¡Gallego, ahora te toca la cagalera a ti, mira cómo está ese torete...!

El Torero miró a su adversario. Y lo halló peligroso. La res estaba nerviosa y luchaba por zafarse del lazo con que la sostenía Juan. El Torero, antes de retirarse al bohío, para unos minutos de descanso, le dijo a El Jachero:

—Mientras más bravo el toro más lucimiento de la lidia...

Cuando el Torero se retiró, el excitado público comenzó ruidosos comentarios acerca de la hazaña presenciada y del revolcón enorme. Juan escuchaba los rumores con gran complacencia: el espectáculo gustaba y no iba a tener problemas con el público a consecuencia de una función floja. Contó mentalmente las ganancias y se dijo que, por lo menos, les quedaban sesenta pesos libres.

A los diez minutos de estos sucesos El Jachero sonó varios cornetazos y los guajiros se atensaron otra vez frente al nuevo lance. Ahora El Torero jugaba con unas estaquitas de madera que tenía en manos. Se dirigió al público y gritó:

—¡Estas son banderillas, son de madera, para no desgraciar al único toro que tenemos. Pero vosotros veréis la suerte de las banderillas tal como es, como se ve en España, Méjico y el Perú, ejecutada con toda limpieza y a fondo!

Tras sus palabras mandó saltar al torete. El silencio permitía escuchar la fuerte respiración del animal.

La res partió rápida donde el Torero la esperaba, haciéndole visajes, levantando y bajando las manos, que sostenían las estaquitas.

Cuando llegó a su destino se encontró con que su provocador había esquivado sus cuernos a la vez que le colocaba, para que se cayeran al instante, las dos afiladas estaquitas en la cerviz.

El público aplaudió. Un noble orgullo se reflejaba en el rostro del toreador.

La suerte se repitió varias veces. Fajaba el torete; el Torero se burlaba. Las estaquitas siempre se detenían en el lomo del torete. Los guajiros aplaudían asombrados.

—El gallego sabe...

—Sabe el gallego...

—¡Cómo que si sabe...!

—¡Sabe cantidad!

—El gallego sabe, ¡ahí sí que no hay casualidad...!

—De que sabe, sabe...

El Torero escuchaba complacido vítores y comentarios. Cuando se retiró, para descansar antes del nuevo número, sintió los aplausos resonar a sus espaldas.

Juan le dijo a El Jachero:

—La verdad que el gallego sabe, y que el toreo es una mina. Da más que el boxeo. Gusta a la gente porque es una animalá. Aunque yo creo que el penco ya no sirve ni pa fabricar botones con su güesamenta...

—El penco está echao debajo de una mata de aguacate —le respondió El Jachero— y yo creo que de esta no se levanta.

Para los capotazos hubo de repetirse la misma escena de corneta y explicación del lance. El torete salió menos gallardo, pero embestía el trapo colorado. El Torero daba un zafón y la res salía burlada. Cada vez que embestía y bufeaba y fallaba la cornada los campesinos aplaudían. El Torero, con gestos de gloria, se quitaba la montera, cuando el aplauso aumentaba su estruendo, y se inclinaba ante el público con ella en la mano. Al fin, el torete, ya cansado, no quiso embestir más. El Torero, al tirar el último capotazo, le dijo a Juan:

—Esto va mal, el bicho no faja y de ahora en adelante deslucirá el final. Hay que buscar el modo que embista para la suerte de matar...

Juan fue a consultar el problema con El Jachero.

Este halló la solución al momento:

—Lo que hay es que buscar ají guaguao y metérselo al novillo en el orificio. Eso es candela. Cuando se sienta el fuego en el culín embiste hasta a Mahoma mismo...

Juan mandó a Suelta el Pollo en busca de ají guaguao, rápidamente. Suelta el Pollo salió como un volador a traer el picante fruto.

Entretanto, el Torero explicaba al público:

—Caballeros, ahora viene la suerte de los hombres, ahora viene el momento de matar. Aquí es donde el torero tiene que demostrar su habilidad, su experiencia, y el temple de sus nervios. Esta es la hora de la verdad, y aquí el que tiembla ante los cuernos de la fiera queda ensartao y su vida vale menos que un comino...

Mientras el Torero hablaba, Juan Quinquín observaba al torete. Realmente no podía más. Había trabajado mucho. Résoplaba con fuerza. La baba le colgaba en hilos, en flemaje brillante, de sus belfos, llegaba al suelo y en el cabeceo de la bestia, como era espesa y no se desprendía de la boca, ligaba yerbas secas, colillas de cigarros, insectos, y los balanceaba al compás de la testa.

Los campesinos oían atentamente las explicaciones del Torero, al que ya admiraban por su valor y por la destreza. Estaban dominados, y, tal como lo había calculado Juan, el espectáculo garantizaba éxitos sin fin por aquella zona y las colindantes, pues la fama del toreo se iría extendiendo con cada nuevo espectador.

Al fin llegó Suelta el Pollo, con un buen número de pequeños ajíes rojos. El Jachero los maceró bien y le dijo:

—Avísale al gallego que no hable más porque el ají guaguao está que en cuanto le dé un picotazo en el orificio al torete, se va a llevar al gallego a viaje...

Suelta el Pollo avisó al Torero. Este suspendió la narración un instante, y dijo después con gran grito:

—¡Ahora, a torear!

Se dio unos paseítos por el silvestre ruedo, se colocó bien la montera. Montó el paño rojo sobre una varilla de

guásima, y con el machete en la derecha y el trapo de invitar en la izquierda, gritó a Juan:

—¡Suelta la fiera!

Oyendo estas palabras levantó El Jachero el rabo del torete con fuerte estirón, e introdujo un puñado de ardiente pulpa de ají guaguao en el ano de la cansada bestia. Al sentir la tremenda quemadura, este soltó varias patadas consecutivas. La zafó Juan entonces de su soga, y El Jachero gritó:

—¡Ahí va, gallego, cuidao que te escacha si te agarra por derecho!

El Torero no le escuchaba. Miraba atento al animal enfurecido, que parecía venir sobre él de varios lados al mismo tiempo. El torete, convertido ya en demonio, le arrancó el machete y el trapo de las manos en una embestida loca. El Torero se echó al suelo, entre los gritos de espanto de algunos espectadores. El iracundo animal daba vueltas sobre él. Entonces vio al público, le oyó la enorme gritería; emprendió una carrera corta, y, con el impulso, de un salto voló la cerca, y comenzó a embestir a cuanto objeto moviente encontraba. La desbandada nerviosa de la gente fue instantánea. Algún corredor fue estropeado por los que le seguían, que en su apuro y miedo le empujaron y atropellaron. Tres caballos fueron corneados y uno echó las tripas al suelo y se las destrozaba con sus patas. Muchos de los corredores treparon a los árboles; otros se echaron al río. Algunos pudieron ocultarse detrás de los cerrados bohíos, pero el torete furioso los obligó a dar vueltas alrededor de las chozas persiguiéndolos en redondo mientras que los que se habían puesto a salvo en las copas de los árboles les gritaban numerosos motes y se reían a carcajadas.

El Jachero enlazó al torete enfurecido. Lo fue amadrinando a un tronco de mango, mientras le decía:

—Canalla, te quieres ir cuando más falta nos haces... Vales más que un ingenio...

Lo amadrinó al fin. Suelta el Pollo pudo echarle varios jarros de agua en el trasero. El torete se fue amansando.

Alrededor de ellos una verdadera muchedumbre se arremolinaba, comentando los grandes sucesos del día. Entretanto, el Torero descansaba, pálido, mudo, en la cama de un bohío, rodeado de admiradores.

XI

El alba se tupió de neblinas, anunciando un día lluvioso, pero el amanecer fue limpio, cristalino. A esa fresca hora ya la tropa del toreo tenía montadas en la carreta las tablas de palma del corral, con todos los enseres, y El Jachero se ocupaba de amarrar al torete a una argolla de hierro en la parte final del carromato. El Torero haría el viaje descansando en su hamaca, tan magullado estaba, tendida de un lado a otro de la carreta.

Se sentían felices. Teresa se hallaba fuerte y sin achaques de barriga. Juan había repartido las ganancias. El Jachero revisaba los arreos de la yunta presta a realizar el nuevo viaje, esta vez a Caonao. Suelta el Pollo, por su parte, se felicitaba de su suerte por acompañar a personajes tan eminentes, alegre de correr mundo y aprender muchas cosas sabrosas y excitantes.

En esto se hallaban cuando se presentó una pareja de la guardia rural.

—¿Quién es el jefe aquí? —preguntó el mayor de los soldados.

—Este —dijo El Jachero, señalando a Juan, y mirando a la pareja con gesto sombrío, donde asomaba la ira.

El Jachero pensaba:

«A na bueno vienen. Estos guardias en to el país lo que hacen es abusar y abusar. Casi todos van a chupar donde quiera. Al guajiro le quitan pollos, guanajos, huevos, lechones. ¡Con el miedo que les tiene el guajiro a estos abusadores! ¡Hasta le enamoran la hija más linda! Por eso to guajiro quiere meterse a guardia rural, pa vivir de sabroso, contra su misma gente. Ahora verán a Juan y lo picarán y hasta su planazo le pueden pegar si trata de defenderse de este abuso.»

Juan los atendió, cortés y molesto. Su visible preocupación agradó a los guardias, que por aliado seguro tenían al miedo.

—Hay que pagar la contribución por la fiesta que dieron ayer, sin consultar con la ley... —dijo el rural más viejo.

—Me tenía que defender, guardia, porque tengo la mujer en estado, estoy sin trabajo y lo más que se nos ocurrió fue buscarnos los frijoles en este juego...

—Bueno, pero hay que contar con la ley, y hay que pagar...

—¿Cuánto, guardia...?

—Veinte pesos por impuesto, eso dice la ley...

—¡Tanto! Es casi la mitad de lo que se ganó...

—Son los impuestos, y la ley no se puede burlar...

El Torero escuchaba el tenso diálogo, y desde su hama-ca, dijo:

—La ley se hizo pa proteger a la pobreza.

El guardia viejo lo miró y casi gritó:

—¿Quién es el comejinda ese que quiere que se lo lleven preso y con cuatro patás en el culo?

El otro guardia dijo:

—Aquí no creemos en güevús...

Juan dijo:

—Está enfermo y no anda bien de la cabeza. Vamos a transarnos en diez pesos, guardia...

El guardia viejo dijo:

—Afloja doce y sales bien.

Juan pensó:

«No puedo hacer nada. Engrencharme contra esta gente es ir preso y recibir mil golpes. Hay que sufrir, hasta un día, esta cabroná. Mejor es pagar, es lo más inteligente.»

Juan dio los doce pesos al rural. Este los contó en silencio, y se retiró con rostro severo. El otro guardia lo siguió de mala gana.

La carreta resistió el viaje a Caonao. Allí, en uno de los solares del pobladito, acamparon. A las tres de la tarde el corral estaba listo, y la tropa almorzaba debajo de un frondoso mamoncillo. Teresa había cocinado un espeso ajiaco. Había pan, queso blanco, salchichón y una lata de dulce de papaya en almíbar como postre. Teresa bebió un vaso de leche adicional. El Torero almorzó con grande apetito.

Después, Suelta el Pollo, Juan Quinquín y El Jachero se fueron a fijar cartelones anunciando el toreo para el día siguiente, a las dos de la tarde.

El Torero descansaba entretanto. El torete pastaba a sus anchas en un cuartón de la cercana finca La Josefa. Teresa cosía, charlaba alegre con los campesinos del lugar. La comida fue más copiosa aún. Teresa cocinó un guanajo y los hombres dieron rápida cuenta del fricasé, de un potaje de frijoles blancos y de varias botellas de cerveza. Teresa no bebió cerveza, pues era general opinión que la bebida le podía provocar un aborto. La leche reemplazó el alcohol para Teresa.

Tras comer, salieron las cuerdas a relucir, Juan y El Jachero cantaron décimas en cafés y billares, haciendo la propaganda al espectáculo.

Un remolino de desocupados les siguió dondequiera. Estos formaban grandes ruedas rumorosas en medio de las calles para escuchar a los cantores.

Tarde se retiró Quínquín a la carreta. Allí se encontró al Torero esperándole.

—Juan, te quiero hablar de algo importante —le dijo.

Juan le respondió:

—Habla.

El Torero demoró un largo instante. Acotejaba sus pensamientos, quería ser preciso.

—Óyeme Juan, lo que te voy a hablar es asunto de marca mayor. Comprenderás que no he dejado de dormir para hablarte alguna gansada...

—Claro..., ¿qué hay?

—Que pido aumento de sueldo.

Juan calló. El Torero esperaba, confiado, la respuesta.

—Mira Juan, yo soy la atracción de la fiesta, yo me juego el pellejo. Con mi arte domino a la muchedumbre. La gente paga por verme, debo ganar más.

Calló el Torero, Juan pensaba:

«Verdá que este gallego debe ganar más, se dio unos cuantos culazos, le cayó el penco arriba, y tiene caradura y mucha tabla para tratar al público, pero se está subiendo, subiendo... Como gallego al fin na más piensa en “cuanto voy janando...” Se me va a subir arriba..., pero tiene razón.»

—Gallego, te voy a dar una quinta parte más de lo que se recoja...

—¿En limpio?

—En bruto...

—No, no. Yo quiero en limpio... Yo soy la estrella de estos actos andariegos... La gente viene por mí...

—Bueno, en limpio...

El Torero pensó:

«Aflojó pronto. Voy a pedir más...»

—Juan, no me satisface. Quiero más.

—¿Qué quieres?

—No trabajar en armar el corral. Torear nada más. Y, después de las primeras cinco corridas, y según sea el éxito monetario, quiero dos tercios de la entrada...

Juan se asombró:

—Gallego, estás subió... ¿Tú estás loco? Tú no ves que este dinero es para el porvenir de todos. Con esto preparamos mejor la colonia de café en las lomas y nos vamos bandeando aquí en el llano hasta que crezca el café y rinda... Yo te convidó a que vivas allá con nosotros si quieres...

—¡Allá..., en la loma! ¡No! El monte es pa los pájaros. Mi risueño porvenir está en las ciudades... Te equivocas. Mi dinero lo quiero contante y sonante. Peso ganao, peso en el bolsillo. La vida es dura y el dinero es el dinero... Así que ya sabes, si te gusta, bien; y si no me voy con la música a otra parte...

Dicho esto el Torero se tiró en la hamaca y se echó su colcha sobre la cabeza. Con este gesto evidenciaba que no deseaba discutir más el asunto...

Juan se desvistió pensativo y se introdujo en su hamaca. Miró a las estrellas, alguna nube. Oyó cantar los colines. Sintió zumbiar las pequeñas alas de Mariela.

Estiró el brazo y tomó la jaula. La puso en su pecho. Mariela estaba quieta, Juan le habló, en silencio, pensando:

«Mariela, tú no vives libre; ni vives mal, ni vives bien. Pero la verdad es que no pasas disgusto con tu gente. Yo sí, y muchos. Este gallego ruin ya está inflao; ya quiere más y

más. Yo doy lo que puedo, porque quiero ser justo. Pero, fíjate Mariela. Lo encontré to escachao, sin un quilo, chorreo de pantalones, porque pasaba tanta hambre que ni nargas tenía con qué llenar el fondillo. Así to esculao lo encontré, y, a pesar de que desconfiaba de su cara, lo admití. Compré el novillo con los últimos pesos; alquilé carreta y bueyes y salí a jugármela con el tarro ese del toreo. Y ahora que triunfamos, al primer día casi, cuando vamos a hacer la segunda función, ya empieza a pedir y pedir... Yo sé que al final va a pedir ser el empresario, el jefe, to... ¡Cabrona ambición! ¿Qué pasará en el mundo? Hay gente infeliz que se arrastra delante de uno implorando lástima, usted lo ayuda y después le quieren quitar la cuchara con que uno come su ajiaco. Así es casi to el mundo. Coge una posición y se vuelve un tirano. No pueden vivir sin la posición. Matan hasta su madre por la posición... ¡Cómo hay gente así! Por eso el hombre nace más mal que un chivo, que nace, da un brinco y ya se la está buscando, corriendo de aquí pallá, pero la mayor parte de la gente nace y se arrastra en cuatro patas tiempo cantidad y luego se sigue arrastrando toa la vida. Menos que un chivo... Así es este gallego... Estas son las cabronás de la vida. Y ahora que tengo ese hueso atravesao voy a tener que talabartearla bien. Porque ni El Jachero ni yo aguantomos ronconás a nadie... Y a este gallego menos; no fue por gusto porque los cubanos nos fajamos años y años contra estos déspotas que gobernaban el país, llenándolo de la sangre de tanto infeliz... Bueno, ya veremos, que me voy a desvelar por esta cañona del gallego. Mañana será otro día, y vamos a ver cómo se porta este agallú...

El día salió de mucho sol. Caonao entero bajó al toreo. El lidiador tuvo una gran tarde, aunque en esta ocasión no hubo

la suerte del rejoneamiento. El caballejo expiró en Lagunillas y no se pudo conseguir penco alguno en los alrededores. A pesar de ello, la fiesta resultó emocionante. Vítores, aplausos y gritos se escucharon en toda la tarde. El Torero gozó de modo extraordinario. Viéndole, se comprendía su ventura. El rostro le resplandecía de confianza, satisfacción, dominio.

Al anoecer, el corral estaba desarmado, mordía el torete sus grandes mazos de yerbabruja que Suelta el Pollo había cortado en la laguna de La Josefa, y Teresa terminaba un oloroso arroz con camarón de río.

Tras la comida, el Torero se le acercó a Juan:

—¿Cuánto ganamos hoy?

—Sesenta pesos.

—¿Libres?

—Libres.

—Entonces venga mi parte con el aumento en que quedamos anoche. No te voy a cobrar los dos tercios todavía...

Juan le pagó sonriente. Sabía que el Torero era acreedor de esa ganancia. Cuando el Torero tuvo los pesos en el bolsillo, le preguntó a Juan:

—¿Dónde vamos mañana?

—A Sabana Miguel. Allí hay mucho guajiro con plata...

—¿A qué hora salimos?

—A las cuatro de la madrugada...

—Para mí es muy temprano.

—¿Temprano, gallego?

—Sí. Tengo que descansar los nervios. Más vale que vosotros me dejéis dormir la mañana. Vosotros marcháis a vuestro destino; y yo, que no me puedo estropear para actuar decentemente, marcharé en un auto al punto en que vosotros os halléis...

Juan lo miró boquiabierto.

—¡Gallego, apéate de ese globo, que estás muy subío!
—le dijo con acento disgustado.

—¿De qué globo?

—De ese. Estás subío. Cada vez pides más y más...

—Porque soy la atraccion, y el público viene por mi arte, por mi valentía, por los arrestos de mi mágica lidia, por todo...

Juan lo miró fijamente.

—Gallego, ¿hablas en serio?

—En serio. Y para que usted lo sepa bien: después de la corrida de mañana hay que darme los dos tercios de la ganancia limpia...

Juan lo oyó y le viró la espalda. El Torero lo miró irse, serio el rostro.

Juan vio a El Jachero.

—¿Sabes lo que quiere el gallego este?

—¿Qué?

—Que lo lleven en máquina a Sabana Miguel. Pa descansar bastante.

El Jachero pensó. Después dijo:

—Juan, hay que transarse... Es negocio.

—¡Pero es que este gallego es una puerca paría, traga y traga y traga...!

—Hay que aguantar por ahora —dijo El Jachero— aunque luego nos haga la charraná...

Juan callaba. Sabía que su compañero estaba en lo cierto.

—¿Pa dónde fue? —preguntó El Jachero.

—Creo que se quedó allá por la carretera.

—Voy a contratarle la máquina a Sabana Miguel pa que no nos clave después lo que le dé la gana. Pero antes lo voy a ver y a amansarlo...

Juan se fue donde Teresa. La halló tejiendo un gorrito de niño, bajo un colgadizo. Corría un aire fresco y Juan, después de dar las buenas noches, se le acercó.

—¿Cómo está la canoa?

Teresa se sonrojó. Juan llamaba la «canoa» a su vientre.

—Ahí...

Juan la miró tiernamente. Teresa tomó sus manos. Las acariciaba con las suyas. Juan la besó.

—Teresa, ¡cómo pasas trabajo conmigo y tan bien que estabas con tu Padre...!

—Estos no son trabajos, Juan; esto es la vida. Donde tú estás yo estoy feliz. Y esto es na, cualquier trabajo es na, porque tú estás aquí conmigo.

XII

En Sabana Miguel ocurrió un acontecimiento inesperado. Fue una sorpresa para todos, y, en demasía, para el Torero. Sucedió que a las seis de la mañana, tan pronto llegó la carreta, Juan amarró al torete de un guamá y procedió con Suelta el Pollo y El Jachero a armar el corral de pelea. El Torero llegaría sobre las once de la mañana. Teresa comenzó a hervir la leche bajo una yagruma. Con tres piedras improvisó el fogón. Unos palos secos sirvieron de combustible. Oía agradablemente. Juan canturreaba décimas. Teresa se sentía muy feliz con la luz matinal y el giro agradable de los negocios. Ya se había acostumbrado a la vida nómada y no la consideraba sacrificio alguno. «Sacrificio es hacer lo que a uno no le gusta», y se decía, «y esto me gusta a mí, donde está Juan estoy bien». Cuando Juan la oía expresarse así temblaba de felicidad.

Como a las diez de la mañana el corral estuvo terminado. Una treintena de campesinos lo observaban. Ya sabían que habría fiesta. Un guajiro le preguntó a Quinquín:

—¿A cuánto la entrá?

—A cincuenta quilos.

—Malo. Por aquí no hay ni donde amarrar la chiva... El tiempo es malo y no hay trabajo y hasta hambre hay... Hay hambre.

—¿Y la zafra?

—La zafra está empeñá. Usted sabe que en la tienda del central estamos empeñaos y que se trabaja en la zafra para pagar lo que se debe...

Ambos callaron, apesadumbrados.

El Jachero llegó y, enterado, dijo:

—Juan, ¿no te parece bajar el precio...?

Suelta el Pollo interrumpió:

—Sí, por aquí la yira está escasa...

—A peseta —dijo Juan.

Y se fueron a poner los cartelones de anuncio en la tienda del poblado.

A la media tarde llegó el Torero. Venía con su aire último, imperioso. Bajó de un auto deslustrado con lentos movimientos. No saludó a sus compañeros. Se fue donde la carreta, abrió su hamaca y se echó a reposar. Se balanceó un poco en ella hasta quedar dormido.

Al anochecer, en la copiosa comida, cuyo plato fuerte consistió en carne asada con papas, se planteó otra vez el problema económico.

—Os dije —afirmaba el Torero— que según la atracción así es el pago...

—Gallego, mira que todo no puede ser pa ti... Que no vamos a vivir pa ti... —le repuso Juan.

El Jachero agregó:

—Esto ha de ser parejo, aunque tú debes ganar más.

—Sí, debo ganar mucho más. Sin mí esto se cae...

—Gallego, no mates la gallina de los güevos de oro...

El Torero siguió comiendo a toda gula. Ya había dicho su última condición:

—Páguenme los dos tercios o pierden el diestro... Sin mí no hay toreo...

Por la noche Juan y El Jachero salieron de su campamento a cantar a la tienda. En ella, las dos mesas de dominó estaban ocupadas por jugadores. Alrededor de las mesas ondulaban numerosos mirones criticando en alta voz las jugadas.

—Si el isleño no se lleva el siete no se queda con el doblenueve.

—Es un arao ese isleño.

—¡Sí, pero si no me llevo el siete me quedo con el sietenueve, que también pesa como un buey!

—Si Justo Montero no se hubiera virao a rente de las chumaceras...

—Quitó gorra y puso cachucha...

—Es un agachón. Eso no es dominó ni un cará...

—Está como la puerca e Capote, con el verraco arriba y pidiendo comía...

Juan comenzó a rasguear su guitarra. Se interrumpieron los comentarios. Cantó:

*El juego de dominó
no será un juego muy feo,
pero es mejor el toreo
y nadie diga que no.
Así se los digo yo
que presumo de profeta
y el que no crea al poeta*

*vaya mañana a mirar
a un gran gallego torear
al precio de una peseta.*

El Jachero punteó un yayabero; luego sobre un punto cruzado, cantó una cuarteta:

*De qué te vale tu oro
avaricioso del juego
si tú no has visto a un gallego
entre los tarros de un toro.*

Mientras El Jachero seguía cantando, Severiano González, el dueño del tenducho llamó a un lado a Juan:

—Le aconsejo que salga echando de aquí... Porque no va a sacar na. Aquí no hay una peseta ni pa remedio. Esto está hecho tierra. Es un peladero. Va a fracasar... Yo estoy hundío aquí hasta las verijas... Estoy al quebrar... Aquí nadie trabaja... ¡Si no hay trabajo pa nadie! ¡Hambre sí hay dondequiera...!

Juan le preguntó:

—¿Tan mala está la cosa?

—¿La cosa? ¡Horrorosa! Aquí hay fogones que no se encienden en to el día...

Juan quedó en silencio. Severiano le dijo:

—Más vale que espante con tiempo..., porque esta es la zona de hambre. Si aquí se siembra maní salen cagajones de caballo...

Juan y El Jachero se retiraron confusos. Habían comprobado, en las casas y vestimentas de los guajiros, una gran miseria. Los ranchitos parecían de viejos congos, medio derrumbados, muchos pisos de tierra, los testers de yagua, la cujería jorobada y de guásima...

—El hombre de la tienda tiene razón —le dijo Juan a El Jachero, desde su hamaca.

—Sí. Esto anda como el diablo pintó a Perico...

—Es un despeluse —murmuró Suelta el Pollo.

Se hizo el silencio. Los hombres dormían. La brisa nocturna bajaba fresca.

Juan, como todas las noches, miró a las estrellas y dejó tejer a su pensamiento:

«Qué extraña vida... Aquí está este gallego roncando satisfecho... Ahora vive de nosotros... Pero Suelta el Pollo se mantiene bien... Deja ver cuándo se va a subir... En cuanto crea que vale algo va a empezar a pedir por esa boca... A lo mejor no... No to el mundo es igual. Es verdá. Y aquí hay miseria. Parte el alma ver esos niños con las paticas jorobás, zambos y gambaos ya, porque no se alimentan bien. ¡Qué cabroná que los niños no tengan mucha leche! Y ahora mismo se oyen las vacas de por aquí que las están ordeñando pa llevar la leche al pueblo. Y los niños de aquí se chivan... ¡Qué país más sucio! A veces pienso que es mejor ser un caballo..., qué carajo..., porque el caballo tiene toa la comida que quiere. Se la da la natura... Yerba dondequiera. Y no tiene que pagar casa ni cuidar niños, ni gastar dinero en zapatos, ni tiene que presumir porque na más que usa un solo traje, y también un solo plato, ni se le pican los dientes y no hay ningún dentista que le jale una muela pa fuera... Ni tiene policía atrás que le dé palo ni guardias rurales de mierda que lo persigan, ni políticos ni un carajo detrás de sus cédulas... Pero que viene un vivo y le da veinte palos, lo doma, le pega la montura y lo pone a jalar un carretón... Y después cuando está viejo, lo manda al matadero pa vender el pellejo... ¡Qué va! Este mundo hay que acotejarlo... Así no se puede seguir viviendo. Unos con tanto, con to, y otros con tan poco, con na... Ah, pero tengo que echar palante a lo que sea. Hay que luchar...»

Y con estos pensamientos se quedó dormido.

Lo despertaron los gritos de Suelta el Pollo:

—¡Juan, Juan se comieron el novillo...!

Se vistió apresurado en la fría madrugada. Cuando llegó a la guásima donde dejaron el torete, sólo vio la sangrosa osamenta. El Jachero le señaló al Torero, sentado sobre una piedra:

—Mira cómo está... A nosotros nos mataron el torete, pero a este lo han estimbalao to. ¡Ya se le acabó el orgullismo que tenía!

Juan preguntó:

—¿Cómo fue?

—Na —contestó Suelta el Pollo—, los hambrientos se lo comieron. Cuando hay hambre no se juega. Se lo robaron mientras dormíamos, y se lo repartieron... Ni una costilla con un poco de masa ha quedao... Mondongo na más...

El Jachero le afirmó a Juan:

—Con el hambre no se juega. Ahora lo que hay que hacer es devolver la yunta porque si no se la comen también, con yugo y to... Y la carreta a devolverla, porque los jartones estos son capaces de comérsela hasta el eje...

XIII

—¡Tiene que entregar la cédula, la de él y la de su familia, o sino lo botamos de Pueblo Mocho!

Esto dijo el Alcalde.

Ninguno de los presentes se atrevió a disentir de su opinión. Desde la pareja de rurales hasta el último de los co-

merciantes reunidos en el local del ayuntamiento de Pueblo Mocho todos movieron la cabeza afirmativamente.

El Alcalde prosiguió:

—Mi candidato es el candidato de to el mundo. Aquí, se ha visto, no se puede andar con contemplaciones. Así que me baja los retratos de otros candidatos, Nicolás Mendoza, de las tablas de su bodega...

El interpelado se puso de pie.

—A mí me clavaron esos retratos de candidatos unos tipos que vinieron haciendo la propaganda por ahí. Yo ¿qué iba a hacer? No les iba a quitar el martillo y machucarles la cabeza...

—Pues hay que botar to esa basura de la bodega...

—Así voy a hacer ahora mismo... Porque yo no tengo más candidato que los que usted y el ejército aquí presente me indique. Yo estoy con el gobierno...

Uno por uno, los asistentes a la reunión política del barrio: cosecheros de café, herrero, ferretero, arrieros..., prometieron ayuda al Alcalde. La recogida de cédula comenzaría al día siguiente.

Se trajeron varias botellas de ron. La gente prodigó los tragos. El Alcalde hizo un brindis:

—¡Por el gobierno, por el General, por los candidatos de nosotros!

Bebieron el ron entre sonrisas y carcajadas. El Alcalde dijo al final.

—Quiero la cédula de Teresa Canelo, también.

Hubo un grave silencio. Todos los presentes sabían de su chasco amoroso.

El Padre de Teresa dijo:

—Ella no está aquí..., y ni siquiera está inscrita...

El Alcalde le repuso, con su voz más enérgica:

—Hay que buscar esa cédula..., como sea... No podemos fallar ni con un solo voto...

Ante la mirada angustiada del Padre, continuó:

—Sería la primera vez que me fallara un elector, y eso sí que no lo voy a permitir...

En silencio salieron todos.

XIV

Cuando el Torero se vio derrotado, sin toro ni ruedo, sintió un grave cambio en su psiquis. Su altanería desapareció. Su fe en sí mismo se escurrió por los asonsados ámbitos de su alma. Ante Juan hablaba un pordiosero:

—Ahora sí estamos desguarnecidos. La mala suerte se ha cebado en nosotros. Verdad es que siempre hay alguien con más mala vida que uno, pero mire usted que comernos el útil de trabajo... ¿Qué hago yo, digo, qué haremos nosotros sin el toro, eh?

Y sus ojos se anublaron por lágrimas de sincero dolor.

El Jachero que lo escuchaba le dijo:

—Lo que en ti llora es la panza, gallego, cachoecabrón, que todo eres interés... Me alegro después de todo que se hayan mangao al toro, porque así se te desinfló el globo que tenías. Ya te creías un rey y ni hablabas con nosotros. A cada puerco se le llega el día y a ti te llegó el tuyo. Tú querías mitá por mitá, y después más, y luego pedías dos tercios, y mañana nos ibas a tener de aguantapatadas a tos. Ahora te cagaste en tu verija y se te acabó la boconería; se te acabó el vivió..., y volverás a lo que eres...

Juan lo interrumpió:

—Jachero, no hables así. Cualquiera mete la pata. Y si es verdad que el gallego se subió, cualquiera hace lo mismo si no conoce la vida...

El Jachero calló.

El Torero, humillado, callaba.

Juan dijo:

—Hay que talabartearla otra vez. Ya ni carreta tenemos. Jamacas, la ripiera de ropas y los cacharros sí los tenemos.. Y unos pesos pa defendernos estos días de atoro.

—Si hay que irse me voy —dijo Suelta el Pollo.

—Quédate —le dijo Juan.

XV

«Me quiere desgraciar este hombre, pensaba el Padre, está encaprichao en Teresa y se va a desgraciar porque Juan Quinquín es un hombre templao. Eso se le ve por arriba de la ropa... El Alcalde no sabe con quién se ha metío... Con Juan no se juega... Voy a ir a buscarla, adonde sea, dondequiera que ella esté... Porque si no este maldito me va ahorcar. Ya ahorcó al isleño. Se lo comieron las auras y nadie se ocupó ni de averiguar. Y botó de Pueblo Mocho a la familia de Ventura, todo porque no le votaron por su candidato en las otras elecciones...»

Esto pensaba mientras apretaba los cordones de sus polainas de montar. Una vez apretadas se fue donde su bayo y lo montó.

Tomó el camino de la montaña, rumbo a la casita de Juan, en plena colonia de café.

XVI

—El tocino está lleno de bichos —le dijo el Almacenista de Cienfuegos al Torero.

—Así es como lo quiero, me sale más barato y lo vendo todo...

—Los frijoles negros están con moho.

—Así con barbas verdosas y todo le compro los quintales que sean. Después lo vendo..

Compró el Torero las mercancías. Cargó los serones del caballo de El Jachero que le esperaba afuera, y los de su caballo, y partieron rumbo a Palmira.

Ya en los arrabales de Palmira, se dirigieron con la carga donde un pequeño quiosco construido con madera de palma, la misma que se utilizó para el corral.

Allí se depositó la mercancía. Apestaba el tocino. Una parte de la noche, a la luz de las velas de cebo, la pasó el Torero lavándolo.

—Con un cepillo de guano cana limpiaba de blancos gusanillos las grandes bandas de tocino semipodrido. Suelta el Pollo vaciaba cubos de agua sobre el tocino, para lavarlo completamente. Después el Torero tomó grandes cantidades de sal y relleno con ella los huecos donde habitaron los gusanillos.

Otra parte de la noche la pasó restregando con sus manos varios quintales de frijoles negros a los cuales había echado previamente algunos litros de aceite de comer.

Con los restregones el moho blanco desaparecía y los frijoles quedaban relucientes y tentadores.

Al amanecer, ya el Torero gritaba desde el pequeño mostrador del quiosco:

—¡Tocino de primera! ¡Tocino de primera! ¡Más barato que nadie, aprovechar!

Suelta el Pollo gritaba a su vez:

—¡Un gangazo! ¡Que no quede nadie sin bailar! ¡Pruebe y compare!

Llegaron los compradores.

—¡De verdad que está barato y es un tocino rosaíto y de primera!

—¡Y los frijoles negros tienen muy buena cara!

Un avisado comprador dijo:

—Estas gangas son las que dan los comerciantes vivos los primeros días para embullar al marchante. Después, cuando ya tienen la marchantería asegurada, aprietan las clavijas hasta afuera...

Otro lo confirmó:

—Después que están apuchinchados liman hasta las pesas, y aprietan como marañón...

La mercancía se vendió toda. Juan repartió las ganancias con disgusto.

—No sigo en esto —dijo—, este negocio es sucio...

El Torero le respondió:

—Da mil por mil.

—Sí, pero no es legal. No me gusta. No sigo en el negocio...

—Hay que vivir... —dijo el Torero—, la vida es una guerra y hay que defenderse como se pueda. Cada cual se agarra con sus uñas...

—Pero cualquiera se puede enfermar con la puercá esa que se le vendió...

—El vivo vive del bobo... —le repuso el Torero.

—No voy en esa, gallego —respondió Juan.

El Jachero dijo:

—Yo tampoco voy en esa. Así que, gallego, sigue solo si quieres. No cuentes con nosotros.

Juan dijo:

—Te regalamos el quiosco. Sigue solo...

—No, no me dejéis —dijo el Torero.

—No lo hará más —dijo Teresa—, déjenlo al pobrecito...

XVII

Casa por casa, iba el Alcalde recorriendo Pueblo Mocho. No quedó cédula que no se recogiese, salvo la del Maestro.

—Esta cédula es mía, y la de mi mujer es suya...

El Alcalde lo miró, socarrón.

—Si no me dan las cédulas los boto de aquí.

El Maestro lo miró ojo a ojo.

—No doy las cédulas. Esto es un abuso y me quejaré...

El Alcalde rió. El Secretario rió. El Sargento Político rió.

La pareja de rurales rió.

—¿A quién se va a quejar, maestríco?

—Al Superintendente.

—Ese está puesto ahí por mi candidato...

El Maestro calló. En su rostro se leían la ira y la tristeza.

—Vengan las cédulas —dijo el Alcalde.

—Trasládeme —dijo el Maestro.

XVIII

Cuando el Padre llegó a Guayabo Viejo se enteró allí que Juan andaba en el llano, por la vuelta del central Soledad.

Durmió en el rancho vacío, y, por la madrugada, entre una lloviznosa neblina, montó y comenzó a bajar.

En La Mandinga le informaron que Juan se había marchado con una carreta, un torete y un gallego, a correr mundo por ahí.

Les siguió el rastro.

En Caonao, lo encaminaron a Palmira.

En Palmira se topó con el Torero, por simple casualidad. Estaba bebiendo un agua de coco en un café cuando el Torero, que se encontraba allí, viéndole el rostro preocupado, le dijo:

—Amigo, puedo ayudarlo en sus desgracias, que sé que usted las tiene...

El Padre de Teresa lo miró con desconfianza. Le preguntó, hosco:

—¿Y usted quién es?

—Soy vidente. Veo el futuro completo. Tengo un médico francés atrás y se me apodera también un ser poderoso, el espíritu del primer indio que vio Cristóbal Colón. Colón le regaló un collar y el indio le contestó regalándole un aguacate.

El Padre de Teresa pensó:

«Este lo que es es un mataperros. Es peligroso y me parece que quiere hacerme una machangá. Así que lo mejor es darle de canto... Hay que cantar al gallego vividor este porque me ha visto cara de ñongo y me quiere aprovechar. Pero ya no hay guajiro bobo... Que vaya a chivar a su abuela...»

—Dígame qué necesita saber y se lo digo.

—Ver a Juan y Teresa —le respondió en tono entre irónico y esperanzado el Padre.

—Le cuesta un peso. Lo llevo allá por un peso...

—Vamos.

A los diez minutos, Teresa abrazaba entre lloros a su Padre.

Juan, emocionado, le decía:

—Vea usted cómo estamos embarcaos en estas aventuras, to pa ir tirando mientras crece el café de la colonia, porque nos negaron la refacción pa coger los mangos bajitos y cogerse la colonia por tres quilos, después que entre El Jachero y yo la levantamos con miles de trabajos...

—Sí, lo sé —dijo el Padre—. ¡Pero qué barrigón tiene Teresa...!

—Mi peso —le dijo el Torero.

—Aquí está...

El Torero se embolsilló el peso. Se volvió donde Suelta el Pollo y le dijo:

—Ven, que nos vamos a buscar, con mucha facilidad y tranquilidad, unos cuantos duros esta misma noche.

Suelta el Pollo se fue tras el Torero.

El Padre planteó la situación:

—La cédula de Teresa. El Alcalde la quiere...

—Nos la quitaron hace rato.

—Hay que buscarla. El Alcalde la busca.

—No está. Se la cogieron en Guaos pa que yo saliera de preso... El Padre tomó una decisión:

—Que venga conmigo Teresa, a dar a luz en Pueblo Mocho. Allí su tía le atiende el paritorio. Aquí esgaritá con ustedes va a malparir y se les muere la criatura. Lo mejor es que me la lleve ahora pa que para en Pueblo Mocho, mientras ustedes se bandean por aquí...

Teresa dijo:

—No abandono a Juan.

Juan pensó un momento. Miró a Teresa, la aconsejó:

—Teresa, no es por ti ni por mí, es por la criatura. Horita das a luz en medio de un callejón... Tu Padre tiene razón. Vete a parir allá con tu gente, y enseguida los voy a recoger...

—Juan —dijo el Padre—, no la recojas tan pronto... Ella tiene que tener cuidado después que para...

Juan se sonrió. Movi6 afirmativamente la cabeza.

Después dijo:

—Es que ya El Jachero y yo tenemos planteado un negocio. Vamos a buscarnos unos pesos bien buscados, trabajando decentemente... Y entonces traemos a Teresa y al niño pa ca... Hasta que podamos subir la loma y vivir del café con comodidá... Yo sin ella me parece que no existo...

—Bien —dijo el Padre.

Teresa se estremeci6 de felicidad, oyendo el reclamo de Juan.

XIX

Suelta el Pollo sostenía dos velas encendidas en las manos, las únicas luces en el bohío.

El Torero pregunt6:

—¿Ya son las doce de la noche?

Junto a él, inquieto, el Colono cañero, Francisco Betancourt, con voz trémula respondi6:

—Faltan tres minutos...

Dijo el Torero:

—Tiene que ser a las doce en punto cuando empecemos a buscar el daño... Pero ya hay que romper a rezar una salve, un avemaría...

Dos viejas campesinas y el Torero rezaban.

A media oración, el Torero cay6 al suelo. Allí se agitaba sin cesar y gruñía.

—Ya le baj6 el médico francés —dijo Suelta el Pollo.

—Urrrrr... Brrrrr... Ufffff... Aaaa... —musitaba el Torero entre largos espasmos, iluminado su rostro pálido y contraído por las dos velas que sostenía Suelta el Pollo.

La mujer de Francisco Betancourt rompió a temblar de miedo. Sus quijadas se entrechocaban. Daba diente con diente. El Colono sintió un largo escalofrío en el borde inferior del espinazo.

El Torero se retorció en el piso. Hilillos de baba colgaban de sus labios. Betancourt y su familia, que se apretaba junto a él, miraban atentos al convulsionado.

—Prrrf... Pruffff... Arrff... Ugrrr...

—Ya está al bajar el Médico... —dijo Suelta el Pollo, en un susurro.

Betancourt aseveró con un movimiento de cabeza.

El Torero dio un gran respingo. Pataleó. Se babeó en demasía.

—¡Ahí viene el Francés! —advirtió Suelta el Pollo.

La boca del Torero se abrió suavemente. Quiso hablar y no pudo. Al fin musitó:

—Buenas noches, hermanos.

—¡Buenas! —murmuraron los presentes, con timidez, encabezados por Suelta el Pollo.

—Hermanos..., soy un medicó francés de padrrre carrpinteró, que se desarrolló en los llanós de Venezuelá...

—¡Luz para ti, hermano! —dijo reverente Suelta el Pollo.

—¡Luz para ti...! —exclamaron todos, en voz muy baja.

—Yo sé lo que te ocurré hermanó Franciscó Betancur, te han echado dañó tus enemigó...

—¿Dónde? —inquirió, muy inquieto, Betancourt.

—Debajo de la ceibá está el dañó, pero prrimeró tienés que darmé una missá...

Las mujeres asistentes al acto se persignaron.

—¿Cuánto vale la misa? —preguntó Betancourt.

—Veinte guapos —le respondió Suelta el Pollo.

Betancourt se levantó y fue a su cuarto. Chirrió un escape. Minutos después Suelta el Pollo se guardaba el dinero.

—Mañana, a las doce de la noche en punto, vendrán aquí, me harán la missá, y dejaré sacar el daño... Porque si lo sacán ahorrá se les vuelvé carbón, y quedan malditós para toda la vida...

Dicho esto, boqueó el Torero nuevamente. Tiró al aire unos tres zapatazos acompañados de grandes resoplidos y quedó exánime.

—Ya se fue el Médico... —susurró Suelta el Pollo—. Una toalla con alcohol denme ahora pa que vuelva el hermano médium; échenle perfume de amansaguapo en la frente y por el sentido. Alcáncenme un ramito de albahaca pa darle pases...

Cuando el Torero revivió se halló muy oloroso, entre rostros graves y solícitos.

Bebió un vaso de vino de papaya. Se secó el sudor de la frente. Miró al infinito. Después dijo:

—Mañana será la misa aquí. Preparen el altar...

—Así le quitaremos el daño —pespunteó Suelta el Pollo.

El Torero y su compinche bebieron nuevos vasos de vino de papaya entre el silencio respetuoso de la familia Betancourt.

Después se despidieron cortésmente.

Por un oscuro camino el Torero le dijo a su compañero:

—Esto es una mina... El vivo vive del bobo y el bobo de su trabajo... Eso lo sabe to el mundo. El que no tiene uña se agarra de su ponzuña...

Y reía a carcajadas mientras avanzaba en la cerrada noche del callejón sabanero.

Durante seis días Juan Quinquín y El Jachero se dedicaron a tumbar marabú en el marabusal de Gualterio Ramos, un colono cerca de Caonao. Hacían carbón. Para vender a peso la saca. Un tercio del producto se le daría a Ramos. Ellos, firmes, desmontaban la espinosa planta, limpiándole la colonia de su estrago.

—Es un abuso —dijo Juan Quinquín al tiempo en que cortaba un tronco de un machetazo—, ¿pero qué vamos a hacer...? Hay que resistir y echar la lengua afuera...

El Jachero comentó:

—Aprieta, abusando de la necesidad... Y él sin jalar el machete. To le es ganancia...

El Jachero cocinaba. Juan Quinquín buscó el guano y construyó el ranchito.

Con abundante palerío en el suelo, ambos compañeros procedieron a levantar el horno. Acotejaron los palos en forma de cerro, bien unidos, unos junto a los otros, y les echaron tierra a paletadas.

Dieron fuego simultáneamente a seis hornos.

Y procedieron a velar día y noche, para evitar las funestas bocas de horno. Al caer alguna porción de tierra y dejar descubierta la madera ardiendo, el horno podía volarse con el aire penetrando por el agujero abierto. Esto cuidaban sus hacedores.

A la media noche del primer día de vela los seis hornos humeaban, como pequeños volcanes pardos. Humeaban, y el bajío se cubría de una niebla espesa y olorosa. Juan Quinquín trabajaba su turno mientras El Jachero dormía. Se deslizaba de un horno al otro rápidamente, para evitar una voladura que desgraciara la áspera labor de tantos días.

A veces se detenía, miraba las estrellas, la vegetación tranquila rodeándole. Y pensaba. Pensaba:

«Si yo no me rompiese el lomo no tendría mi colonia de café mañana. To cuesta sacrificio. De la na no sale na. Es verdad que abusan, pero en cada horno de estos tengo una esperanza. Pronto Teresa tendrá un niño y hay que fajarse por él. Esa es la vida. Una cadena. Hoy por ti y mañana por mí. ¿En qué pensará Teresa? Seguro que en mí. ¿Y ese Alcalde que está enamorado de ella? Por de pronto no se atreverá ni a acercársele, pero es un canalla y no tiene entrañas. Si la toca se la voy a arrancar. ¡Cómo el mundo puede producir gente tan mala! ¡Me cago en diez, cómo hay madre que pueda parir esa gente!»

El Jachero le interrumpió los pensamientos trayéndole un jarro de café caliente.

—Toma, lo acabo de colar.

—Duerme —le dijo Juan—. Yo estoy velando.

—No. No tengo sueño... ¿Cómo andan los hornos?

—Van bien. Sólo dos bocas se han abierto y las tapé enseguida.

El Jachero, después de beber con Juan el ardiente café en la lata en que hirviera, le preguntó:

—Cuando llegué a tu lado estabas lelo. ¿En qué pensabas...?

—En las cabronas de la vida. En que por qué nace tanto degenerao...

El Jachero se rió:

—Nacen a montones: el hijoputa, el maricón que dondequiera que va y en todo lo que hace se le sale la mariconería, el agachón, el chicharrón, el guataca, el doblecara, el socarrón, el ladrón, el traicionero, el que tira la pedrá y pone cara de santo, el que dice una cosa y siente otra... Pero hay que ir conociéndolos, porque chivan al guanajo...

—Así pienso yo. A mí creo que no me muerden ya. Pero qué clase de vida es esta. Es una guerra para buscarse las dos pesetas...

—Es una matazón —repuso El Jachero.

Conversando, dieron una vuelta a los hornos. Juan llevaba en su mano el farol. El Jachero se lo quitó.

—Vete a dormir, Juan —le dijo—, que ahora me toca velar a mí...

Juan se fue al rancho; se introdujo en su hamaca y a los pocos minutos dormía.

El Jachero se quedó pensando entre la niebla de los hornos, alta la madrugada ya:

«Desde que me parió mi madre he tenido que janeármela solo, menos ahora que estoy con Juan que es lo que se llama un amigo, ni un hermano es así, mil veces a veces un amigo lo entiende a uno mejor que un hermano, cosas de la vida. Pero lo que dice Juan es verdá. Abusan con uno dondequiera. Si le dan una cosa prestá a uno a lo mejor es pa pedirle luego algo. Son pocos los que ayudan con voluntá... Pero cuando hay un hombre bueno hay que considerarlo. Porque siempre hay un hombre bueno...»

XXI

Suelta el Pollo fue a ver a Juan y a El Jachero a los hornos. En cuanto lo vio, Juan le dijo, riendo de la alegría:

—¡Qué bueno que has dado una vuelta por aquí, a ver a tus amigos!

—No los olvido —dijo sonriente Suelta el Pollo.

El Jachero llegó. Saludó al recién llegado:

—¿Vienes a darnos una manito ahora que estamos acabando...?

—No. Vine a darles na más que una vuelta. Estoy con el gallego, que es un bicho malo. ¡Ese sí que nunca muere! Ahora se le ha metido entre ceja y ceja formar nosotros una comisión de peleadores de perros...

—¿Y eso qué es? —preguntó Juan intrigado.

—Na. Buscarnos perros bravos y echarlos a pelear en un corralito y buscarnos la plata de pueblo en pueblo. Dice el gallego que, total, si un perro se muere de una mordida, se busca otro... Pero que el más bravo se guarda para el perro peleador de alguien que lo tenga y quiera echarlo con dinero... Pa robarle la pelea...

Juan lo atajó:

—Suelta el Pollo, ese gallego no me gusta en lo que anda. To lo suyo es maturranga...

Suelta el Pollo le ripostó:

—Es un tipo de relajo... Tiene la vida tirada a relajo..., pero no es malo.

—Por ahí es donde se hunde... —repuso Juan—, por ahí mismo porque el que tira la vida a relajo y todo lo relajea no vale pa na. Nadie puede confiar en él, porque no tiene seriedad ninguna, y ¿quién le va a hacer caso...?

—Así mismo es —dijo El Jachero.

Suelta el Pollo escuchaba calmoso a Juan. Este prosiguió:

—Esa es la verdad de la vida; los que siempre están tirando a relajo las cosas y zarzeando son unos verracos que se hacen los graciosos. Choteando a to el mundo y ellos mismos son unos verracos que se hacen los graciosos. Opinan de to, en alta voz, para que todos los oigan. Nacieron pa malos payasos. No valen ni un cabo e tabaco.

Suelta el Pollo dijo:

—Es verdad... Voy a ver cómo lo suelto. Pero esta noche estoy comprometido con él. Vamos a casa del colono Francisco Betancourt, un verraco que ya le dio veinte pesos pa una misa por el asunto de un daño. El gallego le va a celebrar la misa y después le va a encontrar el daño... Es una fiera.

Juan no oyó el final de estas palabras. Hubo de correr para tapar una boca voraz recién abierta.

Suelta el Pollo pasó la tarde velando hornos. Comió con sus amigos. Ya tarde, se encaminó donde el Torero.

Este lo esperaba impaciente, con un paquete de velas en la mano.

—Vamos —le dijo— que son como las once de la noche. A las doce ya tengo que estar en trance.

Salieron a buen paso. Tres cuartos de hora después, ya el Torero bebía un vaso de vino de papaya luego de haber comido una fuente de masas fritas de puerco, masas que el Colono había extraído de una lata, de entre la manteca sólida. Eran rosadas y olían sobremanera.

—El que nace pa puerco cumple su misión tarde o temprano —decía el Torero contento con el vino.

Miró el reloj de pared.

—Faltan cinco minutos para las doce. Pongan las sábanas en la sala.

Una blanca sábana fue extendida en el piso de cemento. En sus cuatro puntas se colocaron vasos llenos de agua. En cada vaso, un ramito de albahaca. El Torero echó en ella todo el largo de su cuerpo. Cerró los ojos, grave. A su cabecera, Suelta el Pollo colocó una imagen de yeso de la Virgen de la Caridad del Cobre. A sus pies, encendió una vela.

Después, Suelta el Pollo apagó todos las otras luces en la sala. Hecho esto, prendió doce velas de sebo alrededor de la sábana, y el Torero quedó iluminado mágicamente. Resplandecía pavoroso bajo las luces amarillas; rodeado de oscuridad, era una isla de luz en medio de la sala.

Al sonar las doce campanadas el Torero lanzó un gruñido espeluznante.

—Ya está entrando el Francés —murmuró Suelta el Pollo. La familia presente se escalofrió.

El Torero gruñía y se contorsionaba. A los diez minutos de gemidos y gruñidos el Francés habló claramente:

—Esta noche se arreglá el dañó. Los vamós a sacar de abajó de la ceibá... Pero antes necesitó un favor.

—¿Cuál, hermano? —preguntó Suelta el Pollo.

—Un perrró de peleá, bien bravó... Porque yo gustabá de los perrró brrravó... Se lo entrregán al herrrmanó medium y él me lo llevará a mi tumbá. ¿Oyó, Betancur...?

Suelta el Pollo miró a Betancourt. Este, trémulo, dijo:

—Sí... Sí...

Suelta el Pollo añadió en alta voz:

—Sí, hermano, el hermano Betancur lo da...

—Perro que sea ahorra mismo la entregá del perrró. Que esta misma noche el hermano medium se lo llevé...

Francisco Betancourt asintió.

El Torero procedió a convulsionarse. Calló por un rato. Después gruñó.

—Viene el Francés otra vez —dijo Suelta el Pollo.

—Herrmanó Betancur, ¿me oyés?

—Sí..., sí...

—Dale diez pesos al herrrmanó medium para que me lleve florés a la tumbá. El perró brrravó y las florés... A la vez...

—Sí... Sí... —musitó Betancourt.

—Ahorrá recenmé la misá...

Suelta el Pollo comenzó a canturrear un latinajo largo que le había enseñado su compinche. Después tomó en sus brazos la imagen de la virgen y la paseó lentamente de cuarto en cuarto por toda la casa, rezando salves, seguido de la familia.

Los gritos del médium abandonado pararon la ceremonia. Todos regresaron a la sala. El médium murmuraba:

—Gracias... Me voy ya... No olvidén el perró y las florés porque si nó me vengarré... Cojan un picó y vayan hasta la ceibá de la talanquerá y cavén en la raíz que mirra al sur... Allí está el daño. Cuando lo saquén, untenlé clará de huevó y tirenló por el escusaó pa bajó...

Lanzó el médium unas cortas pataletas, y, poco a poco, fue recobrando el sentido de la realidad. Betancourt le pasaba un pañuelo mojado en agua de colonia por la frente.

El Torero se recuperó enseguida.

—Vamos, hermanos, corriendo, a sacar el daño. Esto no admite demoras. Traigan el pico, cojan las velas encendías. Cada uno con una, que no se le apague. Vayan rezando. Yo voy alante. Betancourt, trae el pico y da pico donde yo te diga...

—No, yo no —repuso Betancourt atemorizado.

—Tú mismo tienes que ser. Si no el daño sigue comiéndote la vida.

Betancourt tomó el pico. La procesión se inició. Todos rezaban camino abajo durante medio kilómetro. Al frente, el Torero. Detrás Betancourt, su esposa, su madre, tres hijas casaderas, un hijo de catorce años. Al final, Suelta el Pollo. Las velas se fueron perdiendo por los callejones oscuros.

Al llegar junto a la ceiba de la tranquera, el Torero detuvo la procesión.

—Recen ahora más alto —dijo.

Todos rezaron a viva voz. El Torero señaló el borde de una raíz.

—Tira un picazo aquí, Betancur.

Betancourt dio suavemente con el pico en lugar indicado.

—Más fuerte —dijo el Torero.

Betancourt hundió el pico con fuerza.

—Escarba la tierra, Suelta el Pollo —dijo el Torero con energía.

Suelta el Pollo escarbó. A cada golpe de pico sacaba la tierra del hoyo valiéndose de sus manos.

A los pocos minutos el pico sonó como si hubiera chocado con un metal.

—Ese es daño —dijo el Torero.

Suelta el Pollo escarbó. La curiosidad de Betancourt y su familia llegó a su límite.

—¡Aquí está! —dijo triunfalmente Suelta el Pollo.

Y mostró a todos, un largo clavo de línea de ferrocarril.

—¿Y esto? —preguntó asombrado Betancourt.

El Torero le respondió:

—Con ese clavo te tenían atravesada el alma. Ya tú no podías hacer nada en la vida porque estabas con el destino clavado...

Betancourt tembló. Gran dicha lo invadía.

—Menos mal —dijo gozoso.

—Ya se acabó todo —dijo el Torero—. Ahora, a pagar la deuda con el muerto, Betancur...

Volvieron a la casa. Allí el clavo se bañó con clara de huevo y desapareció por el redondel de la letrina.

El Torero y Suelta el Pollo regresaron con los diez pesos y un enorme perro negro, embozalado, que, por trechos, se resistía a avanzar.

—Suelta el Pollo, ya ves que lo que se necesita es ser vivo... Hay mucho bobo en el mundo...

Y el Torero se reía satisfecho.

—Ya ves... Todo lo que costó fue enterrar el clavo de ferrocarril y un paquete de velas.

Y tornó a reírse a carcajadas.

Suelta el Pollo pensaba:

«Es verdad lo que dice Juan, este gallego no acaba bien. Mañana lo voy a soltar y me voy con Juan. Este hombre es más vivo de la cuenta.»

El Torero pensaba:

«Suelta el Pollo es manso y buen amigo. Me hace bien el papel. Voy a hacer dinero con todas mis mañas. Ahora empezaré a retar a todos los perros que ladren en diez leguas a la redonda. Pero primero adiestro a este de Betancur, que guapea y, cuando sea listo, lo peleo con cualquiera, y a hacer dinero...»

Y silbaba alegre, callejón sombrío abajo.

XXII

La loma tenía una casita blanca en su tope. Junto a ella seis matas de mamoncillo parecían abrirla. A lo lejos, entre las nubes pardas, volaban las tiñosas.

Teresa miró hacia arriba mientras caminaba, lentamente, sujetando con su mano derecha una chiva por una soga. La chiva se precipitaba camino adelante y Teresa tenía que sostenerla con fuerza.

—¡Chiva...!

La chiva halaba fuerte. El viejo don Regino, apodado el Calabaza, que bajaba en un moro, la vio. Se apeó y vino en su ayuda.

—¡Qué capricho de salir con esa barrigona y jalando una chiva! Teresa, esas son cosas de loca... ¡Usted no se da cuenta que si se cae se revienta...!

Teresa, un poco avergonzada por el regaño, le contestó:

—Es que el animal se me ha espantado de pronto. Me viene bien que usted me lo lleve a casa e Eulalia...

El viejo haló la chiva loma arriba. Teresa subía despacio la colina, siguiendo el trillo. En lo alto, Eulalia le gritaba con voz rota por el viento:

—¡Te... e... sa, mu... cha... a... cam... na poco... no... c... !

Teresa, un poco fatigada, se sentó a la sombra de un tamarindo, que introducía un gran gajo por el follaje de un flamboyant. Las vainas secas de este sonaban alegres con el viento. El sol de media tarde brillaba en los valles.

La mirada de Teresa se posó en su casa, abajo. Vio el arroyo verduoso, los juncos, quietos a su orilla, la playa de arenas y breves piedras grises y aun negras, sombreada por palmas. Los techos rojos de las casas entejadas. Veía la niebla cintilar en las cañadas. Algunas barrancas humeaban. La neblina del atardecer comenzaba. Cafetales, siempre a la sombra de los bosques, dejaban ver granos verdes, aunque algunos rojeaban. Paz. Algunas garzas, blancas, atravesando los montes. Un bando de rabiches. Algún sinsonte, de albos tatuajes en las alas. A su espalda, los mayitos y los judíos chirriantes. Hacía fresco. Recuperaba el aliento. A su izquierda, una cadena de cerros verde claro se enlazaba hasta detenerse en una montaña de roca amarilla, a cuyo pie humeaban las chozas de guano cana. Desde lo alto, Teresa se sentía mejor. El aire refrescaba. De pronto, observó atenta. Por uno de los caminitos de salida de Pueblo Mocho divisó tres jinetes. Los veía diminutos. Trató de identificarlos, para entretenerse mientras le volvía la respiración normal. Al fin, los

reconoció: el Alcalde y la pareja de rurales avanzaban por el mismo camino en que ella se encontraba.

De seguida Teresa inició el ascenso. Con rápido paso coronó la loma. Allí la esperaba Eulalia, la tía, rodeada de escandalosas gallinas y tardos guanajos. En la mano, un puñado de maíz. La casa de techo de cinc y tejas bien blanqueada, atrás.

—¡Hija, qué capricho de subir con esa barriga...!

—Es que quería verla, y poco a poco...

—¿Y la chiva, pa qué...?

—Pa que me la cuide y me preste otra parida por ella, porque esta se me secó y el único alimento que me pide el estómago es leche e chiva...

Eulalia se rió:

—Antojos, antojos de mujer cargá...

Entraron a la sala. Eulalia azoró antes, a escobazos, gallinas y guanajos. Después fue a la tinaja y con un jarro de bordes dentados sacó agua y la vertió en una copa. Teresa bebió con avidez.

—Cansa el camino...

—Y subirlo con este resistero de sol es una locura...

Cualquiera llega con la lengua afuera...

Teresa rió, nerviosa. Pensaba en el Alcalde:

«Seguro que ese canalla se enteró que yo venía pa la casa de Eulalia, donde voy a parir. ¿Qué querrá conmigo? Está jugando con candela, porque Juan lo va a parar... Él está en lo de hacer hornos de carbón... Tan pronto acabe viene pa ca... Quizás llegue antes del paritorio... Si no, después. Conformidá...»

Eulalia le interrumpió los pensamientos:

—Estás pasmá... ¿Qué te pasa que estás lela...?

—No sé... Es la barriga que me tiene así...

—Sonsita..., sonsita..., lo sé.

Teresa bebió de nuevo. Agotó la copa. Eulalia le observaba la cara y el vientre.

—Estás al soltar el muchacho de esa loma pa bajo —le dijo riendo.

Teresa contestó:

—¡Usted no sabe las ganas que tengo de soltarlo! —Y como oyó pisadas de caballos se estremeció.

Eulalia miró desde la puerta, valle abajo:

—Ahí viene ese degenerao... A na bueno viene.

Teresa quedó pensativa e inquieta.

Eulalia salió al colgadizo:

—Buenas tardes —dijo secamente el Alcalde.

—Buenas —respondió con voz humilde Eulalia.

El Alcalde bajó de su enorme bestia. Penetró en el colgadizo. Un guardia rural preguntó:

—¿No hay café?

—Voy a prepararlo. Está enseguidita... —repuso Eulalia, dominada por el miedo, deseosa de servir, de gustar, de no fracasar en su diligencia. Y se internó en la cocina. A poco ardía el reverbero.

El Alcalde le dijo:

—Hágalo bueno..., que no sea café de chivo...

Un guardia le preguntó:

—¿Por qué de chivo?

—Porque si queda mal colao quedan borras y se escupen haciendo como los chivos, ¡puff!

Y miró para Teresa buscando su aprobación, su sonrisa.

Teresa vio rápidamente el rostro innoble. Bajó su cabeza.

El Alcalde tomó asiento en un taburete. Lo recostó en un horcón. La silenciosa pareja de rurales se sentó en la sala. Las vainas de los machetes montaban sus puntas en el piso de cemento. Uno de ellos apartó su machete con asco. Se había apoyado en la húmeda cagada verdosa de una gallina.

—Me parece, por lo que veo, que pronto tendré un ciudadano más a quien cuidar —dijo el Alcalde a Teresa.

Teresa calló.

Eulalia gritó desde la cocina:

—Ya empieza a hervir el agua...

Y vino a la sala. El Alcalde la ignoró.

—Teresa, donde hubo candela hay brasa...

—Estoy casada —respondió Teresa con energía— y si mi esposo se entera de su frescura puede haber de todo...

—No le tengo miedo, ni a él ni a nadie. Todavía no ha nacido macho al que yo le coja miedo...

Eulalia habló:

—Alcalde, ¿le gusta con poca o con mucha azúcar?

El Alcalde la miró fijamente. Con un tono severo en la voz le dijo:

—Usted sabe bien cómo me gusta...

Teresa pensaba ya en levantarse e irse al cuarto, cuando el Alcalde le habló:

—Con el tiempo y un ganchito...

Teresa sintió odiarle. «Soy capaz de matar a este hombre», pensó.

El Alcalde continuó:

—Con el tiempo y un ganchito..., se logra cualquier cosa. Miré, yo conocía a un moro vendedor de baratijas, que lo mismo vendía tela que perfume, que iba de casa en casa, de loma en loma, con su mulo cargado de jabones, prendas, pantalones, pulseras, relojes, todo lo que quería, y iba vendiendo, y así se ganaba la vida...

La pareja de rurales escuchaba al narrador con suma atención.

—Y ese moro era feo como cará, era un pichón de aura de feo... Y se enamoró de una guajira, Rosa Pérez creo que se llamaba... Y ella se reía de él y lo despreciaba por feo día

tras día... Y por las noches el moro iba a su casa con bombones y caramelos, y Rosa y su familia le comían los bombones al moro, y cuando el moro se iba después de dar lata y de fracasar, se reían de él... Pero qué pasó, que como al año Rosa lo quiso y se casó con él...

Eulalia, bien enterada del final de la historia, prestó toda su atención al colamiento. El olor llegó a la sala, poniendo alerta a todos los presentes. El Alcalde aseveró:

—Con el tiempo y un ganchito...

Teresa no esperó el café. Se introdujo en el cuarto.

Cuando se retiraba, jinete en su gran caballo, el Alcalde le dijo a los rurales:

—El perro que no sigue a perra no la monta.

XXIII

Suelta el Pollo llegó a la hora de la comida. Halló a Quinquín y El Jachero comiendo yuca con mojo. Delante de ellos una olorosa cazuela de frijoles negros y otra de harina de maíz.

—Siéntate en este tronco y jala un plato —le dijo Juan.

Suelta el Pollo se sirvió una ración en un plato de lata esmaltada y se sentó junto a los dos carboneros en el mismo tronco de almácigo.

Humeaban los hornos. Masticaban seguido las quijadas. El silencio era interrumpido solamente por los gritos de los caracateyes que ya comenzaban a salir, en el ocaso.

Cuando terminaron de comer, Juan preguntó:

—¿Y qué es de la vida del gallego?

—Ahora viene pa ca —dijo Suelta el Pollo—, se está vendando en casa el médico.

—¿Vendando...?—preguntó El Jachero.

—Sí. Fracasó en el asunto de la pelea de perros...

Juan encendió un tabaco y dijo a Suelta el Pollo:

—Cuenta, cuenta eso...

—Na, que el gallego está salao, quiere saber más de la cuenta, la cuestión es que se da cada trompezón que se mata...

—¿Qué fue lo de los perros...? —inquirió El Jachero.

—Que preparó muy bien al perro de Betancur, el que se lo quitó con espiritismos. Lo preparó bien porque el gallego sabe eso de achujar perros... Y ganó veinte pesos en la pelea que echó en Paisito; en Santa Rosa ganó veinte pesos más, veinte más en Ciego Alonso. El perro ganaba en dos palos... Pero que se prendió con uno de raza en Los Cedros, y ahí quedó. A la verdad que le echaron un león pelado. Era un perrazo flaco y de ojos que no se le veían. Tenía las orejas agachonas y parecía na. Y en cuanto le echó su perro, el gallego se erizó, porque el perrón flaco le dio dos mordías al prieto del gallego en el guargüero y lo largó loco. No se levantó más. Y con la misma le partió parriba al gallego y le mordió un brazo y una pierna y si no se lo quitan le saca el mondongo. Había que ver aquel gallego corriendo con el perro clavao en los fondillos. Le desguazó los pantalones, le mordió una nalga y creo que le arrancó un cacho e carne de un jarrete. Yo creo que el gallego se cagó en esa corrida...

Juan y El Jachero se estremecían con las carcajadas. Suelta el Pollo lloraba de risa.

—Pero viene pa ca —continuó Suelta el Pollo—, está fracasao y viene pa ca, con ustedes. Está al llegar, pues el médico lo entisaba hoy... Y él me dijo que al oscurecer llegaba a los hornos, a verlos. Está que da lástima, hecho leña...

—Si viene —dijo Juan— que venga. Que trabaje y se gane la comida haciendo carbón. Todavía hay trabajo pa rato aquí.

Dicho esto se levantó y fue a dar una vuelta a los hornos. Suelta el Pollo se puso a limpiar los platos y la cazuela en un arroyo cercano. Antes de irse a fregar oyó hervir el café.

A la media noche, velando los tres amigos, se abrieron cuatro bocas a la vez. Las paletadas de tierra menudearon. Los temidos hoyos se cubrieron.

—Mañana por la noche hay que destaparlos. Estarán pa entonces. A ensacar y a vender...

El Jachero aprobó:

—Es una zafrita buena esta del carbón la que estamos haciendo. Yel café crece en la loma...

Juan sonrió.

—No es negocio dormir ahora —dijo El Jachero—, si se le abren cuatro bocas en este momento a uno solo que vele se le vuelan los hornos. Y un horno volao ahora es un negocio feo.

—Sí... Hay que velar toa la noche —dijo Juan.

Bebieron todos café. Entre tres piedras ardía una hoguera. Sobre ella hervía el agua. Nueva colación de café se preparaba. En la oscuridad los amigos se miraban los rostros rojizos por las llamas. Se sentían felices. Juan ojeaba a las estrellas, de vez en vez.

A la media hora de silencio dijo Juan:

—Tengo ganas de ver a Teresa y al niño... Ya debe haber parido... —Y agregó—: Esto sí es sacrificio.

El Jachero que lo oyó, dijo:

—Feliz tú que tienes mujer y niño.

Suelta el Pollo, curioso, preguntó:

—¿Jachero, tú te casaste...?

El Jachero lo miró. Miró a las llamas de la pequeña hoguera. Oyó hervir el agua.

—Me casé hace como diez años. Ella era de Río Palma y era buena y era de buena familia y buena en to.

Calló unos instantes. Dio una chupada a su amarillo:

—Era buena... Y como a los tres años de casao se me antojó irme a un carnaval al pueblo. Me fui solo...

Juan echó el agua hirviendo del jarro por el colador. Un perfume inigualable se esparció en la noche. Nadie perdía las palabras del narrador.

—Esa noche..., no sé... Me fui detrás de una comparsa de tambores... La gente iba arrollando y cantando y a mí me tocó ir al lado de una trigueña, una mulata clara, pero con un claro amarilloso, unos ojos grandes, y una boca fina con unos dientes blancos... Y el cuerpo... ¡pa qué hablar! ¡Y qué cara fresca, qué linda era! ¡Pa qué hablar! Bailamos juntos. Nos reímos juntos. Conversamos. Yo decía: «Señores, que esto se enamore de mí, no puede ser.» Y pudo ser. No sé como...

El rostro de El Jachero se entristecía.

—No sé —continuó—, no sé si hice bien o si hice mal. Pero de allí salimos juntos y no me separé de ella en veinte días. Me dominó. No podía estar sin verla. Me acordaba de mi mujer, tan buena, y yo sufría, y sentía como un cuchillo frío en el alma. ¿Qué pensará...? Pero en cuanto miraba a la otra, no podía... No podía zafarme... Hay que haber pasado por eso. «No me abandones, —me decía—, no me abandones nunca.» Y sus lágrimas me mojaban el pecho...

Juan le alcanzó un jarro de café a El Jachero. Este bebió lentamente.

—Ella sabía... Ella lo sabía que yo era casado... Pero ni ella ni yo pudimos nada contra ese amor... Era algo muy grande, de mucho poder... De verdad que pocos pueden resistirlo... Qué noches tuvimos. Qué días aquellos en que, medio escondidos en un bohío, por la vuelta de Rodas, me cocinaba..., mientras llovía y llovía... Y yo acariciaba sus bellezas, muy finas. Y sus ojos me miraban...

Juan lo escuchaba atentamente. Conoció que El Jachero sufría con el recuerdo. No quiso interrumpirlo.

—A los veinte días el dolor por mi buena mujer me arrancó de los brazos de la otra, y vine a ver a la propia. La propia me recibió llorando, desesperada se me echó en los brazos. «Ay, mi vida, creía que te habían matado.» Y lloraba como loca. Yo me sentía enfermo. No podía decirle nada. Y estuve con la propia dos días. Y a los dos días le dije que me iba y que volvería. Y ella me dijo adiós llorando. Y yo volví a la otra...

Juan bebió un sorbo de café, absorto.

—La otra me recibió con mimos, con las caricias más sabrosas del mundo. Era lo más bello que había visto. Y me decía llorando: «Esta vida escondida no la puedo resistir... Yo quiero que me saques a la calle... Ir contigo del brazo... Quererse no es delito...»

El Jachero calló un rato. Bebió café. Cogió un tizón de la hoguera y dio candela a un cigarrillo.

—Y quererse era delito... Ese amor era delito para los que no se arriesgan a un gran amor. Mi felicidad y la de ella... Cualquiera envidia un amor así, un amor grande, una de esas cosas que nadie puede creer que existan... Yo sólo quería verla feliz para ser feliz. Y ella igual. Pero adentro tenía clavado el puñal de la propia, tan buena, tan cariñosa, que no me había hecho na malo nunca...

Juan le interrumpió:

—Así es. Eso se da en la vida.

—Yo quería a la propia a mi modo. Era una inocente, y todo lo de ella era verme bien. Por eso un día que me dijo la otra: «Divórciate y vivamos sin miedo al quedarán del mundo», le dije: «Ella es buena, es buena y no tengo valor para darle esa puñalá...» «¿Entonces me la vas a dar a mí?», me contestó la otra. «No. Nunca.» «¡A alguien tienes que dársela!», me dijo.

El Jachero se levantó del tronco de almácigo y dio una vuelta alrededor de la hoguera.

—«No quiero dársela a nadie», le dije, «no puedo». Y la otra lloraba: «...Total..., ahora sufrimos tres, pero si te divorcias sólo sufre uno.» Y yo pensaba: «Es verdad, pero yo no puedo ser feliz si le clavo el puñal a esa mujer tan buena. De pensar en sus sufrimientos ya no puedo gozar na...» Y le dije. «Sigamos así, ¿no ves que no puedo? ¿No vale la pena pagar este precio por este amor que tenemos?»... Y ella lloraba. «De pensar que tu esposa te abraza, o que tú te acuestas en su cama, me muero, me muero...» Y yo le decía: «No puedo hacerle ese crimen. Prefiero sacrificarme yo.» «Y a mi también —me decía— y si la dejas, ella llorará pero al año ya está bien, y buscará otro...» Y yo le decía: «¿Cómo podré vivir feliz ese año si sé que cada noche llora por mí...? ¿Qué ha hecho ella pa que yo le pague así?...»

Suelta el Pollo lo miraba. Veía su rostro angustiado y se sentía mal. Se sentía culpable de hacer sufrir a El Jachero.

—Y así pasaron tres meses. Yo tratando que nadie sufriera. Muriendo yo, como hombre de ley que soy. Pensé en los moros, que tienen algunas mujeres y que toas viven juntas, y que no tienen este problema espantoso... Pero aquí no somos moros... Y la otra enflaqueció y perdía su belleza. Y la propia se me enfermaba. Entonces lo hice...

Juan lo interrogó con la mirada, pero apenas podía ver el rostro de El Jachero. El viento había echado el humo de los hornos sobre el grupo y las figuras se desdibujaban en la niebla. Nadie podía verse las caras. La voz de El Jachero se escuchaba solamente:

—Lo hice. Escapé. Fue un acto cobarde, o loco, o no sé qué. Escapé. No podía resistir. No podía. Escapé y me fui a Santiago. Dejé dos cartas. Una a cada una. «Si me quieren entiéndanme. Lo mejor es acabar esto y no queda na pa

nadie. Que nadie gane. Ninguna mujer va a sufrir pensando que yo ando con la otra. Ese consuelo les queda. Yo me voy esgaritao.»

Juan dejó que pasara el tiempo, en silencio. Al rato largo, dijo:

—Vete a dormir, Jachero... Nosotros vamos a velar. A las seis te toca a ti...

El Jachero se retiró a la choza. Suelta el Pollo se hizo cargo de velar tres hornos. Juan tomó cinco bajo su vigilancia.

El viento de la madrugada se levantó. Un gran ruido de matorrales sacudidos por frías rachas se extendió por el llano.

El cielo brillaba cuajado de estrellas. Juan las miraba. En la solitaria noche pensó:

«¿Hizo bien o hizo mal? No sé. Cada cual hace lo que puede y lo que sabe. Cada cual con su cada cual. No me meto en su vida. Pero, el pobre, sufrió mucho... Y ahora está baracutey, con razón. Por eso ni mira pa las mujeres. Nunca ni las conversa. El pobre... Lo siento por él... Es mi hermano.»

Juan dio una vuelta completa a sus hornos. Entretanto, pensaba:

«Y estuvo fatal, porque le tocaron dos mujeres buenas, las dos enamorás. Y ninguna aflojaba. Y él en el medio... El pobre. Porque yo me he visto con muchas mujeres que no valen na... Se enamoraban de mí, pero eran sáatas... Querían enamorarse y más na. Yo siempre he dicho que esas mujeres coquetas así son como las mariposas que se posan en la cagá fresca de la ternera y se ponen a chupar y se embelesan, en lugar de ir a la flor a beber el jugo y la miel... Esas son dos clases de mujeres. Aunque hay algunas que beben el jugo en la flor y también en la cagá. Pero el pobre Jachero... Ya ni se alza después de ese golpe.»

El Alcalde se levantó de su sillón, con el rostro resplandeciendo con la gran sonrisa:

—¡Al fin llega usted! —exclamó. Y abrió los brazos para abrazar a la visita.

La visita lo miró de hito en hito.

—Muy gordo te veo —le dijo. Pero no abrió sus brazos para estrechar al Alcalde. Este fue cerrando los suyos y después tendió la mano al visitante...

—Usted no sabe la alegría que me da verlo, Doctor. Toma usted posesión de su casa...

El Doctor le preguntó, mientras su secretario, que había entrado ya a la sala, sacaba un cuaderno de notas y un lápiz:

—¿Con cuántos votos cuento para mi reelección por esta zona?

—¡Con todos, con todos! ¿Quién no lo quiere por aquí? ¡To el mundo! ¡Cuenta con tres mil votos por lo menos!

El Doctor le respondió:

—Sí, los votos de mis arrendatarios están seguros. Ellos saben que si me fallan los largo pa los callejones, más tarde o más temprano. Pero de esta partida de vagos y jugadores que están por aquí, ¿tú respondes por ellos?

—Por todos. Aquí ningún contrario le va a coger ni un voto ripiao. Aquí usted copa y arrolla... —respondió el Alcalde, con el rostro enrojecido por la determinación.

—Vamos a hacer algunas visitas a ver cómo anda eso —dijo el Doctor.

—Vamos. Donde usted quiera...

Salieron a la calle. Los acompañantes de la comitiva política del Doctor, que le había esperado fuera, sentados en los taburetes de la tienda, se levantaron, y se dispusieron a montar sus mulos. Pero el Doctor les dijo:

—No. No nos vamos ahora. Ahora visitamos.

Y señaló una casa, una choza a mitad del callejón. Y allí se fueron.

—¡Buenos días! —dijo el Alcalde al llegar al umbral.

—¡Buenos días! —contestaron tímidamente desde adentro—. ¡Pasen!

El Doctor preguntó:

—¿El voto de aquí, es mío como siempre?

Un hombre le respondió:

—¿Y para quién había de ser, Doctor?

—Siempre hay quien viene a quitarme a los míos... De mi misma gente.

—Ni se ocupe, Doctor.

El Doctor estaba de pie. Nadie quiso sentarse. Miró los rotos, viejos muebles de la sala, los cuadros al creyón, retratos de los padres del habitante de la casa, colgando de las paredes donde la cal había saltado, floreros con puchas de clavellinas bajo los retratos, una imagen marchita de un San Lázaro con muletas, rodeado de perros, un «Dios bendiga nuestro hogar» donde la polilla había roído, un almanaque donde una mujer norteamericana enseñaba los rojizos muslos...

Por el suelo, un niño gateaba, completamente desnudo, babeando.

—Coge pal niño —dijo el Doctor. Y le tendió un peso.

El hombre, de rostro humillado, sonrió, inclinó su cabeza al aceptar el peso:

—Gracias, Doctor, el voto de aquí es pa usted... Además, usted sabe, el Alcalde tiene la cédula siempre...

El Alcalde repuso:

—Por si acaso... No se puede confiar...

Se volvió al secretario y le dijo:

—A mí no se me revira nadie, porque lo tranco con estos de acá...

Y señaló a la pareja que andaba por el patio. El soldado más viejo traía una gallina cogida por las patas, cabezabajo.

—Mi mujer necesita caldo de gallina, hoy amaneció débil —le dijo al soldado más joven.

El más joven le replicó:

—No le quites la gallina a esta gente, que no tienen dónde caerse muerta...

El soldado más viejo lo miró y le dijo:

—No te atraques tanto de catibía. Coge lo que puedas. Si ellos fueran soldados harían lo mismo...

El soldado más joven no tomó el guineo que le señaló su compañero con un movimiento de cabeza.

En la sala, el Alcalde decía:

—Vamos casa por casa... To el mundo es así, Doctor. Su acta está asegurada. Hay Doctor pa treinta años en la cámara... Y de los que viven en sus tierras no tiene que desconfiar... Usted los tiene con el narigón puesto, y sí no..., pal callejón...

El Doctor sonrió complacido.

—Sí —dijo lentamente—, ese es el castigo para los ingratos... Si viven de mí que me ayuden...

El Alcalde le susurró:

—Y aquí abajo los coge la lata... Porque estos guardias dan un componte por el lomo de lo más sabroso...

Ambos rieron.

El Doctor y su comitiva, tras beber café, montaron en sus mulos y partieron rumbo a las montañas. Pueblo Mocho se conmovió por la visita. El hecho fue comentado con largueza durante varios días. El Alcalde se bebió una botella de aguardiente adicional por razones del buen éxito logrado.

Ardían los hornos, Juan cuidaba, durante su turno, los promontorios humeantes. Era la noche clara, estrellada. Juan oía roncar a sus compañeros. Velaba. Veía pasar lechuzas, veía estrellas. Pensaba:

«La vida es buena y mala. Yo tengo días buenos y malos como to el mundo... Batallo, pa no caerme, como to el mundo. Pero hay muchas maneras de vivir... Hay quien vive robando, hay quien engañando, otro de sus fincas... Uno en choza, otro en chalé... Pero yo no los envidio. Aquí entre los hornos soy un rey. Ya tenemos bastante dinero. Y esto del carbón pinta bien... Cuando tenga mi rancho en la colonia, con mi hijo y mi mujer y mi amigo, ¿pa qué más? Con poco se vive feliz, y yo viviré con mucho entonces. Trabajo es lo que quiero, y que nadie abuse conmigo ni me robe lo mío... El mundo está jorobao, pero a mí que no me joroben que yo no jorobo a nadie. Hay abusos por tos laos y el ladrón más grande está en la calle y con máquina y el que roba una gallina por hambre está detrás de la reja... No hay justicia. Y Dios ni se ocupa de nadie...»

Mientras pensaba sintió pasos. Miró. Vio al Torero, que avanzaba hacia él con dificultad.

—Aquí estoy, Juan —dijo.

Juan lo miró, a la floja luz de las estrellas. Le vio la muleta.

—Tengo el pie entisao por el cochino perro que clavó sus dientes.

—Si, ya lo sé —le dijo Juan sonriendo—. Mira, ve al fogón y coge café.

El Torero bebió café.

—Vine tarde —dijo, mirando a la vez que hablaba a los grandes hornos— porque me entretuve preparando un

negocito con un guajiro. Se puede contrabandear carne de cabras por esta zona, donde hay muchas sueltas y salen de noche mansas, por ahí, como Alí Babá y sus ladrones del cuento.

—Si quieres quedarte aquí, ganarte la comida haciendo carbón —le dijo Juan fríamente—, respeta.

El Torero asintió de mala gana. Después dijo:

—La comida hay que buscársela comoquiera...

—Pero trabajando —le repuso Juan—. Aquí no traigas lios porque te boto. Ya yo te conozco bien. En cuanto coges poder eres una fiera...

El Torero calló.

—¿Qué hago ahora? —preguntó.

—Vela conmigo los hornos. En cuanto se le abra una boca me avisas. Y vas aprendiendo cómo se tapan. Pero hay que cortar marabú hasta afuera. Y tú con tu pata a rastro poco puedes hacer. Vela y te buscas la comida, y algo te tiro hasta que te cures.

—Velaré hoy y todas las noches que hagan falta —contestó el Torero.

Callaron ambos un rato. Juan dio una vuelta a los hornos. Su compañero de vela le preguntó:

—¿Y tu mujer?

—Debe haber parido... O está al parir...

Y Juan se quedó pensativo, inquieto por Teresa.

Juan ignoraba un desgraciado incidente.

Ignoraba que al bajar el Doctor de su recorrido electoral por las montañas, el Alcalde lo llevó a visitar la casa de Teresa. Allí se encontraron con que esta había ido a parir donde Eulalia. El Padre de Teresa aseguró al Doctor su voto y los de la casa.

—El voto que a mí me viene bien es el de Teresa —le dijo el Alcalde, con sorna.

—Recoja la lengua —le respondió el Padre.

—Ese voto lo cojo yo de a macho...

El Alcalde recibió entonces una bofetada en el rostro innoble. Quedó sorprendido. Apenas podía salir de su asombro.

El Doctor intervino:

—Delante de mí, respeto, o jodo a uno aquí.

Su voz hizo callar a todos. Los visitantes se retiraron.

Esto lo ignoraba Juan, por ello permanecía tranquilo atendiendo a sus hornos, dejando crecer ilusiones, paseando su vista por las estrellas.

El Torero dijo:

—A quien Dios se la da San Pedro se la bendiga, lo felicito como padre, pero tú no estás muy boyante como para darte el lujo de tener un rapaz, pero, bueno, dicen que Dios le pone un pedazo de pan a cada hijo de pobre debajo del brazo.

Juan calló.

El Torero continuó:

—Dicen..., pero lo que yo veo es que al hijo del rico no le falta na y el pan sí le falta al pobrecillo...

Juan asintió.

—Dios socorre al rico —afirmó el Torero.

Juan miró a las estrellas. Oía y miraba.

—Gallego, tú que has corrido más mundo que yo y has leído más que yo, ¿quién hizo las estrellas?

—Eso no lo sabe nadie...

Juan dijo:

—De algún lao salieron... Na se hace solo...

—Bueno, los curas dicen que las hizo Dios. Pero yo y to el mundo pregunta que quién hizo a Dios...

—Claro...

—Los curas dicen que Dios se hizo solo. Y eso no hay quien lo trague...

—Algunos sí...

—El calambuco, el tonto..., la alcurnia..., por conveniencia... ¿Pero quién traga que Dios se hizo solo y después hizo las estrellas y el sol y el mundo este y a tanto cabrón, empezando por mí, y a tanta belleza...?

Suelta el Pollo y El Jachero se presentaron. Juan les advirtió riendo:

—Aquí está el gallego, que vino medio baldao y ahora está filosofiendo.

El Torero saludó a los recién venidos con grandes palabras.

—¡Qué bulla tenían ustedes! ¡Nos despertaron! —dijo Suelta el Pollo.

—Hablábamos de Dios y las estrellas —dijo Juan.

—Y yo que estaba soñando con una hembra —dijo Suelta el Pollo.

—Yo explicaba —dijo el Torero con reposada voz— que Dios es un cuento inventado para consolar a los miedosos, y a los que sufren por flojos, y a los inocentes.

—Yo oía decir a un vizcaíno viejo, más mal hablao que el coñosumadre —dijo Suelta el Pollo— cuando perdía al dominó y se quedaba con el doblenueve en la mano, sulfurao, que las vírgenes eran unas bichas, y cuando le decían que se callara, que Dios lo iba a castigar, decía: «¡Dios es un burro sentao en un taurete!»

—Ca, que va a ser burro; si algo es, seguramente que es gente.

—¿Gente? —preguntó con sorna Suelta el Pollo.

El Torero aclaró:

—Los curas dicen que es gente y que nos hizo a nosotros a su imagen y semejanza.

Suelta el Pollo soltó la risa a todo trapo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Juan, intrigado.

—De que si Dios fuera gente cagaría y mearía.

El Torero, placiéndole el tema, dijo muy grave:

—Pues a la verdad que si caga, cada cagá es un planeta, o un chorro de soles.

—Y si mea es el diluvio lo que viene parriba al mundo...

—continuó Suelta el Pollo.

—No —dijo el Torero—, el diluvio de Noé es una gotica de su meao, es un meaíto que le cayó al planeta. Cuando Dios mea de verdad las estrellas cambian de lado. ¿Ustedes no las ven como saltan y huyen a ca rato? ¡Es pa no ahogarse con el arroyaso!

Juan escuchaba atónito el torneo de fantasías...

—Y pa cagar tiene que agacharse como toa la gente —dijo Suelta el Pollo.

—Se encucilla, y descarga —agregó el Torero.

—Apoya una pata en una estrella y otra pata en la Luna, se agacha y mete el trueno...

Y Suelta el Pollo soltó una larga risa tras sus últimas palabras.

El Torero añadió algo más:

—Y en cada pata debe tener un zapato, y para hacerle el par se necesitan pieles de dos mil millones de vacas celestiales...

Suelta el Pollo continuó:

—Y como tiene nargas habrá que tapárselas bien. Porque no debe andar desnudo enseñando las nargas a tanto santo que trepa allá arriba...

—Los calzones se le hacen con la lana de dos billones de ovejas —adelantó el Torero.

—¿Y lo que tiene dentro de los calzones?

—Dentro de la bragueta claro que tiene algo.

—Un asunto...

—¡Cómo no!

—Es un polín de cien mil millones de kilómetros de largo el asunto de que se ocupa...

—¿Y su mujer? Ah. Su asunto sí que no hay medida con que...

—Cállense ya —dijo Juan—, que me van a volver loco. ¡Es verdad que los gallegos son renegados a rajatabla! ¡A trabajar y se acabó la bulla! ¡Que haya respeto pa la religión de cualquiera! Y sea lo que sea, hay que trabajar, porque nadie nos va a dar la comida si no la buscamos nosotros... ¡No barbaricen más!

Y como alboreaba se dirigió al rancho para dormir.

Cuando se desvestía, para entrar en la hamaca, un negro sudoroso llegó donde él:

—Vengo volando desde Palmira. Aquí le traigo un recazo del suegro...

Juan recogió un pequeño papel de manos del mensajero. Leyó: «Juan, ven a Pueblo Mocho, la cosa está dura y tenemos que conversar y Teresa parió antier y está de lo mejor.»

XXVI

Muy complacido, el Alcalde, jinete en un mulo doradón, bajaba, acompañado de la pareja de rurales, una loma que hacía cobriza la extensa vegetación de caimitillos. El sol picaba, y el sudoroso Alcalde sonreía. Bajaban en silencio.

El Alcalde pensaba:

«Ya está hecho el asunto. El Doctor quedó complacido y ahora yo soy y sigo siendo el toro que más mea en Pueblo Mocho y to la zona. Así da gusto. Tú me sirves, yo te sirvo. Así es la amistad. Y el Doctor no puede quejarse porque esta será la cuarta vez que lo ayudo a salir representante con los votos de mi gente. Y me tiene que tapar lo

que sea, algún pecado chiquito que yo haga. Pero aquí soy la autoridad, y la autoridad hay que tenerla fuerte.»

El Alcalde había salido a recorrer una de sus colonias de café, y la finca de ganado donde mucho cebú padreaba. Además, había pasado dos días con una de sus queridas, Julia, *la Jabaita*, guajira gorda, de grandes posaderas.

En llegando a la sombra de un dagame, sombra pequeña, el Alcalde se detuvo. Soplaba brisa. Secó su sudor y paseó su vista por el extenso paisaje. Lo miraba a la vez que pensaba:

«Aquel jato me puede dar cuatro mil pesos limpios.» (El Alcalde no veía a su derecha, a diez varas de él, en un barranco, donde crecía, la copa de un roble en flor. La flor era rosada y se movía con el viento a la altura de sus ojos. Centenares de abejas libaban en la floración rosada.) «Aquí, a la izquierda, detrás de esa costanera, tengo más de quinientos cedros, con eso pagaré la carrera de doctor de mi hijo Serafín, y ya están crecíos, crecen parejos. Crecen los palos, crece mi hijo. Será como el Doctor, a ese lo hago grande yo.» (el Alcalde no veía, a dos cordeles de él, la caída de una pequeña cascada, que bajaba de la loma próxima con un ruido fresco, su espuma culebreaba entre malvalocas y romerillos y después moría al pie de una isla de yuraguano.) «Y pallá atrás tengo también unas cuantas tosas de mantequeros, caobas y palos pa postes, en la finca que le quité a Luis García por verraco y falto de palabra.» (El Alcalde no veía una sucesión de colinas verdeamarillas frente a él, antes de hundirse la tierra en el verde oscuro del valle donde se asentaba Pueblo Mocho.) «Esta tierra da, lo que hay es que saberla aprovechar y saber vivir bien. Con la ayuda que yo me doy me basta y me sobra. Tengo de to.» (El Alcalde no vio el blanco bando de garzas que cruzó sobre su cabeza seguido de una ruidosa familia de verdes pericos; algunas garzas nevaron la copa rosada del roble.)

Se quitó el sombrero tejano. Secó la sudada badana con un pañuelo cenizo de hilo. Escudriñó sus posesiones, allá abajo, cerca de Pueblo Mocho. De una rama del dagame, vara y media ante él, colgaba el nido, en forma de embudo, o de caperucha de gnomo, de una pareja de zunzunes, la cual, alarmada, volaba rapidísima de un lado a otro del gajo donde los huevecillos esperaban el calor de la hembra. Al centro, a lo lejos, detuvo su vista. «Allí vive Eulalia, allí sobre esa lomita, y dentro está Teresa, que ya parió. Dentro de dos meses se ha de poner muy buena. La mujer nueva cuando pare marea por lo buena que se pone. Y entonces veremos quién es el torón en Pueblo Mocho. Todavía no ha nacido una que se me resista. Tarde o temprano me la paso por la piedra.»

Acicateó el caballo. Comenzó a descender de nuevo. A media hora de camino, bajo un jobo cuyas frutas amarillas tupían los gajos, halló a tres hombres, que bajaban también para Pueblo Mocho.

Distinguió enseguida a Juan.

Desde que lo vio pensó:

«Este es el mentado Juan Quinquín, el gallo de Teresa. Saltó pa este patio a quitármela. Este muerto de hambre se me atravesó. No puede ser más vivo que yo. Si me anda chivando mucho hasta lo guindo si hay que guindarlo y me quedo con la hembra.»

Pasó junto al grupo que descansaba de las fatigas del viaje, en día tan soleado, a la sombra muy venteadada del jobo. No se dignó el Alcalde lanzarle una mirada. Clavó su vista a lo lejos, altivo el rostro.

Juan lo reconoció al punto. Pero quiso observarlo, al pasar. Juan pensaba:

«Este puerco gordo es malo, es malo de verdad. Todo lo de aquí es de él. Y hasta a Teresa se la quiso coger.»

Mientras divagaba, miró el humo azulgris en la punta del tabaco que El Jachero fumaba. Se deshacía en mil majazuelos rápidos, cuyas formas apresaba el ojo vagador.

XXVII

Cuando el Padre abrió la puerta a los tres compañeros no tuvo tiempo ni de saludar. El Jachero preguntó a quemarropa:

—¿Pito o raja?

—Raja.

Juan dijo:

—Está bien. Una niña viene bien...

Tras un breve silencio, Juan preguntó:

—¿Cuál es el caso duro de usted que me habló en el papelito?

—Le di una galleta al Alcalde...

—Ah...

El Jachero dijo:

—Eso es muy serio. De milagro no está preso.

—Sí, yo lo sé. No sé... Algo anda tramando, de verdá...

—Ese galletazo lo va a desgraciar, seguro, seguro...

—¿Y por qué fue?

—Por lo de Teresa. La golosea todavía...

Juan calló.

Suelta el Pollo preguntó:

—¿Dónde está la niña?

—En casa e Eulalia. Allí la tía la atiende. Ella no quiso parir en Pueblo Mocho... ¡Pero siéntense!

—Vamos a ver la niña —dijo Juan.

—Vamos.

Subieron, a pie, hasta la casa de Eulalia. Los perros ladraron alegres al recibirlos.

—¡Juan! ¡Al fin...!

Tras el abrazo, el nuevo padre preguntó:

—¿Y la niña...?

—Ven, está dormida, ven pa que la veas. ¿Pero cuándo llegaron...?

—Ahora mismo. ¿Cómo es?

—Mona. Cabecipelá. Pero sus ojos son los tuyos...

Eulalia puso a hervir al momento el agua para el café. En el fresco colgadizo hablaron los hombres.

Juan, contento, cargaba a su hija, con sumo cuidado. Teresa, de pie junto a él, resplandecía de gozo.

—¿Qué tal chupa?

—Como una ternera.

—Bien. La leche de la madre es lo mejor...

—Pero de noche da alguna guerra...

Les interrumpió Suelta el Pollo:

—Juan, ¿por dónde nos vamos nosotros mañana?

—No, tú no te vayas, Juan.

—No. Yo me quedo con la niña. Son estos que van a darle una vuelta a la colonia de nosotros, porque El Jachero está desesperado por verla cómo anda...

El Jachero dijo:

—Sí. Nos vamos mañana. El ojo del amo engorda el caballo... Vamos a limpiar también. Suelta el Pollo y yo.

Juan dijo:

—Y si el rancho está abandonado, acotejarlo, porque pronto iremos pallá... Después del asunto de la línea...

Teresa se curioseó:

—¿Qué línea?

—La del ferrocarril de vía estrecha que va a tirar a sus colonias el central Soledad...

—¿Y eso, Juan?

—Un buen negocio en que nos vamos a meter... Vendimos el carbón y nos han quedado más de trescientos pesos en limpio. Con eso vamos a comprar víveres para dar comida a los trabajadores de la línea y en dos meses nos buscamos otros trescientos... Y con eso, y lo que saquemos a la tierra allá arriba, nos aguantamos, mientras el café no bote el grano...

Teresa pensó. Después dijo:

—Ah, pero yo cocinaré...

—No, tú cuida la niña, y da consejos pa la cazuela... Del cocinao nos ocupamos los tres...

Eulalia trajo las tazas llenas de café hirviente.

—La niña es un jazmín —dijo Suelta el Pollo.

—¿Y este gorrito? —preguntó Juan.

—Se lo tejí yo —dijo con orgullo Teresa—; hay que taparle la mollera que si no se le enfría.

Juan sonrió tranquilo. Por encima de los coralillos en flor de la cerca que rodeaba el patio veía coronarse de niebla las cumbres donde estaba su colonia.

XXVIII

El Jachero y Suelta el Pollo subieron a la colonia de café. Mata por mata la revisaron, satisfechos. Las plantas se desarrollaban a plenitud. Nobles cosechas se auguraban.

El rancho fue acotejado. Se techó de nuevo la cocina, dañada por una manga de viento. Un testero de yaguas se enderezó.

Las matas de papayas estaban cargadas. El limonero florecía. Crecían mangos y aguacates y anones. Sacaron algu-

nos boniatos, aunque aguachentos y picados del bicho. Del platanal cortaron dos racimos rabilargos. De entre el guasasero sacaron algunas manos en plena madurez.

Laborando en menesteres tales se les apareció, al alba, Rufino García, el alegre vecino.

— Buenas, ¿trabajando la colonia tan temprano...?

— Sí. Echando el resto. Queremos bajar en esta mañana...

— ¿Va bien el cafetal...?

— Bien.

— ¿Cuándo bajan, me dijeron?

— Bajamos esta mañana. Vamos a coger la fresca y llegamos a Pueblo Mocho al mediodía, pero echando...

— Ah, están a tiempo de pelearme el indio.

— ¿Pa cuándo?

— Pa hoy domingo. Yo no puedo ir, tengo que llevar a mi hijo grave al médico.

— ¿Tienes un hijo grave...? — preguntó inquieto El Jachero.

— Grave. Le dimos cocimientos de albahaca morá, de yerbabuena, de to y na. Está agravao y la fiebre lo quema. Lo cargamos hoy mismo. Habla basura, y estoy loco. No puedo pelear el gallo, que va al seguro. Peléenlo ustedes, les voy a dar diez monedas. Gana siempre. Échenlo con los ojos ciegos, contra cualquiera. Es una fiera...

Rufino García dio los cincuenta pesos al Jachero. Este los contó y los introdujo en un bolsillo.

— Con ese dinerito que me va a ganar el gallo pago el gasto del médico y el viaje y las melecinas...

— Claro.

— Me voy. Voy a cortar la cujería pa hacerle la parigüela. El gallo se los dejo amarrao en el patio, con su cartucho de mai y to.

— Ni se ocupe que se lo pelearnos.

— Gracias. Hasta luego...

Cuando Rufino García se perdió por un pomarrosal, Suelta el Pollo le preguntó a El Jachero:

—¿Y tú sabes pelear gallo fino?

—Sé de to.

Suelta el Pollo consideró la situación:

—Tiene el hijo grave y hay que ganarle el dinero a este infeliz pa que pague los gastos de fonda y de médico.

—Claro.

Al amanecer, con el gallo en una mano y un saco de yucas al hombro, bajaba rumbo a Pueblo Mocho, por el selvático camino, El Jachero. Un poco atrás, Suelta el Pollo marchaba en silencio:

«¿Qué será del gallego? ¡Qué hombre más aventurero! Me habló de poner un negocio de cruces de piedra pa los muertos, otro de hacer tinta pa los colegios, otro de vender flores de papel. Creo que con esos pesos que se busca por ahí quería comprar una venduta, pero se rajó cuando vio que tenía que pasarse el día despachando. To es pa él. No quiso venir a la colonia y se quedó esgaritao por allá abajo. El trabajo no se hizo pa él. Este es el hombre que dicen que anda buscando al que inventó el trabajo pa darle una trompá.»

El Jachero pensaba:

«Con este gallo le busco al pobre Rufino sus cincuenta pesos y lo ayudo. Ahora se va loco con el hijo pabajo. A lo mejor le llega muerto. De verdad que ser guajiro es lo último. Pero hay que echar en la vida. Ahora vamos a luchar todos, hasta Teresa, pa darle comida a los peones de la línea que empieza en estos días. Vamos a hacer plata ahí... Sí.»

Buscó con la vista a su compañero y lo halló rezagado y distraído. Suelta el Pollo pensaba:

«Aquí le llevo yuca a Juan, la yuca alimenta. Los mambises la comían, alzados contra España, en estas mismas lomas, la comían y hasta majá y caballos y rana y lo que hubiera. To

ripiaos. Unos cuantos valientes, to ripiaos... ¡Y pa lo que pelearon! ¡Pa que los cabrones se cogieran a Cuba después! Juan está loco con la niña. Pero el asunto de la galleta da al Alcalde pinta mal. Si no lo prendió o le entró a golpes enseguida e porque lo va apretar bravo con algo después. Yo en su pellejo ando armao, y no con ese paraguayo viejo que trae a la cintura, sino con un col o algo así. Este Alcalde es traicionero y ya ha colgao gente. El Padre se regala.»

Los pensamientos de ambos caminantes fueron interrumpidos por el hallazgo de la comitiva, que bajaba lentamente, de Rufino García y su hijo grave.

Un sol nuevo iluminaba el camino arbolado, y, a su luz, pudieron observar la marcha despaciosa. Iban ocho hombres, ocho vecinos de la montaña, ayudando a bajar al enfermo. Este se balanceaba en una hamaca, que colgaba de dos travesaños de guayabo. Estos travesaños se clavaron sobre dos largas varas de cañabravas. En cada extremo de las dos varas un montañés ponía su hombro. Cargaban cuatro hombres y cuatro reposaban hasta que les llegara su turno de volver a cargar. Al peso del enfermo las flexibles varas de cañabrava ondulaban; la hamaca se estremecía y se movía de un lado a otro a cada vuelta del camino, a cada frecuente desnivel. El hijo de Rufino iba sumido en un profundo sopor.

Nadie hablaba.

Casi sin saludar, a veloz paso, El Jachero y Suelta el Pollo cruzaron junto a la parihuela.

El Padre oía a Juan atentamente. Hablaban junto al brocal del pozo. Juan sacaba agua para que la niña recibiese su baño. Decía a su suegro:

—Cúidese. Búsqese un col. Ese hombre es malo y esa galleta nadie se la ha dado en su vida. El pueblo está esperando a ver cómo se la descubra el Alcalde. Mire pa la gente como lo mira. Nadie se le arrima. Nadie visita la casa. Nadie es bobo. El pueblo espera a ver qué va a hacer este canalla...

El Padre le respondió:

—Por el honor de mi hija paro a cualquiera. Yo aguanto mil cosas, y mil cosas hemos aguantado aquí. To el mundo tiene miedo aquí, pero ya nadie puede aguantar más. Tienen miedo, no se me arriman, pero están contentos porque le metí la galleta pa defender el honor de mi hija. Me voy a armar. Yo sé dónde conseguir un col. Si me parte pa arriba voy a sanar a Pueblo Mocho de un abusador sin conciencia.

Esto hablando, avistaron a El Jachero y a Suelta el Pollo, que ya entraban al pueblo.

—Aquí están los dos amigos y vienen cargaos... —dijo Juan con alegría

—Traen un gallo fino. Un indio...

—Sí. Por algo será...

Después de los saludos, dijo El Jachero:

—Aquí está este cargamento de yuca. En el saco de Suelta el Pollo vienen naranjas pa la niña. To va bien, arriba. To.

—¿Y ese gallo? —preguntó el Padre.

—Es para pelearlo esta misma tarde. Rufino García me dio diez monedas pa que se las jugara al indio. Necesita el dinero. Bajó pa Cumanayagua con un hijo grave...

A las dos de la tarde se fueron a la valla. La encontraron llena. Numerosos caballos amarrados a los bienvestidos de las cercas. Un vendedor de lechón asado y otro de empanadas llenaban el aire de gritos en las afueras de la valla. Adentro, una variedad enorme de peones y colonos y pequeños arrendatarios se apretujaba. Se escuchaba un espeso rumor humano.

El Jachero hizo pesar su gallo, y esperó. Al fin lo casó con un malatobo. Ajustó con diez monedas y esperó el turno de su pelea.

Cuando esta llegó, El Jachero pudo comprobar que Rufino García no había mentido. En dos revuelos hizo correr a su contrario, que fue levantado. Después de soplarle el pico, el dueño lo devolvió al aserrín. El indio le asestó dos espolazos y el malatobo sangró del pecho. Pero esta vez no corrió. Peleó con furia, desangrándose, débil, inferior. El indio aceptó el fuerte reto. Sus espuelas entraron de nuevo en el pecho del malatobo. Pero este le pudo clavar un espolón en el cuello, ligeramente. El indio ni sangró. Pero se desplomó y se llenó de espasmos y convulsiones. Al instante quedó inerte.

—Veneno —le dijo el Padre a El Jachero.

—No pago —gritó El Jachero—. No se jugó limpio.

El escándalo en la valla terminó. Se logró un silencio de mal presagio. Los presentes sabían que se había hecho trampa.

—Las espuelas del malatobo tenían veneno untado. No pago —repitió El Jachero.

Un guardia rural llegó donde él.

—Pagas. Tienes que pagar o te llevo preso. To ha sido dentro de la ley.

—Que se comprueben las espuelas del malatobo —le dijo El Jachero—, están cargadas de veneno.

—¡Veneno, veneno! —gritaba la valla.

El Padre le dijo al oído a El Jachero:

—Paga, me acaban de decir que el dueño del malatobo es el Alcalde y que su sobrino es el que lo echó...

—No pago —le respondió El Jachero— porque este dinero no es mío. Es pa pagar los gastos del hijo enfermo de Rufino García...

El rural, impaciente, le repitió con violencia:

—Si no paga me lo llevo. Ni una palabra más.

El Jachero salió preso de la valla.

XXX

Sacar a El Jachero de la prisión costó a Juan un grave disgusto. Se fue a ver al Alcalde; su suegro no podía hacerlo. Tuvo que arrostrar esa humillación. «Por El Jachero hago lo imposible», se dijo.

El Alcalde le miró fija, desdeñosamente, sentado en un gran sillón de caoba. Oída la petición de Juan le respondió:

—No podemos soltar a su amigo porque no respetó la ley.

—Él la ha respetado siempre. Es un hombre honrado, siempre trabaja, no se mete con nadie...

—Pero acusó en falso, de envenenador, a uno que no había hecho na. Alborotó la valla, y ya no hay confianza allí pa pelear gallos...

—Él reclamó un derecho...

—¡Lo que hizo fue arruinarme el negocio de la valla!

—¡Pero si estaba dentro de la ley reclamando...!

El Alcalde se levantó de su sillón y enérgico, violento, le gritó a Juan Quinquín:

—¡Yo soy la ley aquí! ¡Y hay que cumplirla! ¡Pa eso estoy yo y los soldaos! ¡Pa que haiga orden!

Juan comenzó a pensar oyéndole:

«Qué ley ni qué carajo. Abuso es lo que hay. Por donde quiera que usted mira este condenaio país es lo mismo. Abuso. Abuso. Abuso. Un mierda cualquiera coge poder y se vuelve un canalla. Y no se le puede hacer na. Siempre con la ley. La ley esa es la de ellos, para desgraciar al infeliz, y para echar un culo gordo y tener fincas robás, pa contrabandear y abusar...»

—¡Y el que no quiera respetar la ley aquí, que se vaya de esta zona...! (Juan pensaba: «Que se vaya quiere decir que pa quedarse tienen que aguantar el yugo arriba.») O si no sufrirá el castigo de la ley. («Sufrirá veinte planazos en el lomo dados por cualquier soldado en el cuartel.») Aquí pa guapo el gobierno («Los ladrones y abusadores...») y el que crea que va a hacer lo que le dé la gana («A este canalla hay que pararlo») yo mismo lo voy («mierda») a col («ca») gar («brón») de una guásima...

Juan calló. Era lo prudente. Estaba en manos de un enemigo sin escrúpulos.

El Alcalde, más tranquilo después de sus amenazas, dijo:

—Él traía cincuenta pesos arriba...

—No eran de él. Eran de Rufino García...

—No importa. Si paga, sale.

Juan pensó:

«Lo mejor ahora es pagar. Es negocio. Ese dinero lo pago yo de mi bolsillo. De los ahorritos saco cincuenta pesos. Esos pesos son noches velando hornos, días cortando marabú. Pa este degenerao que tiene miles de pesos... Pero los pongo yo y se les devuelven al pobre Rufino García, colono arrendao como yo, con el hijo enfermo y sin dinero...»

—Está bien. Le voy a pagar los cincuenta pesos...

El Jachero salió del cuartel con dos dientes de menos arrancados por el puñetazo de un cabo. Los había escupido a la vez.

Cortando troncos y cujes para hacer los vara-en-tierra movibles que los albergarían durante el nuevo negocio de comida a peones de ferrocarril, le decía a Juan:

—Me golpeó porque yo pedía justicia. Me dio de sorpresa. Después le pegué en la frente y cayó. Pero me dieron veinte planazos y me pusieron el lomo morao... Me encerraron en un calabocito y en dos días no me dieron na. Dormía en el suelo de lao, por que el dolor de la espalda no podía resistirlo. Me latía. Me sentía el corazón latiendo en la espalda inflamá. La ropa me la registraron, me llevaron los cincuenta de Rufino y veintitrés míos y hasta las décimas del Damujino a su guitarra...

—Robaron ciento veintitrés pesos —le dijo Juan—, cincuenta a mí que le di al Alcalde, los cincuenta de Rufino y veintitrés a ti....

—Aquí los vamos a ganar —le repuso El Jachero, al tiempo que derribaba un guairán de un violento machetazo...

En tres días armaron los vara-en-tierra. Simulaban pequeños bohíos de guano sin paredes clavados en el suelo. Uno de ellos, el mayor, serviría de albergue a Teresa, la niña y Juan. En el otro se cocinaría, y dormirían El Jachero y Suelta el Pollo. Cuatro burros hechos a la diabla daban las patas necesarias. Largas tablas de palma apoyadas sobre los burros constituían las mesas. A medida que la línea avanzara, las mesas y los vara-en-tierra avanzarían, a su vez.

Los planes salieron bien. Los trabajadores a las doce y a las seis de la tarde, venían a comer, con gran bulla, chistes y

risas. Suelta el Pollo buscaba el agua y la leña, Teresa y Juan cocinaban. El Jachero servía la mesa. Fregaban por turnos.

Comenzó a entrar el dinero. Juan compraba los víveres a buen precio. Al mes, el negocio dio para reponer los ciento veintitrés pesos robados en Pueblo Mocho.

Por las noches, después de comida, antes de que los trabajadores colgaran sus hamacas de los árboles cercanos, se narraban historias, sucesos cómicos, cuentos viejos, en una festiva reunión, de sobremesa.

Suelta el Pollo escuchaba embelesado los cuentos.

—Una vez, —narró un mulato de Arimao— yo iba de madrugada pa Sitiecito en mi yegüita cuando sentí un frío en la espalda, miro pa tras y veo un muerto, sentao en la sanca de la yegua. Pinché y salí temblando y me tiré de cabeza al suelo en cuanto llegué, y hice el cuento y como nadie me creía dije: «Tóquenme la espalda que es un yelo.» Me la tocaron y estaba congelá...

—Era del mico —le dijo un negro de Los Cedros—, el mico pone helao a cualquiera... Yo no he visto na...

—Porque no eres vidente —dijo un pichón de isleño—, yo sí he visto. Yo vi un chivo con dos cabezas venir volando y posarse a los pies de mi jamaca.

—Estabas soñando...

—No. Lo vi, y por poco me cago del tiro. Enseguida voló.

—Lo que tú viste fue a tu abuelo, que era tarrú y medio...

El Jachero dijo:

—Yo no creo en que los muertos salen. El único muerto que vi salir por poco mata a tres viejos... Fue en Juraguá... A Antolín Prieto le dio un ataque y se estiró y lo velaron. Se llenó la casa de gente. Lloró to el barrio. Los gritos eran a toa hora. ¿Y qué pasó?

El Jachero había logrado una atención completa.

—Pasó que como a las tres de la mañana, cuando to el mundo cabeceaba, haciendo la digestión al queso blanco con dulce e guayaba, al chocolate y al café, el muerto dijo aquí estoy yo, y se sentó en la caja entre cuatro velas.

Y en cuanto vieron a Antolín sentao en la caja, que estaba pasmao, sin darse cuenta de lo que veía, el primero que lo vio, que era Agustín de la Cruz, dio un volío y tumbó una vela. Ni gritar pudo. Atrás de él salió to el personal, atropellando. Hasta la viuda echó una uña fea, se arremangó la bata y echó el pie del miedo. Los que estaban en la cocina se asomaron a la sala a ver qué era el tropelaje y cuando hallaron a Antolín sentao, con los ojos botaos pa fuera, viendo lo que pasaba, se tiraron a toa mecha y arrollaron la caja e muerto, unos iban pasando por arriba a los que se habían caído, machucando cabezas, y la caja e muerto quedó atravesá en la puerta de salida, trabá, y Antolín Prieto cayó al suelo, con un gran golpe en la chola que lo privó otra vez y lo dejó listo... Y cuando los más guapos volvieron a ver lo que había pasado lo encontraron tieso, lo metieron otra vez en la caja y le pusieron las velas, diciendo que to fue una visión de los cobardes. Pero a las cinco de la mañana se le pasó el efecto del golpe a Antolín Prieto, y se volvió a sentar en la caja, y ahí fue donde las tres viejas cayeron con embolia y la casa fue desbaratá por el corre-corre. La gente se llevó dos testeros de la sala con el rempujón que dieron.

Grandes carcajadas habían estado acompañando al cuento de El Jachero. Teresa se ahogaba con la risa, Juan lloraba. El Jachero, por lo mismo que era tan serio, sabía contar los cuentos más alegres.

Suelta el Pollo dijo, una vez terminados los comentarios y las postreras carcajadas:

—Yo también sé un cuento de salvajismo. Así que yo voy a decir mi barbaridad también. Y lo que pasó fue que

un guajiro cerraio y refistolero que vivía monte adentro, internao, pero lo que le gustaba era el adelanto, veía pasar los aviones por arriba de su boniatal y se quedaba con la boca abierta, bobito, bobito... Oía un radio de pilas y se quedaba lelo pensando en la ciudad, en ir a ella y aprender la civilización. Tantos deseos tenía que con el dinerito que le dejó el boniatal y una vaquita que vendió, se fue a Cienfuegos a buscar adelantos. Lo primero que vio fue un cine de esos que ponen películas que hay que ver con espejuelos como medio azules. El guajiro se los puso y se metió a ver la película y cuando vino a ver se sugestionó y creyó que tenía un león arriba mordién-dole la cabeza. Jaló por el machete y del primer janazo desbarató una butaca que tenía delante. ¡Valga que estaba vacía porque la partió en dos desde la punta del espaldar hasta el suelo, pues el paraguayo estaba afilado como navaja de pelar puerco! De ahí salió preso.

Al mes y medio de haber comenzado el negocio de comidas en la línea, llegó el Padre.

—Malas noticias —dijo con el rostro fúnebre—. El Alcalde me quemó la casa.

Teresa comenzó a llorar.

Juan dijo, con evidente disgusto:

—Explíquese cómo lo hizo. Eso hay que acusarlo en los tribunales.

—¿Pa qué? —respondió El Jachero—. El Alcalde es peje gordo, está respaldao y ningún tribunal lo va a condenar...

El Padre dijo:

—Estaba durmiendo y me despertó el calor. No pude salvar na. Fue de madrugada. Cuando vino la gente, no quedaba na...

—¿Viste a alguien, papá?

—La candela fue lo que vi. Nadie vio a nadie. Pero el pueblo sabe que el Alcalde se descubrió así la galleta que le metí.

Juan dijo:

—Viva con nosotros. Ya veremos cómo se arregla esto. Total, en un mes más ya nos vamos pa la colonia de nosotros, y con lo ahorrado, más de quinientos pesos, echamos un año, sembrando y comiendo del sitio, y trabajando de recogedores de café en las colonias que están cerca... Después, ya el café de nosotros pare y no habrá problemas...

El Padre sonrió, agradecido.

—Una puerta se cierra y otra se abre. Pero yo no me voy a quedar así. Ni el Alcalde tampoco... Yo soy bueno, pero tanto le dan al buey manso hasta que faja...

No había terminado sus palabras cuando entró Suelta el Pollo, que había ido a la ciudad a comprar manteca, a precio más barato, en un almacén. Saludó al Padre. Lamentó su caso. Después dijo rápidamente, pasando de la pena a la exuberancia alegre de su espíritu:

—¡Qué gran noticia traigo! ¡Es del gallego, la pata del diablo...!

El Jachero dijo, intrigado:

—Suéltala pronto, que el horno no está pa rosquitas.

Suelta el Pollo miró las caras a su alrededor, serias pero curiosas, atentas a sus labios.

—Pues na, que el gallego hizo mil negocios y como es entercao fracasó y fracasó. Es como el que quiere vender sal al mar. O castigar al sapo tirándolo al agua. Es un bicho, pero fantasioso, un cuentacuentos na más. Siempre se traba. Siempre quiere estar arriba. ¿Pero con qué nargas se sienta la cucaracha? Come boniato y eruta pollo. Na menos que se le ocurrió hacerse cargo de una leonera. ¡Si vieran, alquiló dos leones viejos pa hacer negocios y está frito!

Y Suelta el Pollo se detuvo para reír.

Juan le dijo, asombrado:

—¡No te rías y cuenta, que eso sí que no tiene nombre...!

Suelta el Pollo continuó, conteniendo la risa.

—Na. Que se le presentó un viejo que alquilaba dos leones to los años a los circos que van de pueblo en pueblo en la zafra. Cuando termina la temporada los cirqueros le devuelven los leones al viejo. Y el viejo los guarda en el patio de su casa, en Santa Clara. Los alimenta y hasta el año que viene, en que los vuelve a alquilar. Pero los vecinos lo tenían loco con las quejas de la berreadera de los leones y se encontró al gallego, y le propuso negocio, y el gallego le dio cuarenta pesos por los dos leones, porque el gallego pensó que él los ponía a trabajar enseguida por su cuenta, los exhibía a peseta por los pueblos y sacaba la comía pa él y pa los dos leones. El viejo se los vendió con la condición de que se los sacara del barrio. Y el gallego alquiló un solarcito en el barrio de Dobarganes y, al fondo, con dos rejas de ventana que compró hizo un cuartico de mampostería, le puso las rejas y metió a los leones. Los leones cada vez que tenían hambre berreaban. Y de día y de noche la gente temblaba. Las mujeres abortaban del susto a media madrugá. Los viejos se enfermaban de los nervios con los rugidos. Los niños se despertaban temblando. ¡Y qué peste a meao de fiera había allí! Y el gallego, mientras pensaba cómo los sacaba de pueblo en pueblo pa hacer dinero con ellos, y tenía un herrero haciendo una jaula fiá y un carpintero una carreta pa llevarlos, tenía que buscarles la comía. Y se pasaba las noches cazando gatos. Con un saco grande salía y con un palo, y limpió de gatos el barrio y los leones comían gato a toa hora, a to tiro comían gato hasta que se aburrieron, y entonces empezó el gallego a cazar perros y perros. Limpió a Santa Clara de perros. Vino sanidad y le dijo que

sacara los leones, que era una infección. Y la policía vino y le dijo que se fuera de allí que la berrería de leones llegaba al parque de Santa Clara y alarmaba. Y el gallego está metido era un perro lío y no se sabe ni cómo saldrá.

XXXII

Cuando los trabajos en la línea se terminaron, Juan Quinquín vendió a muy bajo precio las cazuelas, los platos de lata, cuchillos de mesa y tenedores a los campesinos de la zona, regaló los vara-en-tierra a dos familias muy humildes, y se dispuso, con su aumentada tropa, a subir las montañas, para emprender las nuevas labores de mantenimiento en la colonia. Con los pesos ganados en la empresa de comidas había aumentado el capital del grupo a seiscientos cincuenta y ocho pesos, según su escrupulosa cuenta.

El asunto se discutió:

—Yo —afirmó el Padre— creo que hay que preparar la guataquea pa la hortaliza; déjenmela a mí. Yo me encargo de ella.

—Suelta el Pollo, tú te ocupas de sembrar la vianda —dijo Juan.

—Y nosotros —dijo El Jachero, señalando a Juan— del café y lo que sea. La limpieza de to la haremos en grupo...

—To es de tos —dijo Juan— ¡y creo que vamos a vivir tranquilos sin mucha matazón!

—A ti te gusta un poco la cumbancha —le dijo sonriente El Jachero a Suelta el Pollo; así que eres el que más va a sentir el trabajo.

Ante las risas repuso el aludido:

—Yo pego como sea, con cumbancha o sin cumbancha, lo importante es llevar palante la colonia.

De acuerdo todos, Juan compró en Cumarayagua machetes, mochas, mecate, cuchillos, tres guatacas y dos hachas. Y se fueron monte arriba, a pie.

Al tercer día, en jornada lenta, llegaron a la colonia, a media tarde.

Descargaron las compras. Teresa limpió la casa, platos y cazuelas, arregló las camas. Los hombres se fueron al campo a ver el cafetal y a distribuirse las faenas.

Varios días después, cuando regresaba de sus labores, Juan vio a Pedro Quintana, su vecino más cercano, y a Rufino García, hablando con Teresa en el patio. Al acercarse les halló los rostros ensombrecidos.

—¿Qué pasa? —les preguntó preocupado, dándoles la mano a ambos.

Rufino García le contestó:

—Que estamos desauciaos...

Sobre sus palabras se hizo un corto silencio. Juan preguntó:

—¿Cómo se sabe...?

—Aquí tenemos las órdenes de desahucio. Las trajeron hace unas horas los rurales

El Jachero preguntó, desconcertado:

—¿Y ahora...?

—Irnos pal callejón a morirnos de hambre —le contestó Rufino García.

—¿Y tu hijo? —le preguntó Juan.

—Por poco murió del apéndice...

—Aquí tienes los cincuenta pesos del gallo.

—No. No los quiero. Ya sé lo que pasó.

—Sí. Pero si no los coges, hasta aquí llegó la amistad...

—No. No los quiero.

—Dámelos acá, yo tengo palabra de Pedro Quintana, y se los daré a Rufino cuando considere...

—Tome. ¿Y qué piensa hacer usted...?

—Irme pal callejón, Juan, y después colocar la familia en el pueblo...

—¿De qué? ¿La mujer y la hija de criadas...?

—Así es. ¿Qué se va a hacer...?

—¿Quién nos botó...?

—El Juez, que dice que to estas tierras pertenecen al Doctor..., y que hay que entregarlas. Pagarán las bienhechurías... A lo que le dé la gana... A quilo la mata de café...

—Hay que arrancársela al Doctor, Juan.

—No, Rufino, eso no resuelve na. Cuba está llena de gente así. Matas a uno y son miles. Lo tienen to, jueces, soldados, dinero pa comprar a to el mundo.

—Así es. Cuba está cundía de un lao a otro...

—Por eso matar al Doctor no resuelve na. Tienen la ley. La ley los protege... a ellos. A nosotros nos hunde...

Rufino García dijo:

—Yo recibiría a tiros a los soldaos, Juan.

—Con eso no sacas na; te matan y se acabó. Hay que hacer las cosas de otra manera...

—¿Cómo...?

—Por lo pronto ¿cuántos somos los desaucaios?

—Nueve familias

—¿Y como cuántos hombres?

—Como veinticinco

—Con veinticinco podemos dar un castigo.

Y Juan los miró con rostro tranquilo.

—Ese papel de pajaracos no va con nosotros... Vamos a castigarlos.

—¿Cómo?

—Quemando las colonias. Las mujeres y los niños se mandan lejos. Salvamos los trastes, los animales... Después, candela. Que no recojan un cafetal pa disfrutarnos el sudor. ¡Que cojan la tierra pelá, lo mismo que estaba cuando nosotros llegamos...!

—El tiro por la culata...

—Así. Pero no va quedar eso así. Vamos a castigar más todavía...

Tras estas palabras, Juan calló. Pensaba. Al cabo dijo, dirigiéndose a Pedro Quintana:

—Quintana, usted es el más viejo. Traiga mañana a tos los hombres dispuestos de aquí. Reúna tos las escopetas que se puedan. Vamos a preparar el castigo más grande...

—Mañana estaremos aquí, sin falta... —dijo Pedro Quintana con severo acento.

XXXIII

Pueblo Mocho estaba de entera fiesta, celebrando el santo del Alcalde. El ron se bebía a largos tragos. Había bajado la gente del contorno y disfrutaba ya del torneo de cintas.

En plena calle, la única del pueblo, corrían los jinetes, con la puya de madera lista a enganchar las argollas que colgaban de un cordel cortando la calle. A cada intento fallido seguían gritos de intensa burla. El ganador recibió su premio como si recibiera el sol.

Después, se rompió la cazuela. Campesinos con los ojos vendados salían por la calle con una guataca en la mano, a golpear la cazuela bajo la cual se había escondido un billete

de cinco pesos. Los divertidos montañeses dirigían mal a los golpeadores para burlarse de ellos.

—¡Mete el palo aquí! —le gritaban.

Y al estacazo marrado, la gran rechifla.

Las carreras en saco, realizadas por muchachones, fue otra diversión. Saltaban como ranas, o conejos; se enredaban, daban tumbos, caían, se arrastraban, se levantaban, nuevos saltos, y volvían a caer entre las abundantes risas.

Con la cucaña ocurrió igual. El palo tenía demasiado sebo. Nadie podía alcanzar el billete de cinco pesos clavado en su punta. Hubo algún forzudo que llegó a la mitad y después descendió entre cuchufletas zafias y espinadas.

Pero lo que más se gozó en la fiesta fue la llegada del Torero y sus dos leones.

Fue este el acontecimiento más importante de todos los tiempos en Pueblo Mocho.

Un acontecimiento mayor aún que el incendio del circo, el rapto de Teresa, la quema de su casa, el envenenamiento de las espuelas del gallo que mató al indio de Rufino García.

Fue una sorpresa sin paralelo en la historia de Pueblo Mocho.

Hazaña como aquella jamás fue realizada.

Nadie había visto leones en Pueblo Mocho.

Los niños y las mujeres se apretaban temblando. Los hombres más serios se estremecían. «¿Y si una fiera de esas rompe una reja, quién se salva en el pueblo?», pensaban todos, al unísono. Se lo decían unos a otros.

El Torero sentíase orgulloso. Había realizado una proeza sin par.

Por experiencia conocía el Torero que los montañeses jamás habían visto leones. Y decidió explotar la curiosidad humana. Si en el llano cobraba una peseta por el vistazo a un león, en la montaña, vistas las dificultades a vencer, co-

braría treinta centavos. El natural indeciso, al escuchar el rugido de un león, no vacilaba ya en pasar a verlo a la tienda de tela de sacos de harina donde el Torero los protegía de la dañina curiosidad pública. El negocio era grande.

¿Cómo pudieron llegar los dos leones enjaulados a Pueblo Mocho? No fue fácil. El Torero, tras vencer razonadas resistencias del patrón de un barco de cabotaje que se dirigía a Guajimico, a cargar tosas, los montó en el barco, con su pequeña carreta y los dos bueyes. Desembarcó en Guajimico, y de villorrio en villorrio, y de choza en choza, fue exhibiendo sus leones y embolsando níqueles y algunas monedas de plata y abundante centavería. Para la alimentación de sus preciadas fieras compraba animales viejos en los contornos. A esta tarea dedicaba largas horas. Así, con mil trabajos llegó a Pueblo Mocho. Su hazaña de conducir a los leones, entre lomas y picachos, con los pacientes bueyes, alcanzó para los mocheros una magnitud inenarrable.

Ya en el pueblo, el Torero se sintió el rey de los abencerrajes. Por cinco horas engordó la bolsa, y fue el héroe. A las tres de la tarde se topó con el Alcalde.

XXXIV

Juan les habló a los reunidos en el patio de su rancho, con las azules moles de las montañas al fondo.

—Lo que se hable aquí, nadie puede saberlo.

Juan miró todas las caras.

—Aquí no hay chivatos —dijo El Jachero.

—El que hable aquí —afirmó Juan— va a desgraciarnos a tos. Lo que se hable aquí queda aquí.

—Yo respondo por mis hijos —dijo Rufino García.

—Yo por los míos —le secundó Pedro Quintana.

Elías Fernández, colono de Pico Blanco, dijo:

—Tos lo mismo, aquí tos somos hombres...

Juan sonrió al escucharles.

—¿Cuántas escopetas? —preguntó.

—Doce. De cazar venaos, siete.

—Con eso basta. En el cuartel de Pueblo Mocho cogemos buenos rifles.

Rufino García preguntó, sin la menor inquietud:

—¿Cuándo?

—En la madrugadita de hoy, cuando tos estén rendíos. Hay fiesta y hay baile por la noche. To el mundo va al baile, soldaos y tos. De madrugadita están rendíos. La boca de las escopetas los van a despertar. Y entonces, a castigar, dando candela donde más le duele.

XXXV

El Alcalde, medio borracho ya por los continuos tragos, se bajó de su mulo y le dijo al Torero:

—¿Con qué permiso usted... enseña esos leones?

—Soy un humilde empresario... —le respondió el aludido.

—Pues tiene que pagar el impuesto de la ley. A mí. Yo soy la ley...

—¿Cuánto...?

—¡Veinte pesos diarios!

—¡Pero esos veinte no los gano yo ni en tres días! —repuso el Torero alarmadísimo.

—Los paga o me incauto de la mercancía...

Y viendo al Torero dudoso le afirmó:

—Pague ahora mismo a la pareja o me llevo la mercancía..., y a esos bueyes medio quebraos...

El Torero pagó.

El Alcalde se retiró despacio. Fue ayudado por un soldado a subir a su enorme mulo.

—Con esos veinte pesos coge y compra más ron —le dijo el Alcalde.

El Torero, que lo oyó, se dio por perdido. Desde ese instante pensó en salir de Pueblo Mocho a toda costa, en la madrugada, escapar...

Se fue donde sus leones de nuevo. El público aumentaba. Con triste rostro el Torero le vendía las papeletas de admisión al espectáculo. Allí estuvo hasta las seis de la tarde. Hasta ese momento, había ganado más de quince pesos. Se sentía mejor, pero demasiado herido por la pérdida de su dinero a manos del Alcalde.

A las seis de la tarde llegó una pareja de rurales y se detuvo ante los leones.

El Torero les miró con desconfianza.

—Venimos a burcar un león —le dijo un soldado.

—No pueden llevárselo, es mío.

—Era suyo...

—Es mío. Lo compré...

El soldado desenfundó su revólver.

—Lo voy a matar, a este que está más nuevo y más gordito.

Como se hallaba un tanto ebrio, el revólver le temblaba en las manos.

El Torero se aterrorizó. «¿Dónde estoy?», pensaba.

—¿Pero pa que quiere matarme el león? —preguntó.

—Pal Alcalde, que hoy es su santo, y quiere comer león asao. Es un antojo...

Diciendo esto disparó. El león recibió el tiro en la frente. Pataleó un rato.

Al momento, llegaron dos soldados más con una carretilla. Sacaron al inerte león de la jaula y lo montaron en el vehículo.

—Vamos pal cuartel —dijo el soldado matador—, que allí está el Alcalde y allí se va a asar este fenómeno...

El Torero vio conducir su león por la polvorienta calle única de Pueblo Mocho, rumbo al cuartel, entre una gran bola de gente curiosa rodeando la carretilla. entorpeciendo la vía.

XXXVI

El primer frescor de la madrugada halló a Juan Quinquín y sus hombres emboscados a medio kilómetro de Pueblo Mocho.

Juan Quinquín los había organizado en tres grupos de asalto. El primero, el mayor, dirigido por Juan y contando con el apoyo de El Jachero, tomaría el cuartel, sorprendiendo a la posta, y se apoderaría de las armas. Después, lo quemaría.

El segundo grupo, a cuyo frente se encontraba el Padre de Teresa, iría a la casa del Alcalde, a sorprenderlo en su pesado sueño.

El tercero, compuesto por Rufino García, Pedro Quintana y sus dos hijos, Elías Fernández y dos hermanos, Suelta el Pollo y tres jóvenes campesinos más, iría a prender a los soldados que dormían en sus casas.

La organización del ataque a Pueblo Mocho se había discutido mucho. Conociéndose a todo detalle tanto el pueblo como la vida de cada uno de sus habitantes, no resultaba difícil realizar un plan efectivo.

En el tenso silencio se escuchó la voz de El Jachero:

—La música se acabó hace más de una hora.

—Hay que esperar a que se rindan más —dijo Juan Quinquín—, mientras más fuerza coja el sueño más fácil cogerlos.

Media hora después Juan Quinquín dio la orden.

—Vamos a atacar ya. Nadie se olvide. El que se pierda sube a la colonia mía. Allí lo esperamos. Cada grupo da candela por su cuenta, pero nos reunimos todos después frente a la tienda grande de Pueblo Mocho.

—Sí. Lo sabemos de memoria —dijo Rufino García.

—Palante ahora —dijo Juan Quinquín—, sin ruido...

Los tres grupos se desplegaron.

El pueblo dormía. Ni un quinqué encendido. Rendidos por las grandes actividades del día, un profundo sueño ganó a sus habitantes. En el cuartel, un centinela, sentado en su taburete, roncaba.

Juan Quinquín, descalzo, para no hacer rumor alguno, tras rodear el cuartel, se acercó al centinela. El golpe de un garrote de ácana, envuelto en trapos para amortiguar el ruido, acrecentó el sueño del guardián.

El grupo entró, descalzo también, en el interior del cuartel. Dos soldados dormidos fueron amordazados. Las armas, una docena de springfields y revólveres, y gran cantidad de balas, pasaron a manos de los sublevados.

De inmediato, tras atar con fuertes sogas a los soldados prisioneros y sacarlos del cuartel, Juan Quinquín procedió a incendiarlo. Una lata de gasolina fue suficiente. Las llamas iluminaron a Pueblo Mocho.

El grupo comandado por el Padre entró fácilmente en la casa del Alcalde. Este roncaba, completamente borracho. Se le maniató sin dificultad.

Se le incautaron tres carabinas para caza de venado, y una pistola belga.

El Alcalde fue levantado en vilo y acostado sobre su mulo. Era el primer prisionero.

Las llamas de la gran casa del Alcalde respondieron a las del cuartel.

El tercer grupo halló su trabajo muy fácil. Los soldados fueron sorprendidos, sin armas, en sus casas.

Pueblo Mocho fue tomado sin que se disparase un solo tiro.

Durante la acción del tercer grupo, al avanzar Suelta el Pollo, con dos compañeros, a la casa de un soldado, se encontró al Torero, durmiendo bajo la jaula del león que le quedaba. Lo despertó:

—¡Gallego!, ¿qué haces aquí...?

El gallego lo reconoció al momento.

—El Alcalde me mató un león —dijo con infinita tristeza en su voz.

—Ven, vamos a desquitarnos. Vamos al castigo ahora. Ven....

El Torero se levantó y, enterado, se unió a la partida. Fue él quien amordazó a los soldados. Apaciguaba a sus mujeres.

—Esto no es na. Es una leve corrección por su mal proceder al matar leones ajenos —les decía.

Como estaba previsto, frente a la tienda mayor se reunieron los tres grupos vencedores. A su lado, el pueblo entero, despierto, asombrado, dichoso también ante el espectáculo de las llamas iluminando casas, rostros y montes cercanos.

Juan Quínquín les habló:

—Hoy hemos castigado al Alcalde y a sus abusadores del ejército. Ya ven qué fácil se hace cuando hay hombres y no esclavos.

El pueblo le oía en gran silencio.

—Ahora vamos a darle la tienda del ladrón del Alcalde a los hijos de Pueblo Mocho. Vamos a repartir todo lo que nos robó...

Mientras Juan hablaba, comenzaron a llegar a todo el correr de sus caballos los montañeses despertados por la hora; venían atónitos ante los fuegos de Pueblo Mocho, fuegos que se divisaban a la distancia de muchas leguas...

Rodeado de gente a pie y a caballo y de sus partidas, Juan Quinquín daba órdenes.

—Que se saque toa la tela de la tienda, tos los hierros, tos los víveres, manteca, frijoles, tocino, latería, menos ron. ¡To a repartirlo!

El contenido de la tienda se apiló en la calle. El alba plena iluminaba la escena. A este tiempo vecinos y montañeses recién venidos sumaban más de seiscientas personas.

Se procedió a un ordenado reparto. Mujeres y hombres recibían su cargamento de telas, zapatos, encajes, camisas, machetes, frijoles.

Se vació la tienda.

Una vez reparados alimentos y ropas y utensilios diversos, Juan Quinquín habló de nuevo:

—¡Así castigamos a los bandidos...!

El pueblo gritó de alegría ante sus palabras. Una sensación de poder y libertad, desconocidos, le embriagaba. Los rostros expresaban un contento supremo.

—Pero esto es sólo el comienzo. Aquí no se podía vivir ya. Ni tierras ni na tenemos; ni derechos ni na... Hasta las mujeres nos las quieren quitar los canallas. Esto es el comienzo... Hoy quemamos y vamos a seguirle quemando lo que han robado. Pa que no disfruten de na.

Los aplausos y vítores estallaron a sus palabras.

Juan Quinquín continuó:

—Nos vamos a retirar después de quemar la tienda y las seis casas del Doctor, la quinta de verano y to, y su almacén de café, con su valla de gallos y to. Na les puede quedar porque to es robao.

Gritos muy alegres interrumpieron sus palabras. Juan Quinquín esperó que cesaran, y dijo:

—¡El que quiera vivir libre, que venga conmigo! ¡Vamos a seguir castigando! Tos los desauciados y los que viven empeñaos y trabajan bárbaramente para pagar la comida que deben a los dueños, na más que por eso, que vengan con nosotros. ¡A castigarlos!

Juan interrumpió los gritos aprobatorios con una orden:

—¡Ahora, candela...!

La tienda, las seis casas del Doctor, la valla de gallos, el almacén, la quinta, ardieron al unísono.

A las tres de la tarde, Juan Quinquín se retiró de Pueblo Mocho con más de cien hombres bajo su mando, alrededor de medio centenar de escopetas y el armamento recogido en el cuartel asaltado. Se retiró rumbo a las montañas, a su colonia.

Desde lo alto de un cerro vio a sus pies el humo gris de los incendios elevándose lento, en afiladas lenguas, que parecían detenerse en el aire ardiente de la media tarde en calma.

XXXVII

Las nubes se fueron uniendo, lentas; se espesaron. Se agolparon, ennegreciendo el cielo. La tierra se agrisó.

Por el camino de la costa avanzaban a Pueblo Mocho tres escuadrones del ejército. Marchaban fatigosamente. Las

ametralladoras y pequeños cañones de campaña eran conducidos a lomo de mulo.

Bajo los relámpagos, los soldados, rifle al hombro, avanzaban, sudorosos, en una marcha constante, a la cual no estaban acostumbrados. Muchos renegaban ya. La mayoría adelantaba camino de mala gana, sabía vagamente que había ocurrido una rebelión de bandidos y la perspectiva de un combate a muerte no les resultaba en modo alguno agradable.

Pero había que avanzar.

La ascensión a Pueblo Mocho les resultó difícil. La marcha rápida los fatigaba. Algunos soldados cayeron, desmayados por el calor y el continuado andar.

Los jefes, a caballo, ordenaron descanso.

Los habitantes de Pueblo Macho esperaban, temerosos y curiosos a la vez, al ejército. Sabían que la represalia iba a ser terrible.

Durante tres días Pueblo Mocho entero divisó los incendios en las montañas cercanas. Ardían los cafetalés del Doctor, del Alcalde y de dueños inmisericordes. Los cafetales fueron macheteados, hachados, incendiados. La hojarasca al pie ardió y no quedó hoja verde que no se consumiera. Desde abajo los mocheros veían los humos constantes.

En el pueblo se comentaba:

—Quemaron hasta las colonias de Guanayara...

—Quemaron en Pico Blanco...

—Quemaron en Charco Azul y en El Nicho...

—Nuevo Mundo ardió...

—Las tiendas del Doctor ardieron en El Sopaño...

—La casa de mampostería de un senador en Cuatro Caminos cogió candela...

Alguien, que había regresado de las montañas, dijo:

—Juan Quinquín tiene más de doscientos hombres ahora... Es un diablo, candela y candela...

Un montañés presente afirmó:

—El Jachero da hacha a to tiro... No queda ya na de esa riqueza del Doctor y los senadores...

Las conversaciones fueron interrumpidas por la llegada de las avanzadillas del ejército.

Soldados de rostros desconfiados rodearon a Pueblo Mocho. Entraron en él. El grueso del ejército llegó a poco. Los jefes se posesionaron de las mejores casas.

Al anoecer comenzaron las detenciones entre los vecinos. El miedo se apoderó de las mujeres. No había un hogar en Pueblo Mocho que no temiera. Los viejos, intranquilos, esperaban grandes desgracias para los habitantes del pequeño caserío, perdido al pie de la cordillera ardiente.

XXXVIII

El Alcalde estuvo atónito por dos días. Cuando despertó de su borrachera, cogida durante la copiosa comida de carne de león asado, que reputó de exquisita, se halló prisionero, amarrado de pies y manos, tirado sobre una cama.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un techo de guano sobre él, y aquello lo sobresaltó. Bostezó y quiso estirarse y el bostezo se le paralizó. Las sogas en sus muñecas y tobillos le despertaron, totalmente.

Llamó, nadie respondió. Se vio dentro de un bohío. El cuerpo le dolía. Vomitó, de costado.

Cuando gritó de nuevo, un negro montañés entró en su cuarto.

—¡Ricardo Pérez —le gritó el Alcalde—, záfame, suéltame!

—No pue se —le contestó Ricardo Pérez.

—¿Que no? La pagarás.

—No pue se...

Y el Alcalde, cuyo cerebro no podía comprender nada, tembló de miedo en su cama. El sudor le cubrió el rostro. Los ojos se le extraviaron.

Al fin pensó:

«Estoy secuestrao. Y esta debe ser gente mala. Me agarraron jalao y con el cuerpo pesao por la carne de león. Yo bien pensé que la carne de león me podía salar; me envenenó. Y me han hecho una maturranga. En el cabrón león echaron algo que me durmió. A ese gallego lo guindo yo...»

Esto repensaba cuando Juan Quinquín entró a su habitación.

El Alcalde, después de sorprenderse, aclaró sus pensamientos:

—Pago lo que sea —dijo a Quinquín—, mil pesos como dos mil... Lo que quiero es irme a Pueblo Mocho, a descansar a mi casa.

—Ya no tiene casa, se la quemamos —le dijo el negro guardián.

El Alcalde se estremeció de nuevo.

—Tienda, valla, casa y to se lo quemamos... —repitió el negro.

El Alcalde se derrumbó.

Juan Quinquín le dijo:

—Mañana le celebraremos el juicio.

Tras sus palabras, se retiró.

El Alcalde apenas podía pensar.

Al anochecer del día en que el ejército retomó Pueblo Mocho, comenzó la lluvia. Primero una ligera llovizna. Después, esta se espesó. Con los grandes truenos se iniciaron los aguaceros y las rachas de viento.

Durante tres días llovió, con pequeños intervalos. De las montañas bajaban cascadas, estruendosas. Pueblo Mocho se vio casi inundado.

En las cumbres, los incendios fueron ahogados por las continuas aguas.

Las operaciones de adiestramiento a los sublevados se vieron casi paralizadas. Juan Quinquín decía:

—Lo mismo que llueve pa nosotros, llueve pa ellos. Si nosotros no podemos hacer na, ellos tampoco.

El Jachero afirmó:

—Ni en tres días más pueden subir. Si suben resbalan. Y los soldados se abren de patas, y se van de cabeza entre el fango. To el ejército se atasca.

Juan Quinquín dijo:

—Ningún soldao sabe subir lomas. Se mueren si suben. Pero hay que estar apreparaos y no dejarse sorprender. Les tenemos puestos buenos centinelas.

Teresa llegó junto a su esposo.

—Juan, la niña tiene calenturas.

Juan Quinquín le preguntó:

—¿Son fuertes?

—Poquita. Felicia Capdevila le pasó la mano por el vientre y ahora le prepara un cocimiento.

—Si sigue mal hay que llevarla al médico de Cumanayagua.

Preocupado, miró a El Jachero. Este le dijo:

—Los niños siempre están enfermos. Eso no es na...

Juan Quinquín no desarrugó el ceño.

Rufino García, que llegaba a informar, le dijo:

—Juan, siguen acampaos. Con este fango no pueden trepar.

Juan Quinquín le ordenó:

—Velen de noche y de día. Nadie se puede confiar aquí.

—Sí —le respondió Rufino García.

Juan Quinquín se dirigió a El Jachero:

—Este mismo ejército no pudo coger a Blas Hernández.

Blas se alzó contra Machado por las lomas de Sancti Spiritus y estuvo hasta que se cayó Machado y el ejército no pudo con los alzaos de Blas.

El Jachero dijo:

—Es que el ejército no pelea en lo incómodo. Los soldados están en los cuarteles, cebándose, gorditos. No son gente e guerra. Viven en comodidá...

Juan Quinquín dijo:

—Y tos no son malos. Se metieron a soldaos porque se morían de hambre y no tenían porvenir... Eran gente sin estudio que no tenían pega. Y se metieron a soldao, a lo sabroso. Comida y cheque... A engordar...

El Jachero dijo:

—Sí, tos no son malos; pero están los asesinos, los que golpean, los que ahorcan si hay que ahorcar...

Juan Quinquín dijo:

—Se colocan de soldaos pa defender al gobierno, el que sea, pa defender ladrones y bandidos, a los doctores y a los alcaldes...

El Jachero dijo:

—Un primo hermano mío, un guajiro que ni leer sabe, es soldao... No es malo.

—Lo vuelven malo...

Elías Fernández llegó ante Juan Quinquín:

—Juan, es la hora de celebrarle el juicio al Alcalde.

—Bueno, llévalo bajo la mata ateje —dijo Juan Quinquín—, dentro de cinco minutos lo vamos a castigar.

XL

Acondicionados en las tres mejores casas de Pueblo Mocho, los jefes militares no la pasaban mal. Muchos soldados armaron tiendas de campaña, otros se aposentaron en bohíos. La lluvia los cubría a todos. La calle real de Pueblo Mocho se convirtió en un fanguero intransitable.

Entretanto, la tropa dormía, charlaba, comía.

Alrededor de una larga mesa de cedro, los oficiales conversaban, a la hora del almuerzo:

—Estos bandidos deben recibir su merecido. Haciendo un buen escarmiento, guindando a los cabecillas, se restablece el orden y todos aprenden a respetar la ley...

—¡Pero mira que quemar lo que no es suyo! El castigo debe ser gordo...

—Los acorralamos y cuando se entreguen no dejaremos uno...

Los soldados conversaban:

—Tanto fango y tener que subir esas lomas, esto es del diablo palante...

—Tengo catarro, estoy molío de la caminata..., por culpa de estos cabrones.

—Deja que los cojamos, no va a quedar un bandido con una coyuntura en su lugar...

El comandante de la tropa pensó:

«Los barremos con las ametralladoras y caerán como moscas.»

Un soldado pensó:

«Si me matan los alzaos deo dos niñas.»

Un capitán pensó:

«Con esta me visten de comandante.»

Un soldado pensó:

«Al primero que se ponga a tiro se la arranco, y lleo a cabo, pero lo malo es que me pueden tiral primero...»

Un teniente pensó:

«Si mi querida supiera el peligro en que me hallo por culpa de este animal de Juan Quinquín... Por ese hombre arrestao y peligroso... Si no no estuviera tanta tropa pa ca arriba.»

Un soldado pensó:

«A naide le gusta sabel que le pueden metel una bala en la barriga en el primel descuido...»

Conversaciones y pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de tropas de infantería de la marina de guerra. Venían con sus mulos, ametralladoras, tiendas de campaña, con un retraso de dos días por razones de la lluvia y el fango.

Pueblo Mocho casi se vació de sus habitantes. El pueblo quedó convertido en base de operaciones militares.

El Comandante que recibió las tropas conoció las órdenes concretas desde el estado mayor: No dejar un alzado vivo. Se enteró también que avanzaban nuevas fuerzas desde Cumanayagua para atacar a la partida de Juan Quinquín por la espalda. Rodear a los alzados y exterminarlos, en operación sincronizada, ordenaba el estado mayor. El plan táctico se había elaborado concienzudamente.

El Comandante miró a las nubes y dijo:

—Con los claros, vamos a subir. El cielo no anuncia lluvia.

Para juez fue escogido Patricio Medina, un negro sesentón, que fue admitido por todos como el hombre más honesto y sabio de las montañas. Su rostro fino, inteligente, poseía una mirada calma, limpia. El cabello blanco estaba al descubierto. Vestía una camisa azul, cuyas faldas caían sobre los pantalones negros.

A su derecha se sentaba el Secretario, Agustín, campesino de rosado rostro. Mostraba espléndidos dientes blancos al reír. Los ojos mongólicos veían a través de espejuelos montados al aire. Poseía la mejor letra de la zona y era muy respetado por los montañeses, analfabetos en su totalidad. Agustín había leído algunos libros de Víctor Hugo llegados a sus manos por virtud de sus grandes deseos de leer, y hablaba sobre ellos largamente.

De Fiscal fungía Rufino García.

Entre varios testigos: Juan Quinquín, El Jachero, el Torero. Bajo la sombra de un ateje se celebraba el juicio.

El Alcalde, de pie, con custodia al lado, miraba con gran aprensión el aparato de la justicia silvestre.

Patricio Medina leyó los cargos. El Alcalde pareció derumbarse. Su vista vagaba por los valles lejanos. Sudaba.

Los testigos le acusaban implacable, certeramente.

El Alcalde se agitaba.

Los presentes, una parte de la tropa, escuchaban atentos. Teresa, desde el colgadizo de su rancho, recogía algunas palabras mientras se ocupaba de alimentar a la zunzuna.

Llegó el turno de El Jachero. El Alcalde vio descubierto el envenenamiento del gallo de Rufino García. Cada denuncia de los testigos le abrumaba; el peso de su derrota era cada vez mayor. Lo sentía. No podía pensar. Miraba idiotamente a un testigo tras otro.

Cuando el Torero le acusó, el Alcalde recordaba su aciago delito. En forma vaga, vino a su mente un león, el incidente con el Torero, pero comprendió que los caprichos del ron lo habían obligado a robar la fiera. Pero no podía recordar claro la gran comida de león asado. Si lo comió estaba borracho. Su memoria embotada rechazaba la denuncia.

—¡Es mentira, yo nunca he comió león asao! ¡Es mentira, yo estaba borracho, no me di cuenta!

El juez le ordenó callar.

—Ya usted hablará a su tiempo... —le dijo.

El Torero insistió:

—Primero me le dieron un tiro al león, después lo arrastraron sin piedad en una carretilla, lo descueraron, la cabeza la vi tirada en medio de la calle y unos mozalbetes jugaban con ella a patadas... Al anochecer, el olor a león asado invadió el pueblo, y muchos individuos fueron dominados por la gula y se llegaron al cuartel y lo probaron y hasta me dijeron que les sabía a capón con jerez... Se burlaban de mí...

Las risas de algunos de los presentes no dejaron continuar al narrador.

—Orden —dijo severo Patricio Medina.

—Y lo más triste —continuó el Torero— es que me quedé con un solo león, y hambriento. Después se estableció la escaramuza y me sumé a las fuerzas de la venganza. Cuando subí dejé a mi león descarriado en Pueblo Mocho. Ni sé qué ha sido de él. Pero también tiene que pagármelo este señor, o si no, propongo al tribunal que se meta en la jaula a este mal Alcalde usurpador y ladrón, con el león mío. ¡Y yo les aseguro que este ejemplar de fiera humana se come al león!

Suelta el Pollo lanzó una carcajada estridente.

—Está bien —dijo el Juez—, retírese. Otro testigo.

Juan Quinquín se adelantó:

—Yo lo que quiero decir—exclamó dirigiéndose al Juez— es que este señor, según sabemos todos por aquí, hace años era un pobre recogedor de café. Después entró en chanchullos. Se metió en políticas y abusos. Ahorcó a un isleño colono. Y fue subiendo... Y se hizo Alcalde. Y según se dice, pero no hay pruebas aquí, ahorcó a dos pobres mulatos que llegaron a la zona y reclamaron salarios justos por recoger café... Amanecieron ahorcados en el aromal de Indalecio Prieto...

Los presentes aseveraron:

—Sí... Sí...

Juan Quinquín continuó:

—Y este hombre cogió poder y allí se corrompió. De un infeliz que era en el poder de Alcalde se corrompió más... A imponerle a tos sus ideas y caprichos y más na que eso... Al que piense distinto se la chapea...

Los presentes comentaron:

—Así mismo es...

—No hay peor cuña que la del mismo palo.

—Este hombre es malo—continuó Juan Quinquín—, ha cometido muchos delitos, pero el peor es el de haber sido un verdugo para los infelices...

El Fiscal, Rufino García, pidió pena de muerte.

Entonces llegó el turno de la defensa. El Defensor, un viejo campesino, ejercía sus funciones de mala gana. Alegó ignorancia de las leyes por el acusado, mal aconsejado. Terminó pidiendo clemencia.

El Alcalde se defendió después:

—Yo no he hecho na de eso que me acusan. He sido un Alcalde que ha hecho mucho bien. He recomendado pa hospitales a mucho enfermo. Y he colocao de soldao a mucho guajiro... Pero eso bueno no se ve. Sino que me emborracho. La tienda es un negocio y si cobró precios altos también cuesta

traer la mercancía a Pueblo Mocho. La valla es una diversión, y lo del gallo envenenao no lo sé. En el cuartel sí dan golpes, pero allá el cuartel. Yo cumplo con la ley y tengo que ponerme duro para que me respeten. Es verdad que soy enamorado pero to hombre aprovecha lo que puede... Pero lo del león no me acuerdo habérmelo comío, pero estoy dispuesto a pagarlo para hacerle un favor a su dueño... Tengo algún efectivo y puedo pagar...

No supo decir nada más. No se le ocurrió mayor defensa. Se sentía bueno, noble, justiciero.

El Fiscal, Rufino García, ratificó su petición de pena de muerte.

Después se levantó Patricio Medina, el viejo negro, severo, calmo Juez, de una antigua silla de mimbre, de respaldo tejido, y perillas barnizadas en su terminación superior, y dijo:

—Señores, a mí se me ha investido de autoridad suprema aquí, y la he aceptado por deber. Lo que yo diga aquí se acepta como ley, y esto impresiona mi alma... Ya he pensado la sentencia. Pero quiero explicarla bien a to el mundo pa que después no haya malas interpretaciones. Yo soy legal y todos lo saben que yo parto la naranja al medio. Es verdad que este hombre, como tos los que hemos conocío que mandan, van al poder pa robar y hacer daño a los infelices... Abusan siempre, porque no son gente del poder. La ley puede ser hasta buena pero ellos la acomodan a sus conveniencias. Pa ser Alcalde o gobernar en algo, primero hay que saber y ser humilde, ser honrao, inteligente y de condición de persona noble... Por eso se sabe de viejo que el que sale de abajo y se separa de la gente de abajo siempre pierde.

Miró al Alcalde.

—Este hombre perdió —dijo—, sus argumentos no valen na en la balanza de la justicia. Y el castigo pa él va ser lo mejor pa nosotros.

Miró entonces detenidamente a los presentes, atentos ya a su sentencia.

—El castigo no va a ser su muerte, porque si lo matamos no hacemos na... Y lo que necesitamos no es matar a este prisionero de guerra, que es una miseria, sino que nos dé utilidad pa seguir combatiendo y castigando a los abusadores en donde más le duele: destruyéndole las propiedades que se robaron...

El Juez calló. Ordenó sus palabras.

—La pena que le imponemos es la cantidad de treintamil pesos pa comprar armas y medicinas...

El Alcalde repuso al momento, a gritos:

—¡No los tengo, no los tengo!

Patricio Medina le respondió:

—Entonces pague sus crímenes con su vida.

El Alcalde palideció. Después dijo lentamente:

—Pagaré. Si me dan un propio... Yo mando una carta pidiendo el dinero...

Y, vacilando, se apoyó en el hombro de Ricardo Pérez, su guardián.

Cuando se lo llevaban, el Torero le lanzó un puñetazo en pleno rostro. La sangre le manchó la innoble cara.

Juan Quinquín exclamó airado:

—¡Préndanlo! ¡Este hombre recibirá el castigo por su cobardía!

XLII

Con el alba, inició el ejército el avance.

Sus avanzadillas salieron por los tres caminos, bien conocidos, que llegaban a las cumbres. Tres amedrentados campesinos de la zona sirvieron de prácticos.

Detrás, ascendían a paso lento pelotones conduciendo los sobrecargados mulos. La tropa gruesa los seguía a distancia, con los jefes al frente.

Al amanecer habían obtenido un pequeño avance. Los soldados resbalaban en el fango. Los mulos, no habituados a escalar montañas, resoplaban ruidosamente.

Descansó la tropa. Un capitán vio espesarse las nubes:
—Diez minutos de parada. Hay que seguir...

Tras el breve descanso, el ejército continuó ascendiendo. Cada soldado tenso.

Las avanzadillas mantenían un paso cuidadoso y firme.

A medio camino les sorprendió el fuego de los alzados. Parapetados en una posición infranqueable, disparaban certeros sobre los pelotones conduciendo los mulos. Juan Quinquín había ordenado respetar a las avanzadillas, que se internaron en el monte sin que fueran hostilizadas.

Las bajas en los pelotones fueron numerosas; los heridos se quejaban arrastrándose en la yerba. Los mulos sangraban de pie. El grueso del ejército se echó al suelo y rompió fuego sobre el monte, al azar. Los cerrados estampidos de las ametralladoras espantaron a las aves. Bandadas de cotorras y garzas sobrevolaban asustadas.

Cada soldado disparaba. El ruido gigante repercutió de monte en monte y llegó a Pueblo Mocho donde las tropas de la marina de guerra aguardaban.

A la media hora se restableció el silencio. Los camilleros bajaban muertos y heridos.

Los oficiales consideraron la situación. Hablaban entre sí.

—Las avanzadillas, o se han perdido o han sido capturadas...

—O muertas.

—¿Cuántas bajas?

—Como quince.

—¿Muertos?

—Sobre cuatro.

El Comandante dijo:

—No se puede seguir avanzando así, regalando la vida... Hay que ir limpiando de enemigos las zonas pequeñas, primeramente. La posición se toma después...

Todos asintieron. Acamparon en un cerro. Los escuadrones recibieron órdenes de mantener una severa vigilancia.

Dividido ya en pequeños grupos, el ejército aguardó a la noche. El estado mayor, frente al mapa topográfico, trazaba planes de campaña.

Afuera soplaba un fuerte viento húmedo. Lloviznaba. El cielo se tornaba cada vez más gris.

El campamento se ocultó entre las nieblas bajando de los picachos, al atardecer.

XLIII

En la cocina, pelando ñames, plátanos y toda clase de viandas, el Torero, penado así por su puñetazo al Alcalde, conversaba con Suelta el Pollo:

—Ya hubo tiros, pero les pegamos primero, y los aguantamos.

—Sí, gallego, pero dice Juan que mañana atacarán de otra forma, que seguirán subiendo...

—¿Y los nuestros...?

—Firmes los que se han quedado. El primer triunfo tiene contento a to el mundo...

El Torero se sonrió. Los babosos ñames salpicaban su rostro satisfecho al ser lanzados a la humeadora paila del rancho.

En la casa de Juan Quinquín, mientras tanto, se reunían los jefes de los sublevados.

Juan Quinquín les avisaba:

—Volverán; ahora van a venir por la vuelta del Saltadero, o se repartirán en grupos pa rodear las postas de nosotros... No se pueden perder de vista...

Rufino García dijo:

—Se nos han ido más de treinta hombres... Acobardaos... Pero con los que quedan vamos a pelear y los aguantaremos. Un rifle arriba aguanta a treinta abajo. El que está abajo sube esperando el tiro y no sabe por dónde viene... Lo más que hace es pegar la barriga al suelo pa que no se la chapeen...

Juan Quinquín le respondió:

—La gente se va, pero se van los pencos; eso es un buen negocio pa nosotros... Porque se quedan los buenos, los que sirven, y uno de ellos vale por veinte de esos pencos...

El Jachero dijo:

—A Blas Hernández se le fueron muchos cuando el ejército de Machao los apretó... Pero el ejército no pudo vencer a los que se quedaron...

—Así es —dijo Juan Quinquín.

Después se volvió al jefe de su pequeña caballería, compuesta de veinte jinetes, la mayoría sirviendo de enlaces:

—Mándame dos hombres a Nuevo Mundo y entérate si ya la tropa que viene de Manicaragua fue aguantada por la gente de Elías Fernández.

En la cocina, Suelta el Pollo preguntaba al Torero:

—Pero, gallego, ¿cómo te atreviste a pegarle al Alcalde...?

—Perdí la mente, cuando me di cuenta que ni un golpe, que es lo que duele de verdad, se le iba a dar a ese canalla, perdí la mente. El puñetazo que le aticé bien vale la vida de mi pobre león.

—Pero eso no es de hombre, pegarle al que está amarrao...

—Es verdá y ahora me arrepiento, pero me cegué, me cegué... Se me apoderó el espíritu de mi pobre león...

Acababa de llegar un mensajero con los treinta mil pesos para libertar al Alcalde. Juan Quinquín ordenó traer el prisionero a su presencia:

—Ya llegó el dinero —le dijo sin mirarle el rostro—, así que ya puede irse...

El Alcalde, el marchito semblante de pronto lleno de alegría y desconfianza a la vez, exclamó:

—¡Pero quién me baja si no puedo ni moverme de las fiebres que me han dao!

—Un guía lo conducirá ante el ejército que está allá abajo...

—¿Y cuando me deje no me tirará por la espalda...?

—Señor —le dijo Juan Quinquín, con voz serena—, no estamos allá abajo, en Pueblo Mocho; estamos aquí arriba...

Y le dio la espalda.

XLIV

Los alzados, apostados tras las peñas de una eminencia, en el monte, a menos de trescientos metros del enemigo, vieron la nueva estrategia del ejército. Inmediatamente pasaron aviso a Juan Quinquín.

Juan Quinquín pensó:

«Esperaba eso. Con eso de venir en grupos quieren envolvernos. Pero no van a saber dónde estamos, porque el campamento de nosotros es to el monte y no nos van a

encontrar..., y los cansaremos. Y por la noche no van a dormir, tiro a tiro, como no han dormido anoche...»

Y mandó una dispersión de su tropa, con órdenes de hostilizar cada destacamento del enemigo, día y noche...

La lluvia volvió copiosa. Por tres días cayó, a rachas. Escampaba, y tornaban los aguaceros. Las penalidades del ejército aumentaron. Los jefes se enfurecían:

—Los coroneles en La Habana no saben lo que estamos pasando...

—Sardinas y más sardinas..., y estos cabrones están bien armados y tiran bien...

—Son unos locos, por eso son peligrosos.

Los soldados conversaban:

—Esto es una mierda, tengo gripe, y ni siquiera me relevan... Y sardinas a to tiro..

—Estos sí son trabajos por culpa de esos jodíos de arriba...

—Tiran bien...

Arriba, los hombres de Juan Quinquín conversaban:

—Con mi máuser mato una tiñosa a dos kilómetros.

—El primero que asome la cabeza es mío... Vienen a asesinaros...

—Los soldados vienen a quitarnos lo de nosotros...

—Son malos, siempre abusan...

—Ellos hacen lo que les mandan... El soldado va adonde lo manden, por eso es soldado y no tiene criterio...

—Si los mandan a abusar, abusan.

—Pa eso son soldaos; pa hacer lo que les mandan... Estos soldados no tienen alma...

Más arriba Juan Quinquín conversaba, rodeado de los jefes:

—Rufino, de la loma Estanislao ni un paso atrás. Si la cogen nos tenemos que ir de aquí, porque con ametralladoras nos barren desde ella...

—No la podrán coger... Únicamente con mil hombres...

—Hay buenas noticias, la tropa de Manicaragua se atas-
có con las lluvias. Traían hasta cañones jalaos por bueyes...

—¿Cuántos hombres más o menos vienen, Juan?

—Jachero, el informe es de quinientos soldados, pero
me parecen muchos. Esperamos una noticia mejor...

En la cocina le decía el Torero a Suelta el Pollo:

—El soldao cubano no sirve pa pelear; el gallego sí. Por-
que el soldao cubano está criaio a todo gusto. Vive sin tra-
bajar, son los vagos pagados de Cuba y los tratan bien.
Pero al soldado gallego lo tratan a la patá... Es el culo del
mundo...

—Es verdad, los jefes gallegos son tos abusadores. Por
na y na le meten un galletazo a cualquiera...

—Así es en España. Pero aquí en Cuba ser soldao es
una lotería...

—Es verdad que están ahí pa matar a favor del gobierno,
a eso lo enseñan. El que entra ahí está al servicio del jefe y el
jefe al servicio del gobierno, y el gobierno roba y abusa y
mata... Ser soldao es lo último...

—Siempre es una desgracia, es verdad...

—Tengo un primo soldao; es un hombre bueno... Si lo
mandan a matar no lo va a hacer, gallego, no lo va a hacer.
Y hay algunos soldaos así...

—Por eso dice Juan Quinquín que mientras más los mo-
vamos menos ganas de pelear van a tener...

Conversando estaban cuando El Jachero llegó a la cocin-
a y les ordenó:

—¡Cojan sus rifles, los soldados suben!

El Torero dijo:

—¡Pero estas malangas, la harina a medio hervir...!

El Jachero le ordenó secamente:

—¡Suelta todo y ven a pelear, que ya están aquí...!

El joven montañés, de centinela en un punto cercano al ejército, se llamaba Tomás García, hijo mayor de Rufino. Se ocultaba en la hendidura de una peña, donde goteaba un agua azufrada. Ante él, grandes haces de bejuco de coralillo en flor colgaban de un pequeño dagame.

Tomás vigilaba, a través de la cortina de gajos y hojas, el camino, un breve trillo, por donde habrían de subir los soldados.

Con su rifle listo a disparar, y sintiendo, de cuando en cuando, el silbido del judío que le lanzaba su compañero de posta, unos metros más arriba, Tomás acechaba al enemigo.

Al coralillo llegaron a libar unas mariposas de alas lila, rayadas de amarillo, pero Tomás no podía verles bien el color porque las mariposas para libar cerraban las alas. Únicamente en pleno vuelo se le podían entrever los lilas parpadeantes. Entre el rápido abrir y cerrar de las alas el color se podía distinguir y titilaba en el vuelo como una estrella morada.

La vista de Tomás seguía a las mariposas. Tantas horas de soledad llevaban su atención a los objetos más insignificantes, a los que apenas prestara atención alguna vez: una babosa arrastrando su caracol, una brizna levantándose lenta después del paso de la babosa, un insecto, figurando una bolita roja que se posaba en una piedrecilla como un grano de café, el brillo de la luz en el diminuto lomo de una bibijagua...

Su mirada acuciosa fue detenida por la bala que atravesó su cabeza. Fue Tomás el primer muerto de los sublevados.

Su compañero, arriba, bajo un aluvión de balas, se apegó a la tierra.

Desde allí disparó sobre los primeros soldados que avanzaron.

En lo alto, El Jachero oyó los disparos y comprendió que el ataque se avecinaba. Bajó con refuerzos: el Padre, el Torero, Suelta el Pollo, entre ellos. Dividió el refuerzo en tres grupos.

A los quince minutos de combatir ya habían rescatado el cadáver de Tomás García. Lo enterraron bajo un cuajani. Rufino no quiso cavar la sepultura.

Juan Quinquín despidió el duelo, al estilo guajiro.

—Tomás cayó como bueno —dijo simplemente—. En nombre de su padre y demás familiares agradecemos la presencia de los que acompañan su enterramiento.

Rufino lloró al tirar la primera paletada sobre el desnudo ataúd de tablas de palma. Abajo, sonaban nutridos disparos. Algunos cañonazos estremecían los aires. La cruz de guásima se la hizo El Jachero.

Quinquín se apartó, después del simple enterramiento, a un grupo de arbustos de galán. Necesitaba estar solo por unos instantes. La muerte de Tomás García le atormentaba. Por su mente pasaban ideas acusatorias. «Por culpa mía, por formar yo este alboroto, lo han matado», se dijo. La brisa, en grandes rachas, le azotaba el rostro. Su mano arrancó un gajo de galán. «Yo nunca he querido matar a nadie; esto lo sé bien a fondo. Yo sufro por matar. Matar es lo último. Yo no nací para matar.» Miró a las altas nubes, breves y blancas, a una tiñosa lejana volando con las alas abiertas. «Matar... Siempre odié la guerra. Siempre quería ser el hermano de todo el mundo. Y mírame donde estoy: en guerra. Pero es verdad que contra una canalla sin alma, abusadores, ladrones de todos nosotros, que no nos dejan vivir en ninguna parte... Más vale morir de un balazo que de enfermedades y de hambre, en la miseria que nunca se acaba...»

Su mirada triste se posó en un gusano de primavera. Era este de color esmeralda, y estaba decorado de estrías blancas; adelantaba moviendo el cuerpo en forma de ese. Subía lento por el envés de una hoja. ¿Y por qué estos abusadores serán así? Si uno se aguanta, y se calla y no los mata, lo matan a uno, de hambre y de vergüenza... Nunca quise matar...» Oyó el viento silbando en el galán. Vio, a lo lejos, la temprana bruma vespertina posarse en los picos de la Sierra de Gavilán. «Pero este castigo había que dárselo. Son gente sin corazón. Matan a niños y a viejos y a mujeres, de pura miseria... Me siento un culpable. Y ya me da lo mismo que me maten o no, a pesar de mi hija que ni nombre tiene todavía. Pero es muy duro ser esclavo y aguantar abusos, unos arriba de otros, sin defenderse, viendo tanto abuso...» Juan Quinquín suspiró. Su rostro viril, entristecido, reflejaba su tragedia.

Se apartó del macizo de galanes.

De inmediato, Elías Fernández vino a informarle sobre la situación de la tropa campesina. Quinquín le escuchó atentamente. Comprendió que debía actuar con suma rapidez.

Juan Quinquín se hallaba seriamente preocupado. Su gente, dividida, resistía y hostilizaba. Pero sabía que se las estaba viendo con tropa numerosa, que excedía en número, veinte a uno, a los suyos. Era hora ya de cambiar el campamento. Resistir, con el enemigo al frente y a la espalda, pues la tropa que avanzaba desde Manicaragua se acercaba a marcha forzada, era una temeridad. Presentar combate abierto sería un suicidio.

Juan Quinquín se llenó de prudencia.

Oyendo, a intervalos, el cañoneo enemigo, pensó de nuevo:

«Ya es hora de salir de aquí. El ejército sabe dónde estamos. Cualquiera de los que se fue les ha dicho el sitio y la gente que tenemos y las armas. Nunca falta un traidor.

Pero Teresa se tiene que ir de estos peligros. No se quiere ir. Dice que muere conmigo, junto a mí, porque me quiere mucho, si no no estuviera pasando trabajos conmigo, pero tiene que irse, lo quiera o no, por la niña. Hay que salvar a esa inocente. No tenemos derecho a tenerla aquí y a que maten a la inocente.»

Se fue donde Teresa. La encontró en la cocina, frente a un gran caldero de plátano macho, hirviente.

Teresa lo miró, calmada.

Juan Quinquín dijo:

—Teresa, tienes que irte.

—No. Juan. ¿Dejarte aquí...?

—Pero la niña hay que salvarla...

—Lo he pensado. Es verdad.

—Tienes que irte.

—Sí.

—Vete hoy mismo a Barajagua Baja en el mulo del Alcalde... Ese camino está libre todavía.

—¿Y tú?

—Seguiré por estas lomas dando guerra. No nos agarrarán...

—¿Y cómo sabré de ti...?

—Te avisaré. Ni te ocupes... Siempre te avisaré...

Teresa quiso llorar. Se contuvo. Su rostro empalideció, pero reprimió sus lágrimas.

Juan vio el esfuerzo de Teresa para no angustiarse. La abrazó.

—Cuida a la niña —le dijo— y vete sola, ahora mismo, recoge los trapos de ella, lo que puedas, las balas silban. Mañana este lugar estará lleno de plomo por dondequiera.

La besó en la mejilla. Teresa le besó en los labios. Juan sufría.

—Prepara el jolongo. Te aparejo el mulo —le dijo.

Teresa lió un gran bulto de pañales, ropa y diversos objetos. Se vistió sus pantalones de montar. Juan la impulsó a la montura. Le dio la niña.

Teresa partió sin volver la cabeza.

Juan Quinquín quedó un poco absorto. Ante él estaban ya dos hombres portando noticias. Pero no las atendió de inmediato, como era su costumbre, sino que dejó vagar su vista sobre numerosas arañas de largas y activas patas, que tejían, de un árbol a otro, por las copas, enormes telas.

XLVI

Al segundo día de la ausencia de Teresa, las tropas combinadas del ejército entraron en la colonia y la casa de Juan Quinquín.

Las tropas venían cansadas, enfangadas, nerviosas. Los jefes, de mal humor. Habían comprobado, por leguas y leguas, la devastación y la quema de cafetales y casas de recreo de los terratenientes. Y, además, no sabían a ciencia cierta dónde se encontraban los sublevados.

Sin embargo, no todo era dominado por el ejército. La Estanislaa casi rodeada, resistía. Subir a ella significaba perder la vida. La alta loma fue bombardeada por tres días. Al subir de nuevo, la tropa tuvo más de veinte bajas. Allí comandaban Rufino García y el Padre.

Juan Quinquín, desde su posición, en las hirsutas Tetas de Juana, ordenó el abandono de La Estanislaa. Suelta el Pollo llevó la orden, como mensajero. Se arrastró por los yerbazales, en la medianoche, y trepó hasta el tope.

Al amanecer del siguiente día Juan Quinquín se reunió con toda su gente. Eran unos ochenta hombres. Había desertado más de la mitad.

Juan les habló:

—El que se quiera ir que se vaya. No se culpa a nadie. Aquí to el mundo ha hecho lo que ha podío, y lo ha hecho muy bien. El que esté cansao que se retire...

Nadie quiso abandonar la partida. Con rostros serios y determinados los hombres se mantuvieron en sus puestos.

Juan Quinquín les habló de nuevo:

—Está bien. Pero los corretearemos. Los vamos a corretear y cuando estén cansaos les vamos a caer arriba.

Calló. Se introdujo en el colgadizo de un gran bohío. Allí le sirvieron café. Dejó su rifle apoyado a un horcón y se fue al jardín, que miraba a un abismo.

Vio arriba, en el cielo gris, casi copado por las nubes, garzas blancas, que subían, y bajaban después al valle, en fila, en vuelo silencioso y fácil. Las motas blancas brillaban sobre el verde oscuro de la vegetación en espera de lluvias. Un gran silencio subía hasta él de los abismos.

Miró a un costado y vio sobre una loma verde claro seis chozas de guano, con nubes grises encima, quietas. Un bosque de mangos y aguacates detrás. La paz de la tarde se le hizo una presencia física, un conocimiento íntimo, profundo como su aliento.

Cuando regresó de su breve paseo, le esperaba El Jachero. Su rostro reflejaba la inquietud.

—Se ha perdido... —dijo.

Juan le miró de frente. Pensó en Teresa y la niña. Se estremeció.

—Habla... ¿Quién?

—El pobre Suelta el Pollo. No aparece... Cuando la gente bajaba con él de La Estanislaa, casi al final hubo un fuerte tiroteo... No ha regresado... Lo esperaron y no volvió...

Juan Quinquín pensó:

«Suelta el Pollo es vivo... Pero cualquiera comete un error y se desgracia. Pero a lo mejor no, y a lo mejor está esgaritao y si se extravió él dará con nosotros.»

El Jachero le dijo:

—El gallego quiere ir a buscarlo, donde sea. Se le saltaron las lágrimas. Pide permiso para buscarlo, dice que él lo encuentra, que lo quiere como un hijo... Que se lo echa al hombro y lo trae pa ca...

Juan Quinquín ordenó:

—Que salga a buscarlo. Si alguien lo puede encontrar es ese gallego...

Comenzó a llover.

XLVII

A las tres semanas de estar en Barajagua, en la casa de una tía, sin tener noticia alguna de Juan Quinquín, Teresa no pudo resistir más. Se sentía morir. Fue donde una vecina del humilde pueblo, recién parida. Le dijo:

—Vecina, a mi marido me lo están matando allá arriba. Téngame la niña una semana, démele el pecho cuando pueda.

—Cómo no —dijo la vecina. Y señalándole para la cuna de su pequeño hijo—: donde cabe uno caben dos...

Teresa lloró.

Al día siguiente, al alba, Teresa partió a lomo de mulo, rumbo a las montañas, un poco al azar. Sabía, por los partes del ejército, que su hogar en la colonia ya no le pertenecía. Su plan era subir, indagando, de choza en choza. No podía resistir más el silencio y los terribles rumores sobre los asesinatos que la venganza del ejército cometía.

Al atardecer, Teresa topó, por La Majagua, con una guajira amiga.

—Juan Quinquín anda por Gavilán hoy y mañana por Río Chiquito... Nunca se sabe donde está... Es una anguila.

Teresa siguió viaje. Durmió en el bohío de Inocencio Cabrera, un amigo de su padre.

Al alba siguió al asiento de Siguatepeque.

Aquella noche reposó en el bohío de Epifanio Bermúdez. Allí esperó durante dos días el cese del temporal. Llovió día y noche. Al alborear, Teresa emprendió viaje, con el mulo subiendo trabajosamente, entre fangales y charcos.

Marchaba bajo la sombra de una carrera de viejos mangos, cuando escuchó disparos lejanos.

No podía azuzar al mulo, ya muy cansado, para conocer el lugar del combate y recibir noticias. Se resignó. Inquieta, lanzaba su vista adelante, una cumbre cercana. Allí, en un costado, se alzaba, entre maizales, una casa de teja roja.

A la media hora larga de camino Teresa se desmontó frente a ella. No había nadie. Solamente un pavo real, posado en un taburete, la miró curioso.

Teresa entró. Fue al tinajero y bebió. En la cocina, los fogones fríos estaban llenos de cenizas.

Montó de nuevo, angustiada.

En la talanquera se encontró con Dionisio Merejo, un viejo conocido, conduciendo una yunta de bueyes a la cual zafaba los frontiles.

—¿Qué pasa? ¿Dónde es la pelea? —le preguntó Teresa por todo saludo.

Dionisio la miró desconsolado.

—Son tiros del Hoyo Padilla. Allí los soldados están acampaos. Siempre están tirando. No se tire por ahí que la matan. A ca cosa que pasa le hacen fuego.

Teresa preguntó:

—¿Por dónde voy entonces?

—Salga por Crucecitas. Pase la Loma de la Avispa, y ya coge pa la parte del Naranja... Siga pa Mayarí... Recto...

Teresa lo miró, atenta.

—Sí, yo sé lo que buscas —le dijo Dionisio—, tírate por ahí..., que por ahí anda el hombre...

Teresa saludó agradecida. El mulo, a su muy lento paso, torció entre un grupo de mamoncillos, se perdió después por un trillo bordeado de copiosas escobamargas.

Al anochecer, Teresa llegó a Jibacoa. En la enguanada casa de Meme Rodríguez supo de Juan Quinquín.

—Sí, hija, está vivo y echando palante. No lo puen cogel. Anda pa Río Negro ahora. Verás que los vamos a encontral, yo sé cómo...

XLVIII

Suelta el Pollo fue herido en el hombro cuando terminaba la bajada de La Estanislao. Sintió el tirón y vio la sangre. Se pegó a la tierra y continuó arrastrándose. Sabía que una demora le significaría perder la vida. Avanzaba, sin rumbo. En cuanto pudo se incorporó, y se dio a correr hacia donde su instinto le guiaba, al monte espeso.

En el monte, a diez cordeles de su bohío, dos niños, Ena y Emilio, de nueve años Ena, y de cinco Emilio, trepaban un guayabo por sus frutas amarillas, tentadoras. Los dos, en las flexibles ramas, estirándose para coger las guayabas, oyeron el ruido en el maizal. Un hombre corría allí. Durante unos minutos oyeron el rompimiento de las matas, violentamente apartadas. Al fin

salió el hombre, con una mano puesta en un hombro, que sangraba.

Los niños miraban asustados, inmóviles. El hombre caminó, con mucho esfuerzo, ya cansadísimo, hasta el palmarito cercano a un manantial. Allí se introdujo en un hoyo, al pie de una palma pichona, y se cubrió con una yagua.

Los niños estaban aún en el guayabo cuando sintieron un ruido mayor en el maizal. Vieron salir, por entre las mazorcas agitadas, un grupo de guardias rurales, con los rifles en la mano, listos a disparar. Las guardias revisaron el maizal, buscaron un rastro, dieron vueltas, con sumo cuidado, ojearon los matorrales, inquietos, y continuaron su búsqueda por el camino que llevaba a un bohío lejano, en la falda de un cerro.

Ena dijo:

—Vamos a verlo.

—No —dijo Emilio—, tengo miedo.

—Vamos a verlo...

Emilio calló.

Ena echó a andar hasta que llegó junto al palmarito.

Suelta el Pollo, extenuado, sediento, oyó los pasos. Tenía fiebre, se sentía muy mal, pero tomó su escopeta, dispuesto a jugarse la vida.

Vio venir a los niños.

Ena lo miró asombrada. Emilio se agarró a su vestido, temeroso.

Suelta el Pollo les sonrió.

—¿De dónde son ustedes...?

—Hijos de Pablo Chaviano —dijo Ena.

—Ah —musitó Suelta el Pollo.

Les sonrió otra vez.

—Tengo sed —dijo a Ena.

—Aquí abajo, en el arroyo, hay agua.

—No puedo bajar, estoy muerto de cansao —dijo Suelta el Pollo con voz quebrada por la fiebre—, ¿me quieres traer un poquito de agua en alguna cosa por ahí...?

Ena respondió:

—En una hoja de malanga enrollá te traigo agua.

Y Ena, con el temeroso Emilio tomado de su mano, bajó al arroyo, partió una hoja de malanga y formó un vaso silvestre, al momento.

Se lo ofreció contentísima al herido.

Suelta el Pollo bebió con avidez.

Ena le preguntó:

—¿Por qué te andaban atrás esos hombres?

—Porque me querían hacer daño. Son malos.

Ena asintió con la cabeza. Preguntó:

—¿Y dónde vas a dormir?

—Aquí.

—No, aquí no, en casa.

—No. Aquí, porque...

Suelta el Pollo pensó:

«En la casa corren peligro si se entera la guardia rural que estoy allí. Son capaces de matar a ese Chaviano... Y si se enteran los Chaviano que estoy aquí a lo mejor son capaces de decírselo a los guardias por miedo... Los guajiros tiemblan delante de los guardias.»

Ena dijo:

—Pero en casa hay hamaca y duermes en la sala...

—Mira. Lo mejor es que no digas nada en la casa que yo estoy aquí. Porque es mejor. Júrame que no lo vas a decir...

Ena respondió al momento:

—No lo voy a decir.

Y se volvió a su hermano:

—Emilio, no se dice nada...

Emilio le clavó sus ojos claros y asintió con la cabeza.

—Ahora, váyanse; va a anochecer.

Los niños partieron. Por el camino Ena pensó:

«Pobrecito, hay que traerle comida.»

Fue a la cocina y sacó dos plátanos machos maduros que se estaban sancochando. En una hoja de plátano puso un tamal de maíz tierno y un boniato. Corrió con los alimentos junto al herido. Este los devoró, agradecido.

Durante tres días y tres noches Suelta el Pollo deliró con la fiebre. Sudó. Se sintió morir. Se sintió revivir. La herida inflamada le dolía constantemente. Las dos aspirinas que le diera Ena poco le habían calmado. Ena, solícita, le traía alimentos a mediodía y al atardecer.

Ena tenía una hermana mayor, Onelia, de dieciocho años. Ena no pudo con su secreto y se lo contó. Esta le afirmó:

—Hay que decírselo a papá enseguida...

Ena se echó a llorar.

—Ay, yo juré que no lo contaría a nadie. Y él es de lo más bueno, el pobrecito.

Onelia preguntó:

—¿Está lejos...?

—No, aquí cerquitica...

Y se fueron donde el herido. Este esperaba ya, contento. Había mejorado.

Onelia se acercó temerosa. Cuando Suelta el Pollo vio su rostro gozó enseguida su belleza. Era Onelia de mediana estatura, de piel fresca, pelo negro, que caía en onda, hasta la espalda, ojos oscuros, suaves, grandes, de expresión delicada, boca fina y fresca. El rostro delataba una gran nobleza.

—Es mi hermana Onelia —dijo Ena.

—¿Cómo está usted? —preguntó Suelta el Pollo.

—Bien. ¿Y usted...?

—Regular.

Suelta el Pollo quedó indeciso. Pero fue franco. Aquel noble rostro le inspiraba confianza.

—Soy un alzado, que huyó de los guardias. Me hirieron y espero mejorar la salud aquí para irme. Ya estoy mejor, pero su hermanita me salvó la vida... Si me denuncian, me matan los soldados.

Onelia lo oyó, miedosa; pero admiró la sinceridad del herido.

—Lo seguiremos cuidando —le dijo—, no se ocupe. Es una obra de caridad...

Suelta el Pollo sintió el hechizo de aquel rostro y de su voz.

—Le vamos a traer comida, más tarde —dijo Ena.

—Un pastel de sardinas es lo que estamos haciendo —dijo Onelia—, yo aprendí a cocinarlo... ¿Lo quiere probar?

—Me gusta mucho, pero mucho...

—Ah, qué bueno...

—Sí. Me gusta mucho. ¿Y vendrá usted a traérmelo?

—No. Vendrán Ena y Emilio. Porque a esa hora yo tengo que estar en la cocina. En un brinquito vienen Ena y Emilio a traérselo... Pero mañana vengo.

Suelta el Pollo la vio marcharse con los ojos alegres. Emilio ya no se sostenía del vestido de Ena.

Onelia pensaba:

«El pobre, es bueno. Y los trabajos que pasa durmiendo ahí al sereno, en un hoyo, pa que los guardias no lo maten. Es bueno. Voy a hacer el mejor pastel de mi vida pa que recompense de sus penas...»

Por dos horas lo horneó en el hornito que su padre le hiciera y cuando estuvo listo le envió al herido un gran pedazo con Ena y Emilio.

Atardecía. El sol doraba las montañas. Ena y Emilio apuraban el paso para que el pastel no se enfriara. Soplaba un viento de agua.

Cuando llegaron al palmarito encontraron la guardia rural.

Un Sargento le preguntó a Ena:

—¿Y ese pastel?

Ena calló.

El Sargento le dijo

—Dáselo, anda dáselo a comer por las patas...

Ena miró arriba. Los pies de su amigo se balanceaban con el fuerte viento.

Emilio comenzó a llorar, sus lágrimas corrían entre pequeños, entrecortados gritos.

XLIX

Después de buscar infructuosamente a Suelta el Pollo por las zonas montañosas donde le hacía refugiado, el Torero sospechó que su amigo se hallaba prisionero.

De inmediato pensó en Pueblo Mochó. «Es natural —se decía— que lo guarden allí. Lo cogieron al bajar la loma y se lo llevaron preso. Tengo que ir a Pueblo Mochó. Allí me conocen por el hombre de los leones. Sabré lo que pasa a Suelta el Pollo y de paso averiguaré el destino de mi pobre león, mi carreta y mis bueyes.»

Así lo hizo. Bajó con las sombras nocturnas. No le costó trabajo penetrar al pueblo. El ejército casi lo había abandonado. Una pequeña guarnición de marinos lo custodiaba. El Torero supo, en las chozas de los alrededores, que se guardaban armas y parque en una caseta de madera cuidadosamente vigilada día y noche por una pareja de centinelas. Supo que no existía allí un solo prisionero. Se marchaba ya a las montañas cuando pensó:

«Tengo que averiguar ahora por el león que me quedó.»

Esperó al amanecer y se llegó al centro de Pueblo Mocho. Un joven en un quiosco despachaba refrescos de tamarindo. Este dijo a voces:

—¡Aquí está el gallego de los leones...! ¡En cuanto oyó los tiros salió dando sánsara pa la manigua y ahora se aparece!

Un pequeño grupo de mocheros que bebía refrescos lo miraba con ojos burlones.

El temerario Torero preguntó:

—¿Qué se hizo de mi león? ¿Alguno de vosotros lo sabe...?

El muchacho que vendía refrescos sacó un cazo de jugo de tamarindo de una tercerola que contuviera manteca de cerdo, y se lo brindó:

—Tome, gallego, pa que se reponga del susto...

El Torero bebió, en vaso de grueso cristal, el refresco ofrecido.

—Pues sepa usted —le dijo el muchacho— que el león murió de hambre.

El Torero sintió gran pena. Al observarlo, un viejo guajiro le dijo:

—¿Pero quién le iba a dar comida si necesitaba un chivo bien tarrú to los días y aquí lo que había eran balas y más na?

—¿Y los bueyes? —preguntó El Torero.

—Se los comió el ejército...

El Torero se retiró despacioso, cavilando. Entró en una choza a las orillas del pueblo, y pidió papel y escribió:

«Juan, hay que coger a Pueblo Mocho otra vez, hay muchas armas y parque, y nada más que hay quince centinelas guardándolo. Infórmate y lo sabrás. El grueso de la

tropa te busca y abandonó el pueblo. Yo me quedaré por aquí averiguando.

»José Hermida Gómez
»El Gallego.»

Envió el papel a Juan Quinquín con el negro Quirino Valdés, sobrino de uno de los hombres de Pueblo Mocho, que se hallaba entre les alzados.

Esa noche, a la luz de un quinqué parpadeante, Juan Quinquín leyó la nota y pensó:

«Hay que ir a atacar Pueblo Mocho, enseguida; necesitamos balas y más armas. Hacemos como la otra vez. Pero ahora con Teresa aquí se me dificulta mucho el asunto. Pero si quiere bajar conmigo, que baje...»

Después, salió al patio del bohío donde se albergaba y vio cercanos a El Jachero, Rufino, Elías, Quirino, el Padre, Patricio Medina, y se apartó. Necesitaba estar solo. Miró las estrellas un rato. Observándolas pensó en su hija y luego, vagamente, en su zonzuna.

L

La húmeda naranja estallaba de amarillos claros, casi oculta por las hojas de profundo verde del árbol. La mano de El Jachero la arrancó mediante una torsión. Un cuchillo montés la comenzó a pelar. Lloviznaba.

Eran seis días de lluvia casi continua. Por la mañana los árboles goteaban con la llovizna continuada. Al mediodía, una espesa calma cubría la tierra; grises los cielos, preñados

de nubes densas, verde oscuro los montes. A medio atardecer comenzaba la gran lluvia.

El Jachero, bajo la llovizna, desde su posta, entre piñones cubiertos de bejuqueras, observaba los valles y hondonadas que se desparramaban a sus pies, con diversas arboledas, algunos cuarterones de yerba amarillenta, montones de vacas, pastando apacibles, chozas grises...

El Jachero pensó:

«Juan va a atacar hoy a Pueblo Mocho, en la tarde, en cuanto empiece a llover. Vamos al ataque protegidos por la lluvia. Es una buena idea. Así los vamos a sorprender mejor. Lo que mandó a decir el gallego se comprobó que era verdad.»

Chupó el jugo de una media naranja.

—Si cogemos otra vez a Pueblo Mocho reponemos balas, y además, más rifles. Hacen falta. Aunque la gente escasea... Se nos ha ido mucha gente. Los mismos guajiros de aquí abandonan. Es muy duro pelear contra el ejército. Y mucha gente no tiene inspiración. Pero a la verdad que nos hemos dado gusto. No ha quedado títere con cabeza por aquí: ni una finca ni una casa, ni quinta, ni cafetales, ni na de ese montón de canallas en estas lomas. Ellas han ardío de punta a punta. Hasta el ganado se lo hemos comío y repartío por ahí... Más nunca lo encuentran. ¡Qué castigo pa esos panzús!»

Chupó la otra media naranja. Su vista vagó sin ver.

«Si muero en esta no se pierde na. No dejo na atrás.»

Teresa llegó con la cafetera humeante en su derecha, la taza en la izquierda.

—Toma café, Jachero, acabadito de colar.

El Jachero se alegró de verla. Después, serio, le preguntó:

—¿Y la niña, la extrañas...?

—Mucho.

—¿Cómo la dejaste?

—De lo más campante... Sin una diarreíta... No da guerra ninguna...

El Jachero, socarrón, comentó:

—No salió a Juan...

Teresa se sonrojó.

—Salió a mí, que soy callada...

Una vez que El Jachero bebió su café, Teresa fue donde su Padre, apostado con un grupo, en la vertiente opuesta de la loma.

—Papá, café...

—Gracias, hija...

—Te voy a traer el abrigo, hace mucho frío aquí...

—No es tanto el frío como el viento.

—Tienes los deos moraos...

—Es de aguantar el hierro..., tanto rato...

Teresa dio de beber café al negro Quirino Valdés, ayudante ahora de Juan Quinquín, por orden de su padre, Julián Valdés.

—¿Dónde está Juan?

—Se quedó velando en el guamajal...

Teresa bajó hasta un borde arbolado de la loma. Allí, Juan Quinquín la esperaba.

—Juan, café.

Juan Quinquín bebió.

—Teresa —le dijo—, esta tarde, debajo del aguacero, vamos a coger Pueblo Mocho. Nos vamos a ir acercando en el mediodía, cuando escampe, y cuando rompa a llover fuerte atacamos por sorpresa... Entre la lluvia no nos verán...

Teresa lo miró, inquieta...

—Bueno, Juan...

—La cosa saldrá bien, como la otra vez, tenemos bien estudiado el asunto, qué es lo primero que se va a coger, los

grupos bien mandaos, y con instrucciones de lo que hay que hacer. No puede fallar...

—¿Y yo?

—Te quedas aquí, esperando que regresemos... Con la comida preparada.

Teresa lo miró unos instantes.

—Juan, déjame ir. Yo me quedo atrás. Voy en mi mulo y los espero. No tengo nervios pa aguantar aquí... Atrás espero.

Juan Quinquín le devolvió la mirada.

—Bueno, te quedas atrás... Y esperas...

Teresa lo besó conmovida.

Juan Quinquín la vio retirarse. Subía la loma con gracia, a pesar de que había fango. Teresa se sujetaba de malvalocas y matas de galanes para no resbalar y para subir. Su vestido rosado se confundió, después, entre las pomarrosas que ocultaban la cumbre.

LI

Después de observar placentero la subida de su mujer, una vez desaparecida, Juan Quinquín volvió a sus cavilaciones anteriores. Pensaba en el asalto a Pueblo Mocho, la distribución de los grupos, las órdenes. Repasaba las órdenes, en busca de algún error.

Pensando, miró detenidamente el horizonte, reconociendo el territorio donde realizaría el ataque. Enfrente, brillando al sol de la media tarde, un largo potrero de yerba amarillenta y de matas rosadas, muy crecidas con las lluvias. Era el potrero ralo, con unas guásimas pequeñas, de pocos

gajos, pues los campesinos de la región solían cortárselos, y dejarlos secar para hacer carbón o para utilizarlos como leña de cocina. Detrás, apretados entre cercas de piña de ratón, en trechos rojizos, cuartones donde pastaban vacas negriblancas y pardas. Más allá, platanales recién plantados, todas las cepas mostrando al sol tiernas hojas de un verde claro brillante. Malangales luego. A su derecha: lomas, colinas. Bohíos, ya diminutos por la distancia, atrás, y palmas, palmas grises y blancas en grandes macizos. Confundidas en la niebla llegaban hasta Pueblo Mocho. Era una buena ruta...

A la izquierda tenía el abismo: allí sonaba un río, que aparecía, rebrillando, en los sitios donde los bosques de cuajaní, majagua, algarrobo y ocujes lo permitían, abriéndose al azar para que en su verde profundo el destello plateado del agua se reconociera desde lejos.

Juan Quinquín pensó:

«Un grupo, el más grande, va a entrar por el monte ese. El Jachero los va a llevar, y mi suegro. Yo atacaré de costao, y un grupo mío va a engañarles de frente. Los cogemos por sorpresa. Si en diez minutos no tenemos cogido el pueblo nos va a costar trabajo hacerlo después.»

Dejó a Quirino Valdés de guardia en su posición. Subió al bohío. Por el camino pensaba:

«Si caemos en esta, hoy o mañana, la gente no lo va a olvidar, y siempre se van a seguir levantando con el abuso. Siempre van a castigar a esos canallas.»

Teresa lo recibió con la gran mesa puesta.

Allí estaban los jefes.

Patricio Medina, con su rostro severo, le dijo:

—Juan, con el dinero del Alcalde compramos buenas monturas, y más de quince carabinas que nos vendieron en Camagüey.

Juan vio alegrarse el rostro del viejo negro. Le puso una mano en el hombro y le afirmó;

—Usted tenía razón. Fue un Juez como ninguno...

—Y se sentó a almorzar, compartiendo la gran hambre de todos. Cada cual sabía sus órdenes.

Al mediodía, Juan Quinquín llamó a El Jachero y le dijo:

—Tumba tú primero por el monte de Aniceto. Espera aviso en Los Caimitos, allá, a media legua de Pueblo Mocho. ¿Ves Los Caimitos?

—Sí, los veo —dijo El Jachero.

—Baja por allí ahora mismo. Yo arranco ahora también. Espera mi aviso en Los Caimitos. La otra gente va por otro lao y esperarán otro aviso pa atacar tos juntos.

LII

Cuando el Torero envió con Quirino Valdés la nota a Juan Quinquín, consideró oportuno no salir del bohío de los Valdés hasta que no comenzaran las hostilidades o, por lo menos, hasta no saber en firme si sus amigos atacarían o no a Pueblo Mocho. Era cierto que su temeridad fue mucha al aparecerse en el pueblo buscando a Suelta el Pollo, pero había contado con que nadie lo reconociera como alzado. Su labor como incendiario en el pueblo no existió y sus actividades guerreras cuando la toma del cuartel fueron de vigilancia. Nadie podía acusarlo de sublevación.

Pero el Torero no contaba con el azar. La misma tarde en que había enviado la nota a los alzados, el Alcalde se incorporaba, como guía e informador, a un destacamento de ametralladoras que se organizaba en Cienfuegos para un próximo embarque.

Las lluvias hicieron dificultoso el camino a mulos y soldados, pero al tercer día de marcha llegó el destacamento a Pueblo Mocho. Las tiendas de campaña se levantaron a toda prisa en un arrabalito lleno de vegas de tabaco, porque la lluvia vespertina amenazaba. Se establecieron las guardias, los soldados francos visitaron el villorrio. Algunos lanzaban piropos a las curiosas y tímidas muchachas del pueblo. De las montañas, Juan Quinquín bajaba, con su gente.

El Torero había recibido en la mañana del día escogido para el ataque una noticia que le alegró, confirmándole el asalto.

Poco después del mediodía decidió salir, a observar las posiciones del enemigo en Pueblo Mocho. Esto podía servir siempre a Juan Quinquín, en caso de algún cambio de posta. Salió, con su gran sombrero de guano, bajo una suave llovizna. En el quiosco bebió un trago de ron.

Pasó frente al nuevo cuartel, ante las dos posiciones guardadas por marinos, a la entrada y al final de la calle real. Vio la guarnición, pequeña. Después decidió dar una vuelta por la orilla izquierda del pueblo. Bajo la llovizna entró por unas pequeñas vegas de tabaco y se topó con el campamento de ametralladoras. El centinela lo sospechó.

—Alto. ¿Qué viene a hacer aquí?

El Torero, sorprendido, atemorizado, curioso, paseaba su vista por las tiendas de campaña.

—Estaba dando una vueltecilla...

—Hum... Usted no me gusta.

A la breve conversación se acercaron algunos hombres.

El Torero sintió encima, la mirada del Alcalde.

—¡Deténganlo! —rugió este.

La cara del Alcalde revelaba intenso placer.

—¡Deténganlo, es un espía! ¡Lo conozco! ¡Es un alzaó!

El Torero fue detenido. El jefe del destacamento recibió la noticia y vino a informarse.

El Alcalde le quitó el sombrero para verlo mejor.

—Es un espía. Lo conozco bien. Me pegó a traición cuando me cogieron preso...

El Jefe del destacamento, un teniente seco, de faz amarillenta y ojos verdes fríos, dijo:

—Estamos en guerra. La pena del espía es la muerte. El Alcalde le oyó estremecido. Sacó el revólver de su funda.

—Yo me encargo... No es el primero...

El Torero le buscó los ojos y leyó su muerte.

Miró a lo lejos. Comenzaba a llover. Su vista buscaba la tropa de Juan Quinquín. La lluvia apretaba. Sus ojos se cegaban con las gruesas gotas que resbalaban por su frente.

El Alcalde le apuntó al rostro, a la distancia de un metro. El Torero dijo en voz baja:

—Ay, mi madre...

El Alcalde disparó. El Torero cayó de bruces sobre un charco.

Un grupo de alzados, con el Padre al frente, avanzaba entre la lluvia rumbo a la entrada de la calle real de Pueblo Mochó. El Jachero avanzaba por el lado opuesto. Elías Fernández y su gente de Guanayara se dirigía a la zona de Las Vegas cerrando la salida del pueblo. Juan Quinquín, Patricio Medina, Quirino Valdés, su padre y el grupo mejor armado avanzaba a rodear el cuartelillo.

Se dividieron, bajo el aguacero. Cada hombre cubría su arma con un recio paño, un hule, un pedazo de capa. La lluvia descendía rápida, intensa, tupida.

Bajo las rachas de viento los mantos de agua dificultaban la visión a veinte metros.

Cada grupo corría a su objetivo. Los caballos chapoteaban en el fango y resbalaban. A diez cordeles del pueblo, desmontaron. Teresa quedó allí, con su mulo, esperando.

Juan Quinquín avanzó al cuartelillo.

El marino de posta fue desarmado por sorpresa. Patricio Medina encañonó a un cabo. Quirino Valdés comenzó la recogida de armas, apoderándose de un sprinfield brillante. Parte del grupo salió del cuartelillo a hacer contacto con el resto de los asaltantes.

Por las calles resbalaban y caían al correr. Nadie los había visto. No se escuchaba otro rumor que el de los gruesos goteros de la lluvia en los charcos y en las cobijas de guano. Las casas permanecían cerradas.

De pronto Juan Quinquín oyó las ametralladoras. El Jachero y su grupo se les unió. El Padre y su gente.

—Es para Las Veguitas —decía el Padre.

—¡Pa Las Veguitas mismas! —repetía Quirino Valdés.

Y hacia allá fueron, desplegados, dispuestos a ayudar a Elías Fernández, que combatía por aquella vuelta.

El Alcalde, armado de un rifle, pegado a la tierra, disparaba sin cesar.

—¡En cuanto pase el agua no dejamos uno! —decía, sin oír siquiera su voz, ahogada por los estampidos de cinco ametralladoras en abanico a seis pasos de él.

A la hora de lluvia, el cielo se despejó. Una luz de amarillo oro cubrió el pueblo, las llanuras cercanas, las montañas.

Largo silencio se hizo. Ni una voz. Ni un disparo, ni el menor rumor, ni lluvia, ni viento.

Los combatientes de uno y otro bando permanecían echados en el fango, esperando. Nadie se atrevía a levantarse. Nadie sabía la posición exacta del enemigo.

El Alcalde se arrastró donde el Teniente:

—Teniente, hay que atacar, hay que barrerlos...

—Aquí el que manda soy yo. Atacaré cuando lo crea conveniente.

El Alcalde se enfureció:

—Bien, si no hay guapos aquí, voy yo.

Y se levantó, tambaleándose, las ropas mojadas pegadas al corpachón.

El Padre lo divisó enseguida, lo encañonó y con un solo disparo lo derribó.

El Teniente dijo:

—Fuego siempre. Están ahí...

Relampaguearon de nuevo las ametralladoras.

Era aquel el único lugar de resistencia. El resto de Pueblo Mocho ya estaba copado. Los alzados cargaban ya las armas capturadas, llevándolas al lugar donde sus mojadas bestias esperaban. Los caballos brillaban con un oro fresco. El sol amarillo coloreaba los árboles, las aguas. Los yerbazales de flores moradas se tornaron de oro oscuro, reluciendo cegadores.

Teresa preguntó a los primeros que llegaron conduciendo las armas:

—¿Hay muertos?

—Ni heridos. Todavía no hay na. Pero dice Juan Quinquín que hay que coger las ametralladoras; si no toas, dos.

Mientras introducía varias cananas en un serón, otro combatiente afirmó:

—No. No es así. Tenemos que recoger las armas y el parque y traerlos aquí mientras ellos aguantan las ametralladoras. Y al anochecer nos vamos tos...

Teresa, angustiada, los vio alejarse, reflejando los oros frescos del sol en sus ropas empapadas.

El Jachero dijo:

—Juan, están acobardaos. Yo creo que si me les meto por detrás de la palma aquella y tumbo dos o tres se van a entregar...

Juan Quinquín dijo:

—Voy contigo. Nos arrastraremos hasta allá, y les tiraremos a la vez. Desde allí se ven mejor...

Quirino Valdés dijo:

—Yo voy.

Juan miró al negro, chorreante, enfangado, el rifle en la diestra, el rostro firme.

—Ven —le dijo.

Y se fueron los tres por el fango amarillento. Se arrastraban suavemente, sin el menor ruido.

La palma se erguía sobre un breve promontorio, que sus apretadas raíces cubrían por entero.

—La palma tiene un tronco que no es fácil de pasar —dijo Juan Quinquín—. Jachero, yo tiro por la izquierda, tú por la derecha...

Avisó a Quirino Valdés:

—Quirino, tú tiras pa tras por si alguien viene a rodearnos.

Juan Quinquín y El Jachero hicieron fuego al unísono, dos marinos cayeron. Una ametralladora se inutilizó. Repitieron los disparos. El estrago entre las filas del destacamento fue grande.

Juan Quinquín dijo:

—¡Ríndanse, les perdonamos la vida!

Se hizo el silencio.

—¡Ríndanse, están perdíos!

Un silencio total fue la respuesta.

Juan Quinquín alzó un poco la cabeza y vio el campamento de tiendas de campaña color de un amarillo de fuego. No se veía a nadie. Tres ametralladoras aparecían

abandonadas en sus trípodes; junto a ellas, en el suelo, seis de sus servidores.

Juan Quinquín miró un instante al cielo, calculando la hora. Las nubes, enormes y volanderas, devolvían a la tierra una ligera luz dorada.

—Son las seis y pico —dijo El Jachero—. En cuanto anochezca los apretamos más...

Quirino Valdés gritó:

—Oigo un ruido, alguien se arrastra...

El Jachero fue el primero que disparó al matorral, a su izquierda.

Dos ametralladoras hicieron fuego hacia la palma. El Jachero cayó de costado. Las balas le atravesaron el vientre. Juan Quinquín recibió dos balazos en el pecho. Quirino Valdés se pegó a la tierra. Vio inerte a El Jachero. Juan Quinquín respiraba. Lo haló hacia sí por las piernas. Volteó despacio la palma. Se arrastró después hacia los suyos. Se echó al hombro a Juan Quinquín. Rufino García y su gente disparaban contra los matorrales. Elías Fernández agonizaba, solo, en la yerba de un patio. Su hijo peleaba con Rufino.

Quirino Valdés atravesó la calle real con Juan Quinquín a cuestas.

Amarillos por el crepúsculo los vio llegar Teresa.

El atleta negro le dijo:

—Está mal herío... Está privao...

Teresa, desfallecida, miró al negro. No entendía nada. Al fin murmuró:

—Quirino, ayúdame a subirlo al mulo, que me lo llevo pa arriba...

—Sí —dijo el negro.

Sobre la montura, Quirino ayudó a amarrar a Juan Quinquín con su lazo de montero.

—Vuele parriba, que yo voy a ayudal atrás —dijo calmo a Teresa.

Teresa inició la subida. Lloraba. Hablaba al herido que nada respondía. Sus piernas le flaqueaban. Cayó sobre el fango.

Atravesado en la montura, Juan Quinquín se desangraba. El mulo subía las cuestas doradas. El sol final iluminaba los valles húmedos. Se sentía el fresco del anochecer. Teresa andaba al paso lento de la bestia. Puso una mano sobre el pecho de su esposo y la retiraba rojiza cuando le oyó murmurar palabras extrañas. Teresa se le acercó, le habló al oído:

—Juan, soy yo... Soy yo...

Juan Quinquín murmuraba:

—No..., no quiero matar...

Teresa tocó su frente, ardiendo ya. Besó su rostro blucoso de cuya boca salían palabras débiles:

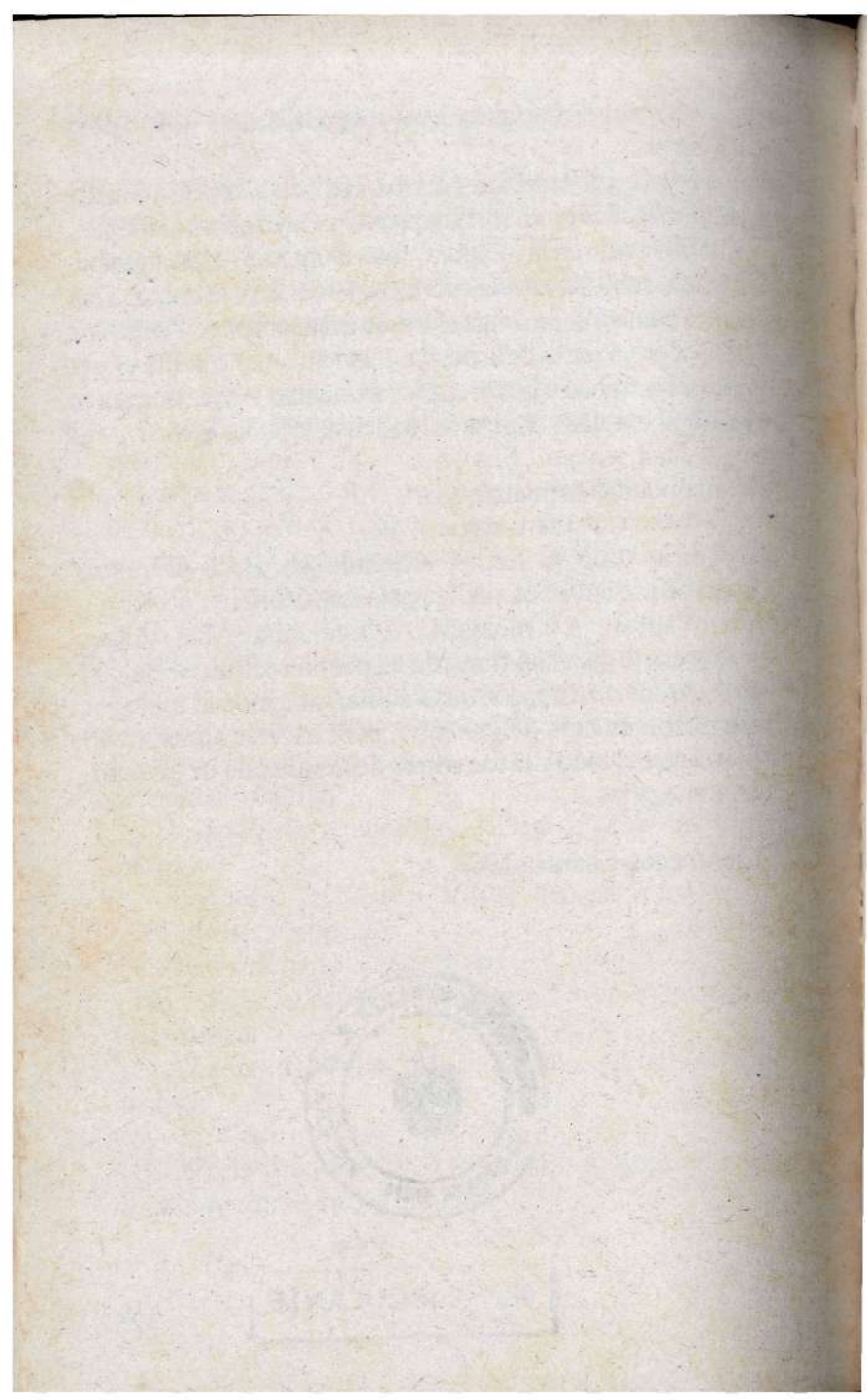
—Vamos... A la montaña... A la colonia... Alto... Alto...

Teresa lo escuchó transida, el pecho oprimido. Bajo el flojo sol de un difuso violeta subía, hincando al mulo los ijares con un cuje de guayabo, para hacerle apresurar el paso entre el lodo y la torratera descendiendo de las cumbres anegadas.

Cienfuegos-Caonao, 1963.



NO CIRCULANTE

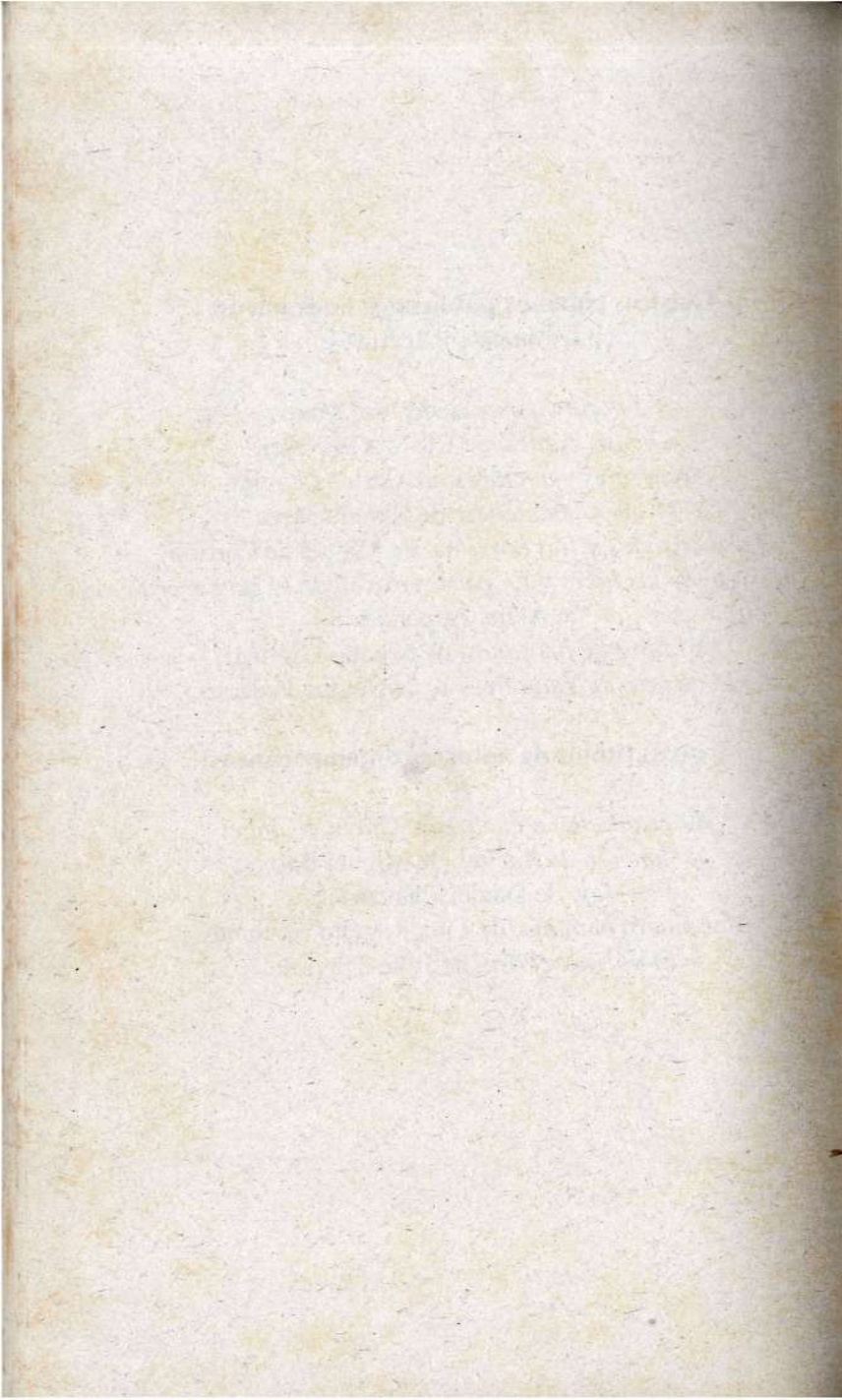


**Clásicos cubanos publicados nuevamente
para nuestros lectores:**

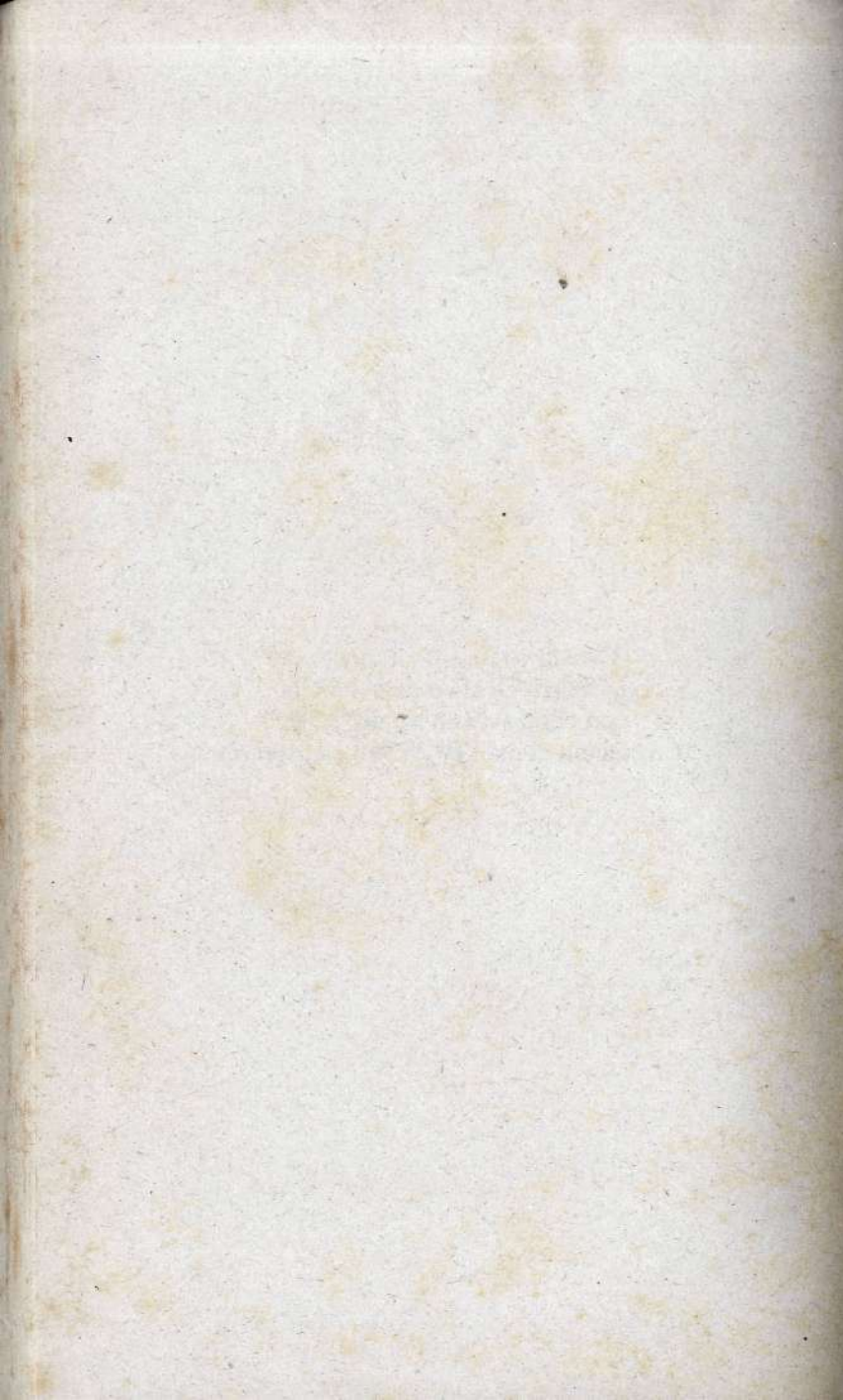
- Poesía completa*, de José Martí;
Cecilia Valdés, de Cirilo Villaverde;
Generales y doctores, de Carlos Loveira;
Mi tío el empleado, de Ramón Meza;
Las honradas y Las impuras, de Miguel de Carrión;
El siglo de las luces y La consagración de la primavera,
de Alejo Carpentier;
El libro de los sones, de Nicolás Guillén;
El ciruelo de Yuan Pei Fu, de Regino Pedroso.

Y otros títulos de autores contemporáneos:

- Biografía de un cimarrón, Oficio de ángel*
y *Canción de Rachel*, de Miguel Barnet;
Joy, de Daniel Chavarría;
Y si muero mañana, de Luis Rogelio Nogueras;
El polvo y el oro, de Julio Travieso.



Este libro ha sido impreso en
el Centro Gráfico de Villa Clara
en el mes de enero del 2002.
La edición consta de 25 900 ejemplares.



C863

Fei

J

001814

Ej. 1

Feijóo, Samuel
Juan Quinquín en Pueblo
Mocho.

Dorlosky Dominguez 5/6/2019

Juan Quinquín en Pueblo Mocho, publicada por primera vez en 1963, es una novela humorística de aventuras y entretenimiento. Su trama muestra, con profusión de detalles, los modos de vida del campesino cubano, su manera de divertirse, los guateques, los velorios, los juegos sociales y las fiestas, las comidas más frecuentes, la forma de hablar —con sus dicharachos y refranes—, sin olvidar los paisajes (sobre todo de la zona de Villa Clara), árboles, flores, frutos y pájaros del campo de Cuba. A pesar de que se desarrolla en la década del 50, se mantienen vigentes muchas costumbres del guajiro, así como su peculiar manera de expresarse. Esta obra ha sido llevada a la radio, la televisión y el cine.

Sámuel Feijóo (San Juan de los Yeras, 1914 - La Habana, 1992) fue investigador de la música y el folklore cubanos, poeta, ensayista, crítico, narrador, pintor, dibujante, divulgador de nuestro arte popular campesino, antologador, responsable de la revista *Islas* y de su Editorial, y fundador de la revista *Signos*.

Entre sus libros de poesía se encuentran *Camarada celeste*, *Beth-el*, *Faz*, *El girasol sediento* y *Ser fiel*. De su narrativa pueden mencionarse además de *Juan Quinquín...*, *Tumbaga* y *Wampampiro Timbereta*.

ISBN 959-10-0665-9



9 789591 006653